

# Contigo me encontré

Luz Guillén



Contigo me  
encontré

*Luz Guillén*

# Contigo me encontré

Luz Guillén

*Lxl*  
EDITORIAL  
*Romantic*

Primera edición: Marzo 2.016

Luz Guillén 2.016

LxL Editorial 2.016

ISBN: 978-84-1660953-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – <https://alexiajorques.wordpress.com>

Maquetación - Rachel's Designs

*A todos aquellos que han estado a mi lado, sin abandonarme nunca, haciéndome crecer, aguantando mis peculiaridades y sufriendo mi cariño: Anna, Montse, Lope, María, Carmen, Julia y, sobre todo, Marc, Andrea y Eric que son mi vida.*

# Agradecimientos

Solemos agradecer siempre a todos aquellos que nos apoyan para conseguir nuestros objetivos. Por supuesto, yo voy a hacer lo mismo: mi familia, mis amigas más antiguas y las recientes, lectores que me alientan para que siga escribiendo, mis compañeras, mi editora... Soy afortunada por teneros siempre ahí al pie del cañón, ayudándome a mejorar, animándome cuando flaqueo, alentándome a enfrentarme a nuevos proyectos. Nunca habría podido escribir esta historia si no fuera porque os tengo a mí alrededor.

Pero no quiero olvidar a los que nunca han dado un chavo por lo que yo pudiera estar intentando. Ellos me han hecho fuerte y persistente y, sin darse cuenta, han logrado que consiga muchas de las metas que me he propuesto.

Gracias a unos por creer en mí y a otros por no hacerlo. Todos me habéis hecho quien soy.

# Capítulo 1

—Estúpida, estúpida, estúpida —se repetía una y otra vez en silencio mientras se miraba en el espejo del aseo de su oficina—. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? —Se volvió a repetir, esta vez en un ligero susurro. Diez minutos antes había confesado abiertamente aquello que llevaba diez años ocultando en lo más íntimo de su corazón. Cierto era que la conversación no había dejado entrever lo profundo de su sentimiento, pero había expuesto su corazón a todos, y eso la mortificaba más que un cilicio constriñendo su muslo. La charla había sido de lo más cotidiana. Su compañera Sonia le había gastado una broma a su jefe.

—Pero, ¿quién va a quererte a ti Jaime?, si eres un monstruo insensible —preguntó entrecerrando con diversión los ojos.

—Soy un monstruo contigo Sonia, porque me rompiste el corazón al casarte con Pepe, pero soy encantador con las demás mujeres, ¿verdad, chicas? —Alzó las cejas varias veces en un gesto falsamente sexy.

Marta no se dio ni cuenta de lo rápido de su respuesta. Salió de sus labios antes de haber pensado siquiera.

—Yo sí te quiero Jaime, y, sí, eres encantador —Jaime la miró con suficiencia. Fue entonces cuando ella se percató de lo que había dicho y se maldijo por ello. Esgrimiendo una excusa, se dirigió al servicio y allí estaba todavía. Hacía diez años que trabajaba en esa “mediana” empresa mayorista de recambios de coche. La compañía a la que pertenecía era un gigante en el gremio, pero la sucursal en la que ella trabajaba era bastante familiar, si no se tenía en cuenta los puñales que volaban por todas partes con demasiada frecuencia para su gusto y para su espíritu.

Todos esos años los había pasado suspirando por su jefe directo, un chulito ligón, guapo pero no tanto, que se pasaba el día presumiendo de su inteligencia, de su saber estar, de su superioridad y... de sus ligues. Durante todo ese tiempo, había estado encandilada en silencio por él, aguantando toda su soberbia (que ella era incapaz de notar), sus desplantes (que soportaba estoicamente), su prepotencia... y su desprecio. Jaime Lorca era un auténtico imbécil, pero Marta no se había dado cuenta todavía y seguía pensando en él como su caballero andante. A pesar de eso, no deseaba de ninguna de las maneras que él fuera consciente, si es que no lo era ya, de lo que llegaba a significar para ella.

Se volvió a mirar en el espejo redondo de ese aséptico baño, respiró profundamente para tranquilizar el desasosiego que sentía y salió de allí camino a su mesa. La oficina donde solía trabajar, no era demasiado grande. Tres mesas distribuidas por el espacio de la sala, de modo que las tres compañeras que trabajaban allí se vieran las caras las unas a las otras, un mueble de oficina que contenía todos los archivadores habidos y por haber, una caja grande de cartón para el papel a reciclar y una vitrina con algunos de los productos que vendían a diario. Su cubículo tenía dos puertas que lo atravesaban y que daban por un lado al lavabo y el mostrador y por otro, al resto de despachos de la empresa.

Se sentó en su silla y suspirando levemente, siguió con el trabajo que había dejado a medias tras su desafortunado comentario.

—¿Estás bien, Marta? —Le pregunto Sonia echándole un vistazo de reojo.

—Sí, claro, ¿por qué? —respondió Marta, tratando de disimular su malestar.

—No, sé. Me ha parecido que te sentías mal cuando te has ido al baño —dijo al descuido.

—¡Que va, mujer! —Intentó desdramatizar con una sonrisa—. La naturaleza..., que no espera.

—Bien. Bueno —Sonia cambió de tema—. ¿Has terminado ya con el balance? Mañana viene el nuevo jefe y va a cortar cabezas si las cuentas no salen. Jaime le teme como a un escorpión. Al parecer tiene fama de duro. No se casa ni con su padre, por lo que cuentan en la sucursal de Cuenca. Despidió a Lucas de almacén porque no lo tenía todo como manda el protocolo. Vamos un gilipollas si me preguntas.

—No, no te pregunto. Miedo me da saber algo más. Pero vamos que hasta que no acaba el año, de balance cerrado nada. —Afirmó encogiéndose de hombro.

Lola, la ocupante de la tercera mesa del despacho, levantó la cara de la larga lista de pedidos que tenía delante y con voz distraída les dejó caer:

—Pues dicen que es muy atractivo, que está viudo y que no se le conoce novia alguna.

—Bueno y ¿qué? —Saltó de inmediato Sonia con su ácido tono de siempre—. Puede ser guapo y gilipollas a la vez. Si no tiene novia querrá decir algo, ¿no?

—¿Que todavía no ha olvidado a su mujer? —respondió Lola un poco mosca por el tonito de Sonia.

—No, que tiene tan mala leche que no hay quien lo aguante —«*Sonia, agria como siempre*» pensó Marta.

—Bueno Sonia, tú a lo tuyo. ¡No hay manera de que pienses bien de alguien ni que te maten, hija!

—Pero ¿no has oído que ha despedido a Lucas por una tontería?

—¿Qué tal si le damos una oportunidad al pobre? —preguntó tímidamente Marta—. Igual había algo más que motivó el despido y no te lo han querido decir.

Cuando ya estaba más que dispuesta a darle una respuesta de las suyas a Marta, sonó el teléfono interno de Sonia. Javier, el simpático jefe de marketing, le llamaba a su despacho para consultarle algo sobre un cliente nuevo. Con la información requerida, Sonia se fue hacia el despacho de Javier, dejando a sus dos compañeras con cara de alivio. Cuando la cogía con alguien era como un perro de presa.

—Menos mal que le ha llamado Javier. Parece ser el único en la oficina que consigue callarla. —Se atrevió a decir.

—Aunque sea dándole trabajo. —Bromeó Lola.

Marta le dedicó una suave sonrisa y volvió a su balance. Si el Sr. Álvarez era la mitad de hueso de lo que suponía Sonia, tenía que esforzarse al máximo para que no encontrara ni un solo cero fuera de su sitio.

El día pasó entre preparativos para la inminente visita del “ogro” como empezó a llamarlo Marta para sí. La perspectiva la atemorizaba, y eso que todavía no le conocía. A él no, pero ella sí que se conocía muy bien y no tenía ni la más remota duda de que, al día siguiente cuando le viera, le temblarían hasta las pestañas. Su inseguridad y el miedo al despido no le iban a poner las cosas fáciles.

A la hora de la salida, apagó su ordenador como hacía a diario desde que entró en la empresa, se enfundó su abrigo y se enrolló la bufanda al cuello antes de abandonar el edificio. Con una sutil agitación de la mano, se despidió de sus compañeros. Abatida, llegó caminando a la parada de autobús y allí, muerta de frío por la espera, volvió a pensar en el desastre que había sucedido horas antes. Volvió a regañarse por su falta de control, ese control que había conseguido mantener durante diez años y que se había desintegrado sin que ella fuera consciente siquiera. Todavía estaba aguardando el autobús, que ya se retrasaba un poco, cuando pasó por delante de la parada su compañero, jefe de personal y amigo Paco.

—¿Te llevo, colega?



—No, Paco, gracias pero te desvíó demasiado de tu camino y no quiero que Rosa me mate porque llegas tarde.

—Rosa te adora, no me reñirá si es por llevarte a casa.

—Rosa no, pero yo sí. Anda, ve con tu mujer y déjate de historias que el autobús llegará en un momento. Ya sabes que siempre aprovecho el viaje para leer un poco, y ahora mismo estoy con un libro de Elisa Álvarez y está en un momento de lo más interesante.

—¡Tú y tus libros! ¡A ver si te buscas un novio y te dejas de tanta literatura romántica!

—¿Te quieres ir de una vez? —Le regañó Marta divertida—. Al final Rosa te va a echar la bronca y va a ser por metomentodo. Se lo pienso decir, que lo sepas. Le diré que eres un alcahuete. ¡Lo que nos vamos a reír!

—Vale, vale, adiós. No quiero que os compincheis mi mujer y tú, que salgo perdiendo fijo. —Y con esas palabras se marchó hacia su casa coincidiendo con la llegada del autobús que llevaría a Marta hasta la suya.

—¿Mamá? Mamá, ya estoy aquí —anunció al entrar por la puerta de su piso. Una mujer mayor apareció por el pasillo precedida por un caminador.

—Hola Martita, ¿cómo te ha ido hoy en el trabajo? ¿Te los has comido a todos?

—Sí, mamá, como cada día —Marta no quería hacer sufrir a su madre, por eso le ocultaba sus sentimientos por Jaime, la incomodidad que le hacía sentir Sonia, su miedo al fracaso... Sabía que era buena en su trabajo. Estaba convencida, pero esa inseguridad arraigada... no tenía idea de cómo acabar con ella. A menudo se decía *«lo lograré. Seré fuerte. No le tendré miedo a nada»*. Pero, en realidad, sabía de que se mentía a sí misma. Por ello, Marta, no le explicaba sus temores a su madre ¿para qué? ¿Para preocuparla? ¿No tenía Begoña Torres suficiente con su sufrimiento? No, no la haría más desdichada explicándole sus miserias. Era una mujer adulta. Quizás demasiado adulta como para andar llorándole a su madre. Se habían cambiado las tornas y ahora era ella la que debía ocuparse de su madre y no al revés.

—¿Y tú? ¿Cómo has pasado el día?

—Bien, hija. Cristina se ha ido hace un rato. Hoy hemos hecho un ejercicio muy divertido. —¿Ah, sí? —preguntó Marta interesada colgando el abrigo que acababa de quitarse.

—Sí. He podido dar tres pasos sin el *taca-taca*. ¡Estoy que no me lo creo!

—¿De verdad? —Inquirió la joven con clara satisfacción.

—Sí, en serio. Ojalá mañana pueda hacerlo otra vez. —El tono resignado de su madre la entristeció.

—Mañana seis, ya lo verás —dijo intentando animar a esa mujer que representaba el eje de su vida.

—Seguro, hija, seguro —coincidió para no mostrarle a su hija sus dudas sobre que eso fuera a pasar.

—Bueno, mamá ¿qué quieres cenar hoy?

—Cualquier cosa estará bien, Martita.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Marta tras pensar un momento—. Coliflor con bechamel. Te encanta y el otro día compré una en el mercado. Se nos estropeará si no la cocino ya.

—Pues venga. Coliflor para esta noche. —Begoña besó a su hija y se dirigió hacia la sala—. Voy a leer un poco antes de que empiece el programa ese de preguntas que me gusta.

—De acuerdo mamá. Yo me pongo ya a guisar.

Marta se refugió en la cocina para preparar la cena y, de paso, la comida del día siguiente. Volvió a sumergirse en el recuerdo de lo que había pasado en la oficina ese día, y de repente, se encontró pensando en el “ogro” al que conocería al día

siguiente. Sabía a ciencia cierta que no tenía nada que temer, pero no pudo contener el escalofrío que le recorrió el cuerpo pensando que se le hubiera pasado por alto alguna anotación.

# Capítulo 2

El sonido insistente del despertador se empeñó en romper el sueño de Marta. «*Bueno, casi mejor*» —se dijo a sí misma—. «*¡Para lo que estaba soñando!*» Miró el infernal objeto de tortura. Las seis cuarenta y cinco. Hora de levantarse y empezar con la rutina diaria. Quería llegar más temprano al despacho para tener tiempo de hacer un último repaso a la contabilidad, así que, tenía que acelerar si quería llegar con tiempo suficiente. Preparó su leche con chocolate, se tostó una rebanada de pan un poco seco y que sin duda mejoraría tras pasar por la tostadora, untó un tomate, le añadió queso fresco y desayunó sola, sentada en la cocina, como hacía siempre. Normalmente no pensaba en ello, pero ese día sí acusó esa soledad de la que siempre estaba rodeada. Soledad del alma. Vivía con su madre, pero esa no era la compañía que necesitaba. Ella quería... «*No*» —se ordenó—. «*Olvidate de esas tonterías. Hoy necesitas tener la cabeza bien despierta para lo que se te avecina*».

Acabó su desayuno y preparó el de su madre. Lo metió en el microondas para que ella lo calentara al levantarse y se fue derecha a la ducha. Al salir y después de secarse, abrió el armario. Se decidió por un tejano y una camisa celeste que combinaría con una chaquetita de punto azul oscuro. Desde luego, no era el vestuario ni más *glamuroso* ni el más actual, pero es que ella no era ni una cosa ni la otra. Bajita hasta lo indecible, no llegaba al metro sesenta, y con más curvas de las que quisiera, no se sentía precisamente, nada de eso. Así que, fue a lo convencional, cómodo, práctico y que no le hiciera destacar demasiado. No quería llamar la atención del “*ogro*”. Se colocó su abrigo, su bufanda y sus guantes y como hacía un frío de tres pares, se caló un simpático gorrito de lana a juego con todo.

Autobús igual a lectura. Mientras se dirigía a la oficina, continuó la aventura a la que le transportaba su escritora favorita y a la que adoraba.

En la calle, algo llamó su atención y levantó sus ojos color miel de su inseparable *Ebook*. Sin querer, pensó en Jaime, ¡cómo no!, y en que no sabía qué podía esperar de él. Era guapo, exitoso, y con un gran imán hacia las féminas ¡ella era una muestra! Marta sabía que no tenía nada que ver con las mujeres que le gustaban. Y sin embargo, ¡ZAS!, ahí seguía ella. Aferrada a la idea de poder conquistarle con su cariño, con su habilidad con los números, con su humildad. ¿Cómo podía ser tan tonta!

Acompañada de esos pensamientos, y sin haber vuelto la vista de nuevo a su lectura, llegó a la oficina. Era temprano, tal como esperaba, y dedicó el tiempo que faltaba hasta la llegada del resto del personal, para sumergirse en sus números, esos que nunca la engañaban ni le hablaban con ironía o desaire.

Cuando llegaron todos, estaba ya totalmente satisfecha con la faena realizada. Los balances estaban bien. El nuevo jefe, el Sr. Álvarez, el “*ogro*”, no pondría ninguna pega a su trabajo. Estaba totalmente ¿segura?

En el momento en que el Sr. Álvarez, Pablo Álvarez, apareció, Marta estaba en el almacén y no coincidió con él. Pero al volver a su mesa, Sonia, que si le había visto, y revisto, le dijo con una exclamación de aprobación:

—Marta, chica, no sabes lo que te has perdido. Será un gili, pero el tipo está muy pero que muy bien. —Se relamió los labios—. Porque quiero mucho a mi Pepe, que si no le tiro los tejos pero a la voz de ya.

—Te lo dije, Sonia. Me lo avisó Silvia, la comercial de Sevilla. Me aseguró que me

llevaría una grata sorpresa con el jefazo. No es que sea guapo, pero esta como un queso, el amigo. —Lola, como siempre, con su punto optimista puso su toque a la conversación.

—Lo veré, chicas, ¡no voy a tener otro remedio! Seguro que quiere ver las cuentas más pronto que tarde y para eso no tendrá más remedio que verme a mí. —Esperaba que fuera cuanto más tarde mejor pero, en realidad, sabía que no se escaparía.

—Pues ha convocado una reunión con todos los empleados al mediodía —les contó Sonia con tono conspirador—. Al parecer quiere presentarse, conocer al personal y preguntar a cada uno de nosotros por nuestro trabajo, así que, lo verás antes de comer sí o sí.

A Marta le entraron todos los males sólo con la idea de ver al “ogro” en plena acción, delante de la plantilla y preguntando a cada uno en voz alta. Iba a tener que hablar con él frente a todos los demás. Se iba a morir. Fijo que se moría allí mismo, rodeada por sus compañeros y dando un espectáculo... ¡Perfecto! ¡Lo que más le gustaba! Y si no se moría (lo que dudaba mucho) haría el ridículo más absoluto. ¡Dios! ¿Pero qué mal había hecho ella para que la castigaran tan cruelmente?

Decidió no pensar en lo que se le venía encima y siguió con su trabajo, que era para lo que estaba allí y lo que le daba seguridad.

Sus compañeras no pararon de bombardearle con cotilleos sobre el nuevo *mandamás* pero Marta no entró al trapo y siguió a lo suyo. No quería cometer errores. Su trabajo era impecable. No quería que, precisamente en ese delicado momento, eso empezara a cambiar.

La mañana pasó sin pena ni gloria. El Sr. Álvarez estaba encerrado con el resto de jefes en el despacho que le habían habilitado y la oficina siguió como cada día... hasta que se acercó el momento de la reunión.

Media hora antes, los trabajadores ya empezaron a removerse en sus sitios. Algunos, los más ansiosos, se dirigían a la sala de reuniones aun cuando faltaba todavía un buen rato para la cita. Otros intentaban a toda costa acabar con lo que tenían entre manos por si el “jefe/ogro” les preguntaba algo en concreto. Las chicas, de todas las edades, se agolpaban en los baños para asegurarse de dar la mejor imagen «¡Como si eso fuera un requisito para el trabajo!» —pensó Marta, aunque la tentación de correr hacia el espejo la sorprendió.

Ya estaba a punto de levantarse para satisfacer el incomprensible instinto de mirarse, cuando una mano llena de papeles se estampó encima de su mesa impidiéndoselo.

—Marta, guapa, repasa esto. Álvarez me ha preguntado por los pedidos de *Ford* y no he querido dárselos sin que les echaras un vistazo. Sé que están bien, claro, los he hecho yo —Jaime, como era habitual en él, presumió de un trabajo que no había realizado— pero no quiero que, si te pregunta a ti, no sepas de qué te habla.

Marta, *ojiplática*, miró los papeles, después a Jaime y otra vez a los dichosos papeles.

—Jaime —le dijo sorprendida—, eso está más que repasado. Verifiqué esos pedidos la semana pasada, los revisé ayer y los he vuelto a mirar esta mañana antes de que llegaras. Conozco al dedillo todo su contenido, no necesito echarle más vistazos, creo yo —normalmente Marta no se enfadaba ni discutía nada, pero eso le había sentado realmente mal.

—Mira, guapa, —le soltó como un insulto— te he dicho que lo repases y lo repases. No vuelvas a discutirme nada. Recuerda con quién hablas, bonita. Y date prisa, ¿eh? No llegues tarde a la reunión.

Marta le miró atónita.

—Jaime... —empezó a decir, pero él la cortó casi con un rugido.

—¡Te he dicho que te lo repases! ¡¡Ya!!

¿Qué le había pasado a Jaime ahí dentro? ¿Qué había ocurrido en esa reunión?

—De acuerdo, Jaime. Ya voy —sucumbió sumisa.

—Así me gusta. Me haces caso y todo va bien. Si no... Bueno, tú ya me entiendes.

—Miró la puerta de salida por encima del hombro.

No, no le entendía, pero no quiso decírselo. No estaba el ánimo de él para más conversaciones. Jaime se giró y la dejó sola frente a unos papeles que ella misma había elaborado, revisado, vuelto a revisar y recontra revisado.

Sintió deseos de desobedecer a Jaime como un acto de rebeldía, pero su pundonor no se lo permitió. Así que, sin ninguna necesidad, volvió la vista sobre los puñeteros pedidos y se puso con ellos de nuevo.

Al finalizar, estaba convencida de que si le pusieran un examen sobre esos condenados documentos, sacaría matrícula de honor. Seguro.

Ya no tenía tiempo ni de lavabos ni de nada. La reunión había comenzado y ella ya llegaba tarde. Deseaba desesperadamente que nadie, en especial el nuevo jefe, se diera cuenta de su retraso. Pero no fue así.

# Capítulo 3

Marta inspiró tres veces antes de atreverse a abrir la puerta del que ella presentía, sería su potro de tortura personal. Todo el personal estaba reunido en la sala: los de mantenimiento, los de almacén, los de compras, los de ventas, los de personal, jefes... y los de contabilidad. Bueno, de estos últimos no todos. Faltaba ella.

Intentó hacer el menor ruido posible, pero la puerta no estaba por la labor de ayudarla a pasar desapercibida y chirrió bien alto, delatora. Se quedó totalmente quieta como si de esa manera, el sonido desagradable que se había escuchado fuera un sueño colectivo y no la puerta que acababa de abrir. Pero no. Todos giraron la cabeza a la vez para mirarla, provocando que el corazón empezara a martillearle locamente.

Cuando pensaba que su ritmo cardíaco había llegado a su cenit, la cosa empeoró potencialmente. Pablo Álvarez, el ‘ogro’, que tenía la vista perdida entre el grupo de trabajadores, giró sus ojos hacia ella en un gesto claramente reprobatorio. La mirada del jefe se clavó en la de la empleada haciendo que se sintiera como la más diminuta de las hormigas.

Si en un principio Marta se había quedado totalmente estática, en ese momento se convirtió en estatua de sal. Ni el aire en sus pulmones se atrevía a removerse. Su cara de terror fue convirtiéndose en una máscara de pánico, eso sí, con un descarado color granate imposible de disimular ni mezclándose entre la gente de la famosa fiesta de la *Tomatina*.

—Srta. Martín —la voz de Pablo retumbó por toda la sala, y jeso que no la había alzado lo más mínimo!—. Celebro que haya tenido la amabilidad de compartir un poco de su tiempo con nosotros.

Marta quería contestar. De verdad que quería. Pero su voz se negó en rotundo a secundarla.

Él la seguía mirando y, conforme pasaban los segundos, sus ojos se convertían en bloques de hielo cada vez más grandes. ¡Ríete tú del iceberg que hundió al *Titanic*!

—¿No piensa compartir con el resto el motivo que la ha tenido tan sumamente entretenida como para desobedecer una orden, sencilla por otro lado, de sus jefes?

Y por culpa de esas palabras, Marta terminó de bloquearse. Había perdido de golpe toda la capacidad de hablar, moverse, respirar y hasta de razonar.

—Srta. Martín, estamos esperando. —¡Hala! ¡Venga! ¡Mejorando la situación! Con cada palabra del *ogro*, la joven, se iba petrificando más y más.

La situación hubiera resultado cómica si la pobre Marta no hubiera estado al borde del colapso. Pero lo estaba, ¡vaya que si lo estaba!

—¿Srta. Martín? —Tronó la voz de Pablo con una mezcla de enfado y ligeros toques de preocupación.

Quizá ese matiz fue el que consiguió sacarla de su trance. Parpadeó un par de veces y empezó a balbucear algunas palabras sin sentido.

—¿Srta. Martín? —El tono de Pablo había cambiado totalmente al percibir del grave problema en el que se encontraba ella—. ¿Se encuentra bien?

—P..p..perdóneme —pudo contestar al fin con un suspiro de voz—. No era mi intención llegar tarde —tartamudeó nerviosa.

—Y, ¿qué la ha retenido? —Su voz había cambiado. Ahora sonaba amigable.

En ese momento, temió volver al estado de catalepsia del que acababa de salir,

pero con una fuerza de voluntad que ignoraba tener, consiguió responder a su jefe.

—Tenía que repasar unos pedidos —balbuceó.

—¿No lo había podido hacer antes? —Alzó las cejas asombrado.

—Sí, sí señor, lo hice varias veces —consiguió contestar a duras penas.

—¿Entonces?

—El Sr. Lorca —al nombrarlo, le buscó con la mirada—. Me pidió que los volviera a repasar por si usted tenía alguna pregunta que hacerme.

Los ojos de Pablo la abandonaron a la velocidad de la luz para mirar con disgusto al mencionado.

—Pero, no era necesario, ¿no? —El Sr. Álvarez sonó nuevamente duro aunque, extrañamente Marta no se sintió amenazada. Tuvo la corazonada de que, en ese momento, no era ella el objeto de su enfado ya que Pablo seguía mirando a Jaime con puñales en los ojos.

—No, no señor. Los elaboré la semana pasada y los había repasado varias veces incluso hoy también lo he hecho para asegurarme de que tuviera usted todo en regla —tímidamente, su ánimo había mejorado un poco y su voz parecía querer salir, aunque sin demasiado éxito todavía.

El *ogro* dulcificó su mirada al posarla en ella y la volvió a recrudecer cuando se enfrentó con el causante del retraso de la chica.

—Jaime, Jaime... ¿Qué tienes que decir al respecto?

Lívido como la nieve y furioso como un tigre de bengala enjaulado, Jaime escupía fuego por los ojos cuando miró a su subordinada primero y a Pablo después.

—Es que no me fío de ella, ¿sabes? No siempre es muy rigurosa en su trabajo y no quería que fallara hoy. —El vómito de hiel hecho palabras encogió el alma de Marta.

Pablo notó la sacudida que había causado en la joven la puñalada trapera de Jaime. La miró comprensivamente negando con la cabeza.

—Jaime, ¿me estás diciendo que la Srta. Martín no cumple con sus funciones correctamente?

Marta contuvo el aliento. La expectación por la respuesta de Jaime, la dejó aturrida. ¡Seguro que él se desdiría de su comentario anterior! Seguro. Jaime sabía que era buena en su trabajo. No, buena no. Era mejor que buena. Desde luego, ambos sabían que era mejor contable que él. Era ella quien llevaba realmente las cuentas de la filial. Por eso, Marta confiaba en que Jaime regulara. Le había confesado que le quería hacía menos de 24 horas; que lo encontraba *encantador*. Los dos tenían claro las veces que le había sacado las castañas del fuego. Le cubría las espaldas cuando se retrasaba tras una noche de juerga y *ligoteo*. Le... —«Si» — se autoconvenció— *«Jaime rectificará. ¡Pues claro que lo hará! No puede atacarme de esta manera. Sabe que he sido yo la que me he quemado las pestañas para contabilizar esos malditos pedidos»*.

Pero no. Jaime se mantuvo en sus trece.

—Sí, te lo digo —escupió dañino—. Es descuidada, se olvida de sus obligaciones y tengo que ir detrás de ella para que haga el trabajo.

La conmoción golpeó, no solo a Marta, sino a toda la sala. El murmullo inicial fue convirtiéndose en un clamor de indignación que situó a Jaime solo frente a todos. Hasta Sonia, que era una de sus más arracimas defensoras, se sintió horrorizada ante su afirmación, sin duda falsa donde las hubiera.

Pablo no daba crédito a lo que escuchaba. Tenía referencias de Marta Martín. Era muy meticuloso con su trabajo y antes de comenzar en una sucursal, se preparaba muy bien sobre lo que se podía encontrar. Según los comentarios, todos favorables, que había escuchado, ella era realmente buena y dudaba que esa fama fuera desmerecida. La respuesta de sus compañeros en la sala lo confirmaba, así que, la calumnia lanzada por Jaime le había dejado atónito.

Se giró hacia la estupefacta muchacha y, por primera vez, se fijó en ella.

Era pequeñita. «*Recogida*» se dijo apreciativo «*¡Seguro que no me llega ni al hombro! Pero tiene todas las curvas necesarias en una mujer y muy bien puestas, por cierto*» —observó para sí. La estudió con disimulo pero detenidamente. Ojos oscuros cubiertos por unas pequeñas gafas naranja. Piel traslúcida más que blanca. Labios perfectamente delineados... Su melena corta le daba un aire de soñadora, aunque su indumentaria era más bien tirando a clásica... No, no era una de esas mujeres que provocan que los hombres se giren al verla pasar, no. Pero tenía un rostro dulce y tranquilo, un cuerpo mucho más que apetecible y su cabeza, le constaba, estaba muy bien amueblada.

—Creo que deberíamos mantener una conversación los tres en privado —Pablo trató de calmar algo el ambiente utilizando un tono conciliador—. Al terminar aquí, nos reuniremos en mi despacho. Ahora Srta. Martín tome asiento y continuemos con lo que estábamos.

Durante media hora más el nuevo jefe estuvo explicando sus expectativas mientras él estuviera al frente de la delegación, escuchó propuestas, iniciativas, rutinas... En definitiva, la reunión fue un primer encuentro con el que comenzar a asentar lo que sería, en adelante, el rumbo de la empresa con él al frente.

Al salir de la sala, y dada la hora que se había hecho, todos se tomaron un descanso para comer. Algunos llevaban su fiambarrera, otros se dirigieron al bar de Gloria, de la que todos opinaban que cocinaba como los mismísimos ángeles. Los más *potentados* se fueron al restaurante situado al final de la calle. Entre estos estaban los jefes, claro.



# Capítulo 4

—En serio Pablo, no sé qué coño ha pasado ahí dentro con esos dos. —Paco Ruiz todavía no daba crédito a la reacción de Jaime—. Normalmente, Jaime y Marta se llevan muy bien. Lo cierto es que a él le va genial lo bonachona que es. ¡Pero si todo el departamento de contabilidad lo lleva ella sola! —Siguió Paco enfadado—. Es una contable buenísima y una mejor persona, no sé qué le ha podido pasar por la cabeza para desacreditarla de esa manera. —Y si me apuras —frunció las cejas— ¿por qué le hizo repasar los pedidos que ya se había mirado ella varias veces? No tiene ningún sentido, de verdad.

—Bueno Paco, yo sí que tengo una pequeña idea.

—Cuenta, cuenta.

—No, mi querido Paco —sonrió palmeando su hombro—. Por muy jefe de personal que seas, no te voy a revelar mis sospechas hasta que tenga claro si estoy o no en lo cierto.

—Llevo nueve años en esta empresa. Cuando llegué ya estaban aquí tanto Marta como Jaime y desde siempre, ha sido Marta quién ha cargado con el peso del trabajo. No sé cómo se lo monta Jaime para que la central no note todas sus carencias, la verdad.

—Quizás sí que se nota, ¿no crees? —Alzó una ceja de forma enigmática—. Puede que esa sea una de las causas por las que estoy aquí. No la única, por cierto —se apresuró a aclarar—. Pero lo que sí te puedo decir es que, tal vez, se empiece a sospechar que hay algo de todo esto que no cuadra.

—¿Hablas en condicional?

—Venga, Paco, que se nota a la legua que eres amigo de la Srta. Martín. No voy a contarte más de lo que ya te he explicado. ¿Qué tal si cambiamos de tema y pedimos la comida?

—¡Veo que eres un hueso duro de roer! —Se carcajeó—. Sí, tienes razón soy amigo de Marta. Es fantástica. Aunque en honor a la verdad, no tiene demasiados amigos en la oficina.

—¿Por qué? —preguntó extrañado. Le había parecido una chica afable.

—Es muy celosa de su intimidad. No tiene una vida demasiado fácil y detesta que la compadezcan. Y ¡ya está! —exclamó dando una sonora palmada—. Ya he hablado más de la cuenta. Es su vida. Si ella quiere mantenerla en secreto, no seré yo quién lo impida.

Pablo se quedó pensativo tras la última revelación de Paco. ¿Por qué una bonita mujer, amable y educada, no tenía amigos en el sitio donde pasaba la mayor parte del día? ¿Por qué decía Ruiz que su vida era difícil?

Fijó la vista en el menú que tenía delante dispuesto a elegir lo que iba a comer. El resto hizo lo propio. Enseguida se creó un ambiente relajado y de cordialidad entre todos. Casi todos en realidad. La cara de Jaime Lorca era un poema cada vez que miraba con disimulo al Sr. Álvarez. La conversación que había mantenido con él antes del comienzo de la reunión, no había resultado agradable. En absoluto. Pablo había insinuado que en la central no estaban demasiado satisfechos con su labor y eso le había puesto a la defensiva. — *«Si el punto de mira está puesto en Marta, mejor que mejor»* —pensó. Si desviaba la atención de Álvarez y la desacreditaba a ella de un mismo

golpe, él salía ganando. La estrategia era perfecta. No entendía qué había desbaratado su plan. Pero lo que sí tenía más que resuelto era que si alguien abandonaba la empresa en el departamento de contabilidad, ese no sería él. Por eso había intentado ponerla en la palestra delante de Álvarez, haciéndola llegar tarde a una reunión que él había convocado especialmente y para la que había exigido puntualidad y asistencia obligada.

Para Jaime, Marta era boba. Fea. Bueno, quizás fea no fuera la palabra exacta, pero poco atractiva, sí. Demasiado baja. Tetas demasiado grandes. Culo enorme... Si la perdía de vista no se iba a llevar un disgusto. ¡No señor! Lo que sí lamentaba era que si ella se iba, él tendría que hacer frente a todo el trabajo, y no tenía muy claro si sería capaz de hacerlo.

Pablo le observaba disimuladamente. Si de algo se vanagloriaba era de catalogar bien a las personas, y ese tipo no era trigo limpio. Se lo decían sus huesos. No podía confiar en lo que dijera. Le parecía un individuo hipócrita y... ¿peligroso? Tras ese pensamiento sorprendente, siguió comiendo y charlando amigablemente con el resto, pero sin quitarle el ojo de encima al jefe de contabilidad, tratando por todos los medios que este no se diera cuenta. Debía dejar que se sintiera confiado.

Por su parte Marta se había quedado en la salita común de la oficina. Como casi todos los días, se había llevado su fiambra, ese día con el delicioso estofado de carne con patatas que había preparado la noche anterior, una naranja y una botella de agua.

Aunque no era muy popular en la empresa, o eso creía ella, la mayoría de los compañeros habían ido a ofrecerle su apoyo por el extraño suceso de la reunión general. Incluso María Sans, la ácida secretaria de Javier Simón, el jefe de marketing, cosa que le sorprendió sobremanera por que no era muy dada a relacionarse con la *chusma*.

Los que compartieron la hora de la comida con ella, no pararon de darle ánimos y de aconsejarle que fuera fuerte y decidida a la reunión que mantendría un rato más tarde con los dos jefes, el suyo directo, Jaime, y el que había ido allí a ponerlos a todos firmes.

Marta sonreía agradecida. En sus diez años en la empresa, no recordaba un momento en que hubiera recibido tanta atención por parte de todos. Pero por desgracia, las palabras de ánimo, las sonrisas y el apoyo que le dedicaban todos, no le servían de mucho. Se sentía completamente impotente por lo que se le echaba encima. No se creía capaz de enfrentarse a esos dos hombres seguros, inteligentes, preparados, grandes y guapísimos... Además, ¿cómo iba a desmentir a Jaime, SU Jaime? Algo había tenido que ocurrir para que hubiera reaccionado así. Para que la hubiera acusado tan injustamente...

Intentaba planear como encarar la situación, pero no veía el camino a seguir. Solo sabía que ella no había hecho nada más que cumplir con lo que Jaime le había pedido. Al fin y al cabo, era su obligación. Él era su jefe, ¿no?

Poco a poco los trabajadores fueron terminando sus refrigerios. Los que se habían quedado en la oficina, recogieron sus cosas y volvieron al trabajo. Los que habían ido al bar de Gloria, regresaban satisfechos, como siempre, por la buena comida que habían disfrutado.

Solo faltaban los jefes.

Marta no dejaba de levantar los ojos de su ordenador una y otra vez para vigilar la puerta. Sabía que en cuanto la cruzaran, se iba a desarrollar un encuentro que dudaba fuera a ser agradable en absoluto, al menos para ella.

El temido momento llegó algo más de un cuarto de hora después de que todo el mundo estuviera ya a lo suyo. Marta se tensó de inmediato. Clavó su mirada a la pantalla del ordenador y de forma lentísima, se fue hundiendo en su silla con intención

de desaparecer del ángulo de visión del *ogro*. Sabía que él iba a llamarla a su despacho, pero, si no la veía, tal vez se olvidara de ella.

¡Ilusa!

Los directivos se distribuyeron por sus respectivos despachos. Solo cinco minutos más tarde sonó el teléfono de Jaime seguido del sonido de su silla arañando el piso de forma violenta. Diez segundos más tarde se abrió la puerta de su oficina y salía al encuentro del Sr. Álvarez con cara de muy pocos amigos. En ese momento sonó el teléfono de Marta.

—¿Srta. Martín? —La voz de Pablo sonó alta y clara a través del auricular.

—¿Sí, Sr. Álvarez? —Marta volvió a tropezarse con las palabras.

—Por favor venga a mi despacho dentro de cinco minutos. Antes de hablar con usted deseo mantener una charla con el Sr. Lorca acerca de lo que nos ha explicado esta mañana en la reunión.

Los pulmones de Marta estaban vacíos de aire cuando contestó.

—De acuerdo Señor. En cinco minutos estaré allí.

—Trate de no retrasarse esta vez —la firmeza en la voz no le dejó ninguna duda de que era una orden en realidad.

—Allí estaré. No se preocupe.

—No soy yo quien debe preocuparse, ¿no cree? —Afirmó con rotundidad.

Marta no supo que contestar y simplemente dejó su respuesta en el aire.

—Hasta ahora, pues —concluyó Pablo.

¡Terremoto declarado en el estado de Marta! No podía dejar de temblar. Malo, aquello era muy malo. La muerte la esperaba tras la puerta del despacho del nuevo jefe. —«Bueno» —pensó con el poco humor que le quedaba— *«así no tendré que enfrentarme a él ni a Jaime»*.

Tres minutos más tarde, se dirigió hacia el patíbulo. Se adelantó un poco no fuera el caso que se retrasara y se metiera en más problemas. Al llegar se quedó en la puerta esperando el momento justo para entrar.

Los dos minutos más amargos de su vida. En esos dos minutos, toda su vida se desmoronó.

No estaba preparada para escuchar lo que estaba oyendo.

# Capítulo 5

—...Incompetente. En serio Pablo, la tengo en el departamento por pura lástima.

—Pues todo el mundo coincide en que es muy buena en lo suyo.

—Bueno, no lo hace mal, pero si no estoy yo allí para supervisar... ¿qué quieres? No estoy seguro de que el trabajo esté del todo bien hecho.

—Los de Murcia y Sevilla —Pablo, que empezaba a impacientarse con los comentarios de Lorca, no paraba de girar la pluma entre sus dedos. Estaba deseando enfrentar cara a cara a esos dos—. Hablan maravillas de ella.

—Porque no la tienen que sufrir. Es lenta e ineficaz... ¡No sé qué sería de ella en otra empresa! —Se encogió de un hombro para enfatizar sus palabras.

—Entonces, ¿por qué no te has desecho ya de ella? Después de diez años, has tenido tiempo de moldearla a tu gusto o echarla si no conseguías de ella lo que esperabas, ¿no crees?

—Sí, tienes razón pero me daba lastima la pobre. ¿Dónde iban a contratarla?

—Ese no era asunto tuyo.

—Ya, pero soy buena gente y no quería dejarla en el paro.

—¿Y no crees que el hecho de que no haga bien su trabajo es un fracaso tuyo?

—¿Mío? —El asombro de Jaime sonó genuino—. ¿Por qué iba a ser yo el culpable?

—¿No la aleccionaste bien, tal vez?

—Ella debía venir ya instruida de la facultad, ¿no? —Sin darse cuenta, Jaime iba cavando lentamente su propia tumba—. Para eso fue allí.

—Tú, ¿a qué facultad fuiste? Tal vez la suya no era tan *prestigiosa* como la tuya —ironizó Pablo.

—Yo no necesité ir a la universidad —afirmó categórico.

—¡Ah!, ya veo.

—Además, es patética —cargó de nuevo para distraer la atención que se había creado en torno a sí mismo.

—¿Cómo? —La desfachatez del jefe de contabilidad le dejaba cada vez más estupefacto.

—Sí, ¿tú la has visto? Enana, gorda como una mala cosa, con unas tetas que te hacen pensar que estás en el campo rodeado de vacas... —dijo despectivo—. ¡Y está enamorada de mí! ¿Te lo puedes creer?

Pablo ya no podía más. Ese tío era imbécil patológico.

—No debemos estar hablando de la misma mujer —susurró para sí mismo.

—Sí, nunca me lo había dicho con palabras, aunque se le notaba a la legua —el tono condescendiente de Jaime chirriaba en los oídos de su jefe—. Pero ayer, justo ayer, yo estaba hablando con Sonia la de pedidos y ella se metió en nuestra conversación para decirme que me quería y que era encantador. Lo dicho, ¡patética!

Fuera, Marta ya casi no podía respirar. ¿Cómo había sido tan ingenua? ¿Cómo había podido pensar que él sintiera el más mínimo aprecio hacia ella? ¿Cómo había dedicado los últimos diez años de su vida en amar, proteger y ayudar a un ser tan rastrero? Parecía un fantasma cuando se atrevió a entrar en el despacho.

Se hizo un silencio entre los dos hombres al oír los nudillos de la contable golpeando la puerta. Pablo miró a Jaime con desaprobación, cerró los ojos un segundo,

suspiró y con un tono amistoso la invitó a entrar:

—Srta. Martín, ya puede pasar.

Marta traspasó el umbral y dio un solo paso al frente.

—Cierre la puerta, por favor. —la amabilidad del Sr. Álvarez intentaba minimizar los posibles daños causados por las ácidas palabras de su acompañante, en el desgraciado caso de que ella hubiera escuchado algo de su conversación. Y sí, así había sido.

—Claro, Señor.

—Puede llamarme Pablo, si lo desea.

—Sr. Álvarez, estará bien, por el momento —no estaba dispuesta a que los dos hombres que tenía en frente, adivinaran lo devastado que estaba en ese momento su ánimo, su autoestima y su corazón.

—Tome asiento —Pablo seguía con ese tono amable pero que a ella le sonó demasiado paternalista.

Marta miró a uno y a otro procurando que su cara no sufriera ningún cambio, y acto seguido se sentó en la silla desocupada frente a la mesa.

—Sta. Martín, Marta, me gustaría aclarar lo ocurrido esta mañana, porque me ha sorprendido su falta de disciplina, la verdad.

—Perdone, pero no ha sido falta de disciplina. Tenía muy claras sus órdenes. Sabía que tenía que estar en la sala de reuniones a la una en punto, pero ¿qué se suponía que debía hacer? El Sr. Lorca, mi jefe directo, me dio otra orden que contradecía la suya. Por favor, acláremelo para no volver a repetir el error.

El tono directo y sin titubeos de Marta sorprendió a los dos hombres por igual. No era un comportamiento típico de Marta, ni muchísimo menos, eso lo sabía Jaime. Por su parte, a Pablo no le cuadraba en lo más mínimo con la inseguridad que había demostrado horas antes, en la sala de reuniones.

—A ver, Jaime, vuelve a explicarme lo de esos pedidos de *Ford* —pidió Pablo.

—Ya te he dicho que no me fiaba de su trabajo —en esta ocasión, Lorca no habló con tanta prepotencia como había utilizado cuando estaban solos.

—¿Por qué no lo repasaste tú si no estabas seguro de que cuadrasen los números?

—Es su trabajo, no el mío.

—Tu trabajo es que el trabajo esté bien hecho. Si no es así, lo haces tú mismo —espetó con dureza abalanzándose en su dirección con las manos apoyadas en la mesa.

A Marta se le escapó una breve sonrisa que reprimió justo a tiempo de que se convirtiera en franca risa. Pablo se percató de esa ligera mueca y sintió interés por saber qué la había causado.

—Marta, ¿me permites que te tutee? —Ella asintió tímidamente. Ese hombre era un enigma para ella. Lo mismo se comportaba como el *ogro* que ella creía que era, como mostraba un comportamiento agradable... casi amistoso.

—Pues Marta entonces. ¿Qué opinas tú? ¿Era necesario un último repaso que te obligara a llegar tarde? ¿Había alguna duda de que todo estuviera en orden después de haberlo revisado Jaime?

—¿Perdón?

—¿Quieres que te lo repita? —preguntó sorprendido.

—No, no hace falta, gracias. —dijo más segura de lo que nunca se había sentido—. Solo me ha parecido entender que me preguntaba por la inexistente supervisión del Sr. Lorca.

Jaime jamás hubiera imaginado una respuesta tan sarcástica de Marta. Sobre todo porque la hiel de sus palabras le tenían a él como objetivo. ¿Marta? ¡Pero si besaba sus pies, bebía de su mano...! ¿Dónde estaba la Marta humilde y dócil que él conocía?

Ella se preguntaba lo mismo. No tenía idea de donde había salido esa determinación, pero no estaba dispuesta a seguir fiel a alguien que en secreto, se había burlado cruelmente de ella, y cuyas palabras dichas momentos antes, la habían humillado de la peor manera.

—Sí, eso es. Le preguntaba por...

—Perdone que le interrumpa señor, pero Jaim... El Sr. Lorca nunca repasa nada de lo que hago. Si me apura —dijo con orgullo—, soy yo la que reviso su trabajo o directamente, la que lo hace.

A Pablo no le quedó ninguna duda de que Marta había escuchado la conversación mantenida con Jaime. Meneó la cabeza, contrariado. No iba a sacar nada en claro si uno trataba de ningunear a la otra y ésta se mostraba hostil y a la defensiva.

No. Tendría que averiguar quién decía la verdad, pero lo haría poco a poco, observando el trabajo de ambos. Uno no cambia de la noche a la mañana. Con paciencia esperaría que todo volviera a su cauce, entonces él podría sacar la verdad a la luz y tomar cartas en el asunto. No iba a permitir que Lorca se llevara el mérito del trabajo de esa mujer menuda, con cara inteligente y con un encanto que le atraía poderosamente. —«*Esto no es nada conveniente*» —recapacitó—. «*Si con solo unas horas me intriga de esta manera...*»

Si sus sospechas eran ciertas y los informes sobre ella decían la verdad (cosa que cada vez estaba más tentado a creer), Jaime Lorca iba a pasar a engrosar la cola del paro más bien pronto.

—Bien, creo que por ahora ya hemos hablado suficiente. Todos estamos cansados y todavía quedan cuestiones que quiero solventar antes de irme hoy. Supongo que vosotros también tendréis cosas por terminar, ¿no?

—Claro —se aceleró en contestar Jaime—. Yo siempre tengo mil cosas que hacer y solucionar.

Marta asintió levemente con la cabeza, se levantó, volvió a mirar a los dos atractivos hombres y se dirigió hacia la puerta.

—Señores —su timidez regresó a ella—, si necesitan algo, estaré en mi mesa.

No volvió a girarse. Simplemente salió del despacho y se encaminó a su puesto de trabajo.

Tanto Sonia como Lola la miraron inquietas, pero no se atrevieron a preguntarle nada. Su actitud esquiva no invitaba a satisfacer su curiosidad. Sonia abrió los labios tentada en preguntar, pero Lola se lo impidió fulminándola con la mirada. Si quería compartir lo que había pasado dentro de aquel despacho, lo haría cuando estuviera preparada.

Se refugió en su mesa, en sus números, que siempre le decían la verdad, en su trabajo. Sus compañeras la miraban de soslayo con los ojos preocupados e inquisitivos, pero Marta las ignoró deliberadamente. No estaba dispuesta a seguir hundiéndose más y más en su miseria, rememorando los amargos comentarios que había escuchado.

Su vida sentimental se había ido al garete y su trabajo pendía de un hilo (e ignoraba lo grueso que ese hilo pudiera ser). Necesitaba lamerse sus heridas en soledad y no publicándolo en el *Hola*. Se sorprendió de lo orgullosa que se sentía por haberse defendido frente a Jaime: con uñas y dientes. Todos tenemos un límite y ella había alcanzado por fin el suyo.

El resto de la tarde lo pasó sumergida en una vorágine de trabajo que la sumió en una agradable amnesia. Se inventó trabajos innecesarios, adelantó pedidos, ventas, balances... Cualquier cosa era mejor que recordar el menosprecio que había percibido detrás de aquella puerta.

Apagaba el ordenador para marcharse a casa cuando vio a Jaime plantado en una de las puertas de su oficina.

—Conmigo tienes las de perder, no lo olvides —le espetó irritado—. Soy mucho más fuerte que tú.

—No estoy luchando Jaime, sólo me defiendo. Jamás pensé que fueras tan... dejémoslo. No tengo ganas de seguir hablando contigo, estoy cansada y quiero irme a casa.

—Hablarás conmigo si yo lo digo. Trabajas para mí ¿lo recuerdas? Al menos de momento. —La ironía resulto obvia.

—No —el dolor punzante de su pecho se hizo audible en su susurro—. Pero mi jornada laboral ha terminado y ahora mi tiempo es mío. Si quieres decirme algo, tendrás que esperar a mañana. —Tenía que salir de allí. Necesitaba huir de él y del dolor que le había causado y que le seguía hiriendo—. Adiós.

Pablo había abierto su puerta para marcharse cuando escuchó la voz hosca de Jaime. Decidió escuchar sin ser visto. Lo que oyó no hizo otra cosa que confirmar un poco más, la sospecha que se había abierto camino en su cabeza. Jaime era un bicho peligroso. Cada vez estaba más convencido de que debía desaparecer del organigrama de la empresa. Y cuanto antes mejor.

Al escuchar la débil voz de Marta, un sentimiento de protección se apoderó de él. Esa mujer no merecía un trato tan cruel. Decidido a echarle un cable, caminó por el pasillo hasta encontrarse con Lorca.

—Por fin acabó el día, ¿eh chicos? —Trató de sonar despreocupado—. ¿Cómo es que todavía estáis aquí? No parece quedar mucha gente en el edificio.

—Yo ya me iba Sr. Álvarez. Realmente hoy ha sido un día muy largo —Marta le regaló un amago de sonrisa, cogió su mochila y se perdió por la otra puerta.

—¿Tú no te vas, Jaime? —Una helada sonrisa apareció en su rostro al dirigirse a él.

—Sí, claro —le había pillado *in fraganti* y lo sabía—. Sólo le recordaba a Marta algo para mañana.

—Ya... —dijo Pablo incrédulo— Yo también me voy. Mañana nos veremos. Tenemos que repasar muchas cosas. Pero antes necesito hablar con el resto de encargados. Ya me podré en contacto contigo en algún momento del día.

—Cuando tú quieras, Pablo —le desafió—, cuando TÚ quieras.

—Hasta mañana entonces. —dijo aceptando el reto.

—Hasta mañana.

# Capítulo 6

Cabizbaja, Marta se encaminó hacia la parada del autobús. Recordaba cómo había empezado su día. Sí, estaba nerviosa, asustada, pero su corazón tenía un motivo para latir y después de una de las más terribles jornadas de su vida, solo le quedaban astillas del amor de su vida. Porque Jaime había sido y ¿lo seguía siendo? El amor de su vida.

Se sentía devastada. Durante los últimos diez años había estado amando a un hombre que la detestaba y eso le dolía. Dolía, no sólo porque su amor no había sido correspondido ni siquiera con aprecio, no porque durante todo ese tiempo no se hubiera permitido pensar en otro, si no también, porque se sentía rotundamente humillada.

El autobús no la hizo esperar mucho esta vez. Lo agradeció. Era lo único bueno que le había pasado en todo ese largo y aciago día.

Miró a su alrededor. Las caras anónimas no demostraban sentimiento alguno, pero imaginó que entre esas personas, seguro que habría gente tan desdichada como ella. Familiares enfermos, despidos injustificados... ¡Existen tantos motivos para sentirse triste! Eso la reconfortó aunque se sintió ruin por experimentar esa cierta paz de espíritu. ¿Qué decía eso de ella?

Se sentó en un asiento libre, sacó su libro e intentó leer pero, aunque la novela estaba en un momento muy emocionante, su desánimo le impidió concentrarse. Cerró el libro y lo abandonó en su regazo.

Volvió a pasear su mirada por los que compartían el autobús con ella y, sintiéndose culpable por su pensamiento anterior, se dedicó a crear una vida llena de alegrías para cada uno de ellos. La señora mayor con el bolso en bandolera, iba a encontrarse con su nieto, reconocido oncólogo en un prestigioso hospital. El joven moreno con auriculares, volvía de una reunión con un productor de música tras firmar el contrato que le lanzaría a la fama. La muchacha del abrigo rojo se dirigía al encuentro de su amado... Esta última idea la volvió a sumir en un estado de melancolía extrema. Apoyó la cabeza en la ventanilla. Ya no pudo continuar inventándose bonitas historias. Seguir suponía un esfuerzo demasiado grande y ella estaba exhausta. Se dio cuenta de que inventar vidas alegres, por desgracia, no la ayudaba en absoluto. Todo lo contrario. Se sentía peor, si eso era posible.

Se acercaba a casa y, si algo tenía muy claro era que allí, no podía dejar entrever ni un poquito de su miseria espiritual. Su madre la necesitaba alegre, dicharachera, en plena forma anímica. Así que, armándose de coraje, fue recomponiendo su ánimo conforme avanzaba hacia su edificio.

Durante todos esos años, había logrado ocultar lo que sentía por Jaime a su madre. ¡Diez años! ¡Increíble! No iba a consentir que la mujer descubriera su secreto, precisamente el día en que él le había destrozado el corazón. No. Se negaba a causarle el más mínimo dolor a quien lo había dado todo por ella.

Mientras caminaba, se colocó su mejor sonrisa. Necesitaba que se fijara bien en su rostro para no levantar sospechas en su madre. Paso a paso lo fue consiguiendo. Por eso, al llegar a su edificio y encontrarse con la Sra. Cánovas, la del segundo, su aspecto era ya el de una despreocupada y sonriente muchacha.

—Sra. Cánovas ¿necesita que la ayude con las bolsas?



—Hola Martita. No, gracias guapa, no pesan nada. Son más bulto que otra cosa.

—Se las puedo llevar igualmente, si quiere.

—¡Qué amable eres niña!

—Sra. Cánovas ¡que ya no soy una cría! —Le recordó a su vecina con una sonrisa.

—Te conozco de toda la vida. Para mí siempre serás una niña. La más simpática y alegre que he conocido nunca. Tú nunca tienes problemas, malas caras, malos modos...

—Usted siempre me ha mirado con muy buenos ojos, Sra. Cánovas, pero le puedo asegurar que yo también tengo mi genio.

—Sí hija, pero lo debes tener muy escondido.

—Supongo... Sí, supongo que es así.

—Y qué, ¿cuándo te vas a buscar un buen hombre que te caliente el ánimo? —¡Lo que le faltaba precisamente ese día! La buena de la Sra. Cánovas hundiendo el dedo en la llaga.

—Yo estoy muy bien sola. Bueno, sola no, con mi madre.

—Sí, mi niña, pero los jóvenes necesitáis tener una vida, no cuidar de los padres eternamente.

—Bueno, yo soy feliz con ella y además tampoco he conocido a un hombre que me haya ilusionado —la mentira le salió de la boca rasgándole las entrañas—. Quizás algún día...

—Estoy segura de que encontrarás a tu príncipe azul. Te lo mereces.

Con esa amable charla, llegaron a la puerta de la buena mujer. Le dejó las bolsas en el quicio y se despidió reforzando la falsa sonrisa que había creado.

—Hasta otro día Sra. Cánovas.

—Adiós, Martita. Saluda a tu madre de mi parte. A ver si mañana me paso a verla un rato que ya hace días que no lo hago.

—Ya sabe que le encantará verla. —Sabía que era así. Eran vecinas y amigas desde hacía más de 40 años. Eran ya como familia.

Arrastrando su energía, escondida en una imagen de falsa alegría, abrió la puerta de su domicilio.

—Martita, hija, ¿eres tú?

—Venga, mamá, ¿quién quieres que sea? —La sonrisa falsa se convirtió en genuina con la innecesaria pero cotidiana pregunta.

—Cristina, claro. Le pedí que me trajera una tableta de chocolate. El otro día no lo apunté en la lista de la compra y hoy me apetece comerme una onza.

—¡Qué golosa eres!

—¡No soy golosa! Solo es que me apetece un poco de chocolate —se quejó la mujer—. Tú también comerás un poco, ¿a qué sí?

—Claro mamá. Ya sabes cuánto me gusta. —Iba desprendiéndose de sus ropas de abrigo mientras se encaminaba hacia la sala de estar.

Su madre hizo ademán de levantarse de su sillón pero Marta se lo impidió.

—No te muevas, mamá. Ya voy yo a darte un beso.

—Hija que fría estás —dijo su madre al besarle—, debe hacer mucho frío en la calle, ¿no?

—No me he dado cuenta. Estaba ensimismada con mi novela y ni me he percatado. —Su madre que conocía la afición de su hija, no se sorprendió.

—Ay hija, ¡siempre leyendo!

—¿Y quién me inculcó esa costumbre?

Su madre sonrió. Sí, ciertamente había sido ella quien la había envenenado con la pasión por los libros. Ella y su buen Federico, su marido, que en paz descansara.

—¡Ay, mi niña! ¡Qué razón tienes!

—¡Como siempre! —Rio. Su madre siempre le alegraba, por muy destrozada que

estuviera, tal como ocurría ese día.

—En cambio tu hermana siempre ha preferido el cine, ¡mira tú!

—Sí —Marta procuró que no se le notara el tono afilado. No necesitaba más malos tragos esa noche, y hablar de Susana siempre era desagradable para ella.

—Por cierto, ¡me ha llamado hoy! —La cara de Begoña rebosaba alegría.

—¿Después de cuantos días?

—¿Qué más dará? —Intentó quitar hierro la mujer—. ¡Pues cuando puede la pobre! Con la casa, el marido y los hijos...

—Mamá, llámame. Solo tiene que llamarte, levantar el auricular, marcar el número y hablar contigo dos minutos. No le pido que deje su vida por verte, aunque siendo su madre bien podría hacer un esfuerzo, pero ¿no puede llamarte una o dos veces por semana como mínimo?

—Marta, no hables de esa manera que parece que le tengas manía a tu hermana, y las hermanas se deben querer.

—¡Mamá! —Empezaba a crisparse y no quería—. Quiero a Susana, de verdad que la quiero, pero solo se acuerda de nosotras para pedirnos algo. ¿Qué ha sido esta vez?

—Bueno, Martita, es que... el fin de semana es su aniversario de bodas y quiere que te quedes con los niños.

—¡Ja! ¡Lo sabía! —Alzó las palmas y los ojos hacia el techo.

—¡Marta! —Le regañó su madre.

—Bueno, mamá, dejemos el tema por ahora; hoy estoy muy cansada y no tengo ganas de discutir y menos contigo.

—¿Estás cansada, hija? ¿Ha habido problemas en el trabajo?

¡NOOOOOOOOOO!, eso era justo lo que quería evitar, preocupar a su madre, y su hermanita tenía que llamarla para desbaratar sus propósitos.

—Nada más allá de lo de siempre —mintió—, pero estoy cansada.

—Martita, hija, ¿no estarás incubando algo?

—No creo, pero por si acaso, me iré pronto a dormir. Si te parece bien, te hago una tortillita con un poco de pan con tomate y me acuesto.

—¿No vas a cenar?

—Unos cereales con leche o un yogur. No tengo hambre.

—Deberías cenar si estás pocha, hija.

—Está bien —se rindió—, me haré lo mismo que a ti.

—Así me gusta, que le hagas caso a tu madre.

Marta sonrió a la mujer y se dirigió a la cocina. Haría feliz a su madre. A regañadientes pero la haría feliz. Cenaría con ella y después podría por fin, ir a su habitación y pensar .Y sufrir. Y llorar... Podría repasar una y mil veces ese angustioso y maldito día. Podría pensar en Jaime, en el Sr. Alvarez, en su madre, en su hermana... Y en qué pasaría con su vida de ahí en adelante.

# Capítulo 7

Cargándose de una gran paciencia, Marta cenó con su madre tragándose su frustración con cada bocado de tortilla y ofreciendo una conversación que en realidad, no estaba de humor para mantener.

Una vez acabada la cena y recogida la cocina besó a su madre, como de costumbre, y se dirigió a su habitación con un suspiro de derrota. Intuía... no, sabía que esa noche iba a ser larguísima. No confiaba en poder conciliar el sueño ni un minuto, pero necesitaba estar en su santuario para poder reflexionar sobre todo: su trabajo, su vida, su corazón destrozado, su humillación, su rabia...

Se descubrió a sí misma encerrando en el pecho una rabia desconocida hasta ese momento. No se caracterizaba por su mal genio, pero lo ocurrido en la oficina la había trastornado de un modo devastador. No solo le habían roto el corazón, el ánimo, el alma... No. Sentía que había estado perdiendo el tiempo durante diez años.

Se metió en la cama tras una rápida ducha y, mirando al techo, se dedicó a analizar paso por paso tanto lo ocurrido ese asqueroso día, como todo lo vivido durante los años que había pasado en ese despacho, que ahora se le antojaba horrible.

Llegó a varias conclusiones: primero que era una soberana estúpida. Segundo, que había sido el bufón de Jaime durante todo el tiempo que llevaba trabajando con él. Tercero que, con toda seguridad, el resto de sus compañeros conocían lo que su jefe pensaba de ella y nadie se había dignado siquiera a insinuárselo... Posiblemente Jaime estaba donde estaba y ejercía el cargo que ejercía gracias a ella, y sin embargo eso no había conseguido despertar en él ningún tipo de gratitud, de reconocimiento, de cariño o amistad. Para su asombro, descubrió en ese preciso momento que Jaime era un cretino. Esa idea le alimentó aún más su rabia. Ella había dedicado todos sus esfuerzos por ser necesaria, útil para él y en ningún caso se había percatado de lo egoísta, interesado y cretino que era... «Bueno, eso no es del todo cierto»— se recordó. En realidad conocía perfectamente como era Jaime, pero se había negado a admitirlo y eso la hacía sentir todavía peor.

Tenía claro que a partir de ese momento, su actitud y su posición en la empresa se verían alteradas. No iba a seguir sumisa ante él. No iba a permitir que el resto de compañeros siguieran pensando que era una *pobre diabla*. No. Iba a cambiar. Y muchas cosas con ella.

Y si con todo ese galimatías en la cabeza no tenía suficiente, ¡hala, el nuevo jefe!

Al pensar en Pablo, ya no pudo asociarle el mote de *ogro*, porque en realidad había sido bastante amable con ella, dadas las circunstancias. Se le intuía severo, pero ¿no era esa la actitud que se esperaba de un gerente? Y precisamente esa era la razón que le había llevado allí: dirigir la sucursal y optimizar sus resultados haciendo los cambios convenientes para conseguirlo. Eso le añadía una preocupación más (y ya había perdido las cuentas de las que poblaban su vida); si no podía demostrar que era una buena contable, fiable, rápida, competente..., no sabía cuánto duraría en la empresa que le había visto crecer profesionalmente.

Visto lo visto, no le hubiera importado dejar atrás a sus compañeros, incluido Jaime (solo pensar en él le provocaba urticaria), pero no podía obviar que en momentos de crisis no era fácil encontrar trabajo. Y necesitaba el dinero. ¡Vamos que si lo necesitaba! La pensión de su madre y la ley de dependencia que recibía no eran

suficientes para mantenerse las dos. La mujer necesitaba cuidados expertos que Marta no le podía ofrecer y que no estaba dispuesta a regatearle. Y por desgracia, con su “maravillosa” hermana no se podía contar. Susana estaba siempre “tan ocupada”, tenía “tantas cosas” que hacer... ¡Pero si ni siquiera llamaba a su madre una vez por semana! ¿Cómo iba a poder confiar en su ayuda si no entraba suficiente dinero en casa para cuidar a la buena mujer? Seguro que Susana encontraba una excusa u otra para escaquearse.

Susana, otro problema. No es que fuera mala persona, que va, solo era una gran egoísta. Otra más... Se preguntó si no tendría una especie de imán para las personas aprovechadas... No, no podía pensar ni por un momento en perder su empleo, así que, tendría que reinventarse para no sucumbir ante un ambiente tan hostil y demostrar de lo que era capaz, de lo que sabía que podía llegar a hacer y conseguir.

Se convertiría en imprescindible — *«aunque en realidad ya lo soy»* — pensó animándose a sí misma. Lograría que el señor Álvarez notara lo necesaria que era y entonces no sentiría la tentación de echarla. Sí, eso haría.

Miró el reloj de su móvil. Solo eran las doce de la noche, Dios, ¡qué larga se le iba a hacer!

Volvió nuevamente su mirada hacia el techo y siguió desgranado pensamientos e ideas que poner en práctica a partir del día siguiente.

A las seis y cuarenta y cinco de la mañana la alarma de su teléfono la despertó. No recordaba en qué momento se había quedado dormida, pero se sorprendió de lo descansada que se sentía. Debía haber dormido más de lo que creía. No daba crédito. Ella era una persona reflexiva, meditabunda... Cuando tenía un problema, por simple que fuera, no conciliaba el sueño en horas, si es que lo conseguía. Y esa noche que los problemas parecían ahogarla, se había dormido sin más. Lo cierto era que se sentía renovada. Fuerte para enfrentarse a lo que fuera...

¡Qué engañada estaba!

Atendió su rutina matutina con ánimo. Desayunó y, al darse cuenta de que la noche anterior no se había preparado nada para comer en la oficina, decidió disfrutar de la maravillosa cocina del bar de Gloria. ¡Sí! Le encantaba como cocinaba esa maravillosa mujer y hacía demasiado tiempo que no se premiaba con sus platos. Así que, solo cogió su yogur y su naranja de media mañana.

Al pasar frente al espejo del recibidor, miró su reflejo y se sintió orgullosa de sí misma. No habían conseguido hundirla... ¡JA!

En el autobús, arropada por las personas que subían en unas paradas y las que bajaban en otras, se sumergió en la novela que no había podido ojear el día anterior. Era de su escritora favorita. Le encantaba el romanticismo y la sensualidad con los que impregnaba sus novelas. De repente, advirtió la coincidencia del apellido de la novelista con el de su nuevo jefe. No pudo evitar que una sonrisa aflorara en sus labios. ¿Influiría el apellido en la forma de ser de uno? ¡Qué tonterías se le ocurrían! Sacudió la cabeza y volvió a su lectura.

Al llegar al fin de su trayecto, bajó con paso firme y seguro. —*«Lo voy a conseguir»* —se alentó a sí misma una vez más. Pero conforme se iba acercando a su destino, su determinación fue decayendo. Trató por todos los medios mantenerse fuerte, pero comenzó a flaquear y siguió haciéndolo hasta que al llegar a la puerta de la oficina, ya no quedaba nada del brío que la había acompañado en su viaje hasta allí. Volvía a ser la mujer insegura que todos conocían. Solo había cambiado una cosa y era suficientemente importante. Sabía que Jaime era un ser ruin y no permitiría que volviera a utilizarla como había hecho hasta el día anterior. Su profesionalidad hablaría por ella, demostrando que era la mejor contable que tenía la empresa y haciéndole ver al *¿ogro?* que era vital para que las cosas fueran bien.

Como siempre, fue la primera en llegar al despacho que compartía con Sonia y

Lola. En la puerta, se había tropezado con Paco, su único amigo de verdad en todo el edificio. Él, al verla, le había demostrado su confianza y lealtad con una sonrisa de oreja a oreja. Eso la reconfortó más de lo que hubiera imaginado. Paco era un gran tipo y sabía que él, siempre que estuviera en su mano, se pondría de su lado, así que, por suerte, tenía un aliado.

Dejó el bolso y el abrigo en su taquilla antes de sentarse a su mesa. Encendió el ordenador, que despertó con un tenue zumbido, sin darse cuenta de que unos ojos seguían todos sus movimientos.

Pablo, como hacía normalmente, había llegado antes que nadie. Quería controlar desde el primer momento, todo lo que pasaba por la delegación. Quién aparecía primero, quién se demoraba, cuáles eran sus hábitos, a qué se dedicaban al llegar... Le sorprendió gratamente ver a Marta. Y lo que descubrió en su rutina, también le gustó: llegaba temprano, antes de la hora de entrada. No perdía el tiempo. Y se ponía en funcionamiento en cuanto el ordenador, su herramienta de trabajo, estaba en marcha.

Pero no fue solo eso lo que admiró en ella. Ya le había pasado el día anterior y en ese momento le volvía a ocurrir. Le resultaba muy *grata* a los ojos. ¡Era tan menudita! Pero a la vez tenía todo lo que le gustaba de una mujer. Pechos tirando a grandes, firmes y sensuales que escondía vistiéndose sobriamente. Unas caderas redondas y bien formadas, trasero tentador... «¡NO!» —Se recriminó—. «¡Pablo, ya est's quitándote esas ideas de la cabeza!» Pero, para su exasperación, los pensamientos se negaron a abandonarle. Muy al contrario, notó un tirón sospechoso en su pantalón al recordarla más tarde, una vez se había encerrado ya en su despacho.

Desde que había muerto su esposa hacía ya cinco años, no había vuelto a pensar en mujeres. Cierto que, en ocasiones, su cuerpo le recordaba que necesitaba una, pero ninguna le había llamado la atención ni remotamente. En cambio, esa señorita pequeña, nada llamativa por otra parte, le había atraído desde el primer momento que había puesto los ojos en ella. Algo para nada conveniente, ya que él estaba allí para hacer un trabajo y no quería verlo comprometido.

Pero, ¡joder! Marta le gustaba. Le gustaba mucho. «¡Qué mierda!» —Pensó—. «¡En cinco años no miro a una mujer y voy a fijarme en una que, tal vez, deba despedir!» Aunque debía admitir que, por lo poco que había descubierto de su comportamiento, dudaba que tuviera motivos para hacerlo.

Marta llevaba ya un rato trabajando cuando empezaron a aparecer sus compañeras. Primero Lola y después Sonia, la “amiguita” de Jaime. Levantó ligeramente los ojos de su pantalla para saludar primero a una y luego a la otra y siguió pulsando el teclado. Por suerte les había llegado una entrega de material que tenía que registrar en las entradas y los pedidos no tardarían en aparecer. Tenía trabajo asegurado, por lo menos durante toda la mañana.

Pablo dejó de observarla, o de observar lo que pasaba en ese despacho, para dirigir su atención a otros departamentos. En general, todo el mundo cumplía su horario y funciones de manera correcta, eficaz incluso. Miró su reloj. Ya pasaban veinte minutos de las ocho y Jaime todavía no había aparecido. «Muy revelador» —se dijo— «Si ya el primer día y, sabiendo que está en el punto de mira, llega tarde...»

Justo en ese momento se abrió la puerta de entrada dando paso a un Jaime ojeroso. Pablo siguió sus movimientos amparado por su escondite. Un despreocupado Jaime se acercó al pequeño despacho que compartían Lola, Sonia y Marta. Ignorando a esta última, se acercó a su amiga y con zalamería, le pidió un café.

—Sonia, guapa, ¿me prepararías un café de esos tan ricos que tú sabes hacer?

—¡A ver si aprendes a hacértelo tú, guapo!

—¡No seas así, mujer! —dijo juguetón, a la vez que le daba un ligero toque en el hombro.

—Vamos a ver —dijo Sonia con aire resignado— ¿qué ha sido esta vez?

—¡Una morena despampanante! —exclamó orgulloso—. ¡Estaba buenísima! Tenía unas tetas... ¡Ufffff! —Y de manera deliberadamente hiriente, miró a Marta. Esta no levantó sus pupilas del teclado fingiendo no haber notado su tono claramente maléfico.

—Un día tendrás un disgusto Jaime —le advirtió Lola.

—Sí cariño, lo que tú digas, pero las alegrías que se lleva mi cuerpo no tienen precio —reprimió un bostezo.

—No tienes vergüenza, Jaime —le acusó Sonia con cariño sacudiendo la cabeza.

—Pero tú me quieres igual, ¿verdad?

—Sí, te quiero igual —rió a carcajadas.

—Entonces, ¿me haces ese cafetito?

—¡Y bien cargado que te lo voy a hacer!

—¿Y tú? —Se dirigió por fin a Marta—. ¿Cómo llevas las entradas? He visto que ha llegado un camión con material y todo tiene que estar introducido en contabilidad antes de que ese jefecillo del tres al cuarto le dé por preguntarme. Por cierto, ¿ha llegado ya?

—No lo sé —le respondió Lola con gesto de duda.

—¡Venga, hombre! ¡Dando ejemplo! —ironizó Lorca.

—Jaime, he dicho que no lo sé, no que no haya llegado —se tensó su compañera apoyando la espalda a la silla.

—Bueno, pues entonces con más motivo. Marta date prisita que no quiero que me pille con los pantalones bajados.

—¿Bebiste mucho anoche? —preguntó Sonia entrando por la puerta con el aromático café de Jaime en las manos.

—Un poquito, sí. ¿Por qué? —Tomó la taza que le tendía la chica y le dio un sorbo.

—Me da la sensación de que no has dormido suficiente y tienes la lengua descontrolada.

—Ya sabes que yo controlo —presumió poniendo los ojos en blanco a la vez que soplabla sobre el vaso.

—Tenemos un nuevo jefe y no sabemos cómo trabaja. Deberías andarte con cuidado —le advirtió Sonia sentándose de nuevo en su mesa.

—Sí, Jaime, después del numerito que montasteis Marta y tú ayer, deberías andarte con ojo —le aconsejó Lola a su vez.

—Ella —la señaló con el café aún sin terminar—, sí que debe andarse con ojo.

Por fin, Marta levantó la mirada y la clavó en él.

— Mi trabajo hablará por mí. —Sentenció.

—Primero tendrá que saber que el trabajo es tuyo, ¿no crees?

—¡Jaime! —exclamaron Sonia y Lola al unísono totalmente escandalizadas—. ¿Qué estás diciendo? —Marta no era más que su compañera, nada que ver con la amistad que les unía a Jaime pero con ese comentario, se había pasado de la raya.

—Lo mejor será que te acabes tu café y te serenes un poco. La morena te ha dejado muy afectado. —Le sugirió Sonia.

—Sí, es verdad, pero, ¡qué buena estaba! —Haciendo un gesto obsceno con las caderas, rompió en carcajadas.

Pablo, atento a todo lo que ocurría por los despachos, lo había visto y oído todo. Ya no necesitaba más pruebas de lo que pasaba por ese departamento, pero pensó que debía dejar las cosas en su sitio antes de poner a Jaime de patitas en la calle. Volvió a fijar su mirada en Marta y todavía le gustó más. Le gustó lo que vio, cómo le había ocurrido desde el primer momento, y le gustó lo que intuía. No se había dejado amedrentar por ese tipejo y no había contestado a sus provocaciones. Necesitaba conocerla mejor. Estaba seguro de que harían buenas *migas* ellos dos.

Decidió seguir con el *planning* que había elaborado el día anterior y reunirse con los distintos directivos. Deseaba tener las cosas en orden antes de volver a verse las

caras con el chulito de Jaime. No quería dejar cosas a medias para que, llegado el momento, nada le distrajera del objetivo, cada vez más claro: lo iba a despedir, de eso no había ninguna duda, pero primero dejaría que se confiara, incluso que pensara que eran “amigos” para después demostrarle a todos en la empresa, y no sólo a la gente de esa sucursal, que clase de individuo era y quién merecía el reconocimiento por el trabajo que se realizaba en ese departamento. Y sin poder evitarlo, volvió a pensar en Marta.

¡¡¡Dios!!! ¿Qué tenía esa diminuta mujer? Desde que la había visto entrar, casi a hurtadillas, por la puerta de la sala de reuniones, no podía apartar su imagen de su cabeza. Reconocía que no era un bellezón, era cierto, pero tenía un no sabía qué, que le fascinaba. Menudita, eso era lo que más le llamaba la atención. Bueno, sus pechos y sus caderas también, para qué lo iba a negar. Pero ese halo de indefensión y determinación unidos en un cuerpecito tan pequeño... eso lo tenía muy intrigado ¿Qué le pasaba a Marta por la cabeza? ¿Por qué no se había defendido de los abusos de Lorca antes?

Esa muchacha le presentaba muchas incógnitas y se sentía casi en la obligación de despejarlas. Decidió que, a la vez que desenmascaraba a Lorca, iría desentrañando los misterios de la preciosa... ¿preciosa? Sí, preciosa, Srta. Martín. Esa necesidad de indagar sobre Marta le presentaba un nuevo rompecabezas, en esta ocasión sobre sí mismo.

Desde la muerte de Clara, su mujer, Pablo no había vuelto a pensar más de cinco minutos en ninguna otra. Ciertamente, no se había mantenido totalmente célibe, claro, pero esas raras ocasiones en las que había tenido sexo con alguna chica, eran más una exigencia de su cuerpo que un verdadero interés por su pareja. ¿Por qué entonces esa mujercita estaba enredada en sus pensamientos desde el mismo momento en que la había visto por primera vez? Tendría que meditar largo y tendido sobre ello, pero en ese momento, el trabajo y sus obligaciones le empujaban en otro sentido. Respiró profundamente, cerró los ojos y sacudió la cabeza con una leve sonrisa en los labios. Dio media vuelta para dirigirse a su despacho, desde donde empezó su jornada de entrevistas con los diferentes responsables de departamento.

La mañana pasó relativamente rápido. Todos los directivos eran muy profesionales y su responsabilidad hacia el trabajo la extendían a las personas que formaban su equipo. Hablaban maravillas de todos sus compañeros, intentando con ello desviar su tentación de prescindir de alguno de ellos. Esas muestras de lealtad no le pasaron desapercibidas. Llevaba muchos años en ese trabajo y se había visto obligado (más veces de las que le hubiera gustado) a despedir algún que otro empleado conflictivo. Decía mucho, tanto de los responsables como de los trabajadores a su cargo, que los primeros se sintieran tan protectores con los segundos.

Sólo le quedaba una reunión. La reunión. Miró su reloj y advirtiendo que era ya casi medio día, decidió retrasar la entrevista para la tarde. Estaría más descansado y Jaime más confiado. Era una buena estratagema. Además, como todavía le quedaban diez minutos para que todos se fueran a comer, podría pasear por toda la planta y comprobar por sí mismo el ambiente que se respiraba por todas partes. Sin pretenderlo conscientemente, el primer lugar al que se dirigió fue precisamente a contabilidad. Casi se avergonzó al darse cuenta. Pero, al fin y al cabo, tendría que visitar esa zona, ¿no? Así que, sus pasos le llevaron al despacho que compartían Marta, Sonia y Lola.

La encontró sola... sola y con las cejas pegadas a la pantalla de su ordenador. Tenía el ceño fruncido, como si algo no le cuadrara, y una mueca de confusión en la boca. Y vaya, ¡qué boca! Hasta ese momento no se había detenido a contemplarla lo suficiente como para admirar lo apetecible que eran sus labios. El pequeño puñetazo que sintió en sus entrañas, peligrosamente cerca de su sexo, le dejó totalmente confundido. Iba a girarse para salir de allí lo antes posible cuando escuchó la voz de

Marta a su espalda.

—Sr. Álvarez, perdone, no le había visto. —El sonido de esa voz le desarmó—. ¿Necesitaba alguna cosa? ¿Buscaba a alguien? El Sr. Lorca ha tenido que salir, pero estará aquí justo después de comer —le explicó atropelladamente—. Al ver que usted no le llamaba para su reunión, ha decidido salir antes y asegurarse de llegar a tiempo para cuando usted le llamara a su despacho —terminó nerviosa.

Pablo tomó nota mental del dato que, sin darse cuenta, le había facilitado Marta. No le gustaban los que se escaqueaban del trabajo. Al parecer, Lorca no hacía más que sumar puntos negativos.

—No, no necesito nada en especial —contestó inhalando disimuladamente la fresca fragancia que desprendía Marta—. Sólo estaba echando un vistazo por los despachos para familiarizarme con el funcionamiento de la delegación y para reconocer las caras. Ayer, en la reunión, no tuve el placer de hablar con todos y cada uno de ustedes —sonrió— y es algo que debo solucionar lo antes posible.

La amabilidad con la que hablaba, hipnotizó a Marta. Realmente ese hombre era muy guapo y no tenía para nada la apariencia de *ogro* del que le habían hablado. No, más bien parecía un hombre tremendamente amable, distinguido y curiosamente, muy cercano.

—Todos estarán encantados de charlar con usted, ya lo verá. Son gente muy simpática. En esta oficina se hacen grandes amistades ¿sabe?

—¿Tiene usted muchos amigos aquí? —Aunque Paco ya le había informado, quería saber qué tenía que decir ella sobre el tema.

—La verdad es que tengo una buena relación laboral con todos, pero... sólo puedo llamar amigo a Paco, el Sr. Ruiz —se corrigió bajando la voz—. Él es el único con el que mantengo contacto fuera de aquí, pero eso es porque yo soy... —no acabó la frase—. Bueno... el resto queda con bastante frecuencia, van a cenar juntos, quedan con sus familias... ya sabe, lo normal.

—¿Usted es? —preguntó acercándose un poco más a ella.

—¿Perdone? —Desconcertada, parpadeó varias veces.

—Iba a explicarme por qué usted no mantiene relación con el resto de la plantilla fuera de aquí, pero se ha quedado a medias. —La intensidad con que la miraba al decirle aquello, sumado al aroma tremendamente varonil que desprendía, le alteró el pulso.

—Supongo que yo no tengo el mismo tipo de intereses —confesó cohibida.

—¿Y qué intereses tiene usted? —Quiso saber apoyándose en la mesa, justo a su lado.

—Mmmm... pues... Por ejemplo... yo no estoy casada, ni tengo pareja. —murmuró sin mirarle—. Eso solo ya me aparta de la mayoría de ellos.—Fijó la vista en la pantalla del ordenador para continuar—. Tampoco salgo muy a menudo... no puedo... y además, imagino que... mis gustos son algo extraños.

—¿Qué quiere decir? —Cruzó los brazos sobre su pecho.

—La música que escucho, los libros que leo, las películas que veo... Mis aficiones no son demasiado... ¿cómo decirlo?... clásicas. Los demás no se sienten muy dispuestos a gastar su tiempo con alguien tan raro como yo —alzó la vista y quedó atrapada en el verde de sus iris.

—A mí no me parece rara. —dijo sugerente— ¿Qué música escucha?

—No es importante, de verdad. —Desvió la mirada huyendo del magnetismo de los ojos de Pablo—. No malgaste su tiempo conmigo. Si quiere hablar con todos los empleados, será mejor que...

—Usted también es una empleada, ¿no? —Le interrumpió.

—Sí, claro —durante la conversación, las mejillas de Marta habían alcanzado un alarmante color púrpura—, pero conmigo ya ha hablado usted en otras ocasiones y no



me gustaría que pensarán que le estoy... monopolizando —sonrió por su estúpido comentario. A Pablo, por otra parte, le pareció de lo más sugerente.

—Bueno, no hace falta precipitarse. Tendré tiempo de hablar con todos y ahora mismo, me encanta estar hablando con usted. —¿Estaba tonteando con ella?

La cara de Marta había subido todavía cinco tonos más en la escala de rojos y ya era casi fosforescente.

—A mí... también me gusta hablar con usted —reconoció en un murmullo.

Justo en el momento en que la sensación de ahogo de Marta había llegado a niveles alarmantes, apareció Sonia con un dossier en las manos.

—¡Sr. Álvarez! —exclamó sorprendida— ¿Necesita algo? No creo que Marta le puede ayudar mucho si no se trata de números o cuentas —sonrió con un gesto irónico que molestó por igual a Pablo y a Marta.

—No, gracias. Estaba manteniendo una agradable conversación con la Srta. Martín.

—¿Con Marta? —preguntó cínicamente.

—Sí —contestó rotundo y con un sutil disgusto en la voz. Pablo pensó que la lista de non gratos empezaba a sumar más de un nombre. Aunque enseguida se regañó obligándose a recordar que no era muy profesional dejarse llevar por simpatías personales—. Es una gran conversadora.

—¿Marta?

—Sí. —¡Huy, huy, huy! Le estaba poniendo las cosas muy difíciles.

—Bueno, quizá Marta tiene más en común con usted que con el resto de mortales —argumentó sarcástica.

Definitivo, había entrado en la lista negra.

—Quizá el resto de los mortales no saben mantener una conversación inteligente con ella. —Espetó cáustico también.

Si a Marta le quedaba una gota de sangre fuera del rostro, en ese momento se dirigió volando hacia allí. Pablo se reprendió en silencio; no había contenido su lengua y había provocado que los ojos sorprendidos de Sonia se abrieran de tal manera que el resto de su cara había desaparecido. Por suerte, en ese momento, Lola llegó con su conocido buen humor para destensar un poco la situación.

—¡Sr. Álvarez! ¿Qué le trae por aquí? Es casi la hora de comer, pero si necesita algo, nosotras nos quedamos y punto. ¿Verdad chicas? —Lola miró a sus compañeras y se asombró de lo que apreció en sus caras. Sonia estaba ¿atónita? y Marta parecía un tomatito *cherri*. Le resultó algo chocante, pero siguió hablando—. Aunque si no es nada urgente... nos ocuparemos de lo que sea después del descanso. Ya sabe, para evitar mareos y esas cosas —bromeó fingiendo un desvanecimiento—. Venimos más pronto si hace falta, y hacemos lo que usted necesite.

—No se preocupe Lola —sonrió por fin Pablo—. Sólo estaba saludando a sus compañeras. Me alegro de que haya llegado a tiempo y así, haber tenido la oportunidad de charlar un momento con usted también.

—¡Qué amable! ¿Verdad, chicas? —Las miró alentando que se unieran a su afirmación—. Cuando quiera, ya sabe. Aquí estamos las tres, para usted siempre que lo necesite.

Las miradas de sus dos compañeras se concentraron rápidamente en ella. La de Sonia viajo de Lola a Marta y después al nuevo jefe.

—Sí, siempre que quiera —dijo Sonia cínica.

Marta apartó la vista de Lola para bajarla a sus pies y casi en un murmullo, darle la razón—Sí, siempre que nos necesite, aquí estaremos.

Álvarez se obligó a despedirse de las tres mujeres. Bueno, se obligó a despedirse de Marta, porque de Sonia casi lo agradeció. Miró su reloj y al ver la hora que era, se encaminó hacia la salida. Ya hablaría con los demás en otro momento.

# Capítulo 8

Sin entender lo que acababa de pasar, Marta se levantó lentamente de su silla y casi como una autómatas, se encaminó hacia su taquilla donde recogió su chaqueta, su bufanda y su bolso. Iba a comer en el bar de Gloria, cosa que le hacía mucha ilusión, pero sentía el estómago extrañamente revuelto. No tenía claro si sería capaz de probar bocado.

El Sr. Álvarez no era ningún ogro, como le habían hecho pensar. No. En realidad era un hombre muy amable y considerado... «Y también muy atractivo» admitió para sus adentros.

Mientras se ponía sus prendas de abrigo, aparecieron sus compañeras.

—Que agradable es este hombre, ¿verdad? —preguntó Lola con su característico buen talante.

—Sí —respondió Sonia mirando a Marta con una mueca de disgusto—. Muy amable. Sobre todo con “nuestra” Martita. ¿No es cierto, Marta?

—No sé a qué te refieres —contestó cruzándose en bandolera su bolso.

—Parecías interesarle mucho, ¿no crees? —Volvió a preguntar Sonia con un tono tan ácido como la hiel.

—¡Vaya, Martita! —exclamó alegre Lola—. ¿A ver si le vas a gustar al jefe?

—¡No digas tonterías! —Gritaron las dos al unísono. Marta con recelo y vergüenza. Sonia por pura ironía y desdén.

—¿Y por qué no? —Lola, que no había presenciado el momento tan tenso que habían protagonizado ellas y el *jefazo* minutos antes, no se enteraba de nada. Así que, siguió como si tal cosa —Eres mona, joven y soltera, ¿por qué no le ibas a gustar? Otra cosa es que te guste él a ti.

—¿Mona? —La pregunta de Sonia era un cuchillo afilado buscando sangre.

—Sonia, ¿por qué eres siempre tan mala? —Lola meneó la cabeza con disgusto mientras abría su casillero—. Deja en paz a Marta. Sí, he dicho mona. Lo creo sinceramente. Si dejara de pensar en tonterías y en quién no se lo merece y empezara a pensar un poco más en ella, creo que tendría a más de uno y más de dos a sus pies.

En ese momento Marta sintió una inmensa gratitud por Lola. No podía decirse que fueran amigas porque no lo eran en realidad, pero era lo más cercano a una que tenía en esa empresa. Era la única, junto a Paco, que le brindaba su apoyo en todo aquel edificio y Marta le estaba muy agradecida. En esa ocasión Lola no le había fallado, igual que no lo había hecho miles de veces antes.

—Gracias, Lola. Siempre eres muy amable, pero realmente creo que él solo trataba de ser cortés —susurró. Después siguió explicando con más ánimo—. El Sr. Álvarez pretende conocer a todo el personal, supongo que para sentirse más integrado y al ir al despacho, sólo me ha encontrado a mí. Por eso estaba hablando conmigo.

—Pues conmigo no ha sido muy cortés que digamos —le contradijo Sonia mientras se dirigían a la salida.

—Tal vez lo has interpretado mal, Sonia —trató de justificarle Marta.

—Sé lo que he visto y oído.

—Sonia —Lola utilizó una más que condescendiente entonación—. Todos sabemos que eres muy susceptible.

—Bueno, lo que vosotras digáis. Pero a mí, este tío, ya me cae mal.

—No vas a cambiar en la vida Sonia —se carcajeó Lola mientras alcanzaban la calle donde las recibió un golpe de aire frío—. ¡Huy, no me había fijado! —Cambió de tema a la vez que se subía las solapas del abrigo—. Marta, ¿hoy no te has traído la comida? ¿Vienes con nosotras a comer?

—No sé —respondió Marta alzando los hombros y ajustándose la bufanda—. ¿Dónde vais vosotras? Yo pensaba ir al bar de Gloria.

—¡No! —exclamó casi en un grito Sonia, recolocándose su gorrito—. Nosotras vamos al de Susa, que hoy hacen lentejas.

—Bueno Sonia, por un día que Marta sale a comer fuera podríamos olvidarnos de las lentejas de Susa y comer donde le apetece a la chica, ¿no?

—Tú ve donde quieras —contestó seca—, pero yo no me pierdo mis lentejas.

Marta se miró los pies y se cerró la chaqueta, tratando de combatir el frío que le había producido el comentario de su compañera. Con una débil sonrisa, alzó los ojos hasta los de Lola.

—No te preocupes. Siempre vais juntas a comer. Por mí no te pierdas las lentejas de Susa. Además, he traído mi libro —explicó, sacando de su bolso una punta del mismo—. Gracias de todas formas —y añadió—. Tengo ganas de ver a Gloria. Hace mucho que no voy a su bar y me apetece saludarla.

—¿Estás segura, Marta? —La manifiesta preocupación de Lola la emocionó.

—Sí, ¡claro mujer! Luego nos vemos —le palmeó el hombro con afecto.

Y girando sobre sus talones, se fue derecha a comer, mientras sus compañeras se dirigían, juntas, en dirección contraria.

Marta iba distraída repasando los últimos minutos en el despacho. Le parecían de lo más inverosímil. Iba tan absorta en ellos que se sobresaltó cuando de repente, notó una mano apoyada en su hombro y se giró aturdida. Siguió el brazo hasta encontrar a su dueño: un sonriente Paco.

—¿Dónde vas, preciosa?

—¡Paco! Me has asustado.

—Ya sé que soy feo pero...

—Y tonto —se rió Marta—. Voy a comer al bar de Gloria. Ayer no estaba con ánimo de hacerme comida y decidí que me daría un homenaje.

—¡Bien hecho! No me extraña que estuvieras algo desanimada ayer —dijo enfadado—. El imbécil de Jaime se lució de lo lindo.

—Sí, lo cierto es que sí —asintió tiste—. No me lo hubiera imaginado nunca, pero...

—Venga, cambia esa cara Marta. Olvídate de ese memo. Ahora te acompaña a comer el más guapo de la oficina —entrecerró los ojos fingiendo un gesto sexy y cogiéndola por el hombro, reanudaron juntos la marcha.

Un grupo ruidoso de sus compañeros, compartía una larga mesa y con señas y silbidos les pidieron que se les unieran. Ante la insistencia de Paco, Marta accedió a sentarse con todos ellos.

Se incomodó al darse cuenta de que era la única mujer del grupo y dudó un momento antes de sentarse en la silla central de tres asientos vacíos. Paco lo hizo en el de su izquierda. Frente a ellos, el simpático David, el becario, estaba explicando una anécdota de la universidad mientras todos los demás reían de sus locuras.

Se empezaba a relajar y a disfrutar del ambiente cuando sintió que alguien ocupaba la silla de la derecha. Sin mirar a su vecino de mesa, supo de quién se trataba. Su aroma le llegó con claridad y su cuerpo, en respuesta, se tensó como la cuerda de un arpa bien afinada. Un repentino calor le subió de abajo a arriba y giró ligeramente la cabeza para comprobar de quién se trataba. ¡Aquello era pura mala suerte! Pablo, el Sr. Álvarez, se corrigió, estaba sentado a su diestra y le regalaba una bonita sonrisa. «Vaya» —pensó— «¡qué guapo es!». Enrojeció, sorprendida por su propio pensamiento. Inmediatamente, clavó los ojos en el plato vacío, temerosa de que

alguien pudiera notar su desconcierto.

Como llovida del cielo, Gloria apareció en ese momento para tomar nota. Al ver a Marta se llevó tan agradable sorpresa que se lo demostró dándole un abrazo que dejó a la joven completamente descolocada.

—¡Hombre, Marta! Chica, sí que eres cara de ver.

—Hola Gloria —susurró tímidamente—. Tenía muchas ganas de venir a verte, pero ya sabes que suelo traerme mi propia comida.

—Sí, ya lo sé, ¡y muy mal hecho! —La regañó con simpatía—. ¡Si todos hicieran lo mismo me moriría de hambre! —Añadió con una carcajada—. Menos mal que las mujeres de estos caballeros no los miman demasiado y tengo que hacerlo yo.

—Algunos no tenemos mujer que nos mime —dijo Pablo sombrío—. Aunque nos gustaría —y miró a Marta disimuladamente.

—¿Cómo? ¿Está soltero? —preguntó la dueña del bar asombrada—. Las mujeres hoy en día están ciegas. ¡Con lo guapo que es usted! ¡Y esos ojazos verdes! Vaya —dijo—, si yo tuviera diez años menos... No se libraba de mí —bromeó la mujer.

—No necesita tener diez años menos. Usted me gusta igual. —Añadió entre carcajadas—. Ya no voy a poder ir a ningún otro sitio a comer. Si la dueña de este local piensa así de mí, tendré que venir cada día para recibir mi dosis de autoestima.

Desde luego le gustaba ese bar mucho más que el restaurante al que había ido el día anterior. Este era más sencillo pero a la vez, más auténtico.

—¿¡Qué, Gloria!? ¿A nosotros no nos ves guapos? —Se quejaron, entre divertidos y molestos, el resto de hombres sentados a la mesa.

—¡Claro que os veo guapísimos! Pero Dios me libre de decíroslo. Vuestras mujeres vendrían a sacarme los ojos si os echo piropos —volvió a reír la mujer antes de cambiar drásticamente de tema—. Venga chicos, ¿qué queréis comer? Se os va a hacer tarde y no quiero que luego me echen a mí las culpas.

Tomó nota y siguió bromeando con todos hasta que se fue a prepararles el pedido.

La comida fue amable y relajada. Se hacían bromas los unos a los otros mientras saboreaban los deliciosos platos caseros que les habían servido. De vez en cuando Marta y Pablo se rozaban ligeramente. Los dos eran muy conscientes pero ninguno sabía cómo describir lo que les despertaban. Marta no podía entender que su cuerpo se alterara tanto ante tan mínimo contacto. Hasta el día anterior estaba segura de amar a Jaime. Se avergonzaba de sí misma porque Pablo la alterara de esa manera y sobre todo, porque lo hiciera tan rápidamente. Era cierto que Lorca le había roto el corazón provocando un debacle en su autoestima. Tan cierto como que el Sr. Álvarez había sido muy amable con ella. Pero eso no justificaba la atracción que sentía por ese hombre.

Por su parte Pablo, que la había estado observando discretamente durante toda la comida, notaba un calor, casi olvidado, inundando su cuerpo. Sabía que era del todo inadecuada la desazón que le creaba Marta, pero cada vez que escuchaba su voz, veía sus hermosos ojos escondidos tras esas simpáticas gafas naranja de pasta, siempre que esa sonrisa escapaba de sus bonitos labios... ¿¡Qué tenía esa mujer!? No se lo podía explicar, pero le había embrujado nada más verla y cada vez le atraía más y más.

La comida llegó a su fin y, tras pagar la consumición, se fueron todos juntos hacia la oficina. Entre todos invitaron a Marta alegando que, una vez que iba con ellos y que les había alegrado la vista a todos, no iban a consentir que pagara. Ella más avergonzada de lo que recordaba haber estado nunca, se lo agradeció con una sonrisa. Paco se acercó a ella para hablarle al oído.

—Niña, ya ves cómo nos gusta que vengas con nosotros, así que, ya sabes, no te hagas tanto de rogar y hazlo más a menudo.

—Paco —sonrió resaltando el bonito color rosado de su cara—. Me encanta comer

contigo y con los demás, ya lo sabes, pero no quiero obligar a nadie a invitarme todos los días.

—Ni sueñes que si vienes te vamos a invitar todos los días —bromeó dándole un codazo en el brazo—. Pero me gusta que salgas del despacho y te relaciones con la gente. Si tú quisieras, si dejaras que te conocieran... Eres un cielo y me da rabia que no permitas que los demás lo sepan.

—¡Tú sí que eres un cielo! —exclamó mirándole con cariño—. Pero ya sabes que no me gusta que la gente se compadezca de mí. —Le recordó—. Prefiero que...

—¿Que se burlen? ¿Que crean que eres una *friki*?

—¡Es que lo soy! —Afirmó divertida.

—Eres mucho más Marta. Eres una buena persona.

—¿Y qué más da? —preguntó resignada—. Lo importante aquí es que haga mi trabajo bien hecho. Creo que con eso cumplo. Sí, ya sé que podría abrirme más, pero... Tú sabes lo complicada que es mi vida. Sabes que para ir un día a tu casa a comer o cenar, tengo que hacer un montaje que... ¡me niego a que nadie sepa nada de mí, y ya está!

—No hace falta que vayas explicando tu vida ¡Marta, por Dios! Cuando te pones terca...

—¿Y si alguien quiere venir a casa? ¿Y si quieren quedar para salir? ¿Y si...?

—¿Y si andas en vez de correr? —La cortó—. No busques problemas antes de que se presenten si quiera. Todos tenemos cosas que ocultar. De hecho, precisamente tú, no es que tengas nada ofensivo que esconder. Sí —reconoció antes de que ella le interrumpiera—, tú vida no es fácil, pero ¿quién tiene una vida fácil? Relájate, disfruta y deja que los demás te conozcan —tras una pausa añadió—. Ellos se llevarán una grata sorpresa y a ti te sorprenderá la reacción de los demás. ¡Ya sé! —Continuó Paco animado—. Se acerca Navidad. Ester año vas a venir sí o sí a la cena de empresa. Vas a venir —insistió cuando Marta hizo un mohín de queja—. Te lo montas como quieras, pero tú vienes y no hay más que hablar.

—Pero Paco...

—¡Ni Paco ni porras! Estoy harto de verte encerrada. ¡Pareces una ostra de lo hermética que eres! ¡Te vienes! Tienes veinte días para montártelo, pero no quiero excusas.

—Paco... Yo...

—¡Te vienes! —Remarcó cada sílaba.

—Supongo que si se lo digo con tiempo a Cristina... —susurró Marta.

—¡Así me gusta! Ya verás que bien nos lo vamos a pasar. ¡Lástima que mi mujercita no venga!

—Con Rosa ahí sería todo más fácil para mí.

—¡Esto es lo que hay! Yo también preferiría que Rosa viniera, pero...

Mientras mantenían esa animada charla privada, no fueron conscientes de que alguien estaba muy atento a ellos y a su conversación. Pablo se sentía cada vez más intrigado por lo que escondía esa mujer que lo tenía cautivado, pero si ella iba a esa cena, a la que él también asistiría, haría todo lo posible para desentrañar alguno de sus misterios.

Al llegar al trabajo, se separaron y todos volvieron a sus quehaceres. Pablo reanudó la rueda de saludos mientras hacía tiempo para su reunión con Jaime. Sabía cómo enfrentarse a ese “caballero”, por lo que no tenía demasiada prisa en hablar con él. Prefería crearle cierta incertidumbre. A ver si de esta forma bajaba la guardia.

Pero no podía eternizar la espera. Así que, al cabo de veinte minutos, volvió a su funcional pero bonito despacho y emitiendo un sonoro suspiro, cogió el teléfono y marcó la extensión del jefe de contabilidad. No obtuvo respuesta. Lo volvió a intentar cinco minutos más tarde con el mismo éxito, así que, salió en su busca. Lo encontró

junto a la cafetera, en la sala común, tomándose un humeante café. Jaime levantó la vista de la taza que tenía en sus manos para encontrarse con la mirada caustica del recién llegado.

—¿Quieres un café? —preguntó.

—No, gracias. Lo que quiero es que vengas a mi despacho. Hay cosas que tenemos que tratar y la tarde se nos echa encima —espetó con cierta agresividad—. Me gustaría dejarlo todo listo hoy para pasar a otro asunto mañana. Quiero tener las cosas lo más claras que pueda rápidamente. Necesito poder empezar a hacer mi trabajo, por fin.

—¿Qué es...? —El cinismo de la pregunta no le gustó un pelo a Pablo.

—Optimizar el rendimiento de esta sucursal. ¿No lo sabías? —Cada vez más irritado con Jaime, utilizó el mismo tono de voz que él.

—Sí, claro, perdona —recoló Jaime al darse cuenta de su error.

—Acábate el café y ven a mi despacho rápido —y se obligó a añadir—. Por favor.

—Sí, en seguida voy. No tardo nada.

—Bien, hasta ahora entonces.

Se dirigió directamente a su despacho echando un vistazo a cada sección a su paso. Al alcanzar el cubículo de contabilidad no pudo evitar mirar más detenidamente lo que pasaba allí dentro. Lola estaba hablando con un cliente por teléfono, Sonia, repasaba una carpeta y Marta y sus sempiternas gafas, estaba abocada en su ordenador. Sonrió y siguió su camino hasta llegar a su mesa. Todavía tuvo que esperar cinco minutos más hasta escuchar unos leves golpes en su puerta.

—Pasa Jaime.

—Perdona que me haya retrasado. Ha venido Roberto, el de almacén, a preguntarme para cuando esperamos el siguiente pedido de condensadores y me he entretenido un poco.

—Ya son las cuatro y media. Habíamos quedado hace media hora —le recordó—. No puedo estar esperando a que te venga bien venir.

—Ya te he dicho que Roberto...

—Pues se lo remites a Sonia. Supongo que ella también está al corriente de los pedidos, ¿no?

—Por supuesto —se sintió como un niño al que le dan una regañina y no le gustó nada de nada. ¡Él era jefe de contabilidad, por favor!

—No vuelvas a hacerme esperar. Tengo demasiado trabajo que hacer como para ir perdiendo el tiempo —la voz del Sr. Álvarez rozaba la agresividad.

—¡Bueno, no volverá a pasar, pero no hace falta que te pongas así! —Espetó incómodo y enfadado.

—No sé tú, pero a mí me gusta hacer mi trabajo bien hecho, de forma rápida y eficaz. —

Apoyó los brazos en la mesa e inclinó el cuerpo hacia adelante—. Recuerda que sólo he venido para unos meses, el tiempo necesario para poner en orden esta sucursal. No quiero perder ni un minuto de ese tiempo.

—Lo tendré en cuenta.

—Gracias. Te lo agradeceré —dijo tajante.

El ambiente entre ellos dos se podía cortar con un cuchillo de mantequilla. Pablo, recobrando su aplomo comenzó con la reunión que se alargó hasta bien entrada la tarde.

Como imaginaba Pablo, Jaime navegaba más que un catamarán. Las dudas sobre el trabajo que realizaba ese hombre se iban despejando a cada momento que pasaba con él. Se preguntó cómo había aguantado tanto tiempo en su puesto y una carita con gafas naranjas se le coló en la cabeza. Sonrió. No podía evitarlo. Cuando pensaba en ella, una sonrisa se le dibujaba en los labios. Marta. Ella era la artífice del buen

funcionamiento de la sección.

Tenía que presentar un reto a Lorca. Uno que no pudiera superar, que lo desenmascarara de una vez por todas. Para eso, sabía que debía alejarlo de Marta, de otra manera, ella haría el trabajo y él se llevaría el mérito, como estaba seguro que siempre ocurría. Tenía que meditar como llevar a cabo su plan, pero demostraría que Jaime era un fraude.

Tras dos horas de reunión, ya superada con creces la hora de salida, la dieron por concluida. Ambos se dirigieron a las taquillas a recoger sus respectivos abrigos. Allí se encontraron con algunos rezagados. Y Marta era una de ellos. «¿¡Cómo no!?» —pensó Pablo.

—Qué, chicos, ¿haciendo horas extra? —Jaime, que se había ido relajando, saludó a los presentes.

—Sí, tío —le contestó Roberto—. Hemos estado reagrupando el almacén en espera de esos malditos condensadores.

Marta sonrió por el comentario del jefe de almacén. Era un tipo simpático y abierto, incluso sin proponerlo. A su vez, Pablo no le perdía ojo a ella. Su sonrisa era dulce y cautivadora. ¡Cómo le gustaba, Dios!

Jaime, por otra parte, al notar su presencia, cambió el gesto y endureció el tono al dirigirse a ella.

—¿Qué, Marta? ¿Haciendo méritos o es que no hay manera de que termines el curro?

Pablo se envaró. Iba a contestarle una fresca cuando oyó a Marta contestarle.

—¿Qué quieres? Si tú no estás, el trabajo tendrá que salir, ¿no? —contestó tímida pero firme.

Pablo la aplaudió en silencio mientras que un atónito Lorca la miraba sorprendido. No le gustaba el cambio que estaba advirtiendo en su subalterna desde hacía dos días. ¡La muy lela le había confesado que le quería, por favor! Y solo hacía tres días de eso. Ya la pondría en su sitio, caviló, o mejor aún, conseguiría deshacerse de ella. Ya estaba harto de esas estúpidas gafas naranja.

—Mira, señorita, los jefes estamos aquí para controlar el trabajo y que este se haga bien. Yo estaba hablando con el enviado de la central —señaló a Pablo— para hacer que este sitio rule ¿te enteras? Eso es lo que hacemos los jefes —dijo haciendo hincapié en la última palabra.

Marta no contestó. Todos los presentes la miraban fijamente a lo que ella reaccionó poniéndose roja como la grana. Bajó la vista a sus zapatos, terminó de recoger sus cosas y mirándoles a todos de soslayo abandonó la estancia.

Pablo por muy poco, no le rompió los morros a Jaime por el desagradable comentario, pero se limitó a apretar la mandíbula hasta que le dolió, recogió su abrigo y con un ligero movimiento de cabeza se despidió de todos. ¿Cómo era posible que en tan poco tiempo ese jefecillo de tres al cuarto hubiera acabado ya con su infinita paciencia? Estaba al borde de perder su siempre fiel aplomo y despacharse a gusto con él. Pero sabía que eso no era posible de momento. Él era un profesional, se recordó. Un buen profesional y, por muy indeseable que fuera Lorca, haría su trabajo debidamente. No era el primer cretino con el que tenía que bregar y no iba a consentir que alterara sus planes. Lo pondría de patitas en la calle, ¡claro qué lo haría! Pero lo haría correctamente.

Cogió su coche, ensimismado como iba en sus pensamientos. Lo puso en marcha y se dispuso a incorporarse al tráfico cuando, al pasar por la parada de autobús, la vio. Tenía un semblante triste, melancólico. Se le partió el alma al verla tan abatida. Incluso sabiendo qué y quién había causado ese desánimo. Se acercó a la marquesina, bajo la ventanilla del coche y se dirigió a ella.

—Sra. Martín, Marta, ¿quieres que te acerque a algún sitio?

—No. Muchas gracias Sr. Álvarez.

—Pablo, mi nombre es Pablo.

—Bueno pues —¡hala, ya estaba roja otra vez!—. Gracias, Pablo, pero no hace falta. El autobús me deja casi en la puerta de casa. Además, así aprovecho para leer.

—Si vienes podríamos aprovechar para charlar —le contestó regalándole una amplia y bonita sonrisa.

—No sé... No quiero molestarle ni desviarlo de su camino —susurró ella, consciente del obsequio del que había sido objeto.

—Será todo un placer —volvió a impactarla con su sonrisa—. No tengo a nadie que me espere. Mi noche va a ser muy solitaria y me harías un gran favor acortándola.

Dudando un poco, pero consciente de que aquel hombre amable hablaba con sinceridad, decidió acceder. Con un gesto complacido aceptó. Abrió la puerta del elegante A6, se acomodó en el asiento del copiloto y se abrochó el cinturón.

—Bueno, Marta ¿dónde te llevo?



# Capítulo 9

Resultó que, casualmente, el apartamento que Pablo había alquilado por unos meses, no estaba demasiado lejos de la casa de Marta, así que, no le desviaba demasiado de su ruta. Le reconfortó la idea de que, de esta manera, Marta no pondría pega a que la acompañara en más ocasiones. Incluso pensó que podrían hacer todos los trayectos juntos a partir de ese momento.

Ella, sin embargo, estaba un poco alarmada precisamente por eso. No podía decir que la idea le molestara. ¡Ni mucho menos! Pero le inquietaba el hecho de que estuviera gustándole tanto la compañía de su nuevo jefe.

La conversación fue intrascendente pero muy cordial; ambos se dejaron llevar por la sensación de extraña camaradería que se creó entre ellos.

Al llegar a su destino, Pablo acercó el coche a la acera y puso los intermitentes. Justo cuando Marta hacía el ademán de abrir la puerta, él llamó su atención posándole una mano en el brazo. Ella, sobresaltada, bajó la mirada hacia el punto en que la rozaba para luego mirarle a los ojos.

—Si quieres, mañana te recojo y vamos juntos a la oficina.

—No te molestes, por favor.

—Vas a ir mañana a la oficina, ¿no? Porque yo no tengo intención de faltar —sonrió levantando una ceja

—Claro que voy a ir pero... no quiero que te molestes por mí —musitó.

—No conozco mucha gente en esta ciudad y me encantaría tener a alguien con quién poder hablar fuera del trabajo, así que, para mí no solo no es una molestia, sino que es un placer que me dejes acompañarte.

Marta no sabía que responder. Se sentía cómoda en su compañía. Por primera vez, sin contar a Paco, estaba realmente a gusto con alguien del despacho. Pero era su jefe. La agradable y rara sensación que sentía estando a su lado la inquietó. ¡Solo hacía dos días que le conocía! Dos días desde que Jaime la había roto por dentro, y no sabía cómo manejar esa emoción placentera que notaba cuando estaba junto a él.

Pablo seguía mirándola fijamente, esperando una respuesta que no terminaba de llegar.

—Bueno... si quieres... si de verdad no te importa... —Accedió después de haberlo reflexionado brevemente—. Me encantará ir contigo al trabajo. Pero solo, solo si de verdad quieres. Por favor, por favor, no te sientas obligado.

—¡Perfecto! —Levantó el pulgar celebrando el acuerdo—. Te paso a recoger a las siete y cuarto. Si nos da tiempo, te invitaré a un café. ¿Te gusta el café?

Marta negó con una sonrisa tímida.

—¿Un té, entonces?

—Será perfecto, gracias.

—Bien, pues hasta mañana a las siete y cuarto. No sabes cómo me alegro de que hayas accedido a acompañarme —confesó—. Ahora ya no será tan deprimente encerrarme en esa caja de cerillas en la que vivo.

Marta volvió a sonreír; había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho desde que Pablo la había recogido en la parada de autobús.

—Hasta mañana, Pablo —se despidió tímida.

—Hasta mañana, Srta. Martín —le contestó divertido.

Marta subió las escaleras de su casa con un renovado ánimo. Nada que ver con el sentimiento de derrota que la había acompañado tan solo veinticuatro horas antes. Ese hombre desprendía sosiego. Convertirse en su compañera de viaje todos los días mientras estuviera en Barcelona, la entusiasmó.

Esa noche estuvo tranquila y, curiosamente, ilusionada. Le gustaba la idea de encontrarse con su jefe al día siguiente. Cenó, vio un rato la tele, charló con su madre, que le explicó cómo había sido su día, y finalmente se fue a leer un rato antes de dormir. La novela que estaba leyendo llegaba a su fin. Como siempre que leía una novela de Elisa Álvarez, había reído, llorado, se había angustiado... Solo le quedaban unas cuantas páginas para terminar y, claro, no podía dejarla en el momento más álgido. Se durmió muy tarde.

Cuando sonó el despertador, de forma instintiva, lo apagó y siguió durmiendo. De repente, abrió los ojos como platos dando un salto en la cama. Miró el teléfono y comprobó que eran las siete. ¡Las siete! No tenía apenas tiempo ni de ducharse. Ni Usa in Bolt hubiera corrido tanto como lo hizo ella esa mañana. No se lavó el pelo, no había tiempo, así que, decidió hacerse una cola de caballo. Se puso rápidamente unos vaqueros, una camiseta blanca de manga larga y una chaqueta azul. No desayunó. Cogió su bolso y su abrigo, que fue poniéndose mientras bajaba la escalera de dos en dos, y salió del portal en el momento en que Pablo llegaba en su coche.

—Perdona —le dijo jadeando por la carrera—. No sé cómo ha podido pasar pero, precisamente hoy, me he dormido. Pensaba que no llegaba a tiempo.

—Te hubiera esperado —la tranquilizó mientras ella entraba en el coche—. De todas formas, será mejor que te dé mi número de teléfono por si tienes algún problema. —sonrió pícaramente—. Estaría bien que tú me dieras también el tuyo, ¿no?

—Sssí, claro —accedió avergonzada—. Luego... nos los damos.

—Sí, mientras tomas tu té. —No iba a permitir que se le escapara—. Llegaremos con tiempo suficiente para estar tranquilos un rato desayunando.

—¡Ay Dios! —exclamó sobresaltada Marta dando un bote en su asiento.

—¿Qué pasa? —preguntó él alarmado.

—No he cogido mi comida. ¡No me preparé la comida anoche! —“¿Dónde demonios tenía la cabeza la noche anterior?”

—Marta, por favor, me habías asustado —rio aliviado Pablo—. Pues vienes a comer al bar. Eso no es un problema.

La cara de Marta cambió de golpe, reflejando un incómodo conflicto interior. Él, que de reojo no le quitaba el ojo de encima, reparó de inmediato en ese súbito cambio.

—¿Qué pasa, Marta?

—Nada —respondió abatida. Su economía no estaba para despilfarros. Pero al recordar que el día anterior sus compañeros la habían invitado y que, por tanto, no había gastado nada, se calmó enseguida—. Nada —volvió a responder más animada—. No suelo comer fuera de la oficina. Normalmente llevo mi fiambra.

—Bueno, eso puede cambiar, ¿no?

—Lo cierto es que... mi sueldo no me lo permite.

—Perdona, no quería incomodarte.

—No te preocupes, no lo has hecho. Ayer me invitasteis, así que, hoy puedo salir a comer sin problemas. Ya me llevaré mañana la fiambra. ¡No entiendo cómo se me ha podido olvidar!

—Porque te has dormido —bromeó él.

—Sí, claro. Eso habrá sido —aceptó siguiéndole la broma.

—¿Cuántos os quedáis a comer?

—Unos cuantos chicos del almacén llevan la comida todos los días, como yo. Del despacho lo hacen algunos de vez en cuando.

—¿Coméis todos juntos?

—No —dijo sin vacilar—. Ellos se quedan en el almacén. Allí hay una sala pequeña que se han organizado muy bien. ¡Tienen hasta microondas! —Le explicó—. Comen todos allí.

—¿Y tú? ¿Comes sola?

—La mayoría de los días sí.

—Bien. Tendré que empezar a llevarme yo también la comida —dijo animado ante la perspectiva de pasar más tiempo con ella.

—¡No! —exclamó Marta casi gritando.

—¿No quieres comer conmigo? —preguntó, súbitamente molesto.

¡Madre mía! ¿Qué le contestaba a ese hombre? Claro que le gustaría comer con él. Le encantaba su compañía, lo cercano que lo sentía, las conversaciones insignificantes pero encantadoras que mantenían... pero no podía pedirle al gran jefe que se llevara la comida al despacho para comer con ella. Eso era una locura total.

—Claro que me gustaría, Pablo. Pero... tú eres el jefe. ¡El gran jefe! —Trató de bromear.

—¿Y?

—¿Cómo vas a llevarte la fiambra al despacho? Tienes que relacionarte con los demás directivos, con los otros empleados. No puedo pretender que compartas tu tiempo solo conmigo.

—Mira, esto será lo que haremos: de momento, me llevaré la comida dos días y tú vienes al bar otro día. —¡Que lo mataran si permitía que ella comiera sola más de dos días mientras él estuviera allí! Y esos dos días ya le estaban doliendo.

—Pero...

—No hay peros, Marta. Me gusta... —De momento, era imposible confesar que le gustaba estar con ella. Era una mujer muy tímida y decírselo podía asustarla. Le gustaba ¡y de qué manera! Pero no quería mostrarse demasiado interesado. Él era un profesional y demasiado interés por ella podía afectar al trabajo que debía realizar allí, sobre todo en el departamento donde ella trabajaba—. Me gusta que los trabajadores que están a mi cargo se sientan parte de la empresa, parte del equipo.

El buen humor que tenía hasta ese momento, se esfumó. El comentario de Pablo, muy lógico por otra parte, le había escocido. Le caía muy bien su nuevo jefe. Con él se sentía cómoda. Tras diez años de saberse ignorada en la empresa, por primera vez, alguien la trataba como a una más... «Eso es» —se dijo—. «Eso es lo que soy para él: una más».

—Muy amable por tu parte. Si quieres comer conmigo alguna vez, estaré encantada de que me acompañes pero, por desgracia, no te puedo asegurar que yo pueda ir un día a la semana al bar, por más que me guste la idea.

Pablo notó el cambio en el ambiente tan pronto terminó de decir su última palabra. La respuesta de ella era reflejo de ese cambio y no le gustó en ni un pelo que la atmósfera dentro del coche se hubiera enfriado de esa manera.

—Ya hemos llegado. ¿Dónde quieres desayunar?

—Gracias, no me apet...

—Ni pienses que me vas a rechazar la invitación, Marta. Te prometí un té —bajando la voz añadió—. Por favor. Eres mi única amiga aquí.

—Soy una empleada más —dijo procurando que no se advirtiera lo dolida que se sentía—. Ayer me llevaste a casa y hoy me has traído al trabajo, eso no me convierte en tu amiga.

—Pero tú sabes que... —¡No podía decírselo! No, aunque se muriera de ganas. No podía. No podía—. Por favor, Marta, desayuna conmigo —rogó.

—Está bien, te acompañaré —en realidad, lo estaba deseando.

—Y desayunarás.

—Y desayunaré —aceptó con una sonrisa.

Marta tenía claro que no era más que su subordinada. Pero era evidente que entre ellos había una complicidad, que no había tenido con nadie hasta ese momento. Por eso accedió a acompañarle. Por eso volvió a relajarse y por eso, el desayuno resultó una agradable manera de enfrentarse a la nueva jornada.

Pasó la mañana metida de lleno en sus números. Había llegado el pedido que llevaban días esperando y tenía que dejarlo registrado para que los muchachos del almacén pudieran colocarlo todo en su sitio. Estaba contenta después de desayunar con Pablo. Ese día su tarea, algo que para ella era siempre agradable, resultó reconfortante. Era un aliciente extra saber que él repasaría después su trabajo y que, quizás, la llamaría para comentar algunas cuestiones.

No quería pensar en Jaime, ni en sí tendría que enfrentarse a él a lo largo del día. Solo quería hacer bien su trabajo para que Pablo estuviera satisfecho. Se engañaba diciéndose que era para consolidar su lugar en la empresa pero, si era franca consigo misma, debía admitir que era por la satisfacción que sentiría si su nuevo jefe se mostraba contento con su trabajo.

No podía explicarse por qué sentía la necesidad de agradar al Sr. Álvarez, a Pablo. Tampoco quería analizarlo. Tampoco quería pensar en porqué se sentía tan a gusto con él o porqué le gustaba pasar tiempo a su lado ni porqué le calmaba tanto su presencia.

Repasó mentalmente el tiempo que había estado enamorada de Jaime, algo que le parecía ya remoto y eso que, en realidad, solo habían transcurrido dos días desde que le había roto el corazón. Dos días desde que su corazón estallara en mil pedazos por su crueldad.

Fue entonces cuando comprendió que nunca había necesitado la compañía de Jaime como lo hacía ahora con la de Pablo. Se dio cuenta de que, a pesar de estar enamorada de él, con Jaime siempre había experimentado una cierta desazón.

Con Pablo era diferente. Había sido diferente desde el instante en que entró por primera vez en su despacho y le miró a los ojos. Y no quería investigar el por qué.

Sabía que, para él, era una trabajadora más. Lo tenía más que claro, no necesitaba que nadie se lo dijera. Pero quería ser la mejor subordinada, la mejor contable, la mejor... Quería que él la valorara. Aunque fuera solo por su trabajo. —«¿Por qué otra cosa iba a ser si no, tonta?» —se dijo—. «Bueno déjate de bobadas y haz tu trabajo, Marta. No pienses y actúa».

Así que, pasó la mañana navegando entre números, aderezados con algún que otro comentario de sus compañeras, y decidida a acabar antes del mediodía. En vez de tomarse el cuarto de hora de rigor durante la mañana, decidió hacerse un té y llevarlo a su mesa. De esta manera podría avanzar con el pedido y, para cuando saliera a comer con Pablo... y con el resto de compañeros (se obligó a recordar) podría comentarle, como quien no quiere la cosa, que todo estaba acabado. Tal vez así, él le pidiera repasarlo juntos y... Siguió con sus números.

Pablo también pasó la mañana en un estado de afable ensimismamiento. Trabajaba más animado que de costumbre. Aquella mujercita, como a él le gustaba llamarla, le había alegrado la mañana. No le había gustado nada su momentáneo desánimo, cuando él había sido incapaz de confesarle cuanto le gustaba su compañía. *SU* compañía, no la de todos los miembros de la plantilla. La suya. Tampoco se atrevió a decirle que le gustaba y no tenía claro si lo haría en algún momento. Pero le gustaba. Mucho. Como no le había gustado nadie desde la muerte de Clara. Pensó en ella, en el dolor agudo que había sentido tras su muerte y que, poco a poco, se había apaciguado con el tiempo. Seguía queriendo a su mujer, pero empezaba a notar la necesidad de pasar página, de olvidar el daño que le había consumido durante todo esos años. Comenzar una nueva etapa en su vida. Había conocido a Clara en sus años de universidad. Lo habían compartido todo desde el principio: horas de estudio y

exámenes finales de infarto; sus primeros trabajos, la ilusión por la compra de la casa que compartirían, su nombramiento como coordinador de la empresa...

Y, cuando todo parecía estar bien, cuando podían plantearse tener una familia, cuando se sentían seguros en sus vidas, ella sufrió ese espantoso accidente.

Murió de repente. Habían salido a cenar con unos amigos y estaban compartiendo una agradable velada juntos cuando Clara empalideció repentinamente. Sus ojos se volvieron dos vidrios sin fondo y cayó fulminada al suelo.

Al principio, no reaccionó. Fueron sus amigos los que llamaron a emergencias haciéndose cargo de la situación. Él estaba en estado de *shock*, sin poder mover un músculo, sin hablar o, tan siquiera, pensar.

Tres días más tarde ya no quedaba nada de Clara.

Los médicos le dijeron que no era inusual que una persona joven muriera de esa manera, sin avisar, pero eso a él no le confortaba. Accidente cardiovascular, lo habían llamado. Él lo llamaba putada. Había perdido a su mujer, su compañera, su amiga. Nada de lo que nadie pudiera decirle remediaba el dolor que sentía.

A partir de ese momento, siempre hablaba de la muerte de Clara como un accidente. ¿Qué otro cosa había sido si no? Decidió vender la casa. No podía soportar esas cuatro paredes que había compartido con su esposa. Todo se la traía a la memoria y no tenía fuerzas suficientes como para vivir esa tortura.

Al principio volvió a casa de sus padres, pero eso era solo una salida momentánea y él lo sabía, así que, pasados los seis meses iniciales alquiló un pequeño apartamento de dos ambientes y se mudó allí.

Más tarde, surgió la posibilidad de ejercer la supervisión de la empresa viajando de sucursal en sucursal, arreglando los desaguisados de cada centro y cambiando de un destino a otro cada pocos meses. Sin amigos duraderos, sin lazos que le sujetaran a ningún sitio. Era un nómada moderno y no le importaba.

Por primera vez, se sentía tentado de abandonar esa vida de viajes y soledad. Y era por esa muchacha pequeña, tímida y discreta que se encontraba a sólo unos metros de él. Era tan extraña la atracción que sentía por ella que ni siquiera quería plantearse a qué se debía. Pero, indudablemente, estaba ahí. En tan solo unos pocos días había cambiado la percepción de su propia vida. No sabía cómo había pasado pero, en realidad, no le importaba en absoluto. Así que, cuando durante la mañana, salía de su despacho, pasaba por contabilidad y observaba furtivamente cómo Marta se aplicaba en su trabajo. Le encantaba verla tan concentrada... le encantaba verla, como fuera, así de simple.

El almuerzo se desarrolló entre animada charla y buena comida. Todos estuvieron encantados de volver a compartir mantel con Marta. Los sabores y aromas de los guisos se mezclaban con una rica conversación. Ella se sentía una más. Estaba feliz compartiendo ese rato con todos, en especial, con Pablo.

Sonreía divertida con las locas ocurrencias de David sentado frente a ella, con la amabilidad de Paco que, como el día anterior, estaba a su lado. Incluso el pasota de Roberto, a la cabeza de la mesa, les había sorprendido a todos con una interesante parrafada.

Paco la miraba asombrado. Veía a su amiga diferente, radiante. Nada que ver con lo apagada que la había visto dos días antes. Se inclinó un poco para preguntarle al oído:

—¿Se va a convertir en costumbre?

—¿El qué? —preguntó ella a su vez apartándose para mirarle a los ojos.

—Esto. Que vengas a comer con nosotros.

Ella bajó la mirada y con voz triste le contestó:

—No, Paco. Ya sabes que eso es imposible.

Él, meneó la cabeza. Lo sabía muy bien.

—Sí, lo sé. Pero prefiero que no comas sola, ya lo sabes.

Pablo, que los observaba disimuladamente, notó un pellizco de celos en las tripas viendo la confianza que existía entre ellos. Apretó la mandíbula, pero no dijo nada.

—De acuerdo, intentaré venir una vez a la semana, si no te importa —dijo en voz baja, para que solo Paco pudiera escucharle.

—¡Claro que no mujer! —exclamaron todos a la vez. A pesar de su intento, la habían oído. Marta, ruborizada, no pudo esconder su alegría.

Pablo la miró complacido por haber conseguido que aceptara su propuesta. Si conseguía tiempo a su lado, quizá lograría que le revelara esos secretos que tanto le intrigaban y de los que sabía gracias a la indiscreción de Paco.

Una vez concluido el descanso, salieron del calor del local al frío de la calle ajustándose los abrigos. El fresco día les obligó a acelerar el paso para volver al despacho. Una vez allí se despidieron entre bromas y cada uno se dirigió a su sitio para continuar con la jornada.

Lo primero que hizo Marta al llegar a su mesa fue recopilar todos los papeles que había estado repasando por la mañana. Los metió en un dossier y se encaminó al despacho del nuevo jefe. Quería enseñarle cómo hacía su trabajo, demostrarle lo buena que era.

En el momento en que cruzaba la puerta que llevaba a los despachos, apareció Jaime.

—¿A dónde vas? —Gruñó. Tenía el pelo revuelto y la cara crispada.

Marta se quedó petrificada por un segundo. Alzó la cabeza para enfrentarse a él y en un susurro le contestó:

—Al despacho del Sr. Álvarez. Tengo que comentarle los datos del pedido que llegó esta mañana.

De golpe, Jaime se los arrancó de las manos.

—Yo lo haré —dijo arrogante.

—Pero... Jaime, tú no los has visto. No sabes de qué van. Si te pregunta no vas a poder responder.

—¿Te crees que no sé cómo va esto? No es la primera vez que he recibido un pedido en los años que llevo aquí ¿no crees?

—Sí —balbució Marta—. Pero ni siquiera los has mirado. Si él te...

—Déjate de hostias niña y vuelve a tu mesa —extendió el brazo señalándole dónde tenía que ir—. Te he dicho que yo me encargo.

Marta rabiaba por dentro, pero no dijo nada. Hundiéndose de hombros, derrotada, giró sobre sus talones y regresó por donde había llegado.

Con una sonrisa de suficiencia y paso firme, Lorca recorrió los escasos metros que le separaban del despacho del *cretino* del nuevo supervisor. Ese se iba a enterar de quién era él. El *estúpido* no tenía ni idea de con quién se las estaba teniendo.

Llamó a la puerta de Pablo que, creyendo que era Marta quien golpeaba la madera, rápidamente le invitó a entrar. Sorprendido al ver de quién se trataba, disimuló su contrariedad.

—Hola Jaime, pasa, pasa. —le invitó haciendo un gesto con la mano.

—Hola Pablo, te traigo los datos del pedido de hoy.

Cuando Jaime llegó frente a su mesa, le invitó a sentarse con un gesto de cabeza. Él sabía que era Marta quien había estado trabajando en ese pedido, lo habían estado comentando durante la comida, así que, se dejó arrastrar por la curiosidad. ¿Jaime pretendía presentarlo como un trabajo propio? Sí, sentía curiosidad... y furia por las pretensiones de ese hombre: anotarse un tanto por el trabajo que había realizado otra persona. ¡Ah! Pero no contaba con que era zorro viejo y sabía cómo desenmascarar a los capullos como él.

—Muy bien —dijo apoyando la espalda en el respaldo del sillón y cruzando los

brazos sobre su pecho—. Cuéntame cómo ha ido.

—Como siempre.

—Bien—asintió moviendo la cabeza—. ¿Cuántos condensadores han llegado?

—¡Vaya! —exclamó Jaime agitándose en su asiento—. Perdona, ahora mismo no lo recuerdo.

—¿A qué precio han llegado? —Volvió a preguntarle. Descruzó los brazos para posarlos sobre la superficie de su escritorio.

—Bien, tendría que mirarlo —respondió cada vez más incómodo.

—¿A qué precio los has puesto? ¿Qué margen has aplicado? ¿Qué tipos de condensadores han venido? ¿Han llegado los de AEG? —Para cuando acabó su batería de preguntas, estaba de pie con el cuerpo prácticamente al otro lado de la mesa, mirando a Jaime directamente a los ojos.

—Pablo, de verdad que no lo recuerdo ahora mismo —se encogió de hombros, frustrado—. Si miras el dossier que te he traído —señaló los papeles que había llevado—, lo encontrarás todo bien detallado.

—No parece que tengas muy buena memoria, ¿no? —Espetó con cinismo volviendo a sentarse—. Se supone que hacía días que se esperaba este pedido. Has estado trabajando en él esta misma mañana; sabes que es obligatorio saber el margen que nos dejan, ¿no crees qué son argumentos suficientes como para que lo recuerdes todo de forma cristalina?

Jaime se sintió acorralado. No había podido engañar a Álvarez y era consciente de que su *jefe* le había puesto en una situación complicada. No podía mantener la mentira. Muy a su pesar, tendría que confesar que él no se había encargado de ese dichoso pedido. Con un suspiro de derrota le escupió su respuesta.

—Marta ha llevado el tema. Yo... Yo tenía otras cosas más importantes que hacer.

—¿Más importantes? —Alzó las cejas sorprendido.

—Hay que terminar el ejercicio. El año se está acabando y no podemos demorarlo más —se defendió.

—Ayer me dijiste que lo tenías todo bajo control.

Se hizo un tenso silencio. Pablo esperaba una buena respuesta. Jaime no la tenía.

—Sí, pero siempre quedan flecos, ya sabes —dijo al fin.

—Bien, —ese **tarado** estaba acabando con su aguante— pues me gustaría ver como lo llevas.

—¿Ahora? —Imposible disimular la alarma en su voz.

—Sí, ahora —respondió categórico Pablo.

—Bueno —Jaime, nervioso, se puso en pie y empezó a pasear de arriba a abajo la sala, frotándose la frente compulsivamente con los dedos. Se paró frente al escritorio de Pablo antes de continuar—. Todavía faltan algunas cosas por concretar y no quisiera presentarte nada a medias.

—No te preocupes por eso —Pablo estaba feliz. Lorca le estaba facilitando el trabajo. Se estaba metiendo en un berenjenal del que difícilmente podría salir él solo—. Estoy familiarizado con la contabilidad. Podré hacerme una idea de por dónde van los tiros, tú tranquilo.

Jaime miró la ventana por la que el atardecer se iba colando poco a poco. Señalando en esa dirección buscó otra excusa:

—Pero Pablo hoy ya es tarde. Si quieres mañana...

—No, hombre, tráelo ahora. —le dijo irónico—. Le echaremos hoy un vistazo y mañana ya seguiremos. Además, todavía quedan casi dos horas para salir y en ese tiempo se puede hacer un montón de trabajo, ¿verdad?

En silencio y sumido en un auténtico caos mental, Lorca se dirigió a la puerta con paso titubeante. Ya con una mano en el pomo, giró la cabeza y sucumbiendo ante la evidencia le confesó;

—No lo tengo preparado, Pablo. Estaba esperando que Marta pudiera echarle un vistazo. Hoy... —Ya no sabía que excusa utilizar que fuera lo suficientemente convincente para ese tipo *indeseable*—. He estado revisando el presupuesto de la cena de Navidad —confesó al fin rendido.

—¿Eso era más importante que un pedido que llevábamos días esperando?

—Sí, lo sé —mirada baja, hombros hundidos. Jaime era la viva imagen del fracaso—. Debería haber estado pendiente del pedido, lo sé, pero Marta podía encargarse de eso y el personal está esperando esa cena con muchas ganas.

—Lo primero es lo primero Jaime, no lo olvides. La empresa no puede permitir que su jefe de contabilidad no tenga claras sus prioridades. Ten eso muy en cuenta en el futuro.

Sin más palabras, Lorca se volvió hacia la puerta y salió.

Estaba furioso. Tenía que liberarse de esa rabia que le carcomía y conocía a alguien que podía ayudarle.

Marta estaba sentada a su mesa, concentrada en la pantalla de su ordenador. Jaime sonrió cínicamente. La iba a hundir.

Siempre había tolerado bien a Marta. Le resultaba muy conveniente tenerla bajo su mando. Hasta hacía solo dos días, dos malditos días desde que había llegado ese memo de Álvarez, ella era casi su esclava. Le encantaba burlarse de ella haciéndose el amable. En ocasiones, hasta se mostraba cariñoso cuando se dirigía a ella. La tenía encandilada, de esa manera, ella se encargaba de todo el trabajo mientras él se podía dedicar a lo que realmente le interesaba: él mismo y su propio bienestar.

En realidad no la soportaba. Pensaba que era una mujer sin gracia, siempre acompañada de esas ridículas gafas naranjas, con demasiadas curvas por todas partes y tan baja que casi podía tocarle la cabeza sin levantar la mano. Pero no podía negar que era endemoniadamente buena en lo suyo. Durante los diez años que habían compartido en paz, le había resultado una bendición tenerla a su lado.

Pero cuando se enteró de la llegada del supervisor de la empresa, tuvo indiscutiblemente claro que su puesto corría peligro. Necesitaba distraer su atención hacia otra persona. Alguien que podía hacerle sombra en su puesto. Alguien que, para su desgracia, realmente merecía ser la cabeza del departamento: Marta.

Lo que no contaba era con que ella se revelara. Eso le había dejado pasmado. No esperaba que ella y su ridículo enamoramiento por él pudieran ser sus rivales. Pero la muy *desgraciada*, al verse acorralada, había sacado las uñas y luchaba por su puesto de trabajo como una leona por sus cachorros.

Pero, no. Él no iba a permitir que demostrara su valía. La iba a humillar tanto, iba a demostrar de tal manera que era una inútil que, para cuando acabara con ella, nadie dudaría de quién era el imprescindible allí. Ni siquiera aquellos que les conocían bien dudarían. Y, por descontado, el que menos ese *engreído mentecato* de Álvarez.

—¡Marta! —espetó malhumorado sobresaltándola—. Deja todo lo que estés haciendo y te pones ahora mismo con el balance anual.

—De acuerdo Jaime, pero tienes tú todos los documentos. Te los pasé la semana pasada para que los revisaras a falta de los datos que queden de lo que resta del año.

«Mierda» —pensó— «lo había olvidado. Tendré que disimular»

—Y ya lo he hecho ¿qué te crees? Por eso, tienes que revisarlo. Hay cosas que no me cuadran.

—¿Qué cosas? —preguntó sorprendida Marta.

—¡Cosas! —Gritó enfadado.

—Sí, pero ¿qué? —Increíblemente, ella se enfrentó a su jefe alzando la barbilla, retándole.

—Lo repasas y punto. No estoy para ir perdiendo el tiempo explicándote lo que has hecho mal. Lo repasas todo y ya encontrarás los fallos.



—Pero Jaime.... —Fue bajando la voz, los hombros y... el atrevimiento.

—¡Que lo repases, he dicho! —Bramó.

Con las mejillas encendidas de rabia, Marta, volvió la cabeza a un lado y a otro, buscando apoyo en sus compañeras que habían presenciado la discusión. Pero tanto Sonia como Lola, esta última muerta de vergüenza, desviaron la vista hacia sus ordenadores.

Jaime con una sonrisa triunfal, levantó dos veces las cejas en señal de victoria y abandonó la estancia.

Pablo, como siempre discreto, lo había visto todo y sentía el infierno fluir por sus venas al no poder romperle la boca al *cabrón* de Lorca. ¡Qué ganas Dios! ¡Qué ganas le tenía! Necesitaba alejar a Marta de contabilidad para forzar a ese... *hombrezuelo* a realizar por sí mismo el trabajo. Marta, como había podido escuchar, ya le había allanado el terreno y no tendría demasiadas complicaciones, pero confiaba en que metiera la pata. Sabía que fallaría en algo y en ese glorioso momento podría deshacerse del lastre que representaba Jaime para la empresa, para él y sobre todo, para ella.

Volvió a su despacho dispuesto a rebuscar en el fantástico currículum de Marta, algún tesoro oculto que pudiera ayudarle a conseguir desenmascarar a Jaime. Pronto encontró algo que le ayudaría mejor de lo que se hubiera podido imaginar: ¿Marta hablaba inglés? ¡Hablabla inglés! Eso era genial.

En Madrid esperaban la visita de unos directivos de la central de Londres y Pablo tenía que acudir al encuentro y Marta le acompañaría en calidad de secretaria/traductora ya que, si bien él hablaba el idioma con fluidez, no todos los dirigentes de la delegación madrileña se defendían igual.

Era una idea brillante. No sólo la alejaba de Jaime y de contabilidad si no que podría disfrutar de ella durante dos, quizá tres días. Sería fantástico trabajar mano a mano y, como ninguno de los dos estaría en casa, lo más lógico era que salieran a cenar juntos; con suerte, podrían asistir a algún espectáculo y después... Se forzó en apartar las locas ideas, que no hacían más que repercutir en su entrepierna, y se empezó a idear un plan para convencer a la tímida y misteriosa Srta. Martín. Esperaba que sus secretos no se interpusieran.

Saliendo al pasillo que conectaba con el despacho de Marta, la llamó para que acudiera al suyo.

—Srta. Martín, ¿puede venir un momento, por favor?

—En seguida, Sr. Álvarez —respondió olvidando de repente su enfado con Jaime.

—Gracias.

Marta se encaminó con rapidez hacia la oficina de Pablo. Se recolocó un mechón que se había salido de su cola de caballo y se alisó una imaginaria arruga del tejano antes de golpear la puerta con los nudillos. Sentía curiosidad por saber qué quería Pablo de ella aunque, en realidad le daba igual. Le encantaba que la necesitara. Para lo que hiciera falta.

—Pasa Marta. Siéntate, por favor.

—Gracias, Sr... Pablo.

Tras breve silencio en el que ambos se miraron con insólito nerviosismo, Pablo comenzó a hablar como el jefe que era.

—Verás, Marta, en Madrid se va a realizar una importante reunión con algunos de los más altos directivos de la empresa. Vienen desde Gran Bretaña y llegarán a España el próximo lunes. Yo tengo que acudir sin falta. Sí —admitió ante la extrañeza de en ella—, ya sé que es extraño que, a sólo unos días de mi llegada aquí, tenga que viajar para asistir a esta reunión tan importante, pero venir aquí era inaplazable igual que lo es esta junta.

—No te entiendo Pablo. ¿Por qué me cuentas todo esto a mí?

—Ahí quería llegar ahora. Es importante que no haya malentendidos con esta gente. No podemos arriesgarnos a que, por malas interpretaciones, la relación entre Londres y Madrid y, por consiguiente, con el resto de sucursales del país se vea afectada de alguna manera.

—Ya, lo entiendo pero...

—Por favor, déjame terminar —alzó la mano para detenerla.

—Sí, claro, perdona.

—No, perdona tú. Me estoy yendo por las ramas y no me caracterizo por eso precisamente.

—Bien, pues tú dirás.

—Necesito que vengas a Madrid conmigo —soltó de repente y sin anestesia.

—¿¡Yo!? ¿¡A Madrid!? —Saltó de la silla como si se hubiera clavado un alfiler.

—Sí, tú.

—Pero...

—No te preocupes por los gastos. Además serán horas extras que se te pagaran debidamente. Iremos en mi coche —le informó a la vez que le hacía un gesto para que volviera a sentarse—. Si, ya sé que es un viaje largo, pero de esta manera tendremos medio de transporte en la capital.

—¿No hay nadie en Madrid que pueda hacer el trabajo?

—Necesito a alguien de confianza.

—¡Pero si nos acabamos de conocer!

—Pero confío en ti. Por otro lado, no muchos en esta empresa pueden presumir de hablar inglés tan bien como tú. Al menos eso dice tu currículum.

—No, supongo que no —aceptó la evidencia ruborizándose hasta la punta del cabello. Antes de que sus problemas familiares comenzaran, había pasado varios veranos en el Reino Unido y hablaba inglés a la perfección.

—Pues no se hable más. El domingo por la tarde pasaré a recogerte. Los ingleses llegan el lunes a primera hora y me gustaría estar allí para recibirlos.

—El caso es que yo no sé si podre...

—Marta, por favor, te necesito —rogó—. Tendrás que poder. Tendrás que arreglarlo para poder.

Se dio cuenta de que, más allá de desenmascarar a Lorca, lo que realmente deseaba era compartir con ella ese viaje. La complicidad que había nacido entre ellos crecería y la posibilidad de descubrir los misterios que escondía esa mujer, que no se le iba de la cabeza desde que la había conocido, sería mayor. Eso era lo que verdaderamente le motivaba.

—Déjame hacer unas llamadas. Lo intentaré con todas mis fuerzas, te lo prometo. Por otra parte —el humor acarició su voz—, un dinero extra siempre va bien.

—Perfecto, Marta. Me encanta la idea de trabajar codo con codo contigo.

—Y a mí también, te lo aseguro.

Por un momento, Pablo se quedó mirando los labios de la joven. Eran tentadores. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para desviar la vista a sus ojos y poder continuar con la conversación.

—Mañana lo dedicaremos a preparar la reunión. No quiero que nos cojan desprevenidos. Esos ingleses son muy exigentes. No me gustaría que nos sorprendieran con la guardia baja. —La cara de Marta se iluminó con una radiante sonrisa.

—No, supongo que eso no estaría bien.

—No, no lo estaría —rio él abiertamente—. Acaba lo que estés haciendo. Mañana tendremos mucho que preparar —y cambiando de tema, continuó—. Luego te recojo y volvemos a casa juntos, ¿de acuerdo?

—Sí, claro —le aseguró ella. Sus mejillas habían vuelto a sonrojarse.

—¡Bien! —exclamó Pablo dando una palmada—. Pues a trabajar.  
—Hasta luego, Pablo —musitó.  
—Hasta luego, Marta.

# Capítulo 10

Aquella tarde, tal como le había prometido, Pablo, la recogió y juntos volvieron. Igual que había ocurrido la tarde anterior, la conversación entre ellos fluyó cordial y animada. Se sentían muy cómodos el uno con el otro. Era como si se conocieran de toda la vida. Para Marta eso era una novedad. Esa extraña intimidad que se creaba entre ellos en ese coche era... desconocida para ella. Y también para él. Nunca antes, desde la muerte de Clara, se había sentido tan a gusto con una mujer. Y ninguna le había despertado el ánimo como lo hacía Marta. Era encantadora, divertida, inteligente y fascinante. Le tenía totalmente embrujado. Le había lanzado un hechizo que iba directamente a su entrepierna y más allá. No se atrevía a pensar que estuviera alcanzándole el corazón, era demasiado pronto para eso, ¿no?

Al despedirse, volvieron a quedar para el día siguiente. Antes de separarse, Marta le aseguró que haría todo lo posible y lo imposible para poder acompañarle a Madrid. Pablo se alegró y, por su tono de voz, a ella también le hacía ilusión compartir aquel viaje con él. Se sintió extrañamente rebosante de alegría mientras la veía alejarse sabiendo que en una hora, volvería a estar con ella.

Subió las escaleras de dos en dos de lo animada que se sentía. Al entrar en casa, Marta corrió a saludar a su madre con sus habituales muestras de cariño, pero más contenta que de costumbre. A los dos minutos ya le estaba hablando de su posible viaje a Madrid.

—¡Pues claro que tienes que ir! —La alentó Begoña—. Es una oportunidad para tu carrera y, además te lo pasarás bien. Hace mucho que no sales, hija.

Sonriendo ilusionada, le lanzó un beso a su madre y cogió el teléfono. Le quedaba lo peor: La difícil tarea de encontrar quien se ocupara de su madre mientras ella estuviera en la capital.

La primera llamada fue a su hermana.

—Hola Susana —saludó con precaución. Nunca se sabía cómo iba a responder esa mujer.

—Hola Marta. ¿Llamas para lo de mañana?

—¿Para lo de mañana?

—Sí. ¿Recuerdas que te llevaré a los niños mañana? —preguntó Susana arisca.

—Sí, claro. —*¿Cómo para olvidarlo!*

—Te los llevaré a las siete para tener tiempo suficiente de arreglarme. No —rectificó de inmediato—. Mejor te los llevo a las seis y media. Así no tendré que correr.

—¿Y si yo tengo algo que hacer al salir del trabajo? ¿Te lo has planteado siquiera? —Se reveló la hermana pequeña.

—¿Tú? —Se mofó sarcástica.

—Sí, yo —contestó dolido Marta. Siempre cediendo en todo. Siempre sumisa con todos. Pero Jaime le había abierto los ojos mostrándole todo su desprecio; había decidido que tenía que cambiar—. Tengo muchas otras cosas que hacer, aparte de esperar a que decidas dejarme a tus hijos para que tú puedas salir con tu amadísimo maridito.

—¿Qué? ¿Leer una de tus estúpidas novelas románticas? —Susana presentó batalla como mejor sabía: haciendo daño.

—No. Pero aunque así fuera, es mi tiempo y lo gasto como me da la gana.

—¡AH! ¿Ya no quieres cuidar a tus sobrinos? ¿Es eso? —El enfado de Susana trascendía la línea de teléfono.

—No me importa estar con los niños. Lo sabes. Les adoro —cerró los ojos y respiró hondo tratando de calmarse antes de continuar—. Sólo digo que no dispongas de mi tiempo sin consultar. Si habías dicho que los traerías a las siete, no lo cambies sin más. No puedes variar de planes así porque sí, sin pensar en los demás.

—Mira, Marta, estás muy rara y no sé qué te pasa —dijo con fastidio—. En fin, te llevaré a los niños mañana a las seis y media y los recogeré el sábado a mediodía.

¡Susana iba a colgar! Ya tenía lo que quería ya no la necesitaba para nada más, pero Marta se lo impidió:

—Te llamaba para otra cosa Susana —casi gritó para que la escuchara antes de soltar el teléfono.

—¿Qué quieres? —espetó crispada—. No tengo tiempo para tonterías. Debo bañar a los críos, preparar la cena y meterlos en la cama antes de que llegue Julián.

—La semana que viene me voy a Madrid —afirmó. Había tomado la decisión en ese mismo instante, al comprobar el egoísmo de su *queridísima* hermana.

—¡No puedes! —exclamó alarmada Susana.

—Es por trabajo y lo que no puedo ni quiero hacer es negarme.

—Claro que puedes. No seas egoísta. ¿Quién se quedará con mamá? ¿Lo has pensado?

—Tú —contestó categóricamente. Estaba harta de la actitud de Susana. ¿¡Y tenía el valor de acusarle a ella de egoísta!?

—Ya sabes que yo estoy muy liada. Bueno, claro, que tú no lo sabes ¿cómo lo ibas a saber si no tienes responsabilidad alguna? —Si se mordía la lengua se envenenaba fijo.

—Mira Susana, no hablemos de responsabilidades.

—Sí —escupió enfadadísima su hermana mayor—. Hablemos.

—No tengo ganas de mantener esta conversación por teléfono. Lo único que te digo es que voy a ir a Madrid la semana que viene, que es por trabajo y que no voy a arriesgar mi carrera por negarme a hacer este viaje.

—Pues yo no me puedo quedar con mamá —Susana estaba indignada. Ese problema no tenía nada que ver con ella—. Tendrás que buscar alguna solución.

—Es mi problema, ¿no? —susurró triste.

—Sí —la rotundidad de Susana la dejó pasmada.

—Está bien. Necesitaré que pagues la mitad del sueldo de Cristina—Si no conseguía su colaboración de una manera, lo haría de otra—.Yo sola no puedo hacerlo.

—¿No serás tan tonta como para que no te paguen algún extra por el viaje?

—No llego Susana, no llego —confesó a regañadientes.

—Lo hablare con Julián, pero no puedo prometerte nada.

—Haz lo imposible. Es tu madre también y de verdad que es muy importante que haga ese viaje. No te lo pediría si no lo fuera y lo sabes.

—De acuerdo. Se lo digo y te llamo, pero otra vez intenta librarte de compromisos fuera de tu horario, que luego nos haces ir mal a los demás.

—Adiós Susana. Hasta mañana —se despidió derrotada—. Y gracias. — “Por nada”

—Adiós Marta. Piensa un poquito en los demás. No te hará ningún daño.

Colgó con la impotencia atenazándole el alma. Las lágrimas amenazaban con inundarla. Pero se lo prohibió. No, no lloraría. Respiró profundamente dos, tres veces antes de coger nuevamente el auricular y hacer una segunda llamada. Estaba convencida de que, en esta ocasión, todo resultaría más fácil.

Tal como esperaba, Cristina no le puso pegas. Le dijo que no se preocupara, que el domingo por la tarde iría a su casa y se instalaría allí hasta que ella volviera. El dinero extra le iba a ir de perlas. El seguro del coche había dejado su economía en las últimas.

Con la certeza de que su madre estaría perfectamente atendida mientras ella estuviera fuera, se fue a dormir sin cenar a penas.

Antes de que el sueño le ganara la batalla, estuvo haciendo nota mental de todo lo que necesitaría en Madrid. Sin darse cuenta, una cosa le llevó a otra. De repente empezó a imaginarse manteniendo una interesante conversación con Pablo, mientras cenaban sentados frente a la mesa de un elegante restaurante, iluminados por una única vela. Después, se vio caminando junto a él por las frías calles de la ciudad, compartiendo risas... y algo más hasta llegar al hotel y allí... En ese momento dejó de fantasear. ¡Menudas ideas se le ocurrían! Negó con la cabeza obligándose a cambiar el rumbo de sus pensamientos. Pero no pudo detener el cosquilleo que sintió en su sexo. Por fortuna estaba sola en su habitación.

Se despertó pletórica, con tiempo suficiente para arreglarse más que de costumbre. Tenía un aliciente para hacerlo: Pablo la iba a recoger.

Se maquilló ligeramente, solo lo suficiente para no parecer un payaso. Se vistió con una elegante falda acampanada gris marengo, un jersey de lana de merino con cuello de pico de color negro, unas sugerentes medias y unas botas, negras también, que le llegaban casi hasta las rodillas. Se miró en el espejo de cuerpo entero que había en su alcoba y la imagen no le desagradó. Después, se dirigió a la cocina. Como la noche anterior no se había entretenido en hacerse la comida de ese día, tiro de las sobras que encontró en la nevera. Tomó dos piezas de fruta del frutero que había en el centro de la mesa y un yogur para el desayuno. ¡Estaba tan entusiasmada de que el Sr. Álvarez hubiera pensado en ella para ese trabajo! Iba a ir a Madrid, ¡a Madrid! Y para colmo, con su atractivo y amable nuevo jefe.

Bajó los escalones a trompicones. No quería que Pablo la esperara ni un segundo, pero no lo consiguió. Al llegar al portal, vio que la estaba esperando dentro de su coche, vuelto hacia la ventanilla del copiloto. Al verla, le lanzó una sonrisa que le paralizó hasta la respiración.

Más contenta de lo que ella recordara haber estado en años, se dirigió al coche, se sentó y se abrochó el cinturón, mientras él iniciaba la marcha.

El trayecto fue como ambos esperaban: tranquilo, sin nada verdaderamente destacable pero realmente delicioso. A pesar del tráfico de esas horas, a los dos se les hizo el recorrido demasiado breve. Por suerte, solo dos días más tarde tendrían un viaje de horas que les daría la oportunidad de disfrutar de su mutua compañía.

Pablo, al igual que había hecho el día anterior, insistió en que desayunaran juntos. Se desanimó al saber que ese día Marta había previsto comer en el despacho, por lo que no podría compartir ese rato con ella. Pero nada podía hacer al respecto, sobre todo si no quería despertar sospechas acerca de lo que esa preciosa muchacha le hacía sentir; aunque recobró el ánimo en seguida al recordar el viaje que tenían por delante.

Al llegar a su mesa, Marta sonrió a sus compañeras que, contrariamente a su costumbre, habían llegado antes que ella. Sonia y Lola la miraron sorprendidas: la ropa, el maquillaje... y, sobre todo, la satisfacción que mostraba. Se miraron sin dar crédito a lo que veían. Marta estaba diferente. La eterna nostalgia por la que se caracterizaba, parecía haberse volatilizado y eso no les cuadraba. Sobre todo, después de cómo la había tratado Jaime unos días antes. Ellas conocían sus sentimientos por su jefe. Muchas veces habían bromeado con él al respecto y por ello no salían de su asombro al observar ese cambio de actitud y ese aspecto más cuidado. ¿Qué pretendía?

Ella, ajena a las elucubraciones de sus compañeras, recogió algunos dosieres antes de dirigirse al despacho del que sería su compañero de viaje la siguiente semana.

—¿A dónde crees que vas? —Le espetó Jaime saliendo de su despacho al verla pasar.

Marta, asustada por el grito, dio un bote haciendo que algunos papeles se le cayeran de las manos.

—El Sr. Álvarez me espera para revisar estos documentos —contestó mientras se agachaba para recoger los folios del suelo.

—Bueno, pues se los das y vuelves a tu mesa que hay que hacer el balance y vamos justos de tiempo, ¿De acuerdo?

—Lo siento Jaime, pero no voy a poder encargarme de eso.

—¿¡Cómo!?! —Bramó.

En el momento en que Marta se disponía a explicarle el cambio de planes, Pablo apareció en el pasillo que comunicaba todos los despachos.

—¿Qué son esos gritos, Jaime?

—Marta, que dice que no puede hacer su trabajo —escupió con saña.

—¿Srta. Martín? —Se giró para encararse a ella levantando las cejas fingiendo sorpresa— ¿No va a preparar nuestro próximo viaje?

—Sí, claro que sí, señor —sonrió tímidamente.

—¿Cómo qué...? ¿Qué próximo viaje? —Jaime echaba chispas por los ojos. ¿Qué estaba pasando allí?

—Jaime, la Srta. Martín y yo viajaremos a Madrid la próxima semana y tenemos mucho que preparar antes de irnos. ¿Para qué la necesitabas?

—El balance —casi no podía hablar por la sorpresa y la rabia.

—Bueno, tendrás que hacerte cargo tú solo —sonrió con suficiencia—. Al fin y al cabo ya lo tenías muy adelantado, ¿no?

Jaime empalideció. Era una encerrona, lo veía claramente. Le costaba respirar por la furia contenida. No había podido engañar al *malnacido* de Álvarez y este se la había jugado. Estaba convencido de que, desde el primer momento, Pablo había estado ideando la trampa esperando el momento oportuno para cazarle.

—Bueno... —dijo entre dientes— ella trabaja conmigo y, ya sabes, lleva cosas de las que yo no... me encargo —intentó justificarse sin éxito.

—Pero un contable tan profesional y preparado no tendrá ningún problema en ponerse al día. Tú puedes con todo lo que te echen, ¿no? —La ironía estaba servida.

—¿No puede, al menos, aclararme...? —Apretó los puños. De buena gana le daba un sopapo a ese *cabrón*.

—No, lo siento —le miró fijamente a los ojos, amenazador—. Tenemos muchas teclas que tocar y no podemos perder ni un segundo.

—Pero, ¿por qué Marta? —Resopló indignado.

—¿Marta? —Le preguntó a su vez Pablo con calma.

—Sí, ¿por qué ella?

—Inteligente, culta, hábil con los números... —Fue enumerando con los dedos—. Y además, habla inglés perfectamente. ¿Qué mejor secretaria podía pedir?

—Pero ella no es una...

—Lo sé —afirmó muy, muy serio—. Ella es más que una secretaria.

Vencido, Jaime asintió. Se dio cuenta de que no tenía nada que hacer. Cerró los ojos con fuerza y respiró profundamente para tranquilizarse. Confiaba que Sonia y Lola, le pudieran echar una mano con todo el galimatías que se le presentaba por delante, a pesar de no estar tan preparadas como Marta. Esperaba que le pudieran aclarar las cosas, si no... estaba perdido.

Olvidándose de Jaime, Pablo se volvió hacia Marta, que se había quedado aturdida

por la agria discusión entre los dos hombres, y apoyándole la mano en el hombro, le indicó que le acompañara su despacho.



# Capítulo 11

Pasaron todo el día preparando lo necesario para lo que les esperaba en Madrid. Trabajaban muy bien juntos. Les resultaba fácil coordinarse, así que, al finalizar la jornada, lo tenían todo listo. Como había hecho los días anteriores, Pablo acompañó a Marta al salir. Durante el camino, concretaron la hora en la que iría a buscarla: a las tres de la tarde del domingo saldrían de Barcelona. De esa manera, no llegarían demasiado tarde a la capital y tendrían tiempo suficiente para descansar y para estar frescos en la reunión que les esperaba el lunes.

Al abrir la puerta de su piso, Marta se encontró con la sorpresa de que Susana ya había llevado a sus hijos. Los críos se colgaron de su cuello nada más verla aparecer, contentos de poder pasar unas horas con su tía favorita.

—Los he traído antes de lo previsto porque necesito tener tiempo suficiente de ir a la *pelu*—dijo mirándose el reloj con nerviosismo—. Tengo que estar radiante para mi *maridín*.

Marta no quiso discutir, ¿para qué? Con Susana no servía de nada y de todas formas, le encantaba pasar tiempo con sus niños.

Pasaron lo que quedaba de tarde jugando, riendo, viendo la tele... Begoña disfrutaba viéndoles divertirse. Eran escasas las oportunidades de tener a sus nietos con ella, así que, a pesar de sus limitaciones, intervenía siempre que podía en sus juegos.

Los niños reclamaron espaguetis para cenar y Marta no quiso decepcionarlos. Al fin y al cabo, tanto a ella como a su madre también les encantaban, así que todos iban a disfrutar de lo lindo con un menú tan simple pero delicioso.

Marta permitió que vieran un rato la tele antes de llevar a los niños a su habitación, donde les leyó un cuento. —«*Mamá nunca lo hace*» —le había dicho Adrián, que con sus 6 años, ya se daba cuenta de todo. Marta, como no podía ser de otra manera, justificó a su hermana ante a sus hijos. Les explicó que su mamá estaba muy ocupada y no tenía tiempo, pero que estaba convencida de que se moría de ganas de leerles ella también, a pesar de que sabía que aquello no era cierto.

A los niños les costó conciliar el sueño. Estaban muy excitados por toda la actividad de la tarde. Cuando consiguió que se durmieran, salió al salón y observó a su madre entretenida viendo un programa de viajes, así que, decidió prepararse la maleta.

Estaba excitadísima con aquel viaje. Hacía demasiado que no pasaba unos días lejos de casa y, a pesar de que la salida fuera por trabajo, estaba decidida a aprovechar hasta el último minuto disfrutando de todo lo que se le presentara.

«*Ingleses*» —pensó golpeándose el labio inferior con el índice—. «*Necesitaré ropa formal: Traje de chaqueta y camisa... algún vestido serio. Liso a poder ser*» —recordó de repente el que colgaba en el armario de la habitación de los niños—. «*El azul marino recto funcionará. ¿Qué más, a ver?*». Poco a poco, meditando muy bien lo que llevaría, fue eligiendo la ropa que llenaría su maleta. La de trabajo, por supuesto, pero también otra más cómoda para sus ratos libres. También escogió un vestido corto y más sexy de lo que solía vestir. Lo había utilizado en la boda de su primo Ernesto. No se lo había vuelto a poner desde entonces y pensó que sería una buena ocasión para volver a hacerlo. Sobre todo si a Pablo le daba por llevarla a cenar. Se dio cuenta de cuánto lo deseaba. Le apetecía muchísimo.

Dejó la maleta a medias. Tenía todo el sábado para acabarla. En ese momento, y tras haber vuelto a pensar en su atractivo jefe, su cabeza no estaba para modelitos: la imagen de los dos cenando a la luz de las velas, llegando al hotel, subiendo en ascensor juntos, solos... le llenaban el cerebro de fantasías locas y fuera de lugar. ¡Ni si quiera podía imaginar la despedida, una vez llegados a la puerta de su habitación donde la acompañaría cortésmente! Trató de dormir, pero la idea le continuaba martilleando. Y lo siguió haciendo durante toda la noche incluso cuando sus ojos cansados, se cerraron en un sueño reparador.

El sábado amaneció con sus sobrinos subidos a su cama dándole besos y exigiéndole su desayuno con alegres gritos.

—Tita Marta, ¿nos haces torrijas? —Le pidió Adrián. El aire se le escapaba por el hueco de un diente recientemente perdido y siseaba graciosamente al hablar.

—Sí, sí —aplaudió entusiasmada Berta con sus diminutas manecitas.

—¡Y les echamos miel! —Insistió el niño.

—¡Y “caquena”! —Continuó la pequeña con su media lengua.

—Está bien —contestó con una sonrisa resignada pero feliz—. Pero no os hinchéis que luego os duele la tripa y vuestra madre me echa la bronca.

—No nos dolerá la tripa —afirmaron a la vez contentos.

—Venga, id a ver qué hace la abuela mientras me visto —les dio una palmada en el culete a cada uno animándoles a obedecerla—. Decidle que voy a hacer torrijas. A ella también le encantan.

—¡Bien! —exclamaron con gritos infantiles, los enanos—. La tita nos hace torrijas, la tita nos hace torrijas... —entonando esa cantinela, fueron a buscar a su abuela.

Marta sonrió. Le encantaban esos críos. Los quería con locura. ¡Qué lástima que su madre no le gustara tanto como ellos!

Empezó a preparar el desayuno, cómodamente vestida con un chándal. Si iba a tirarse por el suelo jugando con los niños, era la mejor opción. Al olor dulce de lo que cocinaba, aparecieron los niños corriendo, seguidos de su abuela que caminaba apoyada en su andador. Los tres juntos se dispusieron a poner la mesa como si de otra de sus juegos se tratara. Todos estaban felices. Iban a desayunar primero y después, Marta los llevaría al parque. Eran pequeños y necesitaban desfogarse. En eso estaban cuando oyeron abrirse la puerta de casa y una Susana con gesto avinagrado apareció en la cocina dos horas antes de lo previsto.

—¿Qué haces?

—Torrijas —contestó Marta distraída en lo que hacía.

—¿¡Cómo se te ocurre!? —Gritó Susana.

—¿Qué pasa? —pregunto extrañada su madre colocando sobre la mesa el último cubierto.

—¿Que qué pasa? —Bramó nuevamente su hija mayor.

—Susana, no le hables así a mamá. —Marta se giró rápidamente para enfrentarla señalándola con la espumadera.

—¡Tú te callas! Eso que pretendes que coman mis hijos es fritanga pura —escupió como un insulto—. Menos mal que he llegado a tiempo. A saber que les darías ayer para cenar.

—Mamá, yo quiero *todijas* —la petición de Berta apenas se escuchó amortiguada por los gritos de su madre.

—¡Pues te aguantas! Un yogur y una pieza de fruta. Eso es lo que tenéis que desayunar.

—Susana, son niños —volvió a intervenir la madre.

—Mamá —dijo esta vez más calmada—. ¿Quieres que se críen gordos y fofos?

—No, claro que no Susana, pero por un día que vienen a casa de su abuela... —argumentó la mujer—. A ellos les hacía mucha ilusión comer torrijas.

—No tengo ganas de discutir contigo, mamá. No quiero que coman cosas grasientas y ya está.

Marta no se lo podía creer. ¿Esa mujer era su hermana? Debía ser el efecto Julián, su marido, que era un *imbécil*. No. En realidad Susana también era una cretina. Siempre había sido egoísta, caprichosa y malhumorada y eso no había mejorado con los años ni con la maternidad. Pero Julián había ayudado a multiplicar lo peor de su carácter.

—¿Cómo es que has venido tan pronto? —Susana raramente se presentaba pronto a recoger a sus hijos de ahí su extrañeza.

—Julián tiene un partido de pádel y se había olvidado de decírmelo —le explicó mientras peinaba a Berta con los dedos.

—¿Y qué van a hacer los niños mientras tanto? —Marta, girándose de nuevo a los fogones, dio la vuelta a las torrijas. Con la llegada de Susana casi se había olvidado de ellas.

—¡Marta, hija, a veces pareces tonta! ¿Qué van a hacer? Vida social —dijo como si aquello fuera lo más natural del mundo para dos niños tan pequeños—. Se tienen que relacionar con los hijos de otros socios del club. Son gente muy importante y con mucho dinero. Julián necesita que tengamos buenas relaciones con esa gente, ya sabes.

Marta no contestó, no valía la pena. Susana y ella eran completamente diferentes y dudaba que alguna de las dos cambiara su forma de ser de repente.

—Bueno niños —suspiró resignada Marta—. Un yogur y una manzana.

—¡Nooooo! —Suplicaron los niños—. Queremos las torrijas de la tita.

Susana los miró con dureza, no dejándose embaucar por aquellas caritas desconsoladas; negó con la cabeza y cogió dos yogures de la nevera. Los niños llorosos y desilusionados, no tuvieron más remedio que conformarse y empezaron su *maravilloso* desayuno.

—Bueno —dijo Susana algo más calmada— y ahora, explícame eso de que te vas de viaje.

—Me voy a Madrid con mi jefe —cogió un plato de la lacena, le puso papel de cocina y empezó a sacar las torrijas de la sartén—. Hay una reunión con unos directivos ingleses y me necesitan.

—¿A ti, para qué? —Su pregunta resumaba hiel.

—Susana, tu hermana vale mucho y en su empresa lo saben bien —intercedió conciliadora su madre.

Marta no estaba en absoluto de acuerdo, pero no tenía la menor intención de sacarla de su error. Además, le encantó que saliera en su defensa sin pensárselo dos veces.

—Yo no he dicho lo contrario, sé lo que vale mi hermana, mamá —Marta la miró sorprendida dejando el plato lleno sobre la mesa—, pero no entiendo a qué viene que tenga que ir a Madrid dejándote a ti sola aquí.

—Si la necesitan, tendrá que ir la chiquilla, ¿no crees? Además yo estaré bien con Cristina, que es un amor, y tú, si tienes tiempo, también puedes pasarte algún ratillo a verme.

—¡Mamá! —Iba a quejarse, pero la candidez de su madre le impidió hacerlo. Quería a esa mujer, la quería muchísimo pero... su vida y, especialmente, Julián, no le daba muchas oportunidades para demostrárselo—. ¡Claro! —Aceptó finalmente—. Mientras Marta esté en Madrid, vendremos un rato cada tarde los niños y yo.

—Gracias —susurró Marta apoyando el puño sobre su corazón, agradecida—. Me sentiré mucho más tranquila.

—Bueno, entonces —palmeando sus muslos se levantó de la silla—. Me voy. Julián nos espera. Y tú, hermanita, enséñales de lo que eres capaz.

Marta la miró atónita. ¿Qué le había pasado a Susana que de repente se había vuelto persona? Como si tuviera telepatía, la mayor de las Martín se giró antes de llegar la puerta y con una de sus típicas miradas acidas le advirtió:

—No te creas que me gusta un pelo lo que has hecho, Martita. Sin consultar, has decidido que te ibas, sin tener en cuenta a mamá. Pienso cobrarme el favor. —¡Ya decía ella que le había durado demasiado rato la sensiblería! Susana estaba de vuelta.

—Ya me lo imagino. —aseguró poniendo los ojos en blanco.

—¡Pues eso! Hala, me voy. El lunes vendremos a verte.

—Adiós Susanita —se despidió Begoña.

—Adiós Susana.

—Adiós tita —dijeron los niños al unísono tirándose a sus brazos para después lanzarse a los de su abuela.

—Adiós —repitieron todos a la vez y la puerta de la casa se cerró dejando a madre e hija solas. Como siempre.

Era temprano y los niños ya no estaban, así que, Marta decidió ir a comprar lo necesario para que su madre pasara esos días que ella no iba a estar y, de paso, alguna que otra cosilla imprescindible para su viaje. Se arreglaron lo indispensable y se fueron a paso de tacatá al supermercado que había dos calles más abajo.

La compra de los sábados era, prácticamente, la única salida que se permitía Begoña y ambas lo disfrutaban todo lo que podían. Era un sencillo y corto paseo, pero para la mujer era un auténtico acontecimiento. Cargadas de bolsas, hicieron el recorrido de vuelta parando cada tanto para saludar a los muchos conocidos que se acercaban a ellas. Hacía buen día, a pesar del frío de diciembre y no tenían prisa por regresar a casa.

De vuelta al calor de su hogar, tras organizar las compras y dejar a su madre encargada de pelar patatas como solía hacer para que se sintiera útil, Marta volvió a los preparativos de su viaje. Se sentía exultante de felicidad. Era una gran oportunidad, lo mirase por donde lo mirase. Iba a visitar Madrid, lo que ya era un acontecimiento en sí, pero además conocería a sus compañeros de la capital, con los que tantas veces había bromeado por teléfono. Conocería también, a los jefazos de Londres lo que, entre otras cosas, le daría la oportunidad de practicar su inglés... Y a todo ello la acompañaría su recién estrenado jefe.

Al pensar en él detuvo lo que estaba haciendo, se sentó en la cama y reflexionó sobre qué era lo que le hacía tan encantador. Sin duda, su talante afable era lo que más le atraía, pero no pudo dejar de recordar sus ojos verdes, el aroma que desprendía a madera y sándalo, su franca sonrisa, su mentón cuadrado y varonil y un cuerpo que, sin ser atlético, estaba bien. Muy bien a su parecer.

Después pensó en Jaime. Sin duda era un canalla agradable. O lo había sido hasta esa misma semana. No tan alto como Pablo, Jaime tenía el pelo castaño peinado siempre con un pequeño tupé, ojos claros y los labios carnosos pero sin forma. No entendía cómo había estado enamorada de él... durante diez años. Bien mirado, tenía un aspecto semejante a un ratoncillo. —«¡No!» —Se reprendió en silencio—. «*Es guapo. Y agradable... con quién quiere.*»

Recordó, con algo parecido a la vergüenza, que había estado *coladísima* por él casi toda su vida adulta. Pero al pensar que aquella larga atracción había sido amor, sentía un rechazo desconocido e inmediato. Lo más gracioso era que, de repente, Jaime le daba lástima. Era un pobre diablo con más pretensiones que posibilidades. ¡Había sido tan estúpida y durante tanto tiempo! La ligera sensación de vergüenza inicial se convirtió, en un instante, en auténtico bochorno.

Decidió que era mejor dejarse de cábalas y seguir con lo que estaba haciendo. No estaba dispuesta a que aquellas raras reflexiones le estropearan las expectativas que le creaba aquel viaje.

Comió un delicioso fricandó con su madre. Después, recogió la cocina antes de amodorrarse ante la televisión viendo una soporífera película de serie B. Acabada la sesión de cine, dejó que su madre disfrutara viendo uno de esos programas del sábado por la tarde, en el que se recuerdan otros tiempos.

De vuelta a la intimidad de su cuarto, se tumbó plácidamente sobre la cama para disfrutar de su mayor vicio: la lectura. Pero no lograba concentrarse. Sin proponérselo, su imaginación volvía una y otra vez a fantasear con la aventura que le esperaba al día siguiente. Cerró definitivamente su libro, realmente inaudito en ella una tarde de sábado, y ensimismada con su estancia en Madrid, se quedó dormida. En sus sueños se coló la amistosa cara de Pablo. En su sueño se sintió repentinamente feliz...

La rutina marcó lo que restaba del día: cena, charla, tele... Estaba segura de que, tras su larga siesta, sería incapaz de dormir. Error. Apenas hubo apoyado la cabeza en la almohada, el sueño la rindió de nuevo.

La mañana la sorprendió con fuerzas renovadas. Un hormigueo de anticipación la recorrió entera al pensar que quizás, su vida cambiara ese día.

Pasó la mañana nerviosa, esperando ansiosa a que se hicieran las tres. Lo tenía todo listo desde primera hora de la mañana, así que, dedicó el tiempo disfrutando de su madre, a la que no iba a ver en días, y que no paró de darle los típicos consejos maternos.

Su impaciencia era ya dolorosa al llegar Cristina, pasadas las dos y media. La fisioterapeuta, tan amable como siempre, al verla tan agitada, le volvió a repetir que estaba encantada de pasar esos días allí, con su madre.

—No te preocupes de nada salvo de tu trabajo y de pasarlo bien por los *madriles* —la tranquilizó Cristina—. ¡Ah! Y acuérdate de que hago colección de imanes.

—Te prometo que te traeré varios —le aseguró abrazándola emocionada. Esa muchacha le estaba sacando las castañas del fuego y no lo iba a olvidar.

—No hace falta que te gastes un dineral en imanes, Marta, con uno o dos es suficiente —bromeó Cristina devolviéndole el abrazo.

A las 14.45, el sonido del portero automático las interrumpió. La cara de espanto que puso Marta les hizo mucha gracia a las otras dos mujeres.

—¡Jo, Marta! Ni que fueras al matadero —se mofó la cuidadora.

—No, pero ¡es que mi niña le esperaba más tarde! ¿Verdad, Martita? —preguntó contrariada Begoña—. Igual no es tu jefe, hija.

—¿A estas horas? ¿Quién quieres que sea, si no? —Coló los brazos por las mangas del abrigo con rapidez. No quería hacer esperar a Pablo.

—¿Tu hermana? —preguntó Begoña tímida. La mirada cómplice entre las dos jóvenes fue reveladora—. No, es verdad —recordó apesadumbrada—. Susana seguro que no es. Ya dijo que hasta mañana no venía a verme.

—¡Pues chica, es tu jefe! —Se carcajeó de Cristina provocando un súbito rubor en las mejillas de Marta.

—¡Pues me voy rápido! Adiós mamá —la despidió con un beso. Se cruzó el bolso y abrió la puerta arrastrando su *trolley*—. Cuidala bien Cristina que solo tengo esta —dijo girándose hacia la chica antes de desaparecer.

—¡Que sí, pesada! Vete de una vez.

Recordó su libro justo antes de que se cerrara la puerta. Lo había olvidado sobre la mesilla de noche. Corrió a cogerlo, lo metió en su gran bolso y se fue. Bajó los escalones trotando, cargada con su abultada maleta sin pararse a esperar el ascensor.

# Capítulo 12

Su corazón se paró al verle de pie, apoyado en su coche... esperándola.

Vestía informal. Vaqueros, jersey de cuello vuelto y deportivas negras. Estaba guapísimo.

—¿Hace mucho que esperas?

—Sí —dijo muy serio—. Ya estaba a punto de irme. No me gusta la impuntualidad.

—Perdona —balbuceó avergonzada—. Es que habíamos quedado más...

—¡No, mujer! —La interrumpió con una risotada—. Estaba bromeando.

Suspiró reconfortada mientras ayudaba a Pablo a meter su maleta en el maletero. Luego, ambos entraron en el coche a la vez, dispuestos a iniciar un trayecto que a los dos les apetecía por igual.

Para Pablo había sido un fin de semana singular. Extrañamente ansioso por que llegara el momento de recogerla, había hecho su maleta con más cuidado del acostumbrado.

Eligió detenidamente todo lo que se iba a llevar. Sentía el deseo casi obsesivo de gustarle a esa mujer. Más que cualquier cosa en mucho tiempo, quería que el tiempo que estuvieran juntos, se olvidara del capullo de Jaime, ese tipejo asqueroso que la trataba tan mal.

Y tampoco podía olvidar como despertaba su sexo al pensar en ella. Y eso era increíble en él. Una mujer a la que acababa de conocer se había hecho dueña involuntaria de sus fantasías eróticas. De todas formas, no era tan extraño teniendo en cuenta que no se trataba de una mujer cualquiera. Ella era diferente. Había algo que la hacía especial. Al menos para él, Marta era única.

El coche resultó un lugar muy adecuado para confidencias y bromas. Incluso, en ocasiones, Marta olvidaba que el hombre que tenía a su lado, era su jefe. Desde luego, él hacía lo posible para que se sintiera a gusto. Los escasos momentos en que dejaban de hablar, no resultaban embarazosos; los llenaban escuchando música en la radio o disfrutando del paisaje sin que el silencio les hiciera sentirse incómodos. El par de veces que pararon para tomar un refresco y, de paso, estirar las piernas, Pablo no permitió que ella invitara alegando que era un viaje de empresa. La realidad era que deseaba complacerla en todo lo que estuviera en su mano... sin que ella se diera cuenta.

Como buenos conversadores que eran, aprovecharon el trayecto para explicarse anécdotas de juventud o preferencias culturales. Por ejemplo, mientras a Marta le entusiasmaba el cine independiente, especialmente el americano y el inglés, a Pablo le encantaban las películas de superhéroes, decía que le recordaban a su niñez y las batallitas que se había corrido con su pandilla. En ellas, él siempre era Superman y su amigo Alfredo, Batman.

—Siempre discutíamos sobre quién de los dos era el mejor. Claro está, Superman siempre ganaba porque venía del planeta Kriptón —bromeó desviando la vista de la carretera para mirarla con una deslumbrante sonrisa—, y eso no lo supera Batman ni en cien años.

Su voz desprendía añoranza al recordar su niñez y Marta le dedicó una tierna mirada. Estaba descubriendo kilómetro a kilómetro que Pablo era un hombre encantador, tierno... maravilloso.

—No recuerdo haber tenido ese tipo de relación con mi hermana —confesó Marta sin dejarse afligir por los recuerdos—. Ella es cuatro años mayor que yo y siempre le parecí una cría molesta que le fastidiaba persiguiéndola a ella y a su grupo de amigas.

—¿Pero no dicen que las hermanas son inseparables, que se prestan... yo qué sé... ropa e intercambian novios? —preguntó extrañado. Él no tenía hermanos y siempre había idealizado la idea de tener uno.

—En nuestro caso no —afirmó con un brillo divertido en el rostro. No era necesario hacerse mala sangre con algo que no se podía cambiar—. Susana no me dejaba su ropa por miedo a que se la estropeará. De todas formas nunca me ha gustado su estilo de vestir. Es demasiado pija para mi gusto —se echó las manos a la boca falsamente abochornada—. ¡Huy perdón! —El comentario desencadenó un estallido de carcajadas.

—¿Así qué tu hermana es una pija? —preguntó lagrimeando cuando la risa se lo permitió.

—Muuuuy pija —confirmó sin parar de reír—. No compartimos en absoluto nunca ni el gusto por el vestir ni por chicos.

—¿Cómo te gustan a ti los chicos? —Pablo cambió repentinamente la voz. La respuesta de Marta le interesaba mucho.

—Bueno... —No sabía cómo contestarle a una pregunta tan personal.

—¿No me lo quieres decir? —Fijó la mirada en ella un momento.

—No es eso... es...

—¿Es? —Insistió.

—Que no creo que sea un tema interesante. Supongo que lo has preguntado por amabilidad —contestó vacilante.

—Pues crees mal. ¿Cómo te gustan a ti los chicos? —Repitió cada vez más interesado.

Marta estaba tomando la costumbre de ruborizarse en el tiempo que conocía a Pablo. En los últimos días, su rostro era casi todo el tiempo bermellón. En ese momento, era rojo incandescente. No podía contestarle que los hombres le gustaban precisamente como él. No podía confesarle que él gustaba. Porque ¡oh revelación divina! Él le gustaba. ¡Y cuánto! Pablo tenía todo lo que ella pudiera desear en un hombre: era inteligente, guapo, atento, cariñoso, con un cuerpo de vicio... y peligrosamente atractivo para ella.

—Supongo que lo que más me importa es que me quieran. Que no sean arrogantes ni que humillen a los que tienen a su alrededor —bajó la mirada a sus manos, avergonzada al recordar a Jaime—, que sean fieles a sus principios y a su gente...

—Parece que estés describiendo a Jaime —soltó con ironía.

—Tienes razón —sonrió con desgana—. Nada más lejos de él. Creo que no he sabido cómo era en realidad hasta que tú llegaste a la oficina.

Al verla tan turbada decidió quitarle hierro al asunto y pasar del tema.

—Venga, no perdamos el tiempo hablando de otros —“sobre todo si son unos gilipollas”, pensó—. Todavía no me has contado nada de tu niñez. Ya te he confesado lo diablillo que era de pequeño, pero tú... no sé por qué me da la sensación de que también eras una buena pieza.

—¡No creas! —Volvió a sonreír—. Era un angelito. ¡Con alas y todo!

Y, olvidándose de todo lo demás, continuaron contándose anécdotas de juventud.

No se volvió a mencionar a Jaime en ningún momento. Pablo había notado cuanto le afectaba a Marta pensar en él y no iba a estropear el momento con un tema tan poco apetecible. Pero tampoco hablaron de temas que les concernían personalmente como el secreto que escondía Marta o las circunstancias de la muerte de Clara. Él no quería que nada arruinara el agradable clima que habían creado entre los dos.

Llegaron a Madrid cerca de las diez de la noche. El GPS les dirigió directamente al

hotel donde se registraron en dos habitaciones contiguas. Habían convenido que se asearían un poco antes de ir a cenar algo ligero y después se irían a dormir. Los dos estaban de acuerdo en que necesitaban estar descansados para el día siguiente. Tras el largo viaje, era doblemente necesario un sueño reparador.

Las habitaciones eran amplias y daban a un jardín que se adivinaba bonito pero que a esas horas de la noche, resultaba muy difícil de apreciar. Un baño grande bien equipado, una enorme televisión de plasma (que no tendrían tiempo de ver) y una confortable cama doble completaban las dos elegantes y funcionales estancias.

Tras un breve descanso de apenas cinco minutos, sin abrir si quiera las maletas, salieron a cenar cualquier cosa. A sólo una calle del hotel, encontraron un restaurante marroquí que ofrecía un apetitoso menú típico. Ambos se miraron complacidos y, sin decir palabra, estuvieron de acuerdo en cuánto les apetecía probarlo.

—¿No será demasiada cena? —preguntó Marta dudosa.

—Me temo que sí —reconoció Pablo—. ¿Qué te parece si preguntamos si nos permiten compartir un menú?

Marta asintió con la cabeza y entraron. Por suerte, el camarero estuvo de acuerdo con su petición y mientras se sentaban a la mesa, fue a por su cena. De primero les sirvió un humeante y oloroso plato de *harira* y les ofreció dos cucharas para que la compartieran. Al acabar les llevó un *cuscús* muy especiado que también comieron del mismo cuenco. Resultaba extrañamente íntimo comer de un mismo plato. Agachar a un tiempo las cabezas para tomar una porción de la misma comida era casi turbador; los ojos a la misma altura, descubriendo un mundo de sensaciones que eran incapaces de comprender... aunque Pablo, mucho más experimentado que Marta, sí fue capaz de poner nombre a lo que sentía: deseo.

Disimuladamente, paseó la mirada por los pechos de Marta, pero los abandonó antes de llegar a los pezones. Bajo la mesa, una parte de su cuerpo se empeñaba en recordarle dolorosamente que era un hombre y no tenía ninguna intención de que ella lo notara también. Marta, ajena al desbarajuste que estaba causando en la entrepierna de Pablo, se enfrentaba al suyo: un ardor desconocido le quemaba por dentro concentrándose entre sus muslos. No recordaba haber experimentado algo semejante en su vida. Sentía que iba a morir carbonizada por su propio calor. Acabar la cena compartiendo, como todo lo demás, un té de menta de un mismo vaso, no mejoró la situación. Para cuando pidieron la cuenta, ambos estaban ya al borde del colapso, ignorando que el otro peleaba con la misma conmoción.

El frío de la calle ayudó a despejarse un poco. Por desgracia, el paseo fue corto, así que, al llegar a la habitación de Marta, Pablo negándose a separarse de ella, inventó una excusa que le permitiera entrar en su dormitorio. Alejarse de ella era lo último que deseaba en ese momento. Sostuvo la puerta abierta e improvisó:

—¿Sabes cómo va la tele? A veces en estos sitios tienen una clave.

Sin esperar respuesta, se coló en la habitación. Se detuvo junto a la cama, fingió buscar por todas partes el mando a distancia y, al encontrarlo, siguió con la farsa. Algo en medio del lecho, llamó su atención.

—¿Qué es eso? —Alzó una ceja curiosa y divertida.

—¿Eso? Un libro, ¿por qué?

—¿¡Es tuyo!?! —Sonrió sorprendido.

—Sí —Marta le miró sin comprender a qué venía tanto interés por un simple libro. La expresión de Pablo era cómica; miraba alternativamente la novela y a Marta.

—¿Conoces a la autora? —preguntó cuándo centró sus ojos en ella.

—¿¡Qué más quisiera!?! —Confesó desanimada—. Es mi autora favorita. Me encantan sus personajes. ¡Los hace tan creíbles y románticos! —Bajó su vista a sus zapatos, temerosa de haber sonado demasiado entusiasta—. ¿Habías oído hablar de ella? —añadió atreviéndose a mirarle de nuevo.



—Sí—afirmó aguantándose la risa—. He jugado desnudo con ella más de una vez. La cara de Marta cambió de incrédula a abochornada, pasando por toda la escala de rojos. Pero al momento, unos inesperados celos le devolvieron la palidez.

—¿Cómo dices? —susurró.

—Sí, ¡es una gamberra nata! —exclamó cada vez más divertido.

—Creo que no quiero conocer tus correrías, Pablo. No nos conocemos tanto —se sentía humillada nuevamente pero, en esta ocasión, también se sentía dolida. Mucho más que la semana anterior.

—¡Pero si ya te he contado un montón de ellas! —Rió.

—Pablo, por favor, estoy cansada —y era cierto. Repentinamente una fatiga extrema se había apoderado de ella devolviéndole su habitual melancolía.

—¿No quieres que te explique cosas sobre mi prima?

—¿Tu prima? —Turbada, parpadeó varias veces—. ¿A qué viene ahora tu prima?

—Pensaba que te gustaban sus libros —contestó bajando el tono.

—¿Tu prima es Elisa Álvarez? —preguntó atando cabos enseguida.

—Sí —afirmó guasón.

—¿Tu prima es...?

—¡Que sí! Te la presentaré un día... si quieres —añadió aproximándose a ella.

—¿¡Qué si quiero!? Mataría por conocerla.

—Espero que no sea a mí —dijo acercándose más.

—¿En serio me la presentarías?

Pablo se empapó de la ilusión que vio en su preciosa cara y no fue capaz de resistirse. La besó. Sí, la besó como deseaba hacer desde que la había conocido, uniendo sus bocas en un ligero pero apasionado beso.

Al separarse, Marta, confundida, rozó sus labios con los dedos. Ese beso le había despertado muchas emociones. Demasiadas.

—Perdona —se disculpó él sin demasiado pudor—. No quería molestarte, pero no he sido capaz de resistirme. Se te veía tan feliz...

—No. No me ha molestado. —¿Molestado decía? ¡Le había encantado! A pesar de haber enrojecido hasta el nacimiento del pelo.

—Lo celebro porque a mí me ha gustado mucho —los ojos de Pablo se oscurecieron de deseo.

Ella no contestó. Sonrió mirándole a los ojos con su rostro sonrojado y precioso. En ese momento, Pablo lo supo. Supo la suerte que tenía, porque ella no era ajena a esa atracción que parecía crecer irremediabilmente entre los dos.

Se sostuvieron las miradas; algo había cambiado entre ellos. Ambos se dieron cuenta de que el ambiente que los rodeaba ya no era igual, que si continuaban juntos por más tiempo, no podrían resistirse a caer uno en brazos del otro, así que, a regañadientes, Pablo se despidió acariciando suavemente sus coloradas mejillas.

—Creo que será mejor que me vaya —le dijo con pesar—. Mañana deberíamos levantarnos temprano y desayunar pronto para llegar puntuales a la reunión. Ya sabes cómo son estos ingleses —susurró forzando una sonrisa.

—Sí, sería conveniente que durmamos un poco —murmulló sintiendo todavía el sabor de su beso en los labios—. ¿Quedamos en el comedor del hotel?

—Sí —contestó Pablo apesadumbrado. Sabía que era lo más sensato. Si volvía a verla a solas...— Será lo mejor.

—Buenas noches Pablo.

—Que duermas bien —contestó consciente de que a él le sería imposible conciliar el sueño.

# Capítulo 13

A las 8,30 de la mañana ya estaban en las modernas dependencias de la central de la empresa. Ninguno de los dos había dormido mucho y se reflejaba en sus ojerosos rostros, aunque Marta, pecando de coquetería, lo había disimulado con una pincelada de maquillaje. Estaban expectantes por la primera reunión que mantendrían con los ejecutivos llegados del Reino Unido. Marta no sabía qué se iba a encontrar ni cómo debía comportarse en una situación que le era del todo desconocida. Por otro lado, para Pablo no era nuevo enfrentarse a juntas de alto nivel, aunque le intranquilizaba la importancia de la que tenían por delante. Había demasiado en juego. Muchos puestos de trabajo dependían de que aquellas conversaciones salieran bien y era muy consciente de la necesidad de no cometer errores.

Nada más llegar, se habían puesto al día con el director general de la empresa en España, uniendo criterios y elaborando tácticas empresariales. Marta se había mantenido en un discreto segundo plano escuchando y aprendiendo. Faltaban pocos minutos para las nueve cuando Laura, la recepcionista, les anunció la llegada de la visita que esperaban. El director y todos los directivos reunidos en su despacho fueron a recibirlos.

Tras los saludos iniciales, se dirigieron a una elegante sala presidida por una gran mesa alrededor de la cual se sentaron todos: Marta junto a Pablo en un lateral alejado de la cabeza de mesa que ocupaba el director, custodiado a ambos lados por los británicos. Los demás directivos ocupaban los otros asientos.

Marta se detuvo un momento a observar a los visitantes. Uno de los ingleses (aparentemente el jefe), era un hombre joven, de unos 35 años. Delgado, alto, con aspecto huraño pero competente, parecía tener claras sus intenciones. El otro hombre era visiblemente diferente: de edad similar a su compañero, era algo más bajo, aunque también era delgado. Su pose seria y formal no camuflaba un rostro mucho más amable. Tenía unos preciosos ojos azules que sonrieron al mirarla y que le provocaron una incómoda turbación.

Como esperaban, la junta resultó muy complicada y se alargó hasta la hora de comer. Durante toda la mañana, se sucedieron los tiras y aflojas por ambos lados, el británico y el español. En varias ocasiones se echó mano de Marta para aclarar, en uno u otro idioma, los puntos dudosos que se presentaban, demostrando a todos sus conocimientos tanto del idioma como de los asuntos que se trataban.

—Sería conveniente descansar —sugirió Mr. Burns, el cabecilla inglés—. Llevamos reunidos casi cinco horas y todos estamos agotados.

—Buena idea —convino el Sr. Calvo poniéndose en pie— Después del receso podremos retomar la reunión. Todavía quedan muchos temas en el tintero que es imprescindible tratar.

—Sí, aún no hemos hablado de finanzas y es el eje central de nuestra visita —cogió la chaqueta que colgaba de su sillón y coló los brazos por las mangas.

—Lo sé —admitió el Sr. Calvo poniéndose también su chaqueta—. Esperaba poder abordar mañana un tema tan conflictivo —se recolocó la corbata antes de continuar—. Nos llevará todo el día y preferiría esperar. No hay tiempo suficiente en una tarde para aclarar todo el asunto.

—Me parece bien —aceptó el inglés caminando hacia la salida—. ¿Nos vamos?

Todas las conversaciones se desarrollaban en inglés, y a pesar de que los españoles se las arreglaban bien y podían mantener una conversación fluida, lo cierto era que no lo dominaban lo suficiente como para defender posturas controvertidas. Por su parte, los británicos no hablaban ni una palabra de español, así que, era un suerte para todos que Marta estuviera allí.

Se había reservado mesa en un lujoso restaurante cercano al edificio y todos juntos se dirigieron allí. Marta incomoda, intentó evitar acompañarles. No creía que su presencia fuera necesaria durante el almuerzo y prefería relajarse un poco de tanta presión. Cuando apartó a Pablo del grupo para decírselo, este se negó rotundamente.

—Estas comidas no son un capricho —le aseguró—. A pesar de lo que puedas pensar, se toman más acuerdos sentados a la mesa de un restaurante que en una sala de juntas, en serio.

—Pero Pablo —intentó excusarse la chica—, es posible que tengáis temas confidenciales que tratar y hablaréis con más libertad si yo no estoy allí.

—Marta...

—¿Ocurre algo? —Mr. Gordon, que se había acercado a ellos sin hacer ruido, les interrumpió.

—Nada Mr. Gordon. La Srta. Martín deseaba asearse un poco antes de salir.

—¡Ah!, lo entiendo —la miró apreciativamente—. No le hemos dado un minuto de descanso en toda la mañana y debe estar fatigada. Vaya tranquila... yo la esperaré.

—No, por favor. Puedo ir sola al restaurante —sin saber por qué, la mirada de aquel hombre la ponía nerviosa—. Tengo entendido que está cerca de aquí.

—Pero no puedo permitir que una hermosa mujer vaya sola por la calle —afirmó galantemente el inglés.

—En serio, yo...

—Tranquilo, Mr. Gordon. Yo la esperaré —intervino Pablo—. Usted puede ir con el resto del grupo. —El Sr. Álvarez, el duro directivo, estaba de vuelta. No iba a permitir que aquel hombre (o cualquier otro) tonteara con su... ¿chica? Estaba furioso por cómo la miraba. Lo había observado durante la reunión y no le había quitado ojo de encima a Marta en ningún momento. ¡Ni loco consentiría que se le acercara más de la cuenta!

Marta, atrapada en una batalla de testosterona, intentó suavizar la situación.

—Iré con ustedes. Imagino —intentó bromear—, que en el restaurante habrá unos preciosos baños que visitar.

Visiblemente más relajado, Pablo le sonrió.

—Son preciosos. Ya lo verás.

Al británico no le gustó nada que le chafaran su plan de flirtear con esa muchacha, pero sonrió a su vez. Ya buscaría la oportunidad de estar a solas con ella. Se la iba a llevar al huerto. Era infalible con las *damas* y esa no se le iba a escapar.

Mientras degustaban deliciosos platos, y tal como había asegurado Pablo, siguieron tratando temas relacionados con la empresa pero de forma más relegada. Curiosamente, se llegaron a más acuerdos durante ese almuerzo que en toda la mañana de intensas negociaciones. Marta tuvo que admitir complacida que su jefe conocía muy bien el terreno que pisaba.

¡Y tanto que lo conocía! Y no solo en los negocios. Para asegurarse de que Jack Gordon no siguiera con sus tácticas de acercamiento, la sentó estratégicamente junto a él a un extremo de la mesa, procurando quedar lo más lejos posible del asiento del sajón.

Una vez de vuelta a la sala de juntas, incorporando los pactos a los que habían llegado durante el receso, se reanudó la reunión en el punto exacto en el que la habían dejado, alargándose todavía tres horas más. Pasado ese tiempo, decidieron, darla por concluida para retomarla al día siguiente. Todos estaban exhaustos.

—¿Qué te apetece que hagamos esta noche, Marta? —preguntó Pablo ansioso,

mientras recogía sus papeles.

—¡Estoy agotada! —Le confesó ayudándole a recoger—. Me encantaría repetir lo de ayer y después meterme en la cama temprano. El sitio era perfecto y...

—A mí también me gustaría repetir la experiencia de ayer —sus ojos le dijeron mucho más que sus palabras.

Marta, tímida, bajó la mirada al suelo. Ella también deseaba repetir. Repetir... y seguir donde lo habían dejado. ¿Qué le pasaba? Ese hombre le rompía sus esquemas. ¡Con lo sensata que era ella! Pero el beso de la noche anterior le había afectado y mucho. ¿Cómo sería un beso más intenso de ese hombre? ¿Cómo se sentiría si sus dedos le acariciaban la piel?

Pablo observó el rubor en las mejillas femeninas e intuyó el camino que recorrían sus pensamientos. Se sintió feliz y temeroso a la vez. No sabía qué podía pasar si lograba la intimidad que deseaba con Marta. Le aterraba su rechazo o romper la armonía que existía entre ellos..., sin contar que odiaría no cubrir sus expectativas.

Estaba absorto en sus temores cuando una presencia se materializó junto a ellos.

—Algunos vamos a ir a cenar y luego de copas. ¿Os apuntáis? —La voz sardónica de Gordon interrumpió sus cálculas.

—Gracias, pero prefiero ir al hotel. Estoy tremendamente cansada —se justificó Marta metiendo un fajo de documentos en la cartera de Álvarez—. Imagino que mañana nos espera otro día muy largo.

—¡Anímate, mujer! —Insistió Jack insinuante.

—En serio, no puedo. Además yo no bebo. No sería una compañía muy divertida.

—¿Y tú, Pablo? ¿Te apuntas? —Se giró para mirarle directamente a los ojos, retándole.

—No pretenderás que deje sola a la Srta Martín, ¿verdad?

—Bueno, había pensado que si a ella no le apetece, tú no tienes por qué perderte la ocasión de ir con los chicos. A mí no me importa acompañarla al hotel.

La repentina cara de terror de Marta fue reveladora. Ella no quería la compañía del inglés. ¡Y ni muerto la dejaría a solas con él! Un sentimiento de propiedad se adueñó de él, sobre todo desde que había intuido que su avance sería bien recibido.

—No me consideraría un caballero si no la acompañara personalmente —desafiante Pablo, dejó bien clara su postura—. Hemos venido juntos desde Barcelona y nos hospedamos en el mismo hotel.

—De acuerdo —aceptó sin ganas Gordon, convencido de que tendría su oportunidad—. Nos veremos mañana.

—Que lo paséis bien. ¡Y no bebáis mucho! —Le advirtió con ironía. Ya sabía cómo se las gastaban esos ingleses con una copa delante—. Mañana nos espera mucho trabajo y yo me he traído un arma secreta.

—¿Arma secreta? —preguntó el inglés sin comprender a qué se refería.

—¡Marta! —Espetó rotundo el español.

Jack Gordon alzó una ceja sorprendido, miró a uno y a otra, y con un movimiento de mano se despidió de ambos. Pablo le vio marchar visiblemente irritado. Conocía la fama de conquistador que precedía al británico y le sacaba de quicio que se hubiera fijado precisamente en Marta. Ella era una mujer discreta. No entendía por qué la había hecho diana de sus intenciones. Pero ahí estaba él, para defenderla a capa y espada.

—Te ruego que tengas cuidado con ese tipo —le susurró para que nadie le escuchara salvo ella—. Colecciona ligues. Le divierte la *caza*. Luego poco le importa lo que pase con sus *víctimas*.

—Parece amable, Pablo —trató de tranquilizarle. Se le veía furioso, muy lejos del hombre que solía ser estando a su lado.

—Esa es la trampa —siseó con los dientes apretados.

—¡No caería tan fácilmente en sus redes! —exclamó enojada por la poca confianza

que le demostraba.

—Lo sé —se disculpó rápidamente—, pero odiaría que te pusiera en una situación comprometida. Le encanta hacerlo.

—Tendré cuidado, no te preocupes —accedió más sosegada.

Eran otras redes, más próximas las que representaban un riesgo, aunque debía admitir que no le importaría caer rendida en ellas. Pablo la había conquistado inexplicablemente rápido.

Tras una cena casi idéntica a la de la noche anterior, íntima y sugerente, donde no había cabida para el trabajo y sí para confesiones, volvieron al hotel. Pablo había estado toda la noche planeando el momento de separarse. Ardía en deseos de volver a probar aquellos labios que lo tenían loco y tenía el propósito de conseguirlo. Al llegar a la puerta de la habitación de Marta, a un paso de la suya, la invitó a ver su cuarto. Ella aceptó, no del todo ignorante de sus intenciones.

Fue traspasar el dintel y un terremoto sensual se adueñó de los dos. Se buscaron frenéticos chocando sus bocas ávidas de los besos que podrían darse. Sus labios se unieron delirantes, sus lenguas recorrían todos los rincones de sus bocas... Marta nunca había vivido una experiencia parecida y no sabía cómo manejarla, solo se dejaba llevar por lo que sentía... lo que Pablo le hacía sentir.

Les faltaba el aliento cuando se separaron para mirarse a los ojos. Por una vez, las mejillas ruborizadas de Marta no se debían a la timidez sino al deseo. Le asustaba la intensidad del ansia que le despertaba Pablo y que nunca antes había experimentado. En una fracción de segundo, se dio cuenta de que jamás había sentido algo parecido junto a Jaime. Enseguida le borró de su pensamiento presa de la pasión desatada del momento.

Pablo la habría tumbado allí mismo y la hubiera hecho suya en aquel preciso instante. Pero tenía claro que Marta era una mujer sensible con la que tendría que ir con mucho cuidado. Ella necesitaba tiempo para acostumbrarse a la vorágine de pasión que se había despertado entre ellos. Se apartó de ella resoplando, intentando calmar su necesidad de ella. Y desde una distancia prudencial, la recorrió de arriba a abajo con las pupilas oscurecidas por el deseo.

—¡Ni te imaginas lo que me excitas! Mmmmm... —gruñó con los dientes apretados.

—No sé qué me pasa —farfulló Marta aturdida—. No entiendo lo que me pasa cuando estoy contigo.

—Yo sí que sé lo que me pasa a mí. ¡Te comería entera! —Aseguró sin acercarse a ella por miedo a hacer lo que decía.

—¡Pablo! —exclamó cohibida.

—No puedo, ni quiero reprimir lo que despiertas en mí. Desde Clara, no me había sentido nunca así. ¡Incluso, antes! —dijo sorprendido al descubrirlo—. No recuerdo haberla deseado a ella como te deseo a ti —y no sintió remordimientos por admitirlo.

—Si esto que siento por ti es deseo, entonces yo también te deseo —confesó—. Yo nunca... nunca... nunca había sentido algo parecido en toda mi vida. Todo esto es nuevo para mí y me asusta no poder controlarlo.

—¡No lo hagas! Por favor... no lo hagas —le rogó en un susurro acercándose.

—Pero es que yo... no... —Indecisa, se apartó de él. No sabía cómo expresar su vacilación, su miedo.

—¡No puede ser que jamás te...! —exclamó súbitamente sorprendido por su comportamiento retraído—. ¿Vas a decirme que tú nunca...?

Avergonzada, apartó la vista de ojos de Pablo. No sabía cómo contarle...

—No, no es mi primera vez, pero... —Las palabras no conseguían salir por su boca. Estaba demasiado abochornada—. Desde luego no tengo demasiada experiencia —dijo al fin con los ojos húmedos, reprimiendo unas lágrimas que

pulsaban por salir—. Hace años de aquello, muchos años de aquel terrible momento y, hasta hoy, no he sido capaz de superarlo. Pero contigo es diferente... tú... eres diferente.

—¡Explícamelo! —Lo que fuera que le hubiera pasado, parecía muy grave. Un aluvión de imágenes macabras le pasaron por la imaginación—. Todo. Desde el principio —la furia se filtraba a través de sus palabras. ¿Qué le habían hecho a su dulce Marta?

Armándose de todo el valor que no sentía, se sentó en la cama y comenzó a explicarle su mayor y más terrible de sus secretos:

Nunca había sido una chica demasiado popular en el colegio o en el instituto, le confesó, pero siempre se había llevado bien con todos sus compañeros. Muchos la admiraban por su facilidad en los estudios y la apreciaban por su generosidad. Allí, ella era Marta Martín la que siempre estaba dispuesta a echar una mano a quien se lo pidiera. Pero al llegar a la universidad, pasó a ser invisible. Nadie se preocupaba de conocerla. Ella era una más y, como tampoco es que fuera demasiado interesante de mirar, los chicos se dedicaban a ir detrás de los *pibones* sin recabar en ella. En cuanto a las chicas, la mayoría no quería que se las relacionara con las poco glamurosas empollonas por miedo a que las confundieran con ellas perdiendo así, la fama de tías buenas. Eso sí, había conseguido formar un reducido grupo de compañeros con los que solía quedar. Con ellos estudió la carrera, hizo un montón de trabajos y hasta montó alguna salida durante su época universitaria. El último año, casi acabando sus estudios, (ya para entonces había empezado a trabajar en la empresa y se había enamorado de Jaime, le confesó avergonzada), decidieron salir todos juntos una noche para celebrar la proximidad de los exámenes finales. Todos tenían claro que iban a aprobar, la incógnita era saber con qué nota lo harían.

La falta de costumbre y la curiosidad, los llevó a beber más de la cuenta. Una cosa llevó a la otra, y cuando todos estaban en un estado de embriaguez que atontaba sus sentidos, Alberto, uno de los chicos del grupo, los invitó a todos a su casa. Entre bromas, y envalentonada por la bebida, Marta confesó que era virgen. En medio de risas ebrias, todos los chicos se ofrecieron para ayudarla a cambiar ese hecho, pero fue el anfitrión el que se llevó el gato al agua. Resultó un auténtico fracaso. Ella, pensando estúpidamente que engañaba a Jaime, no se excitó en absoluto y Alberto, que era un patoso, fue brusco y desconsiderado. Resultado: dolor y asco que la dejaron sin fuerzas ni ganas de repetir la experiencia.

Tras el fiasco de su primera experiencia sexual, se convenció de que el fracaso había sido por su culpa, que era insensible y que no podía sentir como cualquier otra mujer; aquello de lo que las otras chicas hablaban no estaba hecho para ella. Había mujeres frías ¿no? Se resignó a pensar que ella era una de ellas.

Pablo, sentado junto a ella, tanteaba sus brazos con los dedos intentando reconfortarla. Estaba horrorizado por que hubiera aceptado esa barbaridad como cierta. Se había dado por vencida por una sola vez y por culpa de un mequetrefe que claramente, no sabía nada de mujeres. Seguro que debió ser mucho más traumático de lo que explicaba. Odió al tipejo ese que la había tratado tan mal.

Estaba totalmente decidido a hacerla cambiar de opinión. Mientras desgranaba su terrible experiencia, la había ido acurrucando sobre su pecho, acunándola con sus potentes brazos, dándole el apoyo que merecía esa confianza. Después de los besos compartidos, Pablo tenía la certeza de que era una mujer apasionada por naturaleza aunque todavía no lo supiera; una mujercita con fuego en las venas que le había envenenado alma y cuerpo. Y se lo iba a demostrar.

Pero no esa noche. La confesión, le había anegado los ojos y no iba a aprovecharse de su vulnerabilidad.

Se moría por pasear sus manos por el menudo cuerpo de su hechicera, pero sabía

que, en ese momento, no era lo que ella necesitaba. Aun así, no podía separarse de ella. No podía. Ni por ella, sumida en el dolor de sus recuerdos, ni por él, al que se le desgarraba el corazón sólo de pensar en dejarla.

Se durmieron el uno en brazos del otro, acurrucados en el centro de su enorme cama. Compartieron una noche de sueño y ternura, sin tener en cuenta el deseo que se arremolinaba en sus cuerpos, solo el cariño que crecía y crecía entre ellos a cada segundo que pasaban juntos.

Al despertar uno en brazos del otro, les golpeó la certeza de lo sucedido esa noche. Nada había cambiado. Pero había cambiado todo. Se besaron con hambre, sabiendo cuánto se necesitaban, seguros de que aquella noche era la primera de miles en que compartirían mucho más que el sueño.

Separaron sus bocas sintiéndose felices. Nada quedaba de la afligida Marta de la noche anterior. Pablo le estaba enseñando quién era en realidad, despertándola a la pasión.

A regañadientes, Marta abandonó la habitación de Pablo. Hubiera preferido permanecer allí, con él, el resto de su vida pero el deber les llamaba, para su desgracia.

Una vez en su cuarto, a solas, se duchó con prisa para volver con él y se vistió para enfrentarse a un nuevo día: el primero de su nueva vida.

Pero, a pesar de sus renovados ánimos, al llegar a las modernas y funcionales dependencias de la compañía, tuvo que enfrentarse a una desagradable sorpresa. Jaime, desesperado por el trabajo que tenía por delante y consciente de que no podría desenvolverse solo con la tarea que Pablo le había asignado, había reclamado la presencia urgente de la Srta. Martín en Barcelona. La excusa era que se había presentado un problema en un tema que llevaba ella personalmente.

Pablo se enfureció al observar la turbación de Marta. El desgraciado de Lorca haciendo de las suyas. Ahora pretendía arrancarla de su lado. ¡Ja! Apañado iba si esperaba separarla de él. Además, nunca consentiría en negarle a Marta el reconocimiento que podría conseguir en aquella junta. ¿No era tan *listo*? ¿No presumía de ser el jefe todopoderoso al que no se le escapaba una puñetera cifra?

En parte, solo en parte, la había llevado a Madrid para separarla de Lorca, para que ese hombre demostrara si era capaz de desarrollar su trabajo eficazmente. El energúmeno de Jaime no entendía que su empleo dependía de ello y reclamando a su ayudante, lo único que demostraba era que sobraba en la empresa.

Al margen quedaba su interés por Marta. Eso era harina de otro costal y no le interesaba a nadie más que a él.

Una simple explicación de Pablo, bastó para convencer al Sr. Calvo de que la contable era más necesaria en Madrid que en Barcelona. Esa muchacha era brillante. Se apreciaba fácilmente solo con escucharla hablar un par de veces. Brillante, sí, y a la vez discreta y con una mente ágil... Además, resultaba agradable tener su graciosa carita entre los enjutos rostros masculinos en una sala llena de testosterona. Por otro lado, ese día se iba a tratar el tema más conflictivo, aquel que ella dominaba al cien por cien: la contabilidad.

Así pues, Pedro Calvo indicó a su secretaria que llamara para comunicarle a Lorca que tendría que apañárselas sin la Srta. Martín. En Madrid se la necesitaba. La empresa la necesitaba.

Jaime fue consciente de su derrota, en cuanto le pasaron la llamada. Tras hablar con monosílabos apenas un minuto, colgó el teléfono de malas maneras y se juró que si él caía, ella lo haría también.

Ajenos a los conflictos de Lorca, en la central comenzó una reunión tensa y, en algunos momentos, dolorosa. Parecía imposible evitar reducir la plantilla. Faltaba decidir a cuantos empleados habría que despedir y qué criterio se seguiría.

Marta intervino en algunos momentos clave. Dio ideas y soluciones, presentando algunas alternativas a los despidos. Argumentó que, si bien era necesario prescindir de algún trabajador, lo más conveniente era deshacerse de un número lo más reducido posible. Sus propuestas calaron en el ánimo de los reunidos. Eran inteligentes, muy estudiadas y estaban a caballo entre el deseo de los ingleses y el de los españoles. Consiguió aunar criterios con un consiguiente alivio para todos.

Pablo estaba exultante. Su chica había demostrado cuánto valía sin hacer apenas esfuerzo. Con economía de palabras y sin florituras.

Mr. Burns la felicitó efusivamente. Estaba tan contento con su trabajo que le dijo que, si en algún momento decidía pedir el traslado a Londres, él estaría encantado en patrocinarlo.

Por su parte, el Sr. Calvo estaba complacido de tener una empleada tan competente entre sus filas; le dio la enhorabuena por sus opiniones y le agradeció una y mil veces su intervención.

Marta no entendía a qué venía tanto revuelo. Ella no había hecho nada salvo exponer su opinión y sugerir alguna que otra opción. Todos aquellos halagos y felicitaciones la incomodaban, así que, ruborizada como nunca, se disculpó y se encaminó al lavabo para refrescarse la cara.

Salía del baño, arreglándose su morena cabellera con los dedos, cuando se topó con Jack Gordon esperándola apoyado en la pared de enfrente con la mirada ladina y los brazos cruzados.

—Brillante Srta. Martín —la miró de arriba abajo moviendo la cabeza afirmativamente—. Realmente brillante.

—Gracias Mr. Gordon —respondió cohibida—. Parte de mi trabajo es buscar soluciones a problemas contables.

—Pero usted ha hecho mucho más que plantear soluciones —insistió el inglés acercándose peligrosamente a ella—. Usted ha solucionado gran parte de los conflictos. No creí que se pudiera impedir un despido masivo, pero con sus inteligentes propuestas parece que se va a conseguir.

Marta dio un paso atrás alejándose de él pero Gordon, alargando los brazos, la agarró por los hombros y tiró de ella hacia su pecho.

—Es usted una caja de sorpresas. Me pregunto cuantas más tendrá guardadas en este precioso cuerpecito.

—¡Suélteme! —exclamó aterrada, luchando por soltarse sin éxito.

Pablo había estado en la sala de reuniones, charlando con unos y con otros, vigilando furtivamente la puerta esperando verla aparecer. Empezó a inquietarse al notar que no se veía al inglés por ningún lado. Conociendo su fama, aquello tenía muy mala pinta. Salió disimuladamente para no tener que dar explicaciones y caminó rápidamente hacia los lavabos. Lo que vio le hizo hervir la sangre: Marta forcejeaba por soltarse del agarre de Gordon.

—¡Te ha dicho que la sueltes! —Pablo se acercó a ellos a grandes zancadas y de un empujón le apartó de ella—. Dudo que se te ocurriera tratarme a mí así, ¿verdad? —Espetó con furia a un palmo de su cara—. Ella es una compañera como lo soy yo ¿te enteras? O la tratas como es debido o te acuso de acoso.

—¡Claro! —Escupió el británico—. Tú si puedes tirártela y no quieres compartirla, ¿no es así?

Marta perdió todo el color del rostro. Se sintió humillada, ninguneada por el inglés.

—Pensaba que era usted un tipo amable... pero estaba muy equivocada —profirió indignada y avergonzada a partes iguales—. El Sr. Álvarez es mi jefe. Nada más. Me ofende que haya pensado otra cosa sobre nosotros. Pero si no fuera así, le puedo asegurar que él jamás, ¿me ha oído bien? —Le dijo señalándole con el índice, al borde de las lágrimas— jamás se comportaría de una forma tan arrogante y grosera.



—¡Vaya con la gatita! ¡Parece que tiene uñas! Álvarez, ¿necesitas que te defienda de tu *protegida*?

La respuesta vino a modo de un sonoro puñetazo.

—¡No te vuelvas a acercar a ella! ¿Me oyes? Ni a ella —dijo con rabia— ni a ninguna empleada de la empresa. Podrías lamentarlo.

—¿Me estás amenazando? —preguntó con la mano sujetándose la nariz, donde había recibido el golpe.

—Te advierto Gordon. Sólo te advierto.

—¿Pasa alguna cosa? Os estamos esperando. La reserva del restaurante es para las dos de la tarde y ya son y cinco. —Pedro Calvo con su oportuna aparición, rompió la tensión. Miró extrañado la nariz del inglés y luego les miró a ellos.

—Discúlpeme, señor —intervino sonriendo Marta, tratando de disimular la tirantez que se percibía en el ambiente—. Ha sido mi culpa. Les estaba preguntando...

—Una señorita, jamás tiene la culpa de nada —Calvo no era tonto. En seguida intuyó lo que pasaba allí, pero no dijo nada—. Y menos una tan sobresaliente como usted.

Con una sonrisa de alivio, Marta agradeció el cumplido. Recorrió el pasillo seguida por los tres hombres hasta unirse al resto del grupo que los esperaban para dirigirse al restaurante.

Con las cosas más calmadas gracias a las propuestas formuladas por la mañana, la tarde resultó más relajada. En ocasiones, las afiladas miradas de Pablo y Gordon se cruzaban retadoras, pero nadie lo notó. Cómodamente, sin las presiones con las que habían comenzado el día, terminaron de puntualizarse las estrategias a seguir. Se convino cómo exponer a la plantilla la propuesta de Marta: reducción de sueldo como medida de freno a los despidos.

Acabaron antes de lo esperado y decidieron aprovechar que era temprano, para llevar a los británicos a visitar alguna taberna. Les darían a probar las deliciosas y típicas tapas madrileñas.

A pesar de estar cansada y con deseos de volver al hotel... con Pablo, Marta aceptó acompañarles. Se sentía rara siendo el centro de las atenciones de tantos hombres. Pero no tenía ojos para ninguno de ellos, ninguno salvo *su* Sr. Álvarez. Eran sus atenciones las únicas que la conmovían, que la motivaban, que la encendían...

Consiguieron retirarse pronto alegando cansancio e inventándose como pretexto, la necesidad de repasar algunos flecos que colgaban para la reunión del día siguiente. La última que tenían programada.

No habían podido hacer todo lo que Marta había imaginado. No había habido románticos paseos, ni divertidos teatros, ni visitas a museos... no obstante, la perspectiva de lo que podía pasar esa noche era mucho mejor que cualquier plan que hubiera ideado.

No entendía lo que le estaba pasando. No comprendía el fuego que se encendía en su interior cuando Pablo estaba cerca. Ella era frígida, ¿no?

Lo cierto era que ambos estaban deseando llegar al hotel y dar rienda suelta a sus pasiones. Sí, ella también. Aunque nerviosa, Marta intuía que muchos de los miedos que la acompañaban desde su juventud, se quedarían en la habitación que iban a compartir.

En el ascensor que les llevaba a su piso, retuvieron el deseo que sentían por besarse; una pareja mayor les acompañaba y ellos, celosos de su intimidad, no querían espectadores de su pasión. Pero al llegar a la puerta de la habitación de Marta, ya no aguantaron más. Casi a tientas, con la cara cosida a la de Marta, besando, no, devorando sus labios, Pablo abrió la puerta precipitadamente.

—Te voy a demostrar que no eres insensible —le dijo en un susurro bañado de deseo, cuando logró separarse de su boca—, voy a enseñarte toda la pasión que hay

en ti. Voy a enseñarte quién eres. Por favor, déjame. Confía en mí, por favor —le suplicó.

—Confío en ti, Pablo. Confío en ti —confesó rendida a la excitación.

Feliz por su entrega, Pablo se dedicó a desnudarla con una tranquilidad que no sentía. La cubrió con sus mimos y con sus besos cada vez más apasionados. Sus manos la acariciaron descubriéndole partes de su anatomía que ella desconocía, logrando estremecerla como nunca antes lo había hecho.

Jamás imaginó que su cuerpo pudiera despertar así. Una deliciosa tormenta de fuego la atravesaba a cada roce de unos dedos deseosos de hacerla disfrutar. Cada vez que la vestía con sus besos, Pablo le enseñaba que no era inmune a la pasión. Pero nada podía prepararla para el placer que la recorrió cuando su cálida boca se acercó a sus pechos y su lengua lamió sus endurecidos pezones. El infierno entero se desató en sus entrañas. Las sensaciones que experimentaba su cuerpo la empujaban en busca de algo más, algo desconocido.

—Pablo esto es... no voy a poder resistir...

—Shhh. Esto es sólo el principio —sonrió entre sus pechos—. Todavía hay mucho más. ¡Te deseo tanto! ¡Me vuelves loco! Quiero dártelo todo. Quiero recibirlo todo de ti. Quiero... —No pudo seguir hablando. Su ansia por ella era tan grande que las palabras no lograban describirlo.

Lentamente, su boca fue deslizándose por los recovecos de su cuerpo, recorriendo cada curva, cada centímetro de piel hasta alcanzar el vértice de sus piernas.

—¡Pablo, no! —Cerró los muslos abochornada.

—Sí. ¡Claro que sí! Deja que te saboree —le rogó posando las manos en las rodillas y abriéndoselas despacio—. Déjame saborearte. Déjame inundarme de ti, por favor, Marta.

No pudo resistirse más y con total entrega, se abrió a él.

Una ola de placer la sorprendió. Nada de lo que había sentido hasta ese momento la había preparado para ese devastador impacto. Con agilidad, la lengua de Pablo jugueteó con su sexo, acariciándola donde nadie antes lo había hecho, hasta que, golpeando suavemente el hinchado clítoris, la llevó a la locura. Una explosión de placer se adueñó de ella y con un gemido de éxtasis, se dejó llevar por un torbellino de sensaciones. Temblando, se dejó caer en los brazos de Pablo tras el primer orgasmo de su vida.

—Sí, esta eres tú. Una mujer llena de pasión, de fuego —susurró satisfecho lamiéndose los labios—. Pero ni sueñes que esto ha acabado —le advirtió con la mirada velada por el deseo.

Sin fuerzas, Marta abrió los ojos para mirarle sin entender. En su vida hubiera imaginado sentir algo semejante ¿Cómo podía haber todavía más?

Viendo su turbación, Pablo, con una sonrisa traviesa, la recorrió con los ojos, se acercó a su oído y le susurró:

—Todavía queda mucho por hacer. ¡No te olvides del plato fuerte! —Bromeó. Pero luego, presa de su propia necesidad le confesó con voz ronca—. Me muero por enterrarme en ti. De sentir tu calor rodeándome. ¿Sabes lo que me está costando resistirme?

—Pablo, no voy a poder... Esto ha sido...

—Te aseguro que sí —suspirió convencido.

Mientras hablaba, su mano descendía entre curvas hasta llegar allí donde su boca había estado momentos antes. Deslizó un dedo en su interior y comenzó con él un dulce baile que la volvió a enloquecer. Le costaba respirar por el placer salvaje que le producía aquella íntima caricia cuando, un segundo dedo, le rozó suavemente aquel punto que acababa de descubrir gracias a su boca.

Una ráfaga de fuego la volvió a consumir, sumiéndola en espasmos de placer. Otro

grito apagado volvió a escapar de sus labios. Y un Pablo entregado, recogió su orgasmo en un beso apasionado.

—Esto es... mucho más de lo que hubiera imaginado en mil vidas —balbució entre placenteras sacudidas.

—Sí. Tú eres mucho más de lo que podría soñar —susurró Pablo recorriéndole el rostro con los labios—. Pero, todavía te queda mucho por descubrir y yo quiero enseñártelo todo.

—¿Más Pablo? —Abrió los ojos sorprendida—. ¡No puede ser posible!

—Déjame a mí, mujercita incrédula. Pronto vas a descubrir que sí es posible —y con tono hambriento continuó—. Tengo un aguante y ya estoy llegando al límite. Necesito sentirte, fundirme en tu cuerpo —se enterneció al ver su cara de turbación—. Mi demostración no ha acabado, señorita Martín —la advirtió con tono pícaro.

—Creo que voy a morir —negó con la cabeza incapaz de imaginar que pudiera resistir más tiempo—. No se puede sentir tanto placer, Pablo. No creo que...

—Calla. Calla y déjate llevar. Solo disfruta.

Confiaba tanto en Pablo que asintió en silencio. Ese hombre le estaba haciendo el mejor de los regalos y no pensaba negarse a nada que viniera de él.

—En realidad, esta es tu primera vez y pienso hacer que sea memorable —era suya y la iba a marcar a fuego—. Iré con cuidado. Olvidarás tu nefasta experiencia, te lo prometo —volvió a recorrerla con los ojos. Estaba preciosa con las mejillas sonrosadas y la expresión satisfecha—. No voy a dejar ninguna parte de tu cuerpo sin saber que te he hecho mía.

—Pablo... —La anticipación en su voz confirmó que ella le esperaba, preparada y deseosa.

—Ya voy... Ya voy... —Sollozó presa de su propia necesidad.

Poco a poco, las caderas de Pablo fueron acercándose a las de Marta, entrando en ella despacio. Era tan grande que al principio, a Marta le costó acoger toda su firmeza pero, tras unas breves tentativas, muy lentamente se abrió paso hasta lo más profundo de su cuerpo.

Unidos en una sensual danza, pronto alcanzaron un ritmo frenético. Los gemidos de ella se mezclaban con los jadeos de él que, sostenido sobre sus manos, se mecía incansable en su interior. Mientras una ardiente Marta abrazaba su cintura con las piernas para recibirlo mejor. Enloquecidos por la pasión, aceleraron el ritmo de sus cuerpos hasta alcanzar juntos un orgasmo triunfal.

Pablo se dejó caer sobre ella exhausto y feliz. Jamás había sentido algo así. Marta, desmadejada, incrédula y agradecida, le besó el mentón mientras poco a poco se iba restableciendo la normalidad a sus respiraciones.

Él volvió a levantarse sobre sus brazos para mirarla con cariño. La besó y se giró para liberarla de su peso.

—Ha sido el mejor de los regalos. Gracias —y convencido añadió—. Eres maravillosa.

—Tú me has hecho un regalo aún mayor —se sonrojó—. No pensé que esto me sucediera a mí ni una sola vez y ¡han sido tres!

—¡Vaya! —exclamó con humor Pablo—. ¿Las has contado?

—¿Cómo perder la cuenta? Ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Pues olvídate de contar, señorita contable —le acarició la nariz—. Te va a resultar imposible. Me voy a encargar de que te descuenten en cuanto —se miró por debajo de su cintura con un chistoso gesto en la boca— tenga un mínimo respiro.

Marta escéptica, escondió la cara en los brazos de él, regando de besos su elegante torso.

—¡Venga, Pablo! ¡No seas fanfarrón! —musitó con una risita mientras continuaba con sus besos.

—¿Me estás retando? —Una ceja alzada acompañó su divertida voz.

—No... Pero... Tienes que estar agotado. No puedes volver a...

Con un gruñido de triunfo le demostró lo equivocada que estaba... varias veces esa noche.

# Capítulo 14

La mañana los encontró agotados pero satisfechos, ente una maraña de brazos y piernas entretreídos. Somnolientos, se besaron y se separaron sin ganas, seguros de que si no se separaban, se rendirían a la tentación de hacer nuevamente el amor.

Al incorporarse, Marta sintió una ligera molestia en su sexo. Sonrió. Había sido una noche perfecta y ese era el coste a pagar.

—¿Te sientes bien? —preguntó Pablo preocupado al observar su mueca—. Si quieres, te disculpo ante la junta y te quedas aquí descansando.

—¡Estoy perfecta! —Le tranquilizó aumentando su sonrisa—. Jamás me he sentido mejor en toda mi vida, no te preocupes —le miró mimosa y gateó hasta el cabecero de la cama donde Pablo estaba apoyado—. No me perdería esta última reunión por nada del mundo. Además, prefiero estar contigo... donde sea, no aquí sola esperando a que vuelvas.

—Sí, será lo mejor. ¡Soy capaz de escaparme en mitad de una discusión para volver a saborearte! —Le advirtió acercándose peligrosamente—. De hecho, no sé cómo me voy a contener durante todo el día.

Se miraron cómplices durante unos segundos. Con un bufido, Pablo sacudió la cabeza frustrado. Marta hizo un puchero antes de separarse de él.

Se ducharon (separados por si las moscas) con prisas. Se les había echado el tiempo encima; en menos de quince minutos ya estaban listos para volver al trabajo.

Debido a los avances del día anterior, que habían ayudado a suavizar posturas, la jornada fue un éxito. Tanto españoles como ingleses terminaron las conversaciones satisfechos de los acuerdos tomados.

Mientras la reunión seguía su curso, ellos furtivamente, aprovechaban la más mínima oportunidad para acariciarse, para mirarse con anhelo... sus cuerpos estaban en una sala de reuniones, pero su deseo los devolvía a la cama que habían compartido horas antes.

Satisfechos con la conclusión de las negociaciones, todos estuvieron de acuerdo en celebrar el éxito del encuentro con una cena, a la que a Marta y a Pablo les resultó completamente imposible negarse.

Antes de abandonar el restaurante para visitar a una sala de fiestas de la que el Sr. Calvo hablaba maravillas, Mr. Burns se dirigió a ella con actitud amable, muy diferente a la profesionalidad que le había mostrado antes.

—Me voy gratamente impresionado con usted, Srta. Martín —afirmó agitando la cabeza y sonriendo a la vez—. Es usted un diamante en bruto —durante un instante se mantuvo en silencio mirándola apreciativamente—. Creo que en la sucursal de Barcelona está perdiendo el tiempo. No creo que sepan lo que tienen entre manos —volvió a callar un momento, buscando las palabras para lo que quería decir—. Supongo que no le interesará, pero si en alguna ocasión desea trabajar en Londres, estaré encantado de encontrar un puesto para usted. Es una magnífica colaboradora, conoce bien la empresa y es increíble con la contabilidad.

—Gracias, Mr. Burns, es usted muy amable, pero mi familia está en Barcelona y no puedo dejarles sin más —como siempre que era el centro de atención, se sonrojó—. Desde luego, sería un gran placer para mi trabajar con usted pero me temo que, por el momento, tengo que declinar su oferta —el recuerdo de Pablo devorando su intimidad,

se cruzó por su mente ruborizándola todavía más—. Pero, si le parece bien, si alguna vez me siento tentada en probar esa aventura, me pondré en contacto con usted.

—Estaré esperando su llamada. Nada me gustaría más que contar con usted.

Jack Gordon, que había presenciado parte de la charla, se les unió para añadir:

—A mí también me encantaría que dejara lo que tiene por aquí —miró con desprecio a Pablo que, ajeno a la conversación, alzaba la vista para mirarles en ese momento—. Tiene mucho que ofrecernos. Estoy seguro.

A Marta, le desagradó lo que leyó entre líneas. Gordon era un hombre astuto y le estaba haciendo una proposición en toda regla.

—Lo que me retiene aquí es muy importante para mí. Se lo aseguro —le dijo desafiante.

—No lo dudo —la miró de arriba abajo maliciosamente—. Pero si cambia de opinión, ya sabe dónde acudir.

—Desde luego —intervino Mr. Burns, ignorante del mensaje que ocultaban las palabras de su compañero—. Ya sabe, cuando usted quiera, habrá un puesto en Londres para usted.

“*¡Ya es suficiente!*” Se dijo Pablo viendo como los británicos acaparaban a Marta. No resistía estar tanto tiempo apartado de ella, y menos con Gordon revoloteando a su lado. Sin esperar un segundo más, se acercó a ellos con una sonrisa mezclada de cortesía y de amenaza.

—¿Qué se cuece por aquí? —preguntó mientras se colocaba junto a Marta.

—Le pedíamos a la Srta. Martín que se planteara la posibilidad de unirse a nuestro equipo en Londres —explicó Burns amablemente—. Pero ella parece tener sus reservas.

—En Barcelona es muy necesaria —afirmó categórico.

—Se lo estaba explicando ahora, Pablo —dijo girándose a él un segundo antes de volver a mirar a los ingleses—. No puedo abandonar a mi madre, ¿saben? Es mayor y está impedida. Me necesita.

Pablo la miró extrañado. ¿Así que ese era su secreto? Estaba dolido. A él no le había dicho una palabra al respecto a pesar de todo lo que había pasado entre ellos y, sin embargo, se lo soltaba a unos desconocidos así, por las buenas. Sintió una punzada de celos y decepción.

—Hablaba de la oficina, naturalmente —espetó Pablo mirándola fríamente—. En la oficina es imprescindible —repitió mirando alternativamente a los tres.

—¿Que os parece si cogemos unos taxis para ir a la discoteca? —La providencial intervención de Pedro Calvo, rompió la tensión que se había creado en un segundo.

—Por supuesto —corearon todos al unísono.

Pablo hubiera deseado llevarla al hotel y gritarle que le explicara sus problemas, sus secretos, que quería saber todo de ella. Pero lo que les tocó fue compartir automóvil con un par de compañeros, así que, se propuso dejar el tema para cuando estuvieran solos, a salvo de miradas curiosas.

La velada se alargó más de lo esperado. Era tarde cuando consiguieron huir, alegando que debían madrugar para emprender el viaje de regreso.

—Antes de ir al hotel deberíamos pasar por una farmacia —la sirena lejana de una ambulancia se lo recordó.

—¡Pablo!, ¿te encuentras mal? —preguntó Marta tocándole la frente espantada—. Podríamos habernos ido antes. ¿Por qué no me lo has dicho?

—No es por eso. Yo estoy bien —le cogió la mano que tenía sobre su frente y se la llevó a los labios.

—¿Entonces?

—He estado pensando durante todo el día que hemos sido un poco descuidados —hizo un mohín de arrepentimiento—. Tenía tantas ganas de ti que no pensé en que

debíamos tener... *precauciones*.

—¿Precauciones?... —preguntó desconcertada—. ¡Dios mío, precauciones! —exclamó al comprender—. Pablo, ¿no querrás decir qué...?

—He sido de lo más *entregado* todas las veces que hemos hecho el amor —con una sonrisa sardónica añadió—. No me he guardado nada para mí —Marta apartó la mirada, turbada por el recuerdo—. Pero eso ha sido correr un gran riesgo. Un riesgo que no debemos volver a tomar —afirmó poniéndose repentinamente serio.

—Tienes razón. Ha sido un descuido imperdonable —dijo presa de una extraña desilusión.

—Pero inevitable. No cambiaría nada de lo que pasó ayer —una pícaro sonrisa afloró en sus labios.

—Ni yo... —confesó como para sí misma.

Una vez en el hotel, a pesar de tener pensado hablar de la falta de confianza que ella le había mostrado, Pablo no pudo resistirse al impulso de perderse en su cuerpo. Dentro de ella.

Sin miedo a las consecuencias (los preservativos es lo que tienen), disfrutaron el uno del otro una y otra y otra y otra vez. Parecían incansables. Eran incansables. Juntos formaban una máquina perfecta de pasión que no paraba de trabajar para su placer.

Pablo se mostró como un magnífico maestro, enseñándole que juntos no tenían límite. Marta no se quedó atrás; demostró cuan buena alumna podía llegar a ser. Extrañamente, su natural inseguridad, parecía desaparecer en brazos de Pablo. Se volvía audaz... ¡hasta aventurera en muchos momentos! Solo el cansancio pudo frenar su fuego. Se durmieron sudorosos y húmedos. La esencia de Pablo le cubría todos los rincones de su piel. El olor, el sabor a sexo los envolvía a los dos.

Al amanecer, la luz que se filtraba por las cortinas corridas les sorprendió abrazados y relajados por el ejercicio compartido. Despertaron perezosamente y remolonearon jugueteando en la cama hasta que, un inocente beso encendió la chispa que les incendió de nuevo.

Por desgracia, debían enfrentarse a un viaje que les devolvería a la realidad de sus ordinarias vidas, así que, dedicaron lo que quedaba de la mañana a recorrer la capital. Visitaron aquellos lugares que a ella le hacía tanta ilusión conocer y que Pablo parecía ver por primera vez, al admirarlos a través de sus fascinados ojos. Todo tenía un matiz diferente, un sabor distinto, un aroma especial.

Después de una comida a base de tapas en los garitos cercanos al concurrido rastro, emprendieron la vuelta. El regreso fue mucho más íntimo: sus manos unidas sobre el cambio de marcha, caricias ardientes a través de la ropa, besos... que les obligaron a detener el viaje... Aprovecharon para hablar de mil cosas. De todo y de nada. En algún momento la conversación se hizo más intensa, sobre todo cuando él la regañó por no haberle explicado nada sobre los problemas de su madre. Ella, avergonzada, se lo explicó todo... y era mucho lo que tenía que explicar al respecto.

Les costó un mundo separarse al llegar Barcelona. Pablo no podía despejarse de ella y Marta no quería que lo hiciera.

Habían acordado que se verían al día siguiente para ir juntos a la oficina (¡cómo si pudieran hacerlo de otra manera!) Pero en vez de quedar por la mañana, irían a mediodía para poder reponerse del viaje; se merecían un descanso. Habían solucionado muchos problemas en la reunión de Madrid... sin olvidar las dos últimas noches.

Cuando, finalmente consiguió salir del coche y entró en su edificio, la realidad la golpeó implacable. Esa era su vida.

Raro en ella, tomó el ascensor. ¡Estaba tan cansada! Y no solo por el viaje, si no por toda la carga que arrastraba desde hacía ya demasiado tiempo.

Fue un alivio saber que tal como había prometido, Susana había acudido cada día para vigilar cómo iban las cosas por allí. Por eso no le sorprendió que todo estuviera en una placida calma. Cristina y su madre estaban enfrascadas en una apasionante partida de parchís que, de momento, dominaba Begoña claramente. Su madre detuvo el cubilete de los dados al oír abrirse la puerta.

—Martita, hija ¿ya estás aquí?

—Sí, mamá. Ya he llegado —abandonó con descuido la maleta en su habitación y fue a saludar a las dos mujeres.

—¿Has cenado? —preguntó su madre preocupada.

—Sí, algo he picado durante el viaje, tranquila.

—Cristina ha hecho macarrones. Si te apetece, puedes calentarte un plato.

—Gracias, pero lo único que me apetece es darte un beso —se lo dio abrazándola con fuerza—, y meterme en la cama. Estoy derrotada —los párpados le pesaban y le costaba mantenerlos abiertos.

—Bueno, pues ve a dormir. Ya me contarás mañana todo lo que has hecho —dijo la mujer al ver sus esfuerzos por mantenerse despierta.

—Susana ha venido a verte estos días, ¿verdad? —preguntó como si tal cosa.

—Sí. Cada día. Ya te lo dije cuando telefoneaste. Me pidió que la llamas al llegar.

—Ya lo haré mañana. No puedo con mi alma —confesó reprimiendo un bostezo—. No tengo fuerzas para enfrentarme a ella ahora.

—Marta, anda hija, llámala antes de ir a la cama. Sólo será un momento.

Como buena hija que era, se armó de valor y obedeció. Acercándose con desgana al teléfono, marcó el número de su hermana que contestó tras tres tonos.

—Hola Susana.

—¡Hombre, por fin has llegado!

—Cuando he acabado —contestó agotada—. He ido a trabajar ¿lo has olvidado? No podía volver sin terminar lo que había ido a hacer.

—Bueno, espero que esto no se repita. No puedes dejar a mamá en manos de extraños.

—Cristina NO es una extraña, Susana —remarcó rotunda a pesar de su agotamiento—. Está con mamá cada día. La conoce y la cuida tan bien como yo.

—Pero tú eres su hija.

—Y tú —le reprochó.

—Pero yo tengo una familia. Tú no tienes más que a mamá.

—No empecemos Susana, no empecemos —dijo resentida—. ¿Qué opción he tenido?

—Mira, no tengo ganas de discutir contigo por teléfono, ¿sabes? Simplemente, no te vayas dejando a mamá sola. Ella es tú madre. Tú responsabilidad.

—Sí, será mejor no discutir por teléfono. Estoy cansada y no quiero decir nada de lo que pueda arrepentirme después. Sólo te he llamado para que sepas que estoy aquí. Ya hablaremos.

—Vale. Buenas noches —dijo con brusquedad.

—Buenas noches —suspiró abatida—. Dales un beso a los niños de mi parte y saluda a Julián.

—Bien, lo haré.

La conversación había sido tensa y la había agotado más todavía. Volviendo a besar a su madre, se despidió de Cristina y se metió en la cama.

Un poco más tarde, la cuidadora ayudó a Begoña a acostarse y se fue a su casa. Marta no la oyó marcharse. No había tardado ni un segundo en dormirse cuando apoyó la cabeza en la almohada.

Se despertó tarde, renovada; ya habían sonado las diez. Su madre, feliz de tenerla en casa a esas horas un día laborable, le había preparado (como buenamente había



podido) un succulento desayuno. Su hija, al verlo, se lo agradeció con un sonoro beso y mientras lo disfrutaba, fue relatándole de toda la experiencia vivida en Madrid omitiendo lo más interesante y que tenían que ver con Pablo.

Después de almorzar con su madre. Se arregló esmeradamente, con calma, e hizo tiempo leyendo (con renovado interés) el libro que no había tocado en esos cuatro días. ¡Elisa Álvarez era prima de Pablo! No podía creérselo. ¡Y se la iba a presentar!

Poco antes de la hora a la que habían quedado, recibió un WhatsApp.

*«Te recojo en diez minutos. No te retrases. Me muero por comerte entera»*

Una sonrisa radiante iluminó su rostro. Ella también esperaba empaparse de él.

*«No dejes ni un trocito»* respondió juguetona.

Se puso rápidamente el abrigo y, sacudiendo enérgicamente la mano, se despidió de su madre y de Cristina que acababa de llegar. Bajó las escaleras de tres en tres. Al llegar a la calle, él ya la esperaba.

En la oficina deberían disimular, pero el coche era su feudo. Nada más verse, se besaron como si no hubiera un mañana. Sus lenguas entrelazadas, sus manos recorriendo sus cuerpos con caricias prometedoras... Al aparcar, no sabían cómo habían llegado a su destino. Acalorados por el deseo, caminaron hasta la oficina intentando no rozarse para no caer de nuevo el uno en brazos del otro.

—¡Ya era hora! —Fue la insolente bienvenida que le ofreció Jaime al verla—. Tendrás que recuperar las horas que te has saltado hoy.

—No creo —aseguró Álvarez irritado apareciendo detrás de ella—. Yo le dije que descansara un poco, al igual que he hecho yo. Hemos trabajado mucho. Muchas horas en Madrid. Demasiadas. Nos merecíamos un descanso —continuó colérico—. Así que, tú no tienes nada que decir al respecto.

—Bueno, sí —se acobardó Lorca antes de murmurar entre dientes—. Pero hay trabajo atrasado. Hemos recibido un par de pedidos de mucha importancia. Hay que... —Titubeó nervioso al ver la cara que estaba poniendo Pablo.

—Y lo hará —le cortó su jefe—, pero en su horario y sin necesidad de recuperar ni un minuto. Me pregunto —entrecerró los ojos amenazante— por qué no te has encargado tú de ellos.

Lola y Silvia asistían atónitas a la discusión mirando alternativamente a uno y a otro. Ella, roja y contenida, sin decir una palabra. Todavía no conocía a Pablo en su versión ogro y estaba entendiendo muy bien a qué se referían todos cuando hablaban de él como un hueso duro de roer.

—Estaba con el balance —se encaró Jaime sacando pecho.

—¿Durante cuatro días? Será mejor que me acompañes a mi despacho —señaló con un gesto de cabeza—. Seguiremos con esta conversación en privado.

Marta se desplomó en su silla; estaba estupefacta. Ese no era *su* Pablo. Ese había sido el *ogro*. *Su ogro*, se recordó.

Cuando lograron deshacerse de la consternación, las chicas se acercaron a ella para saludarla. Lola efusivamente, Sonia... no tanto. Les explicó lo poco que podía revelar de la reunión. Les habló de los ingleses y de los jefazos de Madrid y les contó alguna que otra anécdota insustancial pero divertida. Lógicamente, no les dijo nada sobre los pactos y las conclusiones a las que se habían llegado. No le correspondía a ella hablar de esas cosas.

Ellas por su parte, le contaron que ya había local para la fiesta de Navidad, que se habían decidido, que, para variar, todos vestirían de etiqueta. Cotillearon sobre la hermana de David Coll, el becario, a la pobre la habían despedido, por lo que andaba deprimidillo el hombre. ¡Ah, sí! Y que el jefe de almacén esperaba un bebé y el muchacho no paraba de hablar del tema. Todas esas pequeñas cosas le devolvieron a su vida cotidiana.

Sentía una gran curiosidad por saber de qué se había discutido en el despacho del

supervisor, pero no cometió el error de preguntárselo ni si quiera cuando, horas más tarde, volvieron a casa juntos arropados por la suave música de la radio del coche.

Se tenían tantas ganas que, en vez de ir directamente a casa de Marta, se desviaron hasta el piso que Pablo tenía alquilado. Necesitaban poder amarse como locos, a pesar de tener muy poco tiempo para estar juntos.

Desde ese día, construyeron una nueva rutina: por las mañanas, iban juntos a la oficina aprovechando el trayecto para recuperar con besos, el tiempo perdido desde que se habían separado la noche anterior. Trabajaban evitándose dolorosa pero eficazmente, conscientes de las chispas de deseo que desprendían cuando estaban juntos y esperaban codiciosos la intimidad que les aguardaba después.

Ese fin de semana, Marta se inventó el cumpleaños de una compañera para escaparse de su casa y reunirse con él. Por suerte, su madre había quedado con una vecina para jugar al parchís, librándola de sentirse culpable por dejarla sola.

Estando a solas eran felices. Daban rienda suelta a su pasión disfrutando de sus cuerpos como nunca antes habían hecho. En cambio, la necesidad de mantener oculta su relación, no les producía el mismo efecto. De momento, habían acordado mantener su historia en secreto. No querían compartir con nadie lo que estaban viviendo. Era algo que solo les pertenecía a ellos dos.

—En algún momento tendremos que decir que estamos juntos, ¿no crees? —Le preguntó una tarde Pablo tras una maratón de orgasmos.

—Sí, lo sé. Pero no todavía, por favor —contestó ella saliendo perezosamente de su nube de placer.

—Pero, ¿por qué no quieres que se sepa, vida? —Inquirió a la vez que un dedo travieso jugueteaba con uno de sus pezones.

—Justo acabamos de empezar a salir —le explicó disfrutando de la caricia—. No quiero que se cotillee sobre nosotros. La gente de la oficina, sobre todo algunos, aprovecharía para... bueno, ya sabes.

—Bien, de momento me callo, pero ¿cuándo? —La apremió cubriéndola con su cuerpo—. No me gusta esconderme como si hiciéramos algo malo.

—Pablo —susurró acariciándole la barbilla con dulzura—, esto nuestro no puede ser malo. Es imposible.

Y besándolo como había aprendido a hacer, olvidaron todo lo que no fueran ellos.

Su madre, que de tonta no tenía un pelo, hacía sus cálculas sobre lo que había producido el cambio que percibía en su hija pequeña. Se sentía feliz al verla contenta y con más inquietudes aparte de la lectura y cuidar de ella. La veía más activa y, desde luego, más guapa con ese tipo de belleza que da la felicidad. No le preguntó. Se limitó a disfrutar de la alegría que veía en su pequeñina.

La conversación con Susana había quedado indefinidamente aplazada. No había vuelto a dar señales de vida, cosa que ayudaba agradablemente al buen humor de Marta. Otra mejora en su vida era que Jaime había cambiado de actitud; no se mostraba tan arrogante como solía ser antes, además llegaba puntual a la oficina, procuraba hacer correctamente su trabajo, sin molestarla.

Por su parte, ella le ignoraba todo lo que le era posible, al igual que evitaba preguntarle a Pablo el motivo de aquella sustancial transformación. No deseaba perder el tiempo hablando de Jaime ni de nada que no fuera ellos dos y la intimidad que compartían.

Sus compañeros, en especial Sonia y Lola, asistían atónitos al cambio de la muchacha, del que ella no se daba cuenta. La veían más segura, más comunicativa y sonriente. Incluso había cambiado físicamente. Ya no era la muchacha anodina que acostumbraba a ser. Se arreglaba con mayor esmero y, aunque sus eternas gafas naranjas seguían siendo una prolongación de su nariz, sus ojos se veían más grandes, más vivos.

Sonia, que no perdía ocasión para sacar a pasear la bruja que vivía en ella, comentó maliciosamente esos cambios con Lola en más de una ocasión. Ella, sin embargo, siempre encontraba alguna explicación lógica, que no tenía nada que ver con las maquinaciones de su compañera, obstinada en insistir en que en Madrid había habido *algo entre esos dos*.

La felicidad parecía haberse adueñado de ambos. Aprovechaban al máximo los escasos momentos que podían compartir. Entre caricias, besos y lujuria iban desgranando todos los pormenores de sus vidas uniéndose cada día un poco más.

Durante sus charlas, Pablo le explicó que había nacido en Soria, pero que sus padres se mudaron a Madrid siendo él muy pequeño. Todavía visitaba el lugar de su nacimiento con cierta frecuencia. Allí vivían sus tíos y sus primos, entre los que estaba Elisa. Sus abuelos, hasta que murieron, también habían residido allí y sus padres conservaban aún una bonita casa en un pueblo no muy lejos de la ciudad.

—Este verano te llevaré a mi casa en Vinuesa —le anunció mientras acariciaba su ombligo después de una maravillosa batalla sexual—. La casa es muy grande. Aunque estén mis padres allí, ni te darás cuenta —fingió un suspiro de derrota—. Aunque, cuando los conozcas, no vas a querer separarte de ellos. Son maravillosos —le explicó regándole el vientre de besos—. Te presentaré a mi familia y podrás aprovechar para hablar con Elisa hasta agotarte —su boca fue descendiendo despacio hasta llegar a su sexo—. Bueno o hasta que me canse de compartirte, que ya sé cómo son y cuando te pillen no van a querer soltarte —le susurró paseando la nariz por entre sus rizos. Ella se estremeció.

—Pablo, ya sabes cómo están las cosas en mi casa —dijo con voz entrecortada—. No puedo irme y dejar a mi madre aquí, sola. Acuérdate de lo que pasó cuando fuimos a Madrid —durante el viaje de vuelta le había explicado su complicada vida—. Me necesita —gimió al sentir la lengua de Pablo jugando con su clítoris—. Con Susana no puedo contar... y Cristina... necesita... vacaciones...

—¿Y tú? ¿No la necesitas tú? —repentinamente, se separó para mirarla serio—. Marta, solo tienes 33 años. Te mereces disfrutar de la vida y ser feliz. Conmigo, pero feliz —volvió la sonrisa a sus labios—. De todas formas, ya te he dicho que la casa es muy grande —se giró para ponerse a su lado—. Hay una habitación en el piso de abajo que sería perfecta para tu madre —la acurrucó en sus brazos—. Así, ella también disfrutaría de las vacaciones y de paso, mis padres estarían entretenidos con ella. Así no tendría que preocuparme por que te monopolicen dejándome a mí solito —frunció los labios con una mueca infantil.

Marta, rio con ganas. ¡Era tan divertido! Cariñoso, locuaz, inteligente. La tenía total e irremediablemente ¿enamorado? «Sí» —Le gritó su corazón. Por primera vez en su vida estaba realmente enamorada. Jaime había sido solo un escudo con el que esconderse de los sinsabores de su lastimosa vida. Un espejismo de autodefensa. La espantosa experiencia sexual vivida en su juventud le había dejado una herida difícil de curar. Necesitaba una protección emocional que la defendiera de lo que realmente sentía: miedo. Un miedo visceral a enfrentarse a aquello que ella creía cierto. Estaba convencida de que nunca sería capaz de vibrar con un hombre.

En cambio, con la ilusión de un amor imposible, no había tenido que enfrentarse a esa dolorosa realidad. Era cierto que se había encaprichado de Lorca nada más verlo, pero había sido lógico, ¿no? Llegaron a la empresa, casi a la vez, ambos tenían edad parecida, se enfrentaban a la misma batalla... poco a poco se fue acomodando con la idea de que Jaime era su amor secreto. ¡Le iba como anillo al dedo amar a un hombre que jamás la correspondería!

Por otra parte, al principio Jaime no se había mostrado tan arrogante, manipulador ni chuleta como fue revelándose con el tiempo. Pero, para cuando quiso darse cuenta de quién era Lorca en realidad, ella ya se había acostumbrado a creer que estaba loca

por él. Le había utilizado como autodefensa contra el mundo, se había enamorado de la imagen que su imaginación había proyectado de su jefe.

Todos sus miedos se habían esfumado con la aparición de Pablo. Ahora sí sabía lo que era estar enamorada. Después de compartir confesiones susurradas, húmedas caricias, risas apasionadas y fascinantes orgasmos con Pablo, no le cabía la menor duda de que lo que sentía por ese hombre era amor. No se lo confesaría a él, claro. Al menos por el momento, no podía. Era demasiado pronto y temía asustarle.

Pero estaba claro que no era capaz de dejar de pensar en él ni un instante. Se sentía segura y protegida en sus brazos. Y valorada, eso también; no estaba a su lado para su provecho, sino porque apreciaba quién era. Y deseada. En cuanto ella le acariciaba el cuerpo con los ojos, él la devoraba con los suyos. En el momento en que uno de sus dedos rozaba la piel masculina, su pene despertaba a la vida. Cuando escuchaba un gemido que salía de sus labios... Sí, estaba segura de que él la deseaba. ¿Se podía ser más dichosa?

—Pero Pablo —dijo levantando la cara de su musculoso pecho para mirarle con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo vas a querer pasar el verano con nosotras?

—Contigo —susurró—. Quiero pasar el verano y todo mi tiempo, contigo —acercó sus labios los de ella—. Y si para conseguirlo tengo que disfrutar de la compañía de tu madre, a la que ya adoro sin conocer, mejor.

—¡Eres un bromista! —exclamó zalamera.

—¿Bromista? —preguntó, lanzándose como un poseso sobre sus pechos para arrancarle con la lengua un gemido de placer—. ¡No bromeo! —Y continuó con un implacable paseo por el vientre de Marta para acabar con su boca pegada a su codiciada golosina, otra vez—. Me niego a dejar de hacer esto todo un mes —concluyó hundiéndose en el tarro de miel de entre sus piernas.

—¡Pablo! —Intentó articular Marta—. Es tard... —Ya no pudo continuar. Un placentero gimoteo sustituyó sus palabras y se dejó acariciar por esa torturadora boca que la seducía.

Saciada de nuevo, sin fuerzas por los orgasmos conseguidos, Marta consiguió levantarse perezosamente para volver a casa. Visiblemente fastidiado (odiaba ese momento del día) Pablo abandonó la cama tras ella.

Frente al portal de su casa, Marta tuvo, por fin, el valor de exponerle lo que le rondaba por la cabeza desde hacía un par de días. Se giró para mirarle a los ojos, suspiró y le dijo tímidamente:

—Oye, Pablo mañana... no podré ir a tu piso después del trabajo.

Pablo alzó una ceja poniéndose repentinamente serio.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Tienes algún problema? —preguntó alarmado.

—No —le tranquilizó acariciándole la mejilla—. Te aseguro que preferiría mil veces pasar la tarde contigo que hacer... lo que voy a hacer mañana.

—¿Qué es? —Entrecerró graciosamente los ojos.

—Pablo, cielo, este viernes es la cena de Navidad de la empresa. Hay que ir de etiqueta y... ¡No tengo nada que ponerme! —Le confesó resignada alzando los hombros—. Tengo la opción de pedirle prestado a Susana uno de los cientos de vestidos que tiene, pero preferiría no hacerlo, la verdad. Así que, aunque me fastidie, tengo que ir de compras —concluyó con un pucherito.

Su hermana asistía a cócteles y cosas por el estilo con frecuencia, le explicó. Seguro que no le cabían en el armario todos los trajes que había estado utilizando desde que se había ido de casa. No tenían la misma talla, claro; Susana siempre había sido algo más alta y recia que ella, sin contar que su estilo era diametralmente opuesto, pero siempre podría recurrir a ella. Siguió contándole que Julián, por su trabajo, frecuentaba muchos *peces gordos* y su esposa debía estar a la altura de las circunstancias, así que, cada vez que tenían algún evento de cierta relevancia, Susana

corría a las prestigiosas tiendas de la parte alta de la ciudad para adquirir un nuevo modelito. Seguro que encontraría alguno adecuado para ella en el abultado armario de su hermana mayor. ¡Pero no quería pedírselo!

—¿Puedo acompañarte? —El tono lastimero de Pablo la enterneció.

—¡Claro! Me encantaría —el corazón casi se le sale por la boca de emoción—. Pero ¿No te aburrirás?

—¿Contigo a mi lado? —Se miró las uñas, haciéndose el interesante—. ¿Con probadores privados donde meterte mano? Pshh, puede que me aburra un poco —la chinchó.

—¿Piensas entrar en el probador conmigo? —preguntó coqueta.

—¡Intenta impedírmelo! —La cogió del brazo, la atrajo a su cuerpo y la besó.

—¡De acuerdo! —exclamo entusiasmada al separarse—. Me ayudarás a elegir. Puede que sea hasta divertido.

—Lo haremos divertido. —¡Ay, Dios! ¡Esa mirada!

—Hasta mañana, gamberro —le acarició los labios con su lengua, sonrió y salió del coche a toda prisa. Si se quedaba... ¡Pablo era un glotón! Por suerte, el frío de la calle le ayudó a refrescarse un poco antes de entrar en casa.

El día siguiente, empezó como todos desde su vuelta de Madrid. Pablo la recogió frente a su casa, se manosearon como chiquillos durante el trayecto y se convirtieron en jefe y empleada al cruzar el umbral de la oficina. Después, el trabajo, los compañeros, la comida en la sala comunitaria, más trabajo... Hasta acabar la jornada. Entonces, juntos se sumergieron en una frenética tarde de compras.

Varias veces, Marta tuvo que echarle del probador para evitar un escándalo y a pesar de eso, en un par de ocasiones les llamaron la atención. *«Este no es sitio para escarceos amorosos»*, les había reprendido una dependienta.

Al final de la tarde, Marta, había conseguido comprar un elegante vestido azul con flores blancas, entallado hasta la cintura y con falda de gran vuelo que le llegaba hasta las rodillas (precioso), unos zapatos a juego, unas elegantes medias, que Pablo amenazó romper con los dientes, y un abrigo ligero de conjunto.

—¡Vas a estar preciosa! Aunque siempre lo estás —aseguró con ojos hambrientos—. No sé si seré capaz de pasar la noche entera sin arrancártelo todo a mordiscos. Me gustas vestida, pero desnuda...

A pesar de la intimidad que compartían, Marta todavía se sonrojaba con las vehementes palabras que le dedicaba Pablo. Esta vez no fue una excepción.

—¡Adulador! —Sólo dos semanas antes, no hubiera soñado que un hombre se fijara en ella y ahora uno que la volvía del revés y al que amaba, le decía cosas que le encendían hasta el alma—. Pero si tengo unos pechos enor...

—¡Ni se te ocurra meterte con tus tetas! —Levantó ambas manos para frenarla—. ¡Pero si solo nombrarlas ya me pongo duro!

—Por cierto, ¿crees que debería haberme comprado un sujetador nuevo?—preguntó roncando—. ¿Quizás un conjunto sexy?

—¡Eso! —exclamó con los párpados entrecerrados y mordiéndose el labio inferior—. ¡Tú sigue y no llegas viva al coche!

Marta estalló en carcajadas. Nunca se aburría con él. Nunca se cansaba de sus ardientes palabras, sus besos apasionados, sus caricias incendiarias, su lengua juguetona... Sí, sería mejor que ella también dejara de pensar o sería Pablo el que no llegara vivo al coche.

—Anda, vayámonos que me da a mí que hoy acabamos en comisaría.

—¡Vamos a mi piso! —Pidió con voz urgente.

—¡No me pidas eso! Sabes que no puedo —se lamentó—. Es tardísimo y Cristina se habrá ido ya. Mi madre está sola en casa y me da miedo lo que le pueda pasar.

—¿Cuándo me vas a presentar a tu madre? —preguntó a la vez que abría el coche

con el mando.

—Llegan las Navidades y te irás a ver a tu familia, cielo —subió al coche y se abrochó el cinturón—. Creo que deberíamos dejar las presentaciones para después de las fiestas.

—¡Siempre la prudente Srta. Martín! —murmuró fastidiado.

Metió la llave en el contacto y el coche tomó vida. Marta le miraba de reojo, mientras salían del aparcamiento; Pablo había perdido la sonrisa.

—Te la presentaré, te lo prometo —dijo rompiendo el extraño silencio que se había instalado en el coche—. Pero no hace falta precipitarse. No tenemos ninguna prisa, ¿no?

—¡De acuerdo! —Aceptó con resignación. Giró la cabeza para mirarla y negando, volvió a sonreír—. ¡Has ganado! Pero después de las fiestas no habrá más excusas ¿de acuerdo?

—Vale, chantajista.

—Si fuera un chantajista, habría encontrado la manera de llevarte a mi cama en vez de estar llegando a tu casa.

—Gracias, cielo. Gracias por no ponérmelo todavía más difícil —y añadió sin que él le escuchara—. Te quiero.

Pablo le ayudó a sacar todos los paquetes que habían comprado y la acompañó hasta el portal. Se despidieron renuentes, pero felices al saber que su separación sería solo por unas pocas horas.

—Hola, Martita. Enséñame todo lo que te has comprado —escuchó decir a su madre desde la sala en cuanto cerró la puerta de casa—. Podrías ponértelo para que viera lo guapa que estás.

—No, mamá. Perdería la gracia si no ves cómo queda con peinado, el maquillaje... —dijo al llegar a su lado.

—¡Mira que eres mala! —Refunfuñó la mujer dándole un beso—. ¿Cuándo fue la última vez que te compraste un vestido de fiesta? ¿No fue para la boda de tu primo Ernesto?

—No sé... Sí, creo que sí —dejó las bolsas sobre la mesa baja y empezó a quitarse el abrigo.

—Venga, hija, que me hace mucha ilusión —Begoña trató de levantarse para coger un paquete pero desistió—. Con lo preciosa que tú eres, si encima te vistes de fiesta... Vamos, que para qué.

—Sra. Torres, no será usted mi madre ¿no? —rio a carcajadas Marta—. Mañana me verás vestida. Pero hoy te enseño lo que me he comprado y te haces una idea del resultado final.

—¿Qué remedio? Me conformaré. Tienes razón, mañana bien arregladita me hará más impresión.

—¡Te quiero tanto, mamá! —La estrujó en un fuerte abrazo.

—¡Yo sí que te quiero, hija mía!

Antes de preparar la cena, Marta le enseñó a su madre todas sus compras. La buena mujer, estuvo encantada con la elección de su hija. El vestido era de ensueño y los zapatos de princesa, tal como merecía su niña.

—Precioso, es precioso. Y los zapatos le irán al pelo. Has tenido mucho gusto, hija. Es bonito pero discreto. Vamos, como tú.

—Gracias, mamá —su madre logró sacarle los colores. Sabía que el amor de madre era muy grande, pero ese día, la señora estaba que se salía—. ¿Qué cenamos? —Mejor cambiar de tema o acabaría con la cara rojo chillón.

Y surtió efecto. Su señora progenitora, al verla tan apurada y, sabiendo lo tímida que era, se apiadó de ella. Así pues, prepararon juntas la cena, cenaron y se sentaron frente al televisor sin dejar de charlar de mil cosas hasta que, finalmente, Marta se fue

a su habitación.

El día siguiente era especial. Hacía años que no asistía a la fiesta que preparaba la empresa, así que, se preparó un baño reparador, se depiló entera, entera... Se puso una mascarilla en el pelo y otra en la cara (esta última regalo de la mujer de Paco, que había insistido en que era milagrosa) y se untó algún que otro potingue más que encontró por el baño. Al acabar, miró el resultado en el espejo. No estaba mal. Seguía sin ser nada especial, pero no estaba mal.

Al verse, pensó en Pablo (bueno, en realidad ¿qué no le recordaba a Pablo?). Se preguntó por qué estaba interesado en ella. Para ella estaba claro que no era ninguna belleza, pero Pablo no parecía estar de acuerdo y la trataba como si fuera la mujer más deseable del mundo. Y en su caso, ¿qué era lo que le había atraído de él? El Sr. Álvarez (sonrió al pensar en él de esa manera) era atractivo, sí, pero no el más guapo, ni el más alto, ni el más inteligente, tampoco tenía un cuerpo... ¿A quién pretendía engañar? Pablo era todo eso. Para ella lo era. Y para los demás, era un hombre *muy grato* de ver, muy fácil de tratar (si no se tenía en cuenta su enfrentamiento con Jaime) y con una cabeza muy bien amueblada.

Se volvió a mirar en el espejo y pensó: “¿Y yo? ¿Qué le puedo ofrecer yo?” Le recorrió un estremecimiento de pánico; su inherente inseguridad enseñó los dientes y a punto estuvo de morderla. Sorprendentemente, se repuso casi al instante, segura de que, aun no sabiendo de qué se trataba, ella le daba algo que él no encontraba en ninguna otra.

Se durmió feliz.

Ese día, había una gran excitación en la oficina. Cuando Marta y Pablo llegaron, les recibió la euforia colectiva que se había apoderado de todos. No dejaban de hablar de la fiesta, de sus trajes y vestidos, de la cena y el baile posterior... Era un día especial.

Trabajaron relajados, con un ambiente casi festivo. Algún villancico desafinado se escuchaba por aquí y por allá. Sin olvidar sus obligaciones, trabajaban con más entusiasmo que de costumbre y con unas innegables ganas de terminar la jornada; estaban deseando prepararse para la fiesta de esa noche.

Las sonrisas se veían por todas partes. Incluso Jaime, que de vez en cuando aparecía por el cubículo que ocupaba ella, estaba más amable de lo habitual. Marta, se unió a la alegría general. Tenía muchos motivos para estar contenta, y asistir a esa cena con la seguridad de que Pablo estaría allí, con ella, era el mejor de todos.

Álvarez, por su parte, observaba complacido lo que ocurría a su alrededor. “¿Qué bueno sería que siempre fuera así!” Pensó. Conseguirlo estaba dentro de sus inmediatas prioridades, una vez hubiera acabado con su principal cometido: sanear la delegación, eliminar individuos indeseables y mejorar el rendimiento.

No podía olvidar que prescindir de algunos trabajadores estaba dentro de su cometido, aunque lo detestara. “Bueno” recapacitó, “en el caso de Lorca no representará un gran problema”. Además de incompetente, era desleal y un soberano imbécil. Recordar cómo había tratado a Marta el primer día y las palabras que había usado para definirla, todavía le hacían hervir la sangre. Trató de dejar de lado que su trabajo allí se prolongaría solo unos cuantos meses. No quería pensar en eso. De momento no. Ya llegaría la ocasión en que se debiera enfrentar a una situación que todavía veía lejana. No podía siquiera imaginar separarse de la mujer que lo enloquecía de deseo.

Pero, volviendo al presente, y muy a su pesar, debía reconocer que, desde su vuelta de Madrid, Jaime había cambiado. Su comportamiento era ejemplar y su trabajo era mejor que de costumbre. No tenía ni idea de cómo lograría desembarazarse del dichoso jefe de contabilidad si seguía así.

Mientras repasaba unos papeles, se abstrajo pensando en las próximas fiestas y en la cena de esa noche, así que, decidió que el tema Lorca podía aplazarse unos

cuantos días más. Al fin y al cabo, era muy duro pensar en despidos durante las fiestas. Se dejó llevar por ideas más agradables y fantaseó con la posibilidad de llevar a Marta a conocer a sus padres y pasar todos juntos esos días; despertar el día de Navidad rodeado de todos los que quería. Y a Marta la quería. Se dio cuenta de que lo que sentía por aquella mujercita que le despertaba el cuerpo y el espíritu, que le hacía más fáciles los días y que le inundaba las noches, era amor. Se sintió feliz. Sus años de soledad se habían acabado. Marta los había convertido en un simple recuerdo en tan poco tiempo que parecía casi un milagro. Pero es que ella era un milagro. Su milagro.



# Capítulo 15

La dejó en su casa más pronto que de costumbre. Ambos tenían que arreglarse; querían estar resplandecientes para el otro, no les importaba nadie más. Sólo deseaban deslumbrarse mutuamente. Eso y disfrutar de ellos mismos.

Quedaron en reunirse allí mismo dos horas más tarde y con un rápido beso se despidieron.

Marta había vuelto a pedirle a Cristina que durmiera en su casa, alegando que no sabía cuándo acabaría la fiesta. La cuidadora no tuvo inconveniente, *“tu madre es un amor y la partida de parchís, que vamos a jugar sí o sí, es un aliciente extra”* le explicó. *“La última vez me ganó ella, esta no se me escapaba”* bromeó la joven. Marta se emocionó al saber que tendrían la noche para ellos. Para amarse sin prisas.

—A ver Martita, que llevas una eternidad ahí metida y me mata la curiosidad —gritó Begoña apoyada en su taca—taca frente a la puerta cerrada de la habitación de su hija—. Si tardas más, voy a entrar y ¡qué salga el sol por donde quiera!

—¡Ya voy, impaciente! —Se escuchó amortiguada su sonriente voz— me pongo los zapatos y salgo.

—¡A ver si es verdad! —Se giró para mirar a Cristina, que la acompañaba en el pasillo—. A ver si es verdad —y añadió, solo para su cuidadora—, esta chiquilla no sabe que a su madre le va a dar un infarto de la curiosidad que tengo.

La fisioterapeuta se rio con ganas. ¡Esa mujer era divertidísima! Iba a responderle que no se impacientara cuando se abrió la puerta. Las dos mujeres enmudecieron por un instante, sus ojos se abrieron maravillados y un ¡oh! de admiración escapó de sus bocas.

—¡Dios mío, hija, estás preciosa! —dijo Begoña entrelazando sus manos sobre el pecho.

—¡Marta estás genial! —Lanzó un silbido apreciativo Cristina—. Nunca te había visto tan guapa. Los vas a deslumbrar a todos.

—¡No seáis exageradas! El vestido es muy bonito, eso es todo —dijo alisándose la falda con las manos.

—Pero Martita, ¿tú te has visto bien, hija mía? ¡Si pareces una princesa!

—¡Mamá!

—En serio, Marta, tu madre tiene razón. Estás despampanante.

—Solo me he arreglado un poquito. Lo que pasa es que no estáis acostumbradas a verme maquillada y vestida de esta manera, pero no es para tanto —restó importancia con un gesto de la mano.

—Hombre, si todos los días te arreglaras así, no serías tú, pero te aseguro que estás genial —Cristina apreciaba a esa chica y se alegraba de verla tan guapa—. Tienes que salir más a menudo y sorprendernos más veces, que vale la pena.

—Y disfrutar más, hija. Siempre te lo digo.

—Venga mamá ya... —El sonido del teléfono la interrumpió—. ¿Quién puede ser ahora? —preguntó acercándose al aparato para atender la llamada—. ¿Diga?

—Hola hermana, ¿qué haces?

—Estaba a punto de salir —una mueca de fastidio cruzó su rostro—. ¿Qué quieres, Susana?

—¿Cómo que vas a salir? ¿A estas horas? ¿A dónde vas? ¿Y mamá?

—Bombardeó la mayor de las Martín.

—A ver, no sé si podré responder por orden a tus preguntas pero... —Sin ganas se dispuso a contestar— hoy se celebra la cena de Navidad de la empresa. Salgo a estas horas porque es UNA CENA —remarcó—. Y mamá está bien cuidada, no te preocupes. Jamás la dejaría desatendida. *Nunca* lo he hecho. Así que, si no tienes nada más que quieras saber, te dejo con tu madre que tiene muchas ganas de hablar contigo. Te recuerdo que desde que volví de Madrid ni siquiera la has llamado —intentó que su voz no sonara demasiado áspera y casi lo logró—. Yo tengo que terminar de arreglarme que están a punto de pasar a recogerme.

—¿Quién? —Escuchó Marta a través del auricular, pero ya no contestó. Le pasó el aparato a su madre que lentamente había llegado a la sala, dónde se encontraba el teléfono, y se volvió a su habitación. Desde allí pudo escuchar como su madre trataba de calmar a Susana. Estuvo a punto de volver y decirle cuatro cosas a su hermana, pero se contuvo. Pablo la recogería en breve y no quería ni hacerle esperar ni que un enfado le estropeará la velada.

Y no lo hizo. Fue una noche perfecta.

Cuando Pablo la vio, estuvo tentado en olvidarse de la cena. Estaba encantadora, preciosa, elegante, sexy... Se sentía el hombre más afortunado de todos los que asistirían a la reunión, como mínimo. A pesar de no acudir como una pareja, sabía que esa hermosa mujer era solo para él. Él sería el que terminara la noche disfrutándola. Se puso duro al pensarlo... Decididamente iba a pasar de la cena.

Pero no lo hizo, claro. La sensata Srta. Martín no se lo permitió. Lo que sí hizo fue probar sus labios, una pequeña porción del pastel que esperaba devorar más tarde, en su cama.

Se comió su boca, como si fuera el único alimento del que se fuera a alimentar en su vida. Y Marta se dejó hacer. Le encantaba la urgencia con que la reclamaba. Ella sentía la misma necesidad por ese hombre que había trastocado su mundo en tan poco tiempo.

Antes de llegar al restaurante, no tuvo más remedio que retocar el carmín desaparecido de sus labios. ¡Menos mal que había previsto el ataque de Pablo! En el último momento había añadido su barra de labios al bolso.

Cenaron entre risas y bromas compartidas con el grupo. David todavía estaba más divertido que de costumbre, a pesar de que hubieran despedido a su hermana, su vena chistosa no desaparecía. Todos se divirtieron con sus locuras. La amabilidad se había hecho dueña de todos. Ni una cara larga apareció en toda la velada.

Después de acabar con el banquete, el grupo pasó a otra sala donde la música sonaba ya. Bailaron todos con todos, muchos sin ritmo ninguno, provocando las carcajadas de los demás. Cuando el alcohol empezaba a notarse en el comportamiento desinhibido de los trabajadores, los ritmos acelerados dieron paso a los más pausados. Pablo, que durante toda la noche se había mantenido alejado de su chica, no se resistió por más tiempo al escuchar la voz ronca de Barry White cantando *Can't get enough of you baby* y la invitó a bailar. La agarró entre sus brazos y ya no la soltó más.

—¡Lo sabía! —Le dijo Sonia a Lola con voz conspirativa—. Entre esos dos hay algo.

—Sólo bailan, Sonia, no te hagas películas.

—Pero ¿no ves cómo se la come con los ojos? ¡Y no la suelta! ¡Pero si parece que estén pegados con *Loctite*!

—Bueno, ¿y qué pasa si hay algo entre ellos? ¿A nosotras que más nos da? —Se encogió de hombros molesta por la mordacidad de su compañera.

—Ella haciéndose la mosquita muerta y ¡mírala!

—¡Ni se te ocurra decirle nada de tus maquinaciones! —Le advirtió Lola señalándola con un dedo acusador.

—Como quieras, pero me da a mí que le está haciendo una jugarreta a Jaime...

—Sabes que Marta no es así. Déjate de historias y vamos a divertirnos —agarró el brazo de su amiga y la empujó hacia un grupo de compañeros apostados frente a la barra.

—¡Voy! —contestó fastidiada dejándose arrastrar pero con la vista fija en la pareja de bailarines.

—¿Me has oído, Sonia? ¡No! —Volvió a insistir Lola.

Se dio por vencida. Lola era muy buena, pero cuando se ponía terca... Ya advertiría a Jaime en otro momento sin que la buena de Lola Ulloa se enterara. Se colocó un mechón tras la oreja, miró a su alrededor y decidió sacar a bailar a Roberto.

Ellos, ajenos a las murmuraciones, y en realidad a todo lo que les rodeaba, seguían bailando con los cuerpos unidos, prometiéndose sin palabras otra proximidad, otro baile, otro ritmo...

Consiguieron escabullirse de la fiesta sin que se notara. ¡Ni Sonia, pendiente siempre de todo lo que pasaba a su alrededor, detectó su huida! Les esperaba su propia fiesta en otra pista de baile. El coche de Pablo voló para llevarlos allí, con el apremio que le requerían sus pasajeros.

Ahora que sus cuerpos se conocían perfectamente, la comunión entre ellos era completa. Se entendían con una simple mirada. Con una caricia sus cuerpos palpitaron al unísono. Con un beso desataban una traca apasionada de fuegos artificiales.

Nada más atravesar la puerta del apartamento, las miradas dieron paso a las caricias y estas a los besos y estos...

—Desnúdate para mí —rogó Pablo con la mirada hambrienta—. Poco a poco. Eres mi regalo y quiero disfrutarlo.

—¿Y cómo vas a disfrutarlo? —preguntó coqueta.

—De todas las maneras humanamente posibles —rugió libidinoso—. Con los ojos, las manos, los labios, la lengua...

Marta empezó a desnudarse muy lentamente. Primero desabrochó la cremallera del vestido, que fue resbalando por sus hombros con lentitud hasta que cayó al suelo. La imagen que le ofrecía a Pablo era todo un espectáculo: un conjunto morado de ropa interior, las medias hasta el muslo, los tacones... no aguantó mucho ante el *striptease*. Apenas había empezado a deslizar una media, cuando sus palmas comenzaron a disfrutar de lo que se escondía bajo las copas del sujetador.

Se deshicieron con apremio de todo lo que separaba sus pieles para seguir con su particular danza, aquella que habían empezado ante todos y que se disponían a acabar a solas. Sus bocas se buscaron desesperadas, sus manos se recorrieron el cuerpo...

Los labios de Pablo recorrieron hambrientos la curva de su cuello y siguieron descendiendo hasta tropezar con el pecho de Marta cuyos pezones le esperaban duros como una perla rosada. Los besó provocándole una sacudida de placer que no se molestó en disimular. Luego, humedeció un pezón con la lengua y sopló después produciendo en Marta un maravilloso estremecimiento. Sus dedos sustituyeron su lengua. Pellizcó suavemente la ardiente cúspide mientras repetía la húmeda caricia en el otro pecho. Alzó los ojos para encontrarse con la anhelante mirada de Marta y sonrió al tiempo que le soplaba nuevamente los inhiestos pezones. Un temblor de placer fue la respuesta.

Continuó su camino de besos descendiendo por esas curvas que le enloquecían. El pequeño ombligo fue su siguiente parada. La atormentó con sus caricias antes de retomar su paseo por la enfebrecida anatomía de Marta. Cuando llegó al vértice de sus piernas, se recreó jugueteando con el sensible punto que le esperaba inflamado y desesperado de deseo.

—Pablo, por favor —suplicó.

—Paciencia, cariño —susurró entre sus piernas—. Estoy aquí para ti.

—No puedo más, por favor, ven.

—Todavía no. Quiero disfrutar de ti, saborearte —y continuó libando de su centro ardiente y desesperado.

Todavía bajó un poco más para adentrarse en la húmeda cueva, abriéndola con los dedos. Con un certero golpe de su magistral lengua, logró su propósito: Marta lanzó un gemido ahogado y se desarmó, exhausta en sus manos.

Sin darle tiempo a reponerse, Pablo se separó un instante de ella para cubrirla con su cuerpo un segundo después. Poniéndose a su altura la besó con necesidad, apoderándose de su boca, enredando su lengua...

—Ahora, *mi* Srta. Martín —musitó sobre sus labios—. Ahora te voy a hacer mía.

—¡Ya lo soy! —Le confesó entregada.

Con un gruñido de felicidad, se adentró de una estocada en su cálido interior. El baile de sus cuerpos, comenzó lento, pausado. Sus gemidos de placer proporcionaban la música que necesitaban. Pronto, la urgencia les llevó a acelerar los movimientos. Marta salía al encuentro de las caderas de Pablo que, incansable, no dejaba de mecerse en su interior hasta que, con un último y certero empujón, desencadenó un terremoto de placer al que sucumbieron los dos juntos.

—Quédate conmigo esta noche —rogó Pablo cuando fue capaz de hablar de nuevo.

—Pablo... —Iba a negarse, debía hacerlo, pero no pudo. Su madre estaba en buenas manos y ella deseaba quedarse más que cualquier cosa—. De acuerdo —accedió—. Pero tendré que volver temprano a casa. No quiero que mamá se preocupe.

—Te lo prometo —nada podía alegrarle más—. Te llevaré a casa temprano, te lo prometo —aseguró feliz.

Pero no pudo cumplir su promesa. Su pasión interrumpió muchas veces su sueño durante la noche dejándoles agotados.

—¡Dios mío! ¡Son las once y veinte! —exclamó alarmada al comprobar la hora en el móvil—. ¡Pablo, nos hemos dormido!

Sobresaltado por el brusco despertar, él la miró parpadeando, sin entender lo que ocurría.

—¿Qué hora es? —Logró preguntar una vez su mente se despejó.

—¡Las once y veinte! Mamá estará histérica preguntándose donde estoy.

—Llámalas, la tranquilizas y le dices que en media hora estarás allí.

—¿¡Media hora!?

—¿No quieres ducharte?

—¡No! Ya lo haré en casa. Por favor Pablo.

—De acuerdo —aceptó a regañadientes. Quería disfrutar de su compañía un poco más—. Llámalas mientras me visto —acunando el rostro de su chica, añadió—. Dormir contigo de nuevo ha sido... delicioso. Eres deliciosa —suspiró—. No sé cómo voy a poder pasar diez días sin ti.

—¿Cuándo te vas? —preguntó repentinamente entristecida.

—El lunes.

—¿El lunes? ¿Ya?

—Sí. Después de trabajar, recogeré mi equipaje. Mis padres me esperan en Vinuesa. Celebraremos la Noche Buena con toda la familia y si saliera el martes, no llegaría a tiempo.

—Ya te echo de menos —reconoció con un puchero.

—Y yo a ti. ¿Podremos vernos más tarde? ¿Y mañana?

—Lo intentaré —aseguró mientras contemplaba extasiada las potentes nalgas de Pablo que acababa de levantarse.

—Anda, llama a tu madre que se quede tranquila. Si sigues aquí y así un poco más

—se giró para mirarla con descaro—, no te vas —le advirtió con un sospechoso brillo en los ojos.

Con una sonrisa apenada, tomó el móvil y marcó el número de su casa.

—¿Dígame?

—¿Susana? —Si le pinchan no le sacan sangre.

—¡Hombre, la desaparecida! ¿Dónde te has metido toda la noche? ¿No sabes que mamá se preocupa por ti?

—Se hizo tarde y me quedé a dormir en casa de una compañera que vive cerca del restaurante —mintió.

—¿Y no puedes llamar, irresponsable? —Gritó irritada su hermana.

—Me he dormido, lo siento. En seguida voy. Pero ¿qué haces tú en casa?

—¡Buena pregunta! —La saña seguía en su voz—. Cristina tenía que salir y como no te encontraba, me llamó a mí. ¡Ni te imaginas lo enfadado que estaba Julián cuando he salido!

—En serio, lo siento —dijo arrepentida.

—¡Ven! ¡No tardes! A ver si puedo arreglar el desaguisado que has provocado en mí casa.

—No creo que sea tan grave —musitó avergonzada—. Ir a atender a tu madre no es ningún delito —se defendió.

—¡Sí cuando tienes planes! Es el último fin de semana antes de las fiestas y tenemos que hacer compras y eso. Pero ¡no! Tú tenías que desaparecer para arruinar mis proyectos.

—¡Bueno! —exclamó, ya enfadada—. ¡No discutamos más! Ya voy. Si quieres puedes irte, estaré allí en un momento.

—No sé si fiarme —escupió Susana con hostilidad.

—Haz lo que quieras. Llegaré en veinte minutos, como mucho.

—Pues me voy —anunció sin cambiar el tono de voz—. Ya hablaremos cuando nos veamos. Recuerda que nos vemos en Noche Buena, no se te vaya a pasar eso también.

—Lo sé —Marta no entendía el paripé navideño si durante todo el año no existía una relación familiar normal. No dijo nada, claro. Su hermana no entendería su punto de vista— No te preocupes, el martes en tu casa a las ocho. No lo he olvidado.

—Bien, pues hasta el martes.

Abatida, colgó el teléfono. Pablo que había sido mudo testigo de la conversación, la abrazó desde atrás. Se había vestido, y el contacto con la tela le produjo un estremecimiento. Puso los brazos sobre los de él y los apretó con fuerza, buscando su calor. La besó en la sien.

—No has hecho nada malo, no te preocupes, cariño. Es tan madre suya como tuya.

—Lo sé pero...

—No te entristezcas —girándola, tomó su barbilla y le obligó a mirarle—. Ha sido una maravillosa noche que no debe arruinar el egoísmo de tu hermana.

—Gracias —dijo de corazón.

Estuvo tentada de confesar que le quería y cuanto necesitaba su apoyo. Pero calló. Todavía no podía mostrarle todo lo que significaba para ella. No, todavía no. Cuando él volviera de Vinuesa, si todo seguía igual entre ellos, se lo confesaría. Debía esperar y lo haría.

—Gracias —repitió.

Pablo, el Sr. Álvarez, *su ogro* particular, la besó y luego dejó que se vistiera.

El trayecto a casa fue silencioso; con las manos entrelazadas sobre el cambio de marchas no necesitaban palabras. Antes de despedirse, Pablo le robó la promesa de intentar escaparse esa tarde para volver a estar juntos.

—Martita, hija ¿eres tú? —El habitual saludo de su madre la recibió nada más abrir

la puerta. Begoña se acercaba trabajosamente empujando su caminador—. No sabes lo preocupada que estaba.

—Perdóname, mamá. Debía haber llamado, pero me quedé dormida. La fiesta acabó tarde y bebí un poco. ¡No sabes cómo lo siento!

Su madre, cada vez más segura que a su hija le había entretenido algo más que el sueño, le restó importancia:

—No te preocupes, hija, lo entiendo. La falta de costumbre...

—Sí —afirmó agradecida—. Si vuelvo a salir, te prometo que no beberé.

—Cariño mío, si vas a una cena y sirven vino o una copita de licor, ¿cómo no vas a beber?

Con sencillas palabras, su madre demostró que no le echaba nada en cara. Por el contrario, Marta se sintió todavía más culpable por no haberla llamado, pero ella le había reconfortado de una forma natural y rápida. ¡Tenía la mejor madre del mundo!

Como cada sábado, pasaron unas horas juntas comprando. El ajetreo navideño estaba en todas partes inundando el ambiente de actividad, alegría y machacones villancicos que se repetían una y otra vez. Ya de vuelta a casa, cocinaron mano a mano una comida sencilla pero deliciosa, que engulleron mientras Marta explicaba los pormenores de la fiesta. Después de fregar los platos, se acomodaron en el sofá, frente a la pantalla de televisión y, entre cabezada y cabezada, vieron una película del oeste.

Sobre las seis, su móvil vibró anunciando la entrada de un *WhatsApp*. Como por descuido miró la pantalla. Era de Pablo y sonrió emocionada.

«¿Todo tranquilo en el frente?»

Volvió a sonreír.

«Sí, sin contratiempos» respondió.

Un nuevo mensaje le arrancó un suspiro.

«¿Te puedes escapar?»

«Lo intento» contestó y volviendo a escribir le tecleó «Dame 2 min. Y te digo»

A lo que él respondió

«MMMM te echo d menos»

Se le escapó una carcajada de la que su madre fue perfectamente consciente y que le arrancó un gesto de diversión. Su hija tenía alguien rondándole y eso le hacía tremendamente dichosa.

—Hija —dijo—. ¿Sabes qué se nos ha olvidado esta mañana en el súper? —Levantando los ojos de su móvil, miró sorprendida a su madre.

Su madre era perro viejo y le dio la excusa para salir sin que ella tuviera que buscar pretexto alguno:

—Queso rallado —inventó.

—¿Queso rallado?

—Sí, mañana podemos gratinar los macarrones y así variamos un poco. ¿Te parece bien?

—Sí, pero...

—Anda, ve a buscar queso para los macarrones —le dio un golpecito en el hombro—. Gratinados, están más buenos. Y de paso, paseas un ratillo, que pasarte la tarde encerrada... ¡Hasta puedes aprovechar y comprar algún regalito para los nenes de mi parte! —Añadió con los ojos brillantes de emoción.

—Bueno, si no te importa quedarte sola... ya sabes que no me gusta.

—Voy a llamar a la Sra. Casanovas que hace mucho que no echamos un rato juntas. Voy a ver si le gano al parchís.

—¿De verdad? —preguntó ilusionada.

—¡Claro, mujer! Además la última vez me ganó ella y quiero la revancha.

—Mamá, esto del parchís se está volviendo un vicio peligroso —bromeó.

Begoña frunció el ceño fingiéndose enfadada pero enseguida se echó a reír.

—Sí, cariño. A la vejez viruela —le acarició la cara antes de añadir—. Anda, no tardes que cuanto antes salgas antes vuelves. —Marta aceptó contenta la sugerencia de su madre porque, sin ella saberlo (o eso creía la joven) le había dado la excusa perfecta para reunirse con su chico.

Cogió su móvil para escribir un mensaje mientras iba a su habitación a arreglarse un poco.

«Puedo :D»

La respuesta no tardó ni un segundo.

«Voy»

Pasaron la tarde paseando por las calles abarrotadas de gente entrando y saliendo de las tiendas, disfrutando de su mutua compañía. Cualquiera que se fijara en ellos se daría cuenta de que eran una pareja enamorada, cogida de la mano, mostrando al mundo su amor. Hicieron compras, merendaron chocolate a la taza en la famosa calle Petritxol, admiraron escaparates bellamente adornados...

—¿Ya tienes todos los regalos? —preguntó sorprendido por las pocas compras que había hecho Marta frente al millón de paquetes que llevaba él.

—Soy una mujer prevenida —afirmó orgullosa de sí misma—. Lo tenía todo comprado antes de que empezara diciembre. No me gustan las prisas de último momento.

—¿Cómo no? Tan eficiente como siempre —una gran carcajada escapó de su pecho—. ¿Qué habrás pensado de mí que he esperado hasta el último momento para comprarlo todo?

—¿Qué eres un hombre ocupado? ¿Qué me necesitabas a mí para decidir que comprar? —Enseguida se dio cuenta de lo que había dicho y toda su sangre se acumuló en sus mejillas— Quiero decir... Una mujer tiene... Bueno...

—Tienes razón —asintió mirándola con ternura, la ternura que le despertaba esa mujercita de gafas naranjas que le volvía totalmente loco de deseo—. No habría conseguido comprarlo todo sin ti ¡ni en un millón de años!

—¡Mentiroso! —Su rostro seguía como la grana—. ¿Cómo lo has hecho siempre?

—¡Mal! —Rio de tal manera que empezó a tener convulsiones en todos sus músculos con unas carcajadas contagiosas que Marta no tardó en compartir.

—Pues celebro haber sido de ayuda —le confesó con ojos brillantes.

—¡No lo sabes tú bien! —La risa cedió paso al apetito que sentía por esos labios curvados y carnosos que le tentaban—. ¡Ven! —Cogió su cara con las manos y le atrapó la boca con la suya.

Como les solía ocurrir, les costó separarse. Sólo el gran empujón de un transeúnte cargado de paquetes hasta las pestañas y que a punto estuvo de tirarlos al suelo, lo consiguió. Se miraron con cariño y una risa cómplice volvió a apresarles.

A pesar de las ganas que tenían de volver a la intimidad del pequeño piso de él, se contuvieron. Marta debía volver a casa. Únicamente con el compromiso de que haría lo imposible para volver a verle al día siguiente, Pablo consintió en que saliera del coche, no sin antes darle un tórrido beso que la dejó algo mareada.

Lo consiguió. El domingo volvieron a verse. Sin que Marta lo supiera, su madre había facilitado la oportunidad preparando una nueva partida con su vecina, de cartas esta vez.

Con todos los regalos comprados, no había pretexto para no ir allí donde los dos querían. Era su última oportunidad de deleitarse de sus caricias antes de que el Sr. Álvarez dejara la oficina para pasar las Navidades en Soria... Antes de que pasaran diez largos días sin verse.

No desperdiciaron ni un segundo. Se abandonaron al placer. Se dejaron arrastrar por el ansia que sentían, hasta quedar agotados y dichosos.

Fue una tarde inolvidable cuyo recuerdo tendría que servirles para el periodo de

sequía sexual que les esperaba.

—Si puedo vendré antes. ¡No creo que pueda esperar diez días para volver a tenerte!

—Pablo, cariño —le acarició el escaso vello del pecho haciendo círculos con los dedos—, ves a tus padres muy poco a lo largo del año. Disfruta de ellos. Yo estaré aquí, esperándote.

—Si no estuviera seguro de eso, ¡no me iba ni loco! —Se mordió el labio inferior mientras la miraba con intensidad.

—¡Tonto!

—Lo que quieras, pero ¡la de duchas frías que voy a tener que darme estos días! —Bromeó antes de volver a besarla.

Jamás en su vida, hubiera imaginado despertar tanta lujuria en un hombre. Se sentía una reina agasajada. No, más. Una mujer enamorada.

Volviéron a perderse en su pasión. Pablo se hundió una vez más en el cálido cuerpo de Marta antes de poder separarse de ella. El día siguiente les devolvería a la rutina y una penosa despedida, pero él necesitaba sentirla una vez más, la última antes del forzoso adiós.

Ese fue el lunes más triste que cualquiera de los dos recordara. No conseguían contagiarse del espíritu navideño que les envolvía. Toda la oficina emanaba alegría por las fechas que se avecinaban pero ellos eran incapaces de compartirla. Para todos los compañeros, representaban unos días de vacaciones acompañados de sus familias y amigos; para ellos, la tristeza por su separación.

Pablo partía para Soria en cuanto concluyera la jornada laboral. Le esperaban más de seis horas de largo y solitario viaje. No tendrían la oportunidad de reunirse a solas en todo el día y eso les causaba una angustia que se reflejaba en sus rostros.

—Marta, ¿te pasa algo? ¡Chica, estás gris! —La buena de Lola, siempre atenta, se percató de su estado de ánimo.

—No, Lola. Es solo que estas fechas me recuerdan a mi padre —mintió a medias—, le echo mucho de menos.

—Te entiendo. Yo también me acuerdo del mío pero, ya sabes, por los niños hay que olvidarse de las penas para que disfruten al máximo y al final, acabas por disfrutar tú también.

Sonia las miró con cara de fastidio. No era el momento de ponerse a hablar de cosas serias. ¡Era Navidad! Esas dos eran un par de aguafiestas.

—Claro —afirmó Marta lacónica.

Cuando iba a hablar para seguir la conversación, su teléfono sonó insistentemente. Al contestar, el brillo que habían perdido sus ojos, volvió de inmediato a ellos.

—Sr. Álvarez, ¿qué desea?

Pablo estaba tan desesperado que no había podido contener las ganas de oír su voz.

—Ven a mi despacho. Inventa alguna excusa, la que quieras, pero ven —rogó—. No puedo soportar la idea de no volver a besarte en diez días sabiendo que estás tan cerca de mí. ¡Me voy a morir si no te toco!

—En seguida voy, Sr. Álvarez. ¿Las previsiones de enero o de todo el trimestre que viene? —Improvisó—. De acuerdo —continuó disimulando mientras recogía algunas carpetas—. Todo el trimestre. Bien.

—¡Mentirosilla mía! —La reprendió cariñosamente.

—Busco los informes y voy en seguida, señor.

—¿Qué quiere ahora éste? —Curioseó Sonia mirándola de reojo—. ¿No se ha enterado de que ya es casi Navidad? —Resopló indignada—. ¿No se va hoy de viaje? ¿Dónde está el fuego?

—Sonia —la reprendió Lola—. Ya sabemos que es muy concienzudo. Igual quiere



aclarar algo antes de irse de vacaciones.

—¡O igual quiere aguarnos la fiesta! —exclamó sarcástica.

—¡Vale ya, ¿no?! —exclamó Marta frunciendo las cejas—. Me lo ha pedido a mí, Sonia, no a ti. ¿Qué más te da si me pide que le lleve o no las provisiones?

—¡Bueno, mujer! ¡No te pongas así! —Espetó con sequedad Sonia—. Al fin y al cabo lo decía por ti. ¡A mí, plin!

—Todo lo que pueda avanzar ahora, es trabajo que me quito para otro día, así que, a mí no me importa. Tengo que estar aquí de todas formas —dijo tratando de sonar despreocupada—. Prefiero pasar el tiempo trabajando que mirando las musarañas —añadió molesta al tiempo que se levantaba para ir hacia el despacho de Pablo con carpetas bajo el brazo.

Se hizo un silencio en el habitáculo mientras abandonaba la sala seguida por las miradas asombrada de Lola y reprobatoria de Sonia.

—¿Ves? Aquí hay tema. Te lo dije —cotilleó la última.

—Sonia —suspiró resignada la otra—. Ya sabes cómo es Marta. El trabajo siempre es lo primero para ella. ¿Que se lleva bien con el nuevo? Bueno, eso te lo concedo, pero de ahí a querer ver más... Tienes una imaginación muy calenturienta. —«Y perversa» pensó.

Mientras hablaban de ella a sus espaldas, Marta se encaminó rauda al despacho de su amante. Llamó fingiendo timidez pero ardiendo en deseos de arrancar la madera de cuajo para lanzarse sobre Pablo.

—¿Por qué has tardado tanto? —Siseó entrecerrando los ojos oscurecidos por el deseo—. He estado a punto de ir a buscarte yo mismo —continuó mientras se cerraba la puerta.

—Me ha entretenido Sonia que preguntaba por qué querías revisar nada si estás a punto de irte de viaje.

—¡Es una cotilla! —Gruñó—. Tendré que mirarme bien su trabajo —meditó para sí mismo.

—¡Pablo! —Le recriminó sonriendo—. No lo puede evitar, ella es así. Siempre busca los tres pies al gato.

—¡Me da igual como sea esa! —Confesó mientras se levantaba y se acercaba a ella—. ¡Ven aquí!

—Cariño, si entra alguien... —Le advirtió mimosa.

—¡Está empezando a darme lo mismo que nos pillen y me encuentren encima de ti! —Cogiéndola súbitamente por el brazo, la atrajo hacia sí, la apresó fuerte entre sus brazos y atacó su deliciosa boca.

Al separarse, mucho rato después, la miró con veneración, hambre y deseo. Se fijó en sus labios, hinchados tras su apasionado beso. Bajó la cabeza y, con delicadeza esta vez, los fue lamiendo, empezando por el inferior. Después siguió con el contorno de la boca para finalizar hundiendo de nuevo la lengua en su interior. Era los labios más deliciosos que había probado en su vida. Acabó el beso apoyándose en su frente.

—Lo he decidido, no me voy —gruñó mientras sus manos descendían hasta las nalgas de la chica—. Nada se puede comparar a esto.

—Pablo, cariño, ya lo hemos hablado. Ayer lo dejamos claro. Solo son diez días y volverás. No lo hagamos más difícil. ¿Crees que no me gustaría que te quedaras aquí, conmigo? —Paseó un dedo por su mandíbula—. ¿Qué no echare de menos tus besos, tus manos... tu cuerpo? —Se excitó al pensarlo—. Pero tienes que pasar estas fiestas con tu familia. Disfrutar de ellos y que ellos lo hagan de ti. No son muchas las ocasiones que tienes para eso —le cubrió el rostro con las manos—. En cambio a mí me vas a tener aquí, esperándote ansiosa —aseguró con un deje mezcla de tristeza y resignación.

—¡Te voy a echar tantísimo de menos! —Se quejó apretándola contra su cuerpo un

poco más.

—¡Y yo! —Admitió ella—. Tú, al menos, te vas de viaje y adoras a tu familia —le susurro con cariño—. Yo me quedo aquí para pasar la Noche Buena con mi hermana Susana —le recordó con mirada significativa—. Menos mal que también estarán los niños, porque si no... —se apretujó juguetona a su pecho haciendo un puchero que encendió un alarmante fuego en cierta parte ya chamuscada del pantalón de Pablo.

—¡Ten cuidado Marta! Mi aguante no es tan grande. Si te mueves así contra mí... no respondo —protestó falsamente.

—¡Bésame, tonto!

No se lo hizo repetir. Se lanzó a por su boca empapándose de su sabor y bebiendo de su aliento. Bajó audaz su mano por el escote de Marta hasta alcanzar un pecho. Lo agarró como si la vida le fuera en ello. Luego, lentamente, desplazó el pulgar por toda la superficie de la deliciosa esfera hasta alcanzar el firme pezón; lo acarició con habilidad. Un dócil pero entregado gemido salió de los labios de Marta que provocó una convulsión en el miembro de Pablo.

Se separó despacio de Marta en un desesperado intento de mantener su exigua calma. La respiración agitada de uno se confundía con la ansiosa del otro. Lo suficientemente lejos para no tocarse, lo suficientemente cerca para sentirse...

—¿Y si me voy mañana? —El lastimoso intento de aplazar su marcha consiguió arrancarles una sonrisa.

—Que mañana lo intentarías retrasar de nuevo, cariño. A demás, no quiero que tus padres se preocupen por tu retraso. No soportaría que me reprocharan que entretengo a su hijo... Si les conozco algún día —la voz casi infantil de Marta, aumentó la sonrisa que dibujaba sus labios.

—¡Claro que los conocerás! —Volvió a encerrarla entre sus brazos—. Yo no voy a dejar de visitarles, y este suplicio no lo voy a repetir, así que, no vas a tener más remedio que venir conmigo cuando vaya de nuevo a verles.

Sin duda alguna amaba a Pablo, cada palabra suya lo confirmaba; aun así, consiguió retener el deseo de confesárselo. Empeoraría la delicada situación del momento, pero no se lo ocultaría por más tiempo a su regreso. Merecía saberlo y ella necesitaba decírselo.

—Debo volver a mi mesa —fue separando sus brazos del cuerpo de Pablo, el hombre que amaba—. Van a empezar a sospechar algo, si no lo hacen ya. ¡Ya sabes cómo es Sonia! —Una triste aceptación adueñó de su voz—. Deberíamos despedirnos ahora.

—¿No puedes intentar escabullirte luego?

—Lo intentaré, pero no creo que sea posible.

Se miraron intensamente durante un largo minuto sin atreverse a tocarse. Finalmente, Marta se dirigió a la puerta acariciando la cara del hombre a su paso. Justo antes de abrirla, giró levemente la cabeza y con una triste sonrisa le recordó que mandara un mensaje al llegar a Vinuesa para tranquilizarla y deseándole un buen viaje, abandonó el despacho dejando su alegría en él.

# Capítulo 16

La mañana del día 24 encontró a una Marta triste y cansada. No pudo conciliar el sueño hasta que recibió un escueto texto confirmando que había llegado sin contratiempos y, añadiendo que la llamaría al día siguiente, terminaba con un corazón. Ese corazón la mantuvo despierta todavía un poco más ¿Qué significaba? ¿Qué la quería? Su imaginación se perdió en bonitas historias de amor hasta que se durmió.

Se enfrentó a la jornada con resignada aceptación. Al fin y al cabo, al ser un día medio festivo, la empresa cerraría por la tarde, recordó.

Sin tanto cuidado como en las semanas anteriores, se vistió con un simple tejano azul oscuro, camiseta de manga larga blanca de cuello a caja y botines bajos de un azul tan oscuro que parecían negros. Desayunó poco y se encaminó a la parada de autobús luchando contra el frío, cargada con su libro después de muchos días sin cogerlo.

Como era su costumbre, llegó temprano y se dirigió directamente a su mesa. No había mucha cosa pendiente, en realidad apenas había trabajo para una hora pero, como se había organizado un vermú de Navidad, la distracción le ayudaría a que el tiempo pasara más rápido. Después, al acabar la corta jornada, podría volver a zambullirse en sus ensoñaciones y esperar la ansiada llamada de Pablo.

Las dependencias de la empresa se fueron llenando de unos trabajadores más alegres y ruidosos que de costumbre. Si el día anterior ya se percibía en el ambiente el ánimo chispeante, ese día, parecía otro trabajador más.

Lola y Sonia, que llegaron juntas, la saludaron efusivamente contagiadas por la magia de la Navidad y sin preguntarle, la involucraron en la preparación del aperitivo de esa mañana.

—A ver, Lola —organizaba Sonia—, tú te encargas de las bebidas. Las pones en la mesa del fondo en el taller, que hay más sitio.

—De acuerdo —aceptó su compañera—, las dejamos en la nevera y solo ponemos una botella de cada y así no se calientan que el cava caliente sabe a pis.

—Buena idea —concedió—. Y tú, Marta, distribuyes los aperitivos que he comprado por toda la mesa. Los platos de plástico están en una bolsa amarilla.

—Bien —aceptó algo distraída—. ¿Sabéis si este año Javier ha traído su famoso flan de marisco? —Se animó un poco al recordar esa exquisitez.

—¡Es que si no lo trae me lo cargo! ¡Está de vicio! —Se relamió Sonia—. Y me ha dicho Paco que Rosa ha preparado una tortilla de patatas con cebolla ¡con lo ricas que le salen!

—Pues el descastado de David, en vez de pedirle a su madre que preparara su empanada, ha encargado canapés al bar de Gloria. Que sí, que están buenísimos, pero es que la empanada de su madre solo la comemos en Navidad ¡leñe! —Se quejó Lola de manera infantil.

Esa trivial conversación le arrancó una sonrisa a Marta. A pesar de la ausencia de Pablo, se animó a pasar un buen rato con sus colegas. Era Navidad, y aun que no fuera la época del año que más le gustara, tenía la sana intención de disfrutarla. Ese año que había empezado como tantos otros, había resultado un tiotivo de emociones en las últimas semanas y estaba dispuesta a culminarlo con una nueva actitud.

—Bueno —dijo—, pues acabo un par de flequitos que me quedan en las cuentas

de *Seat* y soy toda vuestra.

—¡Esa es la actitud, Marta! —La felicitó Lola.

—¿A qué hora nos pon...? —Se interrumpió Sonia cuando un malhumorado Jaime hizo su aparición frente a ellas.

—¿No tenéis nada que hacer? —Ladró mirándolas a las tres.

—A mí solo me queda cerrar las compras que surjan hoy. El resto ya lo tengo al día —declaró airada Sonia retándole con la mirada—. Y dudo que hoy vayamos a hacer grandes pedidos, Jaime —añadió irónica.

—Y yo ya acabé con todas las ventas ayer —se adelantó a la posible bronca Lola—. No creo que hoy nos lluevan, ¿no crees?

—¿Y tú? —Le escupió a Marta—. ¿Ya lo tienes todo hecho?

—Tengo para media hora como mucho —confesó.

—Pues deja de perder el tiempo y acaba lo que tengas. Mucho se te han subido a ti los humos con ese dichoso viaje a Madrid.

—¿De qué hablas Jaime? —preguntó sorprendida enarcando las cejas.

—Ya he visto lo amiguitos que os habéis hecho ese creído de Álvarez y tú —espetó con saña—, pero recuerda que YO sigo siendo TÚ jefe y sigues estando bajo MÍ mando —puntualizó abalanzando el cuerpo hacia ella. El viejo Jaime estaba de vuelta.

—Jaime, no sé qué te he hecho ni lo que tienes con Pab... con el Sr. Álvarez, pero ni yo merezco el trato que me estás dando últimamente —se irguió en su silla mientras se acomodaba las gafas sobre la nariz— ni él ha hecho otra cosa que lo que se suponía que debía hacer al llegar aquí.

—¿El qué? ¿Llevarte de viajecito a Madrid para que os pavonearais frente a los mandamases? —Gritó.

—¡Jaime! ¡No me grites! —exclamó enfadada levantándose de la silla. Sus compañeras casi se caen de las suyas por la sorpresa—. Él debía asistir a esa reunión sí o sí y necesitaba alguien que hablara inglés fluidamente ¿Acaso ese alguien eres tú? —Le retó—. Que yo sepa, siempre te ha parecido estúpido hablar un idioma extranjero. Lo poco que sabes es porque no tienes más remedio para poder comunicarte con los contactos de fuera y la mayoría de veces tú —le señaló con el índice—, sí no me mires así, *tú*, me pides a *mí* que hable con ellos por temor a no entender bien lo que te dicen —descansó para respirar tres veces tratando de calmarse—. No sé de qué se supone que tengo la culpa, Jaime —continuó— pero ¡ya está bien! Ahora, terminaré lo que me queda de trabajo y después ayudaré a preparar el vermú de Navidad y cuando esté todo listo, disfrutaré con mis compañeros de la fiesta —concluyó triunfal tomando asiento de nuevo.

—¡No! —dijo Jaime con los dientes apretados—. Tendrás que repasar el último mes del balance —siseó hiriente.

Sonia y Lola los miraban alternativamente a una y al otro, patidifusas. ¿Quién era esa? Tenía el aspecto de Marta sin duda, pero jamás había actuado de forma tan vehemente. En diez años no la habían visto enfrentarse a nadie y por descontado, a quien menos podían esperar que hablara de esa manera, era a Jaime. La de veces que habían bromeado por lo atontada que estaba por él. Sin duda, lo que pasó en la sala de reuniones, ya hacía casi un mes, la había afectado y transformado en una nueva mujer. No sospechaban que Marta estaba al borde de un infarto, que ella misma estaba sorprendida de su reacción y que sus piernas no paraban de temblar bajo el escritorio.

Haciendo acopio de unas fuerzas que ya la habían abandonado, todavía fue capaz de rebatirle.

—Jaime, ese ya no es mi cometido. El Sr. Álvarez te encargó a ti el balance. Yo te lo dejé casi terminado. Solo te tienes que encargar de un mes. ¡Un mes, Jaime!

—No juegues conmigo, Marta. Soy más fuerte que tú. Si me retas, tienes las de

perder.

—¡Vale ya, Jaime! —Intervino Lola retorciéndose las manos nerviosa por la situación—. Tengamos la fiesta en paz. Estoy segura de que si le pides ayuda a Marta, te ayudará, pero exigiendo que repase lo que tú has hecho, no creo que le dejes muchas ganas de echarle una mano.

—Lola, Lola. Tú no te metas.

—Pero tiene razón, Jaime —medió Sonia—. Marta, guapa, ¿le echas una mano a este energúmeno a ver si le mejoramos la cara y no la tiene de muermo para el vermú?

—Está bien —accedió a regañadientes— trae ese balance y le echaré un ojo. Pero en serio, no sé qué te pasa.

—¿Y a ti? —Volvió a la carga—. No te estoy pidiendo nada que no esté dentro de tus tareas.

—¡Jaime! —exclamaron al unísono Sonia y Lola—. No empecemos de nuevo ¿quieres?

—Está bien —se rindió alzando las manos rojo de ira. Sabía que si persistía en su actitud podía salir escaldado y necesitaba la inestimable ayuda de Marta aunque, por supuesto, no lo iba a confesar—. Marta, ¿te importaría echarle un vistazo al balance? —La hiel se le enredó en la boca. Odiaba dar su brazo a torcer, pero temía demasiado las consecuencias de que Pablo descubriera algún fallo en su trabajo. Así pues, haciendo de tripas corazón fingió sin éxito una sonrisa.

Pese a todos sus intentos y a todo el esfuerzo que había puesto, no estaba seguro de haber hecho correctamente el balance. Durante diez años, se había *balanceado* con esa tarea. Hasta el momento, Marta se había ocupado de elaborarlos y él de llevarse el mérito. Pero el desgraciado de Álvarez le había puesto en el punto de mira y si no mostraba un trabajo impecable sabía a ciencia cierta, que podría lamentarlo... mucho.

Con un ligero movimiento de cabeza, Marta aceptó su petición. Él abandonó el despacho con paso firme en busca de los documentos a revisar que tenía en su oficina. Al quedarse a solas, un silencio incómodo se instaló entre ellas. Se miraban medio extrañadas medio agitadas.

—Pero, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó Lola tras lo que les pareció una eternidad—. Marta, ¿eres tú?

—No lo sé —confesó con un suspiro. No había uno solo de sus nervios en calma en esos momentos. Si le hubieran preguntado de donde había salido esa determinación, no habría sabido qué contestar. Pero que hubiera atacado a Pablo la había sacado de sus casillas... y eso era realmente difícil—. Pero... es que siempre me trata como si yo fuera... bueno, ya me entendéis.

—Sí, tranqui —extrañamente, Sonia la confortó dándole un par de palmaditas en el hombro—. A veces Jaime es un auténtico imbécil.

—Anímate, mujer que tú eso te lo ventilas en un pis pas y en nada estás lista para echarnos una mano con el aperitivo —la animó Lola con un guiño.

Marta les agradeció el apoyo con una sonrisa que se heló en sus labios al ver aparecer a Jaime de nuevo. Sin palabras, extendió una mano para recoger el dossier que Lorca le presentaba. Lo abrió, evitando mirarle a los ojos y se sumergió en sus páginas.

Hora y media después, con su trabajo terminado y todas las correcciones hechas (y había unas cuantas), se encaminó hacia el almacén donde sus compañeras y algunos muchachos más estaban liados con los preparativos del refrigerio. Se unió a ellos en un afán de olvidar el desagradable suceso anterior, el exceso de trabajo no esperado y, sobre todo, la ausencia de Pablo. ¡Cómo le echaba de menos! Solo hacía unas horas que faltaba y un agujero enorme se había adueñado ya de su pecho. No quería imaginar lo que serían esos malditos diez días. Únicamente le quedaba el consuelo de que, cada día de esos diez, compartirían una charla por teléfono. Era poco, sí, pero era

el triste alivio al que se agarraba con uñas y dientes para soportar la separación.

Consiguió apaciguar su añoranza con la grata compañía de sus colegas. Las bromas de unos, las ocurrencias de otros y, definitivamente, el gracioso espectáculo musical de los chicos de almacén, la socorrieron rápidamente. Claro que el *WhatsApp* que le envió Pablo con un corazón palpitante, la ayudó todavía más.

Con besos y abrazos se despidieron felicitándose las Fiestas. No eran más que un par de días, bueno cinco para aquellos que habían cogido el 27 de diciembre libre, pero parecía que se despidieran para siempre. «*Cosas de las Navidades, sin duda*», pensó Marta mientras se ponía el abrigo para marcharse. Todavía quedaba algún que otro detalle por preparar antes de la cena en casa de su hermana. Estaba colocándose la bufanda alrededor del cuello cuando sintió unos ligeros golpes en la espalda y se giró para comprobar de quién se trataba.

—Hola, preciosa —la saludó Paco con una sonrisa—. ¡Jo! ¡No ha habido manera de pillarte en todo el rato! La gente estaba algo revolucionada, ¿eh?

—Sí. Cada año es lo mismo, aunque creo que este año se han superado, la verdad. Solo les ha faltado un *striptease* —bromeó ella.

—Venga, que te llevo a casa —se ofreció su amigo cogiéndola del brazo para dirigirla hacia la calle.

—Déjalo Paco ya cojo el autobús, no te preocupes.

—No me preocupo. Quiero llevarte a casa. Tenemos cosillas de las que hablar —levantó varias veces las cejas de forma teatral.

—¿Y Rosa? —preguntó con una suave elevación de las comisuras de los labios mientras salían por la puerta.

—Rosa me mata si no te acompaño y te digo tooooooo lo que me ha mandado decirte. Y, pienso yo, ¿por qué narices no os llamáis y dejáis de utilizarme de mensajero?

—¡Pero si nos llamamos! —Se defendió con un tono infantil en la voz.

—¡Pues será para que haga presión y te obligue a hacerle caso! —La imitó al tiempo que accionaba el mando a distancia de su coche, abría la puerta del copiloto y con una graciosa reverencia la invitaba a entrar.

—Anda, anda, gracioso, llévame a casa y dame el recado de tu mujer.

Durante el trayecto, Paco le recordó que, como cada año desde hacía ya muchos, la esperaban a ella y a su madre para la cena de noche vieja. Le dijo que no quería discutir el tema, como pasaba tradicionalmente año tras año, que se dejara de monsergas, que sabía que tenía que ir a la cena y punto. Sus padres y sus suegros esperaban ansiosos a Begoña. ¡Ah! y, sobre todo que no se olvidara de preparar su delicioso pastel de calabacines al que, si quería, podía añadir una quiche de cebolla y puerros de esas que le salían tan ricas.

—Está bien, pesado, que sí —remarcó—, iremos. Ya se lo dije a Rosa, pero ¡cómo no se fía de mí!

—¡Me lo dice a mí que soy tu jefe! —exclamó divertido él.

Con el pacto sellado, se despidieron frente al portal de la familia Martín. Paco, que no iría a trabajar hasta el lunes siguiente, se despidió con un cariñoso beso y sus mejores deseos para las fiestas. Al salir del cálido interior del coche, una no demasiado agradable sorpresa la estaba esperando en la entrada del edificio.

—¿Ese no era Paco, tu jefe? —preguntó Susana, caustica para no variar.

—Sí —confirmó hundiendo los hombros con resignación.

—¿Es con él con quien fuiste a Madrid?

—No.

—Y, ¿por qué te ha acompañado?

—Porque es mi amigo y quería que habláramos de fin de año sin que media oficina se enterara.

—No entiendo que tengáis que ir a su casa cada año con las fiestas tan bonitas que organizo.

—¿Qué quieres Susana? —Obvió la acusación latente de su hermana.

—Traerte a los niños hasta las seis. Les das de comer y luego te los recojo a tiempo de arreglarlos para la cena y para que tú también lo tengas para vestir a mamá.

—Susana, ¿nunca te planteas que puedo tener otras cosas que hacer? —Resopló con cansancio.

—¿Tú? —preguntó con incredulidad.

Marta no contestó. Tentada estuvo de gritarle, de revelarse, de negarse... Pero su rebeldía ya se había agotado por ese día tras el violento encontronazo con Jaime. Ya no le quedaban reservas. En vez de eso, asintió con la cabeza y dándole la espalda, se adentró en el portal.

Desde pequeña, había deseado tener una hermana como la de todo el mundo, de las que comparten ropa y confidencias, pero ella no había tenido tanta suerte. En su lugar había crecido con el velado desprecio de una hermana mayor que jamás le había demostrado demasiado afecto. En cambio sí que la había tratado como una machaca para todas sus necesidades. Que había que ir a por pan, Martita iba en su lugar, que un chico la molestaba, Martita era la encargada de darle calabazas en su nombre, que tenía que presentar un trabajo en el instituto, Martita lo pasaba a máquina aunque se le quemaran las pestañas en el intento. Y una vez casada Susana, la cosa no había cambiado demasiado. ¿Qué su padre moría dejando a su madre sola? Martita se quedaba en casa, ahogando la posibilidad de hacer una vida independiente. ¿Qué su madre contraía una enfermedad degenerativa que la obligaba a cuidados continuos? Martita se ocupaba de todas sus necesidades dejando a su hermana libre de cargas.

Pero eso no era suficiente. No. Si tenía cualquier compromiso o contratiempo, ahí estaba Martita para cuidar de sus sobrinos. Eso no le molestaba. En absoluto. Adoraba a Adrián y a Berta. Eras sus amorcitos, sus niños. Lo que le molestaba era que Susana la utilizara de aquella manera y sin sentir el más mínimo remordimiento.

Apartó esos recuerdos desagradables de su cabeza para pensar en la alegría de compartir un rato con los niños sin la vigilancia de Susana. Por otro lado, también esperaba la llamada de cierto caballero que la tenía alborotada.

Los niños, ¿cómo no? La recibieron subiéndose encima de ella, regalándole besos y achuchones. Su madre y Cristina asistían sonrientes y contentas al encuentro entre tía y sobrinos.

—Bueno, como ya estás aquí, me voy ya que mi madre necesita que le eche una mano con la cena de esta noche —se despidió la cuidadora.

—Claro, Cristina. Gracias por todo. Por TODO —remarcó— lo que haces por nosotras. Pásalo muy bien con tu familia —se despidió dándole dos sonoros besos.

—Gracias a vosotras, que sois encantadoras. He preparado un arroz a la cubana para los cuatro. Con lo que se cena esta noche normalmente, he pensado que una comida ligerita estaría bien.

—¡Claro, gracias! —Repitió Marta—. No hacía falta que te molestaras, mujer.

—Así disfrutáis de los niños más rato. Bueno, que me voy que nos liamos a hablar y luego mi madre se queja de que no la ayudo. Feliz Navidad a todos. Niños, que Papá Noel os traiga muchas cosas esta noche —y enviándoles un beso con la mano, desapareció por la puerta.

La tarde resultó de lo más entretenida. Con los niños allí, las dos mujeres tenían distracción asegurada. Comieron escuchando las divertidas explicaciones de los niños, recogieron la mesa entre todos, jugaron al parchís, al que la hábil abuela les ganó dos partidas, hicieron trabajos manuales...

De vez en cuando, Marta se apartaba de ellos para atender al teléfono móvil que le mostraba algún que otro emoticono enviado por Pablo, ese hombre que le había

enseñado lo que era la pasión más ardiente, con cariño y sensibilidad. Después, volvía con su familia con la felicidad reflejada en sus ojos. Su madre, discreta por naturaleza, fingía no darse cuenta de nada, pero nada más lejos de la realidad; se le llenaba el corazón de gozo al comprobar cómo su hija surgía de ese letargo, demasiado largo ya, en el que se había visto forzada mucho tiempo atrás.

Faltaban escasos minutos para las seis cuando se oyó un ruido en la puerta de entrada. Susana apareció perfectamente arreglada. La ropa que llevaba desentonaba del conjunto general, aunque seguro que eso lo arreglaría al llegar a casa, donde cambiaría ese atuendo corriente por un elegante vestido que hiciera juego con su maquillaje.

—Bueno, chicos, vamos. Vuestro padre ya estará en casa esperando y se preguntará dónde estamos —dijo precipitadamente antes de girarse para hablar con su hermana—. No lleguéis tarde, Marta. Recuerda que mis suegros son hiperpuntuales. No les hagáis esperar.

Y sin más, recogió a sus hijos y lanzando un beso al aire, se fue. No se entretuvo en averiguar qué habían estado haciendo los críos durante las horas que habían estado allí, por ejemplo. Nada era más importante que tener todo a punto para que su *maravillosa* familia política disfrutara de una velada elegante y bien planificada. Eso significaban las Navidades en casa de su hermana. ¿Era ese el espíritu navideño?

No perdió más tiempo pensando en cosas que, por otro lado, no tenían arreglo. Como acababan de sonar las seis, hasta las ocho y media no las esperaba Susana y ella no tardaría mucho en preparar a su madre y en arreglarse a sí misma, dejó a Begoña frente a la televisión para que se entretuviera un rato y corrió a refugiarse en su habitación para disfrutar de la privacidad que necesitaba.

Marcó el número de Pablo con dedos temblorosos por la anticipación de escuchar su voz (¡Dios, la separación iba a ser una tortura!).

Solo tuvo que esperar dos tonos antes de que él respondiera.

—Marta, cariño, ¿no te haces una idea de las ganas que tenía de oírte! —Saludó apasionadamente—. ¿Qué haces?

—Desear hablar contigo. Eso y echarte de menos. Mucho —dijo con voz lastimera.

—Si me dices eso y así... Mira, creo que voy a coger el coche, presentarme en Barcelona y pegarme un atracón de ti para la cena —la promesa, aunque sonaba divertida, era totalmente sincera.

—¡Pablo! —exclamó zalamera—. No seas tonto —dijo a pesar de que la idea le pareciera realmente tentadora.

—Es que no puedo dejar de pensar en ti —aseguró—. Adoro a mi familia, me encanta estar aquí con ellos, ¡pero tengo tantas ganas de estar contigo también!

—Pues no pienses en mí —susurro.

—¿Crees que es fácil? —Gimió él—. Mis padres me han preguntado ya cien veces qué me pasa y he estado tentado otras tantas en contarle que he encontrado a una mujer que me vuelve majareta —explicó—. Pero como hemos quedado que no le diremos nada a nadie hasta después de fiestas pues... —se quejó—. ¡Pero cómo me tienta!

—Cielo, ya ha pasado un día y vamos a hablar cada uno de los que pases allí. Piensa que cuando vuelvas vas a estar mucho tiempo sin volverles a ver. Disfruta de ellos —dijo totalmente sincera tumbándose sobre la cama.

—Lo sé, lo sé... Y sé que tienes razón, pero... Bueno, cambiemos de tema —propuso con voz resignada—. ¿Qué vas a hacer esta noche? ¿Con quién vas a pasarla? ¿Qué te vas a poner? No, borra eso. Mejor no me lo digas que me va a dar algo.

—¿¡Serás tonto!?! —Sonrió. ¡Dios, cómo quería a ese hombre!—. Bueno, ya te conté que iba a casa de mi hermana. No me hace mucha ilusión, la verdad



—confesó—. Va a ser una velada muy tensa. Siempre lo son en esa casa. La familia de mi cuñado es un poco estirada y nos aceptan a mi madre y a mí de puro milagro. No creo que les guste mi hermana mucho tampoco, pero... —Se quitó las gafas, miró a través de los cristales para comprobar si estaban limpias y se las volvió a poner.

—Lo siento —dijo consternado—. No entiendo a las familias así. La mía es muy distinta. Por suerte, el año que viene no tendrás que ir.

—¿No? —preguntó sorprendida—. ¿Por qué no?

—Porque estarás en Vinuesa conmigo, claro —lo dijo tan convencido que le creyó.

—Bueno, creo que es mejor que colguemos ya. Todavía tengo que vestir a mi madre y me tengo que arreglar.

—¿Ya? —Se lamentó Pablo—. Sí, supongo que tendremos que colgar. Te llamaré mañana —suspiró—. Aprovechando que todos se levantan temprano el día de Navidad, te telefonaré pronto, así te pillaré en la cama y podré escuchar esos ruiditos que haces cuando te despiertas.

—¡Qué difícil lo pones, Pablo! —susurró quedamente cerrando los ojos.

—Es que esto es difícil. No entiendo lo que me pasa, esto no puede ser normal. Hasta he soñado que... Anda, colguemos —terminó por decir frustrado—. Tienes cosas que hacer y yo voy a darme una laaaarga ducha fría —confesó con una sonrisa.

—Hasta mañana, Pablo —musitó.

—Hasta mañana, Marta —Ya sin línea, miró el aparato y añadió—. Te quiero.

A las ocho y veinte estaban las dos perfectamente arregladas: Marta llevaba un vestido entallado negro con una chaquetita corta roja y su madre con un pantalón negro también y una blusa gris perla de *lamé*. Se pusieron sus abrigos buenos y, dispuestas a aguantar lo que se les avecinaba, bajaron a la calle donde las aguardaba el taxi que las acercó hasta la casa de Susana.

Salvo la alegría que desprendían los niños, la cena se desarrolló tal y como Marta sospechaba. Pocas sonrisas, menos risas y ausencia total de espíritu navideño. Aquello recordaba más una cena de negocios que una reunión familiar.

Tras la cena, la pantomima de los regalos y los turrónes (el turrón era lo único que Susana les dejaba llevar, eso sí, siempre indicando antes el tipo y marca que debían comprar). No les resultó muy difícil huir de allí utilizando como excusa la salud de su madre.

El seco pero atento hermano de Julián se ofreció a llevarlas. Siempre había demostrado un cierto interés por Marta, cosa que a ella le incomodaba bastante. Rechazó amablemente la propuesta aduciendo que no quería privarle tan temprano de la compañía de su familia en una noche «*tan especial*», remarcó. Inicialmente, Jorge, que así se llamaba, insistió en acompañarlas pero, ante la terca negativa de Marta, finalmente abandonó su empeño.

Una vez en casa y después de atender a su madre y ayudarla a meterse en la cama, soltó el aire de sus pulmones, satisfecha y se acostó. «*Reto superado*» pensó. Alargó el brazo a la mesita de noche para alcanzar el móvil y revisó los cientos de mensajes y *WhatsApp* que había recibido. La mayoría eran de sus compañeros, que le felicitaban por enésima vez con divertidos vídeos y estrambóticos villancicos. Pero sólo uno la ilusionó realmente. El único que sí deseaba recibir: un grupo familiar de lo más ecléctico, entonaba el típico *Los peces en el río* entre risas y desafines y acababa con un sonriente Pablo enfocándose a sí mismo para felicitarle la Navidad.

Sintió un repentino escozor en los ojos. Era la más maravillosa familia que había visto en su vida y aquel era el más bonito de todos los regalos que le pudieran hacer. Contestó con una carita lanzando un beso y, con el teléfono en la mano, se quedó dormida.

Pablo había pedido a su numerosa familia que le dedicaran una canción a una amiga. Ellos entre bromas, burlas y codazos cómplices, la cantaron ante el teléfono

poniendo todo su empeño.

A pesar de cuánto la añoraba cada segundo, comió más de lo conveniente, rio, cantó y bromeó con los suyos hasta altas horas de la noche; terminó un poquito achispado y se dejó caer de bruces en la cama. Es lo que tenía la falta de costumbre.

La comida de Navidad en casa de su primo Ernesto, fue mucho más alegre y relajada que la reunión de la noche anterior. El hecho de que su hermana y su familia tuvieran que atender otro compromiso con los parientes de su marido, ayudó bastante. Lamentó la ausencia de sus niños, pero había otros para alegrarle el día. La sobremesa, entre polvorones y moscatel, se alargó hasta bien entrada la tarde y cuando decidieron volver a casa, el buenazo de Ernesto no consintió en que tomaran un taxi.

—Os llevo yo. ¡Solo faltaría, tía Bego!

Y, por supuesto, no se pudieron ni se quisieron negar.

Eran ya casi las doce y Pablo no la había llamado todavía. Ella no deseaba interrumpir lo que estuviera haciendo, así que, tampoco lo había llamado. Se metió en la cama con un regusto triste, acompañada por el libro que la mujer de su primo le había regalado. Se trataba de una preciosa novela ambientada en París de la que su prima hablaba maravillas.

Acababa de abrir el libro cuando, inesperadamente, su móvil empezó a sonar. Casi se le cae el teléfono de las manos al apresurarse a descolgarlo. A esas horas, solo había una persona que pudiera llamarla.

—¡Pablo! —Saludó ilusionada—. Pensaba que ya no me llamarías.

—¿Qué? ¿Y perderme escuchar tu voz? No. Pero no sabía si habrías vuelto ya.

—Sí, ya hace horas que volvimos.

—¿Qué has hecho?

—¿A parte de esperar que me llamas? —Coqueteó.

—Sí —sonrió.

—Entre otras cosas como la mujer de mi primo me ha regalado un libro, pues he empezado a leerlo.

—¿Quieres que cuelgue y sigues con la lectura? —Propuso divertido.

—¡Sabes que no, tonto! Si ni si quiera podía concentrarme. No te imaginas cómo estaba esperando tu llamada.

Se hizo un silencio extraño entre los dos. Solo unos segundos. Suficiente para expresar mucho más que cien palabras. Él rompió su mutismo.

—Todo el día he estado esperando este momento —confesó.

—Y yo —susurró ella.

—No he parado de pensar en ti...

—¡Exagerado! —Rio.

—¡Pero es la verdad! ¿Sabes lo que despiertas en mí?

—Pablo —musitó—. No sigas. Si lo haces seré incapaz de dormir pensando en...

—Yo sé seguro que no voy a dormir pensando en ti —la interrumpió—. Anoche me costó un mundo conciliar el sueño recordándote.

—Esto es una tortura. No imaginé que fuera a resultar tan duro estar separados.

—Veo que no me voy a librar de otra ducha fría —dijo con una sonrisa resignada—. ¡Y ya he perdido la cuenta de las que van en lo que llevo aquí!

—Ya queda menos para vernos.

—Demasiado —afirmó.

—Demasiado —repitió ella.

—Si te tuviera aquí... Tengo tantas ganas de besarte, tantas ganas de...

—Cielo... —susurró lastimera.

—No me pidas que deje de soñar... —Rogó—. Es lo único que tengo hasta que vuelva... Eso y tu voz —concluyó.

—¿Qué te han regalado? —Trató de distraer su atención. No lo consiguió.

—El único regalo que quiero es tenerte para mí todo el tiempo del mundo.

Un nuevo silencio se instaló entre los dos. Ambos conocían en su propia piel el deseo que sentía del otro, la necesidad del otro y saberlo era una dura prueba a superar.

—Que tengas dulces sueños, cariño —se despidió al fin Marta.

—El más dulce de todos: tú. Buenas noches Marta. Sueña conmigo, por favor.

—Ni lo dudes —murmuró. Un te quiero se quedó enredado en sus labios—. Buenas noches, Pablo.

# Capítulo 17

Durante esos días, cada uno se sumergía en la vorágine de las celebraciones familiares de la que salían por la noche, cuando disfrutaban de un momento de intimidad telefónica que, entre susurros y palabras quedadas, envolvía sus cuerpos de un deseo que prometían satisfacer a su reencuentro. Aprovechaban esos momentos para explicarse las anécdotas del día, provocando en el otro la risa, el enfado, la sorpresa o cualquier sensación que destilara de ellas.

Ese viernes, Marta fue a trabajar ya que ella no tenía fiesta. Al llegar la noche, cuando volvieron a hablar, le contó todo lo que había pasado en la oficina, que no era mucho debido a que estaba casi desierta, y él le explicó a su vez que había ido con sus primos de excursión a la Laguna Negra.

El sábado: Pablo se había reunido con todos los amigos de su infancia para comer un asado en un fabuloso restaurante de Calatañazor, mientras que ella había invitado a su madre a un chocolate suizo en la calle Petritxol y después habían disfrutado del espectáculo de las calles engalanadas.

Familia soriana por aquí, hermana ausente por allá... Y así día tras día, con sus noches solitarias. La única compañía que necesitaba cada uno, era la voz del otro.

La última noche del año, muy difícilmente iban a poder hablar. Los dos eran conscientes de que sus compromisos no les iban a dar tregua hasta muy entrada la madrugada. Ambos conocían los planes del otro. A Pablo le sorprendió que fuera a pasar una fecha tan especial con Paco y con su familia, pero ella le explicó que eran muy amigos desde hacía años y que Rosa era posiblemente una de sus mejores amigas. Ese día la llamada fue breve aunque intensa y repleta de buenos y románticos deseos para el año nuevo; la alegría se apreciaba en sus voces. El dos de enero se reunirían de nuevo. Y entonces... ellos estarían juntos.

Para Marta esa noche era, junto con el día de Navidad que pasaba con su primo Ernesto, la única fiesta que realmente deseaba celebrar. Bueno, quizá también le gustaba disfrutar del día de Reyes, por la ilusión que reflejaban los ojos de sus sobrinos. Pero no cabía duda de que compartir un momento del año tan especial con sus amigos, aquellos que la querían y siempre estaban a su lado, era una de los mejores recuerdos que podía atesorar.

Con la comida que Paco le pedía año tras año ya preparada, a punto de salir de casa hacia la fiesta y justo en el momento en que Marta iba a descolgar el teléfono para pedir un taxi, el aparato empezó a sonar.

—¿Dígame? —contestó extrañada.

—Hola Marta —Susana sonaba extraña ¿había llorado?—. ¿Os ibais ya a casa de Paco?

—Sí, justo nos pillas a punto de llamar a un taxi ¿Qué pasa Susana? —Frunció el ceño preocupada y miró de reojo a su madre que, por señas, le preguntaba quién llamaba...

—Nada, mujer —intentó tranquilizarla su hermana mayor sin ningún éxito—, solo quería desearos una buena entrada de año y que lo pasarais muy bien —el tono bajo y ligeramente entrecortado, alarmó a Marta más todavía.

—Susana, ¿estás bien? —preguntó inquieta enrollando el cable del teléfono entre los dedos—. ¿Pasa algo con los niños?

—No —fue una negación derrotada la que escapó de su garganta—. Aunque no os lo diga nunca, os quiero mucho.

Si albergaba alguna duda de que a su hermana le pasaba algo, esas palabras se la dispararon al instante. Sintió la necesidad de decirle que ella, a pesar de todo, la quería muchísimo también. Y lo hizo.

—Yo también te quiero, Susana. Eres mi hermana y, aun a pesar de que no siempre estemos de acuerdo, eres una de las personas más importantes de mi vida. —A Marta no se le escapó el suave sonido de un sollozo a través del teléfono—. Cuando tú quieras, hablamos. Sé que te pasa alguna cosa. Cuando estés preparada para contármelo, aquí estaré.

—No tienes nada de qué preocuparte —insistió fingiendo una tranquilidad que no sentía—. De todas maneras, mañana iré un rato con los niños para felicitaros el año.

—Te estaremos esperando —aseguró de todo corazón.

—Pásame a mamá. Me gustaría mandarle un beso —pidió con voz entrecortada.

—Claro —En ese momento todas las alarmas resonaron en su cabeza. ¿Qué le pasaba a Susana? Le tendió el aparato a su madre con la extraña sensación de que algo iba muy mal en el paraíso de su hermana.

—Susanita, hija —saludó la madre a su hija mayor—. Pásalo muy bien en esa fiesta tan elegante a la que vas.

—Y vosotras disfrutad a tope en casa de Paco, mamá... —tras un brevísimo silencio añadió—. Os dejo que Julián me está esperando. Supongo que a vosotras también os esperan ya. Hasta mañana mamá.

—Hasta mañana cariño.

Después de esa extraña llamada ninguna de las dos habló una sola palabra. A ambas les había dejado con un regusto extraño. Susana jamás mostraba la vulnerabilidad que había dejado entrever en esa comunicación, pero ninguna quiso inquietar a la otra. Ya en el taxi, Begoña no pudo reprimir una velada insinuación sobre el tema.

—Espero que tu hermana se lo pase muy bien esta noche —comentó como al descuido mientras admiraba tras la ventanilla los adornos navideños de la ciudad.

—Sí. Yo también lo espero, mamá —convino con voz reflexiva. Alargó la mano hasta encontrar la de Begoña y la apretó cariñosamente.

No volvieron a hablar del tema en toda la velada, pero ambas tenían claro que a ninguna de las dos le había dado buena espina aquella extraña llamada.

La noche fue un auténtico jolgorio que creó un montón de anécdotas para el recuerdo. Rosa había invitado a un nuevo compañero de trabajo que no había podido ir a su pueblo para las fiestas. En el momento en que Marta y la anfitriona fueron a la cocina a recoger los langostinos cocidos para el aperitivo, Rosa empezó su ataque.

—Es muy buen chico este Dani, —dejó caer— muy trabajador e inteligentísimo.

—Rosa, no empieces —la regañó divertida al tiempo que vertía la salsa tártara en un bol—. ¡Tú siempre intentando liarme con alguien!

—Lo que quiero es que te olvides de ese energúmeno de Jaime. Es que chica, ¡no sé qué le ves!

—Ya lo tengo superado, Rosa. Desde que pasó lo de aquella reunión... se me cayó la venda de los ojos. Y ¿sabes qué? —preguntó hundiendo un dedo en la salsa para chupárselo después.

—¿Qué? —Rosa estaba felizmente estupefacta por la explicación de Marta, pero eso no le impidió fruncir el ceño y negar con la cabeza por lo que había hecho su amiga.

—Que me he dado cuenta de que, en realidad, nunca estuve enamorada de él.

—¡Pues, hija has tardado una eternidad en darte cuenta! —Levantó el índice y negó con él cuando vio que Marta tenía la intención de volver a hundir el dedo en la

salsera.

—Sí —explotó en una carcajada de asentimiento y retiró la mano del recipiente—. ¡He sido un poco lenta en percatarme!

—¡Mucho! —Rio contagiada Rosa—. ¡Con lo lista que eres!

—¡Y menos mal qué me ha dado cuenta! —Añadió cogiendo una bandeja de langostinos.

Entre carcajadas, volvieron a la sala donde todos los demás comían y se entretenían con una amable conversación. Todos pararon de hablar, incluidos los niños (y eso era digno de tener en cuenta), para mirarlas entrar extrañados.

—¿De qué os reís tanto? —Inquirió Paco.

—De que Marta ha visto la luz —le contestó su mujer poniendo una fuente de langostinos en el centro de la mesa.

—¿Y eso? —Volvió a preguntar con un crustáceo en la mano.

—Por fin se ha dado cuenta de que Jaime es un imbécil y de que nunca ha estado enamorada de él —contestó a la vez que le daba una colleja a su marido y le señalaba la mano.

Tras esa bomba, se hizo un silencio sepulcral en la sala. Todos los ojos se clavaron en Marta, sobre todo unos ojos marrones dolorosamente asombrados: los de su madre.

Marta se giró furiosa para encarar a Rosa que se había llevado las manos a la boca, avergonzada por lo que se le había escapado sin querer.

Dani, el compañero de Rosa, miraba alternativamente a unos y a otros sin entender que pasaba, aunque intuyó que se había descubierto un gran secreto mucho tiempo guardado.

—¿Marta? —Fue la simple pregunta que Begoña, con el dolor de la decepción reflejado en los ojos, se atrevió a formular.

—Mamá... —¿Cómo explicarle que había creído estar enamorada de su jefe durante diez años ¡diez años! sin haberle explicado nada en todo ese largo tiempo?—. Mamá —repitió en un susurro.

La madre de Paco, mujer inteligente y experimentada en conflictos familiares, no quería que un desliz de su querida nuera rompiera la armonía de la noche. Ante lo que podía convertir la velada en un desastre, le plantó cara y...

—Begoña, ya sabes cómo son estos chicos: todo secretitos y misterios. Y tú, Marta, no te preocupes: no eres la primera que guarda secretos a sus padres —miró a su hijo con un halo de reprimenda en los ojos—, ni la primera en embelesarse por un prenda que más vale mantener bien lejos —paseando la mirada por todos y como si no hubiera pasado nada, continuó—, vamos a terminar la cena que se nos enfría. Van a llegar las campanadas y nos van a pillar a medias ¡Con el trabajo que hemos tenido preparándolo todo! Luego, si queréis, os contaré alguno de los *secretos* de mi hijo; *cosillas* de las que no supe nada hasta mucho más tarde —dio una palmada, señaló la mesa y añadió—. Venga, a cenar.

Y como si hubiera sido una orden militar, el grupo al completo se precipitó a obedecer.

La noche fue un éxito, como todas las reuniones familiares en casa de los Ruiz, a pesar de algunas *miradas* reprobatorias entre madre e hija, entre Marta y Rosa, entre esta y su marido y, sobre todo, entre Doña Ana, la madre de Paco, y todos los demás, en las que les advertía en silencio que el tema había quedado zanjado.

Dani, un chico normalito, no muy alto, con ligera barriga cervecera pero con ojos inteligentes, no paró de rondar a Marta en toda la noche. Estaba claro que la revelación de Rosa le había dado alas para lanzarse en picado a tontear con ella. Soltera, sin compromiso... y con un físico que no estaba mal... quizás un poquito redondita de más para su gusto, pero tampoco es que fuera demasiado exigente. Tener a alguien con quien compartir algún rato que otro de lujuria era un incentivo más que suficiente como

para ser tiquismiquis con el aspecto de esa compañía. Además ¡qué no estaba mal la chica, leches!

Marta ya estaba harta del acoso y derribo al que estaba siendo sometida por el tal Dani. Encaró el problema de frente. Después de las uvas, los brindis y las felicitaciones, en un momento en que el joven se había acercado demasiado a ella, Marta dio un paso atrás para recuperar parte de su espacio vital y le soltó como quien no quiere la cosa:

—¿Eres miope y te has olvidado las gafas?

—¿Miope? ¿Yo? No —negó con la cabeza abriendo los ojos sorprendido—. ¿Por qué lo preguntas?

—¡Cómo te acercas tanto! Pensé que no veías bien y necesitabas estar encima para distinguir con quien hablabas. — ¡Zasca! En todos los morros.

—Perdona —se disculpó el chico pasándose la mano por su incipiente calva—. No quería molestarte.

—Y no lo has hecho. Todavía. Pero no insistas, por favor. Me pareces un chico muy simpático, pero...

—Pensé que podríamos conocernos un poco... mejor —insinuó el joven con una sonrisa que pretendía ser seductora.

—Pues pensaste mal. Lo siento —negó con la cabeza.

—Bien.

—Bien —concluyó ella.

A partir de ese momento, con la situación aclarada entre los dos y olvidado aparentemente el incidente de la cena, nada enturbió la celebración. Todo fue risas, música y fiesta.

Eran las cuatro pasadas cuando Marta y su madre cerraban la puerta de su casa. Agotada, un pelín bebida y con los pies hinchados de tanto bailotear, acostó a Begoña. Luego, en su habitación se dejó caer rendida en la cama sin terminar de desnudarse y se durmió inmediatamente.

Nada más despertarse el primer día del año, antes incluso que atender a su madre y... a la naturaleza, consultó su móvil. Sí, ahí estaba: un mensaje de Pablo escondido entre otros cientos enviados, al parecer, por todo el mundo conocido. Sonrió mientras lo abría.

*«La noche fantástica. Solo me has faltado tú para que fuera perfecta. Salgo después de comer. Con suerte en BCN a las 10. ¿Vienes a casa?»*

Y no pudo evitar reír al leerlo. Sabía que debía rechazar la oferta, pero eso no menguó su felicidad. Bueno un poco sí... “mucho” se confesó. Pablo volvía esa misma noche y le pedía que se vieran, a pesar de lo cansado que llegaría después de conducir durante horas. Eso querría decir algo ¿no? Con una mezcla extraña de alegría y decepción, le escribió su respuesta.

*«No puedo :( Mañana»*

El móvil no tardó en reflejar otro mensaje entrante:

*«Me matas...»*

Ni medio minuto después, sonó su teléfono.

—¿No voy a verte hoy? —Pablo sonaba desencantado.

—¡Pablo! —exclamó a partes iguales dichosa y angustiada.

—¿En serio que no podemos vernos hoy? Te necesito. Ya.

—Sabes que no puedo dejar a mi madre sola por la noche... Si le pasa cualquier cosa...

—Está bien, lo entiendo —aceptó con un bufido abatido—. Pero lo arreglarás para mañana, ¿verdad?

—¡Claro! —Asintió cerrando los ojos y evocando su imagen—. Yo también tengo unas ganas locas de verte.

—Otro día más sin ti. Eres mala —la regañó fingiéndose divertido.

—Otro día sin ti —admitió derrotada.

—Bueno, ¿si no hay más remedio! —Suspiró sonoramente—. Pero mañana no te libras —afirmó apretando los dientes.

—No quiero librarme... no.

—Bien cariño, pues te dejo. Todavía tengo que terminar de hacer la maleta y quiero tenerlo todo listo para poder salir temprano. Mi madre me ha llenado un montón de bolsas con embutidos de aquí y me ha hecho comida hasta el día del juicio final —le contó en un intento de cambiar de tema.

—¡Madres! —exclamó con una carcajada de comprensión.

—¡Madres! —Repitió él de igual forma.

—Hasta mañana, Pablo —susurró.

—No puedo esperar más. Hasta mañana.

Se levantó con el ánimo renovado. En poco más de veinticuatro horas estaría en los brazos de su amante... de su amor. Decidió que eso era algo para celebrar, mucho más que la festividad del día, así que, se propuso pasar la mañana encerrada en la cocina para deleitar a su madre con una comida para chuparse los dedos ¡Y nunca mejor dicho! Tenía en el congelador unas cigalas y unos gambones que pedían a gritos que se los comieran. Pero primero, se enredaría con unas tortitas inglesas para desayunar. A su madre le encantaban y, debía admitir que a ella también ¡le salían tan ricas!

Hizo chocolate a la taza, las tortitas y ya puesta, una tarta de frutas como postre del medio día. Luego, dispuso el desayuno en una bandeja y, como no tenía ninguna flor para ofrecerle a su mami, cogió una ramita de perejil que, a modo de ramillete, colocó en un florero estrecho. Con todo preparado, se dirigió a la habitación de su madre para deseárselo los buenos días.

La mujer, que ya estaba despierta, le regaló una sonrisa entusiasmada y agradecida por esa grata sorpresa.

—Martita, hija, que buena pinta tiene todo ¡Y qué bonito ramo!

—Sé cuánto te gustan las tortitas y te las hago tan pocas veces... —Dejó la bandeja sobre la mesita de noche.

—No te preocupes, mi vida... Demasiado haces por mí —su madre tomó una de sus manos y la apretó con cariño.

—Nada, *NADA* es suficiente, mamá —afirmó posando la mano libre sobre la de su madre.

—¡Ay, hija, cuanto te quiero! —Estiró de ella hasta que se fundieron en un abrazo.

—Y yo a ti, mamá —tras un momento de silencio en el que se dijeron todo lo que sentían una por la otra, Marta se separó con una sonrisa—. Y ahora, ¡venga, a desayunar! Que se va a enfriar el chocolate.

—¿En la cama quieres que desayune?

—Sí, como una señora.

Su madre, le acarició el rostro como una muestra más del gran cariño que sentía por ella y, cogiendo una tortita, dio un mordisco al que siguió un gemido de aceptación. No hablaron de lo que se había descubierto la noche anterior... habría tiempo y ninguna deseaba estropear aquel momento.

Era casi medio día cuando escucharon la puerta de entrada. Marta, liada en la cocina, salió a saludar a su hermana limpiándose las manos con un trapo.

La conversación de la noche anterior le había revelado que probablemente había problemas en *el mundo de Yupi* de Susana, a pesar de que ella lo negara. Por su parte, su madre, que estaba poniendo la mesa como buenamente podía, salió también a su encuentro. Ella también estaba *escamada* tras aquella extraña llamada.

—¡Hola Susanita, hija! ¡Feliz año!



Su hija mayor corrió a su encuentro y la abrazó con tanta fuerza que obligó a la mujer a hacérselo notar.

—¡Hija, que me vas a romper! Yo también me alegro mucho de verte mi vida, pero no estoy para estas efusividades.

—¡Ay, mamá! Hacía mucho que no te veía. Te he echado de menos. ¡Tanto!  
—Afirmó Susana volviendo a abrazarla.

Si a Marta y a su madre las hubieran pinchado en ese momento, no les hubieran sacado una gota de sangre. Se miraron confundidas y alarmadas a partes iguales.

—Susana, ¿estás bien? —preguntó Marta tímidamente apoyando una mano en el hombro de su hermana.

—Sí ¡Claro! —Afirmó irguiendo la espalda, consciente de que había revelado más de lo que deseaba—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Es que no me puedo alegrar de ver a mi madre? —Casi recuperó su tono agrio—. ¿No la puedo echar de menos? A ver si te vas a creer que la única que la quiere aquí eres tú, hermanita.

Marta no se dejó engañar por esa muestra de agresividad hiriente. Si su hermana les quería confesar lo que le pasaba, que lo hiciera cuando lo creyera necesario. No iba a forzarla... las consecuencias podían ser desastrosas. En su lugar, le siguió el juego.

—¡Pues será desde hace una semana! Normalmente pasas varias sin llamarla o venir a verla.

—Mira, Marta, tengamos la fiesta en paz. He venido a veros y felicitaros el año, ¿estamos? Pues eso.

—Está bien, tienes razón, tengamos la fiesta en paz —repitió Marta—. Anda, dame un beso que hace una vida que no nos damos uno. —A pesar de sus diferencias, quería a Susana y sentía una necesidad imperiosa de que ella lo supiera. Fuera lo que fuera que le estuviera pasando, no era nada bueno y Marta sufría al pensarlo.

—¡Ven aquí, hermanita! —Y las dos Martín se fundieron en un abrazo que culminó con sonoros besos.

—¡Así me gusta veros! Queriéndoos. Las hermanas deben estar bien avenidas y no siempre enzarzadas en peleas.

Las hermanas se miraron cómplices, miraron después a su madre y sin palabras se lanzaron en plancha hacia la buena mujer y la achucharon con un cálido abrazo, como hacían cuando eran niñas.

Marta estaba extrañada. No recordaba haber vivido una situación parecida en la vida, Susana estuvo cariñosa y alegre, a diferencia de como solía estar. Se disculpó por no haber llevado a los niños. “*Julián ha salido con ellos a montar en bicicleta*”, les contó. Después tenían previsto comer con sus suegros donde se reuniría toda la familia. Mordisqueó una tortita sobrante del desayuno por la que felicitó ¡oh Dios, milagro!, a la pequeña de la casa. Fisgoneó entre los pucheros y sartenes lo que su hermana preparaba para comer... A Marta no le quedó ni la menor de duda de que a Susana le pasaba algo. Algo gordo. Fijo. Pero se lo guardó para sí.

Al quedarse solas, después de despedir a Susana, ninguna hizo referencia a lo que le pudiera estar pasando a la mayor de las Martín. Por el contrario, madre e hija se deleitaron con la deliciosa comida de Año Nuevo que había preparado Marta, manchándose los dedos de gambas y bebiendo una copita de vino blanco. Acababan de terminar con el postre cuando la Sra. Cánovas fue a invitarlas a pasar la tarde con ella y su familia. Eran vecinas desde hacía ya tantos años que las consideraba miembros de su *clan*.

Fue una tarde deliciosa. Rieron con los locos juegos que proponía la nieta adolescente de su vecina, comieron más dulces que en todas las fiestas juntas (los habían enviado del pueblo y estaban para morirse de ricos), discutieron de política (tema en el que había un gran desacuerdo entre jóvenes y mayores). En fin, pasaron una agradable, familiar y típica tarde navideña todos juntos.

Se despidieron cerca de las diez de la noche. A ninguna le importó demasiado no cenar. Con todo lo que habían comido en casa de los Cánovas, difícilmente podrían ingerir algo más que un vaso de agua.

Una vez en casa, Begoña, decidió ver un rato la televisión. Era un pequeño vicio que tenía la buena mujer y su hija no la iba a privar del capricho. Ella por su parte prefirió retirarse a su habitación y seguir con la bonita historia sobre París que estaba leyendo.

En un momento de una comicidad delirante de la novela (a Marta se le caían las lágrimas de lo que se estaba riendo) le pareció escuchar el timbre del interfono. Trató de apagar su risa (con dificultad, eso sí) para poder prestar atención. No se había equivocado. El interfono volvió a sonar.

Extrañada por recibir visitas a esas horas y alarmada por si se trataba de Susana, por quien le carcomía la inquietud, corrió a contestar el aparato.

—¿Quién es? —preguntó preocupada.

—Un viajero que desea verla más que nada en este mundo —le contestó una voz masculina.

—¡Pablo! —exclamó dando un saltito de alegría.

—El mismo que viste y calza —se le oyó bromear.

—Espérame un minuto y bajo. Ya estaba en la cama.

—Entonces ya subo yo —sugirió divertido.

—Espérame ya voy, tonto.

—¿Quién es Martita? —La voz de su madre le llegó desde el fondo del pasillo en el momento en que su mano alcanzaba el paño de la puerta.

—Un amigo, mamá. Ha vuelto de viaje y al pasar por aquí ha venido a saludar —le contestó nerviosa, apretando un poco más el tirador de la puerta.

—Hazlo subir entonces, hija —la mujer sospechó de inmediato que ese era el amigo que, desde hacía semanas, tenía a su hija totalmente obnubilada. Entendió en seguida que el extraño abatimiento de su niña durante esas fiestas, se había debido al viaje de ese hombre.

—¡No! Deja, mamá —el rechazo, molestó mucho a Pablo que lo había escuchado por el interfono. ¿Por qué narices no quería Marta que conociera a su madre?

—Si estás ocupada... —Le sugirió algo seco.

—¡Ni se te ocurra dejarlo en la calle, chiquilla! Hazlo subir de ipso facto —ordenó su madre.

—Pablo —pidió en voz queda—. ¿Te importa subir?

—¡Claro que no! Lo estoy deseando —el corazón casi se le sale por la boca de ilusión; olvidando ya su fastidio anterior—. Voy al coche a recoger una cosa y subo.

—Espera, bajo yo primero y...

—No. En seguida voy.

A Marta, de sopetón, se le agolparon todos los nervios en el centro del pecho. Su corazón parecía una locomotora... Pablo en su casa. ¡En su casa! Y con su madre alrededor... ¡Qué miedo sintió de golpe! ¿Y si no le gustaba su modesto piso? ¿Y si no se caían bien su madre y él? ¿Y si ella ya no le gustaba? ¿Y si...? Todas las dudas imaginables aporreaban su cabeza. Su inseguridad habitual hizo su aparición haciéndola temblar. Estaba a punto de una crisis de ansiedad cuando sonó el timbre y unos nudillos impacientes golpearon la puerta a la vez.

En todo ese rato no había pensado en ello y justo en el último momento, se echó un vistazo rápido en el espejo del recibidor: terrible error. Era la antítesis del glamour. Pelo enmarañado, sutiles ojeras bajo sus gafas naranja, pijama de Crepúsculo con la cara de Edward Cullen en el pecho (bien, le encantaba, y mucho, pero no era cuestión de que Pablo conociera sus debilidades secretas) y sus zapatillas de borreguillo que eran, sin duda, un inhibidor de la lívido. Soltó aire de golpe. Ya no había remedio. Pablo

la iba a ver de esa guisa e iba a salir corriendo después. Y con ese convencimiento, atendió la puerta antes de que su chico la derribara con sus fuertes golpes.

Nada de lo que había imaginado se acercó ni por asomo, a lo que pasó al abrir. Pablo soltó una bolsa que llevaba en la mano, se lanzó hacia ella y cogiéndola por la cintura con una mano y por la cabeza con la otra, le atacó la boca como si su vida fuera en ello. Apretó sus labios como si temiera que se fuera a desvanecer en cualquier momento. Se fundió en un beso como nunca le había dado antes. Mucho rato después, más calmado, suspiró en su boca para luego recorrer sus labios con la lengua, empapándose de su dulzor y su calidez y provocando en Marta un nudo de deseo que la emborrachó.

Escucharon un tenue sonido al final del pasillo que les devolvió al planeta tierra del que habían despegado en una nave llamada beso.

—Mi madre —susurró.

—Tu madre —repitió él.

—Ven, voy a presentártela.

—De acuerdo —la miró intensamente antes de seguirla por el pasillo—, pero ¿en calidad de qué?

—¿Qué quieres decir? —Le miró extrañada juntando las cejas y alzando los hombros.

—Le has dicho que era un amigo... pero no lo soy. Al menos no solo eso —le recordó.

—¡Pablo...!

—Ya han pasado las fiestas, ya he vuelto... Ya no hay excusas —dijo categórico.

—Tienes razón. No hay excusas... pero... ¿Cómo te presento, entonces?

—Le puedes decir... —Escucharon nuevamente el sonido de una persona inquieta al final del pasillo. Marta cogió la mano del hombre, la besó y tirando de él se adentró en el corredor.

—Ya se me ocurrirá algo —afirmó.

—Di la verdad. Es lo más efectivo. Siempre.

Cogidos de la mano, señal más que inequívoca de lo que había entre ellos, entraron en el comedor de la vivienda donde una expectante Begoña los esperaba con la mirada clavada en el hueco de la puerta. Los recibió con una franca sonrisa. Con un rápido movimiento, pulsó el mando a distancia para apagar el televisor y trató de ponerse en pie para saludar al recién llegado. Él no se lo permitió. Adelantándose a Marta, se acercó a la mujer y le tendió la mano.

—No, hombre. ¿Un apretón de manos? ¡Un beso!

—Claro, ¿Cómo no? —Se inclinó para besar a la mujer en la mejilla.

—Anda, chiquillo, siéntate un rato y cuéntame cosas.

Pablo, miró furtivamente a Marta que le devolvió una mirada asustada. Sonrió e hizo caso a la dueña de la casa.

—¿Qué quiere que le cuente?

—Para empezar estaría bien saber cómo te llamas.

—Pablo. Mi nombre es Pablo Álvarez.

—No te voy a preguntar cómo os habéis conocido. Eso ya me lo dirá mi Martita. Por cierto, que me ha dicho que vuelves de viaje, a ver ¿de dónde vienes?

—De un pueblecito de Soria —contestó jovial adelantando el cuerpo—. Vinuesa, se llama. Allí viven mis padres la mitad del tiempo. Antes lo hacían en Madrid, pero desde que mi padre se jubiló, reparten el año entre un sitio y otro.

—Vaya... Castellano como El Cid.

—Sí. Y me encanta mi tierra.

—¡Así me gusta! Es que Castilla es preciosa. —Pablo asintió sonriente.

Marta, los miraba a uno y a otro alternativamente. Nunca hubiera imaginado que se

llevaran tan bien en solo unos segundos, pero parecía que habían congeniado a las mil maravillas. Ella, en un rincón del comedor, escuchaba alerta la conversación con los brazos cruzados sobre el pecho.

—He pasado las fiestas con mi familia allí. Pero —miró a Marta de soslayo— estaba deseando volver.

—Ya me imagino hijo —ella también miró a su hija— ya...

—Me he permitido la libertad de traerles un poco de embutido de la matanza de mi pueblo, conservas de setas, y un queso. Mi madre es un poco exagerada y me ha llenado el coche de comida.

—Hombre, es lógico. Se preocupa por ti.

Marta no salía de su asombro. En cuestión de un momento, se había creado una complicidad inaudita entre su madre y su... ¿novio? No. Era demasiado pronto para llamarle así, pero le encantaba como sonaba.

Estaba embobada observando como esas dos personas, que tanto le importaban, mantenían una charla tan trivial y cercana, tan *doméstica*... No se atrevía a intervenir por miedo a romper esa maravillosa sintonía que se había creado entre ambos, simplemente disfrutaba del momento.

La conversación se alargó poco más. Begoña, en su infinita sabiduría, no quiso robarles más tiempo. Ya conocía a ese chico que la había tenido intrigada desde hacía un tiempo (y del que su hija no le había hablado) así que, ya podía sentirse satisfecha por el momento. El chico parecía de fiar y además ¡era guapetón el condenado! Guapo y con un tipo envidiable... Sí, su pequeña había elegido bien, porque además parecía buena gente.

—Bueno, venga, ve a hablar con mi niña. A eso has venido ¿no? Mo a hablar con una vieja como yo.

—Siempre es agradable hablar con una bella mujer.

—Gracias. Sin duda, eres muy amable. Pero hay otra bella mujer con la que estoy segura que tienes más ganas de hablar que conmigo —se giró para mirar de nuevo a su hija a la que había ignorado durante todo ese tiempo

—Muy intuitiva —sonrió él mirando a Marta a su vez—. Ha sido un verdadero placer hablar con usted —continuó volviéndose de nuevo a la hacia la mujer—. Espero que se repita muy pronto.

—¿Por qué no vienes a comer el próximo fin de semana? —Sugirió hábilmente ella. Los tenía en sus redes y ya no podrían deshacerse de su trampa.

—Por mí... —Desvió inquisitivo la vista hacia su chica— bien.

—Pues hecho. El domingo te esperamos. Y ahora, ve con quién has venido a ver.

—Sí señora —afirmó más contento que unas castañuelas.

Begoña sonrió para sus adentros. Sí, realmente le gustaba ese hombre. Lo observó levantarse presto, con una mirada en absoluto *virtuosa* en los ojos cuando los posó en su hija y eso le encantó. Haría feliz a su niña y bien sabía Dios que se lo merecía. No sospechaba que el destino jugaría en su contra.

Abandonaron la sala para adentrarse en la soledad del pasillo, presas de un deseo casi obsceno por unir sus labios otra vez.

—¿Tu habitación? —Exhaló la pregunta sobre su cuello.

—¡No podemos! —Siseó ella con pena acurrucándose en su pecho.

—No puedo más, Marta. Te necesito —sus manos descendieron hasta encontrar sus nalgas para apretarla más contra su creciente erección.

—Lo sé. ¿Crees que no me pasa lo mismo? —Se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos.

Sin previo aviso, Pablo le tapó la boca con la suya. ¡Cómo la deseaba! Sabía que no era el momento ni el lugar indicado para dejar salir toda la frustración que había acumulado durante esos diez días, pero no pudo retenerse. Se maravillaba de la

intensidad de los sentimientos que Marta le provocaba. Desde la muerte de Clara, siempre creyó que jamás volvería a sentirse vivo del todo. ¡Estaba tan equivocado! Había necesitado encontrar a la mujer que le devolviera la vida. Solo necesitaba encontrarla a ella.

El beso les supo a poco, se separaron para mirarse a los ojos. Pablo, bastante más alto que Marta, la alzó para tenerla a su altura. La cogió por las nalgas hasta colgarla de su cintura, arrancándole un chillido ahogado.

—Me vuelves loco —le confesó con la respiración inquieta—. No sé qué me has dado que no puedo parar de pensar en ti.

Aprovechó que la tenía a su altura para admirar su perfecta carita. Esas gafas naranjas no lograban esconder unos inteligentes y vivos ojos, negros como el tizón, que lanzaban un conjuro constante a su miembro. Su nariz recta, armonizaba perfectamente en un rostro pequeño que remataba con unos sensuales labios, no demasiado carnosos pero realmente, bien definidos. El conjunto constituía el rostro más hermoso que jamás hubiera visto. Quizás para el resto del mundo era una cara común pero para él, no existía mayor perfección. El tenerla a su nivel presentaba muchas ventajas: no precisaba agachar la cabeza para besarla, sus manos disfrutaban de sus nalgas, sentía los pezones frotándose sobre su pecho, sus sexos... muchas ventajas que no tardó en aprovechar.

Suavemente, comenzó a acariciarle el trasero por encima del pijama. *«Ya le preguntaré más tarde quién es este tipo que esté entre sus pechos»*, pensó. Ella reaccionó en seguida a sus manos y sus caderas comenzaron a buscar con urgencia el punto de unión de sus sexos. Se le escapó un gemido que los labios de Pablo recogieron en un abrasador beso. Él gruñó frustrado y liberado a la vez: por fin la volvía a tener en sus brazos, pero todavía muy lejos de donde su cordura necesitaba.

—Esto es una tortura —reconoció mordiéndole el labio inferior—. Si no te tengo pronto voy a explotar.

—¡Exagerado! —exclamó sensual y jadeante—. Bueno quizá no tanto —admitió en un susurro—. Me siento igual que tú. Te necesito. Necesito sentir tus manos en mi cuerpo. Necesito tenerte dentro —confesó ella.

Sin que se diera cuenta, la había apoyado en la pared. Con cuidado, comenzó a subir una mano por el borde de la camiseta hasta alcanzar su piel. Era como volver a casa. Sus manos estaban donde debían estar. Donde querían estar. Marta sintió que le pertenecía. Esos eran los dedos que esperaba, que anhelaba... que la hacían sentir mujer.

La bajó por su cuerpo muy lentamente para que Marta notara toda su rigidez. Ella, consciente de su firmeza, se apretó un poco más, al tiempo que se deslizaba hasta alcanzar el suelo.

Al posar los pies en el piso, la giró con inaudita rapidez pegando su espalda a su pecho. Así, aprisionada entre la pared y Pablo no podía, ni quería, presentar batalla a una mano que descendía por el interior de la cinturilla del pantalón, mientras, la otra ascendía hasta su pecho. Pronto, ambas manos encontraron su meta y empezaron a atormentarla con caricias incendiarias.

Comenzó a pellizcar muy suavemente el pezón. La reacción fue inmediata; Marta empezó a ceder a la tortura que sentía en un punto muy concreto de su cuerpo, donde los dedos de Pablo estaban haciendo su magia. Se tensó al borde del precipicio al que la estaba llevando Pablo con sus caricias.

—¡El paraíso! —exclamó el hombre feliz.

—¡Esto es una locura! Mi madre... —Jadeaba ahogadamente.

—Pssss, calla y disfruta. Te prometo que pararé si escucho algún movimiento. Aunque —sonrió aumentando la presión de sus dedos sobre el sexo de Marta—, mucho me temo que tu madre nos dará un buen rato de intimidad.

Ella no pudo sumarse a la broma. Su cuerpo era presa de un castigo delicioso que la poseía por completo. Se le escapó un gemido que vibró en el pecho de Pablo, lo que provocó que intensificara la caricia un poco más a la vez que lanzaba las caderas hacia delante, revelándole la reacción que le provocaba.

El deseo contenido que la había martirizado durante días y la habilidad de las manos de Pablo, hicieron que su cuerpo no tardara en precipitarse a un estallido de placer que llegó de repente, sorprendiéndolos a los dos.

Se giró, desesperada por refugiarse en los firmes brazos de Pablo. Allí, su embravecida respiración fue calmándose poco a poco hasta que consiguió poder articular nuevamente las palabras.

—¡Te he echado tanto de menos!

—No sabes, ¡ni te imaginas! Cuanto te he extrañado yo. Tenerte así, junto a mí ha sido mi sueño constante estos días. Quién nos lo iba a decir, ¿verdad? —dijo con ojos brillantes de deseo y algo más.

—Bésame, por favor, Pablo, bésame —rogó. No se hizo esperar, le alzó el rostro enterrado en su pecho y la atrapó en un beso que lo decía todo.

—Martita —la voz de su madre les llegó distorsionada por la distancia y su pasión—. ¿No trabajas mañana, hija? —Con esa simple pregunta, la mujer les advertía de que su íntimo momento había terminado.

—¡Qué inteligente es tu madre! —Reconoció Pablo—. ¡Qué sutilmente me ha echado!

—Sí, es muy lista... pero me hubiera gustado que nos diera un poco más de tiempo... solo un poquito más... —Ronroneó zalamera.

—Supongo que sabía que si nos dejaba un poco más, no habría aguantado las ganas que te tengo —reconoció Pablo mirándola de arriba abajo—. Pero mañana... mañana no te libras de mí.

—Te obligaré a cumplir tu promesa.

La besó por millonésima vez mientras alcanzaban la puerta de salida. La volvió a rodear con sus brazos atrayéndola a su cuerpo para que sintiera el estado de desesperación en que la dejaba.

—Mañana —gimió como despedida.

—Sí, mañana —le imitó ella mordiéndose el labio.

# Capítulo 18

Begoña, observó divertida el semblante frustrado de su hija cuando esta la ayudó a desvestirse. Sabía muy bien que no les había dado tiempo para recuperar el tiempo que, al parecer, habían estado separados. No le importó. Una cosa era dejarles un poco de intimidad y otra... vamos que ni soñando les iba a permitir ciertas cosas en su casa.

Miró a su niña, una joven que por primera vez se abría al amor, y se preguntó, como tantas otras veces, si no sería por culpa de su enfermedad que no lo hubiera hecho antes.

Odiaba la dependencia que la esclavizaba. Hasta en las más insignificantes tonterías, requería ayuda. Aun así, se sabía afortunada. Otras personas en su situación, perdían el habla o sus músculos acusaban con mayor rapidez los estragos que causaba la enfermedad. Ella, gracias a la medicación y la atención constante de su hija pequeña y de su queridísima Cristina, había soportado muy bien los envites de su mal.

Recordó con tristeza el momento en que se la diagnosticaron, poco tiempo después de la muerte de su marido, su amado Federico. Ella para entonces acababa de traspasar la cincuentena y sumó la desesperación por la pérdida de su esposo al desconuelo de saber que su vida, en cierta manera, había concluido. Esclerosis lateral amiotrófica, le dijeron. Una enfermedad sin cura que la iría debilitando paulatinamente hasta obligarla a precisar de respiración asistida antes de que terminaran sus días.

Le mortificaba lo que esa enfermedad había hecho con sus hijas. Susana, que toda la vida había sido arisca y a la que solo su padre conseguía arrancar una palabra cariñosa, se encerró todavía más en su hermetismo. Cuando conoció a Julián, encontró una válvula de escape a la terrible situación de su familia.

Marta, por su parte, era una post-adolescente cuando tuvo que enfrentarse a una situación demasiado grave para su edad. Aun así, hizo acopio de fuerzas y desde entonces, hacía trece años ya, se había mantenido firme y constante a su lado, dejando aparcada su propia felicidad.

Pero ese chico, parecía haber traspasado las barreras que su hija le había puesto al mundo. Se le veía buen chico y ella iba a propiciar, con todas sus debilitadas fuerzas, que se mantuviera al lado de su pequeña para hacerla tan feliz como se merecía... Eso sí, sin permitirles un *contacto* demasiado *intenso* en su casa... Hasta ahí no iba a llegar.

Se despidieron con un beso como hacían cada noche, pero esta vez su madre le cogió las manos tan enérgicamente como pudo y mirándola directamente a los ojos le dijo:

—Me gusta ese chico. Me gusta mucho. Déjale formar parte de tu vida, Martita.

—Aunque quisiera, mamá, no podría hacer otra cosa —confesó con los ojos brillantes—. Estoy enamorada de él.

—Créeme si te digo que él también lo está de ti.

—No sé, mamá. No puedo estar segura... —Bajó los ojos a sus manos unidas.

—Yo sí lo estoy —aseguró convencida meneando la cabeza.

Las comisuras de los labios de Marta se elevaron en un gesto de cariño.

—Te quiero, mamá. —La besó en la frente—. Buenas noches.

—Y yo a ti, mi vida. Buenas noches.

Pablo, fiel a una cita no concertada, la recogió a la mañana siguiente para dirigirse juntos a la empresa. Al verse, se desató un terremoto dentro del coche. Sus bocas, sus manos, sus ganas flotaban por todas partes. Tentados estuvieron de hacer *pellas*, encerrarse en casa de Pablo y destruir la cama. Para su desgracia, ambos eran tremendamente responsables. El Sr. Álvarez tenía mucho que hacer tras su ausencia; entre otras cosas, en Vinuesa había advertido que todavía no había prestado atención a las cuentas bancarias de la delegación y se proponía subsanar ese descuido ese mismo día. No obstante, eso no le impidió perderse en los labios de Marta, entretener sus dedos en sus pechos y acercarse al cielo con sus manos, antes de llegar a su puesto de trabajo, donde todavía no tenían previsto hacer pública su relación.

Durante toda la mañana, estudió detenidamente las cuentas bancarias, ingresos, salidas y por supuesto, saldos. Había algo en todas ellas que le inquietaba. Todavía no podía detectar que era, pero estaba seguro de que algo no cuadraba. Cuando averiguó que era Jaime quién se encargaba de hacer todos los ingresos, una alarma empezó a sonar con más insistencia en su avisado cerebro.

Sin querer levantar sospechas entre la plantilla, le solicitó a Marta los balances y cuentas, así como los cuadrantes de ingreso. Dedicó la tarde en estudiar los unos cotejándolos con las otras. Al llegar las seis estaba convencido de haber encontrado el error que le había alarmado. Si eran ciertas sus suposiciones, y mucho se temía que sí, había pescado a Jaime en mucho más que una ineptitud, ya de por sí imperdonable. No quiso dar señales a nadie sobre su conjetura. De momento, y hasta poder cerciorarse de lo que creía saber no quería, ni podía, compartirla.

Marta, feliz como estaba, pasó el día como los cientos que había pasado en esa oficina: trabajando. No le extrañó que Pablo le pidiera una documentación que por otro lado, estaba allí para repasar. Tampoco le chocó el cejo fruncido que dibujaba. Lo achacó a su preocupación por que las cosas estuvieran en orden. Ella sabía que su trabajo era impecable, así que, no le dio mayor importancia.

Al acabar la tarde, en el coche de camino al su piso, sí que percibió su cara seria y ausente.

—Pablo, cielo, si estás cansado llévame a casa.

—¡Ni loco! —exclamó desviando la vista de la carretera para mirarla con intensidad—. No estoy cansado, en serio. Es que hay algo que me tiene preocupado y no me lo puedo quitar de la cabeza.

—¿Quieres contármelo?

—No —negó enérgicamente meneando la cabeza—. Todavía no sé si tengo o no razón para estar inquieto. En cuanto esté seguro, te lo diré.

Le sonrió comprensiva. En ocasiones a ella le ocurría igual. En ocasiones, el trabajo podía obsesionar demasiado. Encendió la radio y la suave voz de *Bruno Mars* cantando *Just the way you are*, una canción que les encantaba a los dos, les arrancó una sonrisa. Apoyó la mano en el potente muslo masculino y apretó ligeramente en señal de comprensión. Pablo descansó la suya encima, agradecido.

No volvieron a sacar el tema. Él, en un intento de borrar cualquier signo de preocupación de sus facciones, empezó a tararear la canción. No quería pensar en nada que no fuera encerrarse en su casa, con Marta, y dar rienda suelta a los instintos que, por momentos, iban haciéndose cada vez más desesperados.

No tardaron en llegar a su destino; parecía que el tráfico de la ciudad se había aliado con ellos.

Con cierta timidez, Marta traspasó el umbral del piso. Con pasos vacilantes, entró en el que había empezado a llamar en broma *El palacio del placer*, una idea loca que se le había ocurrido tras algunos de sus momentos más memorables. ¡Hacía tanto que no estaba allí! Aunque en realidad, hacía solo unos días... Era esa inseguridad, que había



sido una constante en su vida, la que le hacía preguntarse si todo continuaría igual que antes. El recuerdo de la noche anterior en la oscuridad del pasillo de su casa, le borró de un plumazo todos los miedos. ¡Por supuesto iba a ser como antes! Quizás incluso mejor.

Pablo la miraba ensimismado. No había nada que le gustara más que ver a esa mujer en su casa... en su cama... en sus brazos... bajo su cuerpo... No pudo resistirse. La atrapó por la cintura desde atrás, la atrajo a su cuerpo con furia y enterró su cara en la melena castaña llenándose de su delicioso aroma.

—¡Por fin! —dijo simplemente. Esa sencilla frase era una total declaración de intenciones.

—Sí, por fin —reconoció ella arrebujiándose entre los brazos que la acunaban.

El aparentemente inocente abrazo se convirtió en segundos en desesperada necesidad. Desde su posición, fue despojando a Marta de su abrigo que lanzó sin ningún miramiento hacia el sofá. Sus manos corrieron a cubrir sus pechos y con un rugido de victoria, los amasó con veneración.

—¡Como deseaba tenerte así! Para mí. Para mí solo.

Ella no dijo nada, no podía. Solo pudo emitir un jadeante ruidito de asentimiento. Lanzó sus caderas contra el cuerpo de Pablo. Él bajó las manos a su vientre y la acercó más a su firmeza.

—Esto es lo que me haces con solo mirarte.

Un nuevo lamento desesperado se escapó de la garganta de Marta. Quería un roce más íntimo. Le sobraba toda la ropa. Necesitaba sus manos sobre la piel, su boca acariciando sus pechos, su cuerpo invadido por él...

—Y todo, todo, es para ti —le confesó enardecido. La giró para tomarla en sus brazos, y con ella a cuestas avanzó con prisas hasta su habitación. Ya había esperado bastante, no iba a entretenerse ni un segundo más para gozarla.

Sobraron las palabras. La depositó en la cama con menos delicadeza de la que hubiera querido, su urgencia le llevaba al borde de la ferocidad. Su ansia por tenerla a su merced le precipitó a arrancarle la ropa sin muchas contemplaciones. Ella con los ojos velados por el deseo le ayudó frenética a deshacerse de la suya con el mismo empeño.

Las prendas iban cayendo sin orden alrededor de ellos dejando sus cuerpos ardientes, más cerca el uno del otro.

Libres los dos al fin de ropa, Pablo detuvo un instante su avance para admirar las curvas que lo enloquecían. Ella era una diosa menuda y sensual con rostro de ángel que en ese momento se había convertido en una gata salvaje presa del deseo. Un deseo que aumentaba cada segundo, cada vez que sus preciosos ojos se paseaban por su cuerpo y su inhiesto miembro.

Las bocas secas y las manos hambrientas rompieron la tregua que habían exigido sus miradas. Se arrojaron desesperados a los brazos del otro y unieron sus bocas en un beso ardiente que les quemó por dentro. Las lenguas iniciaron un baile frenético que pronto, sus cuerpos ávidos, imitaron.

Pablo paladeó cada rincón del cuerpo que lo embravecía, hasta alcanzar el vértice de sus piernas donde le esperaba un ardiente regalo. Se entretuvo en saborearlo. Las sacudidas de placer que respondían a su lengua, le enardecían todavía más.

—Pablo, por favor —suplicó Marta.

—Todavía no tengo suficiente de ti —susurró exhalando entre sus pliegues, provocando una nueva sacudida de caderas.

—Por favor —rogó de nuevo.

—Mmmmm... noooo —insistió en su ataque.

Un gemido de placer sustituyó las palabras no dichas. Con un rápido movimiento de la lengua, venció la voluntad de su chica y un abrasador orgasmo la envolvió,

dejándola totalmente desmadejada.

Una sonrisa complacida surcó la cara de Pablo, que trepó por el cuerpo saciado hasta quedar a la altura de sus parpados cerrados.

—¿Satisfecha, Srta. Martín?

—Mmmmm —consiguió balbucir feliz.

—¿Has tenido suficiente? Porque yo no —le aseguró hambriento.

Con pereza, Marta abrió los ojos para enfrentarse a los de él. La visión del apetito que encerraban aquellas pupilas la reanimó de golpe. Le atrajo hacia ella con violencia y se perdió en su boca. Un instinto de posesión que Pablo desconocía tener, se apoderó de él. Bajó las manos hasta los muslos todavía temblorosos; los alzó para ponerlos alrededor de su cintura, mientras la penetraba abriéndose paso con su ardiente rigidez.

Sus cuerpos fundidos se atacaban con furiosas acometidas una y otra y otra y otra vez hasta que ambos explotaron en un unísono rugido de satisfacción.

Se mantuvieron unidos todavía mucho tiempo después. Sus alientos entrecortados descansaban en el hueco de sus cuellos. La calma de sus respiraciones tardó en llegar tras la tormenta de su pasión.

Exhausto y relajado, Pablo se retiró de su interior para posarse a su lado en la cama y giró la cara para admirar la belleza de su mujer. «*Sí*», se dijo, «*es mía. Es mi mujer. Para siempre*». Marta le devolvió una mirada enturbiada de placidez.

—Te quiero, Pablo —le confesó.

—¿De verdad? —preguntó ilusionado—. No sabes lo que eso significa para mí —pero no le reveló sus sentimientos.

Lo que quedaba de tarde, lo gastaron entre susurros, besos y caricias que ganaban siempre a las palabras.

Con desgana, se vistieron. Marta debía volver a casa. Cristina era un ángel y no le importaba cuidar de su madre más tiempo del que tocaba, pero tampoco quería abusar. Ella también tenía una vida. Así que, con la promesa de que el día siguiente repetirían, se despidieron con un beso capaz de fundir los polos.

—Mañana decidiremos el menú del domingo, ¿quieres? —preguntó Marta al salir del coche.

—Sí —afirmó Pablo irónico, lanzándole una significativa mirada—. Sin duda, eso será lo que hagamos.

Marta cerró los ojos avergonzada. No necesitó aclaración de lo que Pablo tenía en mente para el día siguiente y que distaba, muy mucho, de una elección de menú. Le lanzó un beso al aire que la separaba de su... ¡qué narices! De su novio y se volvió sonriente hacia su edificio. Al llegar al portal, se giró para volver a despedirse de Pablo, pero justo en ese momento, él se adentraba en el tráfico. Con una punzada de decepción, se giró de nuevo para comenzar a ascender los escalones de casa. Pensó que Pablo se había mostrado algo taciturno por la tarde. Seguro que, una vez la había dejado en casa, su cabeza volvía a volar hacia los problemas laborales que le tenían preocupado.

Al abrir la puerta de su piso, le sorprendió escuchar la voz de su hermana conversando amistosamente con su madre y su cuidadora. La sospecha, cada vez más firme, de que Susana les ocultaba algo, la volvió a golpear. Se deshizo de su abrigo mientras se miraba en el espejo del recibidor, tratando de averiguar si su apariencia revelaba lo que había estado haciendo. Al cerciorarse de que no había ninguna evidencia de su tarde de sexo, se dirigió a la procedencia de las voces.

—¡Vaya, ya la tenemos aquí! —exclamó Susana sin ninguna acritud.

—Sí, perdonad la tardanza.

—No te preocupes Martita. Ya le he dicho a tu hermana que tenías cosas que hacer —la tranquilizó su madre con un guiño cómplice.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó a su hermana mayor.

—He venido a invitaros a comer a casa el lunes. Es el día de reyes y me gustaría que lo celebráramos todos juntos. A los niños les haría mucha ilusión.

—Bueno... —¡Madre! Lo que le pasara a Susana era muy gordo—. Por mí bien. Les llevaremos los regalos en lugar de que los recojan aquí, como suelen hacer.

—Sí, eso había pensado —sonrió afirmando con la cabeza.

—¿Dónde están ahora? —curioseó la pequeña de las Martín.

—En una fiesta de cumpleaños en el club. Les va bien ver a otros niños. Tantos días con gente mayor es un poco aburrido para ellos, ¿no te parece?

—Sí. Supongo —admitió haciendo un gracioso gesto con los labios.

—Julián se los lleva algunas veces con las bicis, pero no deja de ser un adulto.

—Ya —convino—. Pero a los niños, normalmente, les gusta pasar ratos agradables con sus padres.

—Ya... sí... Supongo —titubeó Susana—. Bueno, os dejo ya.

—Te acompaño —intervino Cristina que se había mantenido en silencio mientras las dos hermanas hablaban—. Me tengo que ir. He quedado para cenar con unos amigos y no quiero que se me haga tarde. ¡Mañana hay que currar! —dijo con su habitual buen humor.

—Sí, claro —se disculpó Marta—. Perdona que te haya entretenido tanto rato.

—¡Si lo pasamos muy bien juntas! —Aseguró Begoña—. ¿Verdad Cristinita?

—Cierto —ratificó la cuidadora cogiendo su bolso.

—Bueno, pues... ¿nos vamos Cristina? —dijo Susana ya en pie.

—Sí, —y agachándose, besó a la mujer igual que había hecho momentos antes su hija mayor —Hasta mañana Begoña.

Al quedarse solas, madre e hija se miraron algo aturdidas. Había algo en el comportamiento de Susana que no les cuadraba, pero como en otras ocasiones, ambas guardaron silencio.

Como para romper el malestar que les creaba esa sensación, su madre le preguntó por su tarde con una amplia sonrisa de satisfacción. La cara escarlata de su hija le confesó que se lo había pasado *muy bien*, pero no quiso profundizar más sobre el tema. Más que nada por su propia tranquilidad.

Cenaron una ensalada bañada en salsa César y después Marta, contrariamente a lo habitual, se quedó en la sala viendo la televisión con su madre. Esa noche emitían *Love Actually*, una de sus películas favoritas. Lloró, como siempre le pasaba con el *film*. Pero le dio igual ¡era tan bonito! ¡Y tan navideño! Un clásico para esas fechas. Su madre, la miraba de soslayo de vez en cuando. Era una chiquilla tan adorable y sensible. ¡Se alegraba tanto de que por fin viviera su propia historia de amor y no las que describían las páginas de sus libros!

Al terminar la película, Marta ayudó a su madre a acostarse y después se retiró a dormir, tranquila y plácidamente. Él ya estaba de vuelta y la vida le sonreía. No existía nada que pudiera enturbiar esa felicidad. ¡Qué ajena estaba a lo que le depararía su futuro más inmediato!

# Capítulo 19

Pablo la recibió con una sonrisa cuando ella apareció por el portal. Era una mañana especialmente fría y Marta se arrebujó en su abrigo al sentir una ráfaga de viento. Corrió a refugiarse en el calor del coche y en los labios que la esperaban dentro. No tardó en verse reconfortada por uno y otros. Al tenerla sentada a su lado, él se giró en su asiento y cogiéndola por la nuca, la acercó a su boca y le dio un profundo beso. Cuando se separó, volvió a sonreír mientras se incorporaba al tráfico.

Llegaron temprano y aprovecharon para desayunar juntos en el bar de Gloria. Un café y un bocadillo para él, un té y un bollo para ella. Marta advirtió que Pablo continuaba con un run- run en la cabeza. Parecía que todos tenían algo que ocultarle, su hermana primero y ahora Pablo. No le dio importancia. Si había algo del trabajo que le preocupara, era lógico que hasta que no lo tuviera resuelto, no pudiera deshacerse de la inquietud. Pero la intranquilidad que le adivinaba, no menguó el cariñoso trato que le daba, ni los besos furtivos que se robaban en el despacho, ocultos a la vista de todos. Quería ofrecerle su ayuda, pero si él no se la pedía, debía ser porque se trataba de un problema del que ella no podía hacerse cargo, así que, lo dejó estar.

Pablo salió para acudir a los bancos pocos minutos después de haber llegado. Les dijo a ella y a sus compañeras que tardaría en volver. Tenía varias visitas que hacer esa mañana y dudaba que fueran a ser breves.

Todo transcurría como de costumbre hasta que una llamada empezó a amargarle la mañana a Marta. Silvia, la cotilla de Sevilla, había telefoneado a Sonia para preguntarle qué tal iba con el impresentable del Sr. Álvarez. Esta le había contestado que de momento, las cosas parecían tranquilas con él. No había despedido a nadie y se mostraba hasta cortés. Hizo incluso, una velada alusión irónica a lo amable que se mostraba en especial con Marta. Y fue entonces cuando Silvia soltó la bomba que descoyuntó el sosiego de Marta.

—¡Pues que suerte habéis tenido! Y que rollo no tener chismes que explicar a la delegación de Gijón.

—¿Qué tiene que ver la delegación de Gijón con el estirado de Álvarez?  
—preguntó su compañera extrañada. Marta prestó mayor atención.

—Pues que en un mes o así, le toca a Gijón disfrutar de su compañía.

—Bueno —dijo—. En un mes pueden pasar muchas cosas. No te preocupes, si hay algo yo te llamo y te pongo al día.

Marta, en silencio, se desmoronaba por momentos. En un mes Pablo se iba y no le había dicho nada... Eso ¿qué significaba? Se lo preguntaría en cuanto volviera. Seguro que había alguna explicación o tal vez, él ya había pensado en alguna alternativa a su traslado.

Por supuesto que Pablo había pensado en su próximo cambio de destino. En un principio iba a pasar allí no menos de cuatro o cinco meses, pero el día anterior había recibido una llamada de Madrid en la que le pedían que acelerara su trabajo allí. Debía solucionar cuanto antes el desaguisado de Gijón. Aprovechando la llamada, él había expresado su deseo de permanecer más tiempo en Barcelona. De hecho, había pedido convertirla en su sede definitiva y establecerse en la ciudad condal. Le constaba que en la central estaban estudiando su propuesta, pero todavía no le habían dado respuesta. Lo que sí corría por todas las delegaciones, sin embargo, era que en breve debía

hacerse cargo del problema asturiano.

A Marta le costó volver a concentrarse en su trabajo. Repetía una y otra vez las mismas operaciones y en cada una de las veces, el resultado era diferente, hecho inequívoco de que tenía la cabeza a cientos de kilómetros de su mesa. En Gijón concretamente.

Jaime pasó un par de veces por su cubículo y charló con sus compañeras. Se le vio aliviado cuando se enteró de la próxima marcha del imbécil que lo había puesto en jaque. Todo lo contrario que ella, que se hundía más y más en un miedo corrosivo.

Pablo llegó con el tiempo justo para sumarse a los que salían a comer. Marta, en contra de su costumbre, les acompañó. Albergaba la esperanza de poder hablar con él en un descuido de los demás y poner fin a la ansiedad que la martirizaba. No hubo suerte. Al volver lo intentó de nuevo, pero Pablo le pidió que esperara, hablarían más tarde. Tenía una reunión urgente que mantener con Jaime. Ella accedió, aunque de mala gana. Los nervios la estaban matando.

Lo que había descubierto Pablo, y que lo había mantenido preocupado desde que el día anterior comenzaran sus sospechas, era muy grave. Jaime, utilizando su privilegio y, en su obligación de realizar los ingresos de la delegación, había cometido irregularidades en su beneficio: ingresaba las ganancias del mes en su cuenta personal durante unos días para, luego, traspasarlas a las cuentas de la empresa. Durante esos días, los intereses que debían reportar a las arcas de la empresa, lo hacían a las suyas propias. Esa práctica continuada, representaba una buena suma de dinero que se embolsaba limpiamente, sin levantar sospechas. Al menos hasta que Pablo lo había descubierto. Lorca había estado estafando a la empresa durante años. No conocía el alcance de la estafa ni el tiempo exacto que llevaba con esa treta, pero indagando en los bancos, había descubierto que al menos en los últimos tres años, la práctica de ese fraude había sido la tónica general mes tras mes.

Cuando Jaime entró en su despacho, con un talante desenfadado y de colegueo, Álvarez decidió que, en vez de abordar directamente el asunto, trataría de sonsacarle información. Esperaba poder llevarlo a una encrucijada en la que él mismo se delatara. Si no conseguía nada de esa manera, lo acusaría directamente y sin tapujos. Por fin podría ponerlo de patitas en la calle, sin indemnización y con la amenaza de una denuncia que podría acabar con sus huesos en la cárcel. Se sentía a partes iguales reconfortado y horrorizado por haber descubierto la trampa. Jamás hubiera sospechado una maquinación tan inteligente y a la vez tan repugnante, de un hombre tan gris.

—Pasa Jaime, siéntate —le indicó con la cabeza la silla que había al otro lado de su escritorio—. ¿Qué tal las fiestas?

—Bien —dijo—. ¿Para eso me has llamado? —preguntó burlón.

—¡No hombre! Pero me parecía una manera amable de empezar la reunión ¿no crees? —Sin querer apretó los dientes de pura irritación.

—Emmm. Sí, claro. Bien, muy bien. Me he tirado a un par de pav... —Se interrumpió. No era necesario explicarle sus devaneos sexuales y tampoco creía que Pablo se refiriera a eso al preguntarle—. Bien —repitió—. Como siempre. La familia y todo ese rollo ¿Y a ti que tal te han ido? —preguntó a su vez.

—Muy bien. A mí me gusta el rollo familiar. Pero tenía ciertas cosas aquí que me invitaban a volver —confesó pensando en su chica.

Jaime alzó las cejas inquisitivamente, pero no preguntó. No le importaba nada que tuviera que ver con ese tipo, a no ser algo estrictamente laboral. Y ni eso le interesaba demasiado, siempre y cuando no le atañera a él.

Se hizo un incómodo silencio. Pablo no tenía claro como continuar la conversación. La contabilidad parecía su mejor opción, así que, siguió por ese camino. Durante un buen rato hablaron de estrategias de venta (en las que Lorca no era muy dicho que digamos), de cómo conseguir mejores precios de los proveedores (en lo que Jaime

tampoco parecía tener demasiada idea). Cada vez más, y poco a poco, el jefe de contabilidad iba cavando su propia fosa sin percatarse de ello.

En un momento en que la charla había quedado estancada debido a la ineptitud de Lorca y en el que Pablo comenzaba a ver la necesidad de abordar el quid de la reunión ya que de momento, lo que habían tratado no le llevaba a ningún sitio, Jaime cambió diametralmente el rumbo de la conversación.

—Oye Pablo, por cierto, me han comentado que en Madrid han contratado a un pibón de infarto. Laura, creo que se llama. Dicen que está para empezar y no acabar con ella —dijo casi babeando lascivo—. Me dijo Pedro de contabilidad, que es de las fáciles, de las que no te ponen pegas si le das un meneíto, tú ya me entiendes —sacudió sus cejas varias veces—. ¿La viste en tu viaje del mes pasado? No me extrañaría que te hubieras fijado en ella. ¡Con el bodrio que llevabas al lado! ¡Cómo para no fijarse en un monumento como ese!

Pablo se quedó perplejo y encolerizado. ¿Ese hombre era retrasado o qué? Estaban en el trabajo, en una reunión. Su futuro estaba en juego, aunque él no lo supiera todavía, ¿y le hablaba de mujeres menospreciando encima a Marta? ¿Su Marta, su mujer? ¿Quién demonios pensaba que era ese inútil para hablar así de ella? No era digno de pronunciar siquiera su nombre.

Con rabia contenida lo miró con desprecio. ¡Cómo iba a disfrutar cuando se deshiciera finalmente de él! Pero todavía debía intentar mantener el subterfugio un poco más. Ese comentario le abría una nueva vía de investigación. Necesitaba saber si había mantenido muchos contactos de ese tipo con las empleadas, sería otro clavo que añadir a su ataúd.

—No me interesan ese tipo de mujeres —declaró.

—¿Cuáles? ¿Las buenorras? —Se carcajeó.

—No. Las fáciles.

—¡Son las mejores! Saben del asunto, ya sabes —dijo complacido.

—Son de usar y tirar. A mí no me interesan esa clase de mujeres —observó con asco—. Es un tipo de mujer para un rato. Unos días quizás. Después de beneficiártelas —dijo con retintín—, pierden el atractivo y pasas a otra. No es ni la primera y dudo que sea la última que conozco y todas son iguales. Una vez las has tenido, pierdes el interés.

Marta, que pasaba por ahí en ese momento, escucho accidentalmente las palabras de Pablo. Su natural inseguridad mezclada con la actitud preocupada que le había notado el día anterior y el comentario que le acababa de escuchar en ese momento a... ¿su novio? La dejó petrificada. Ahora entendía por qué no le había dicho ni una palabra sobre su inminente marcha. Había jugado con ella. Con sus sentimientos. Ella le había confesado que le quería la noche anterior después de hacer el amor. ¡Que ciega había estado! Pero lo peor era que realmente le quería. El hombre que la había estrechado en sus brazos, la víspera, no tenía nada que ver con el cínico que hablaba de ella de una manera tan despectiva. Se estaba ahogando. Le faltaba el aire. Estaba siendo presa de un ataque de ansiedad que distaba mucho de lo que había sentido al saberse despreciada por Jaime. Aquello había sido un juego de niños comparado a lo que la martirizaba en ese momento. Como una autómatas, dirigió sus pasos hasta el lavabo. Se miró sin verse en el espejo y tomó una drástica resolución.

—Chicas, no me encuentro muy bien —les comunicó a sus compañeras al volver a su mesa para recoger sus cosas—. Me voy a casa. Ya queda poco para salir. Si alguien pregunta por mí, se lo decís ¿de acuerdo?

—¿Qué te pasa? —preguntó solícita la siempre amable Lola.

—Algo me ha sentado mal —y no mentía—. No te preocupes.

Su siguiente parada antes de abandonar el despacho, fue para hablar con Paco.

—Hola, Paco —saludó con gesto abatido—. ¿Puedo pedirte un favor?

—¡Claro, Marta! ¿Qué quieres?

—Me voy. No me encuentro muy bien. Pero... no es eso —había tomado una decisión y la llevaría a cabo. Se preguntaba de dónde estaba sacando las fuerzas necesarias para seguir adelante con su plan, pero ya no había vuelta atrás—. La empresa todavía me debe dos semanas de vacaciones y los días libres del año pasado. Me los voy a coger ahora.

—¿Ahora? —preguntó Paco alarmado—. ¿Pasa algo en casa? ¿Tu madre está bien?

—Sí. Todo está bien —«Menos yo misma» pensó—. Pero necesito desconectar unos días.

—Bueno, Marta, esto es algo inusual. Ya sabes que las vacaciones debes pedir las con diez días de antelación, pero... bueno, estamos fuera de temporada, el trabajo lo llevas al día, como siempre... —Recordó, rascándose la frente con el índice—. No veo inconveniente. ¿Vas a ir a algún sitio? ¿Qué vas a hacer con tu madre?

—No lo sé. Ya pensaré algo.

—Marta, estás muy rara. En serio ¿Qué tienes?

—Adiós, Paco. Ya te llamaré.

—¡Marta! —exclamó. Pero ella ya no contestó. Había puesto rumbo hacia la salida.

Estaba totalmente deshecha. Su corazón había sido destrozado dos veces en algo más de un mes. La primera vez en realidad, el afectado solo había sido su amor propio, ese que antes apenas aparecía. El hombre que había atentado contra ella en aquella ocasión, no merecía que su corazón se afligiera. Era un crápula y ella lo sabía desde hacía años. Además, le había servido para confesarse a sí misma que los sentimientos que creía albergar por Jaime, no eran otra cosa que la imagen del amor que ella se había creado.

Con Pablo la cosa cambiaba. Mucho. No sólo era su corazón. Su cuerpo y su alma sangraban por él. Lo amaba más de lo imaginable. Más que a sí misma... Pero no dejaría que él lo supiera. Ya la había vencido. Ya se había reído de ella. No. No le dejaría regodearse en su miseria.

No cogió su autobús habitual. Si su vida iba a cambiar, lo haría radicalmente. Bajó en su destino, se ciñó el abrigo y dirigió sus pasos a su siguiente parada, más firme de lo que se sentía en realidad.

Susana estaba sola en casa. Cuando abrió la puerta, daba señales de haber estado llorado muchísimo. Marta apartó por un segundo su propio desespero para preocuparse por su hermana ¡Cuando ella decía que le pasaba algo!

—¿Qué te pasa? —preguntó alarmada.

—Ay, Marta, ¡soy tan desgraciada! —Susana se tapó la cara con las manos y sollozó.

—Cuéntame... ¡Menudas dos...! —Le pasó un brazo por el hombro y la dirigió al interior de la vivienda.

—¿Qué te pasa a ti? —preguntó Susana mirando sorprendida a su hermana pequeña, mientras se limpiaba las lágrimas con el pulgar.

—Vayamos por pasos... Primero tú... después lo mío que... —suspiro—. Primero tú, anda.

Susana sacó su móvil del bolsillo, buscó algo en él y se lo pasó. Marta miró la foto que le mostraba con una curiosidad inicial que se convirtió, rápidamente, en indignación.

—¿Pero qué les pasa a los hombres? —preguntó al aire enfadada.

—No sé... Pero saben cómo destrozarnos.

—Sin duda. A ver, cuéntame —pidió mientras seguía observando las fotos del teléfono.

Con un gran suspiro, Susana comenzó su historia: durante las fiestas navideñas,

Julián había tenido vacaciones. Ella, con toda premeditación, les había pedido a sus suegros que se quedaran con los niños a dormir el día veintiséis para poder pasar el día siguiente con Julián a solas, en plan enamorados. Al llegar la noche, sin niños que les interrumpieran, Susana había hecho intentos de acercamiento sin éxito. Su marido le había puesto como pretexto que no tenía el cuerpo para nada porque estaba muy cansado. Frustrada, porque hacía meses que se veía obligada al celibato ya que él hacía tiempo que no la buscaba, aceptó de mala gana esperar a la mañana siguiente. Los niños no volverían hasta después de comer, y aún tendrían toda la mañana para ellos.

Pero al día siguiente, la actitud de Julián no cambió. Mejor dicho fue a peor. Ella había preparado un buen desayuno, suficientemente abundante como para darle fuerzas para aguantar varios asaltos, pero él no lo apreció. Se tomó un café rápido y cogió una tostada por cumplir. Luego le dijo que debía irse, había quedado. Susana decepcionada, no protestó pero algo le dijo que debía seguirle. Estaba harta de su indiferencia.

Se puso el abrigo más largo que tenía para poder esconder su ropa de casa, y con sigilo bajó las escaleras tras él. Al salir del portal, Julián giró a la derecha y ella le imitó. Seguía sus pasos a una distancia prudencial. No debía ir muy lejos, porque pasó de largo el coche, aparcado cerca de casa. Dos calles más adelante, él comenzó a aminorar la marcha. Susana percibió un cambio en la actitud de su marido, sus pasos cada vez eran más lentos, hasta que se detuvo definitivamente ante el portal de un edificio elegante pero antiguo. Parecía esperar a alguien.

Y entonces la vio. Una morena joven, guapa, alta, de buen tipo, con un aire de pida que te doy que tiraba para atrás. Susana refugiada entre unos coches fue testigo del encuentro. Un beso apasionado, que ella no recordaba haber recibido jamás, fue la bienvenida de Julián. Le siguió un manotazo a mano abierta en el trasero y un apretón acercándole las caderas a su entrepierna. Susana lo veía todo como en una película. Era incapaz de procesar lo que pasaba frente a sus ojos. De pronto, una ráfaga de sensatez pasó por su cabeza. Cogió el móvil y empezó a fotografiar la escena. Hizo hasta un vídeo corto. No había ninguna duda de lo que reflejaban las imágenes.

Cuando la pareja se adentró en el portal, como una masoquista, los siguió con disimulo. Subieron hasta el segundo piso en ascensor. Ella lo hizo andando. Se paró frente a una puerta que acababa de cerrarse; si dudaba que fuera la que ellos habían traspasado, los gritos de placer de la mujer se la despejaron. Decidió esperar sentada en un escalón delante, mirando la madera, esperando que se abriera. Una hora después, la puerta seguía cerrada y los sonidos de una pareja manteniendo una acalorada actividad sexual no habían cesado.

Con el convencimiento de que su matrimonio había estallado en mil pedazos, dejó el edificio y volvió al calor de su hogar. Un hogar que desde ese momento, lo parecía menos.

Aún no había tenido la valentía de hablar con el padre de sus hijos, pero era cada vez más difícil mantener su silencio.

Marta, que había escuchado toda la narración escandalizada, miró a su hermana un momento y al siguiente, sacó el teléfono de su bolso.

—¿Qué vas a hacer? ¿A quién vas a llamar? —preguntó Susana abriendo los ojos de par en par.

—No te preocupes. Hay alguien que me debe parte de mi felicidad y voy a cobrarlo —sentenció mientras marcaba un número en su teclado—. Hola. Soy Marta Martín de Barcelona. ¿Está Silvia?

—¿Quién es Silvia? —susurró su hermana intrigada todavía con lágrimas en los ojos.

—Pssss. Espera — pidió ella llevándose el índice a los labios—. ¿Silvia? Hola...



Sí, es cierto. Ya sé que has hablado hoy con Sonia, pero necesito un favor y no quiero pedírtelo a través de ella. —Hizo un corto silencio para esperar la contestación. Luego volvió a hablar—. Es muy sencillo, no te preocupes. Sonia me contó hace cosa de un par de meses que tenías una prima en Barcelona —nuevo silencio—. Al parecer, la abogada que llevó su separación es muy eficiente. ¿Puedes conseguirme el teléfono?

Susana tuvo la intención de retirarle el aparato de la oreja pero cambió el rumbo de su mano hasta su boca. Su hermanita pequeña estaba solucionando su problema cinco minutos después de haberlo conocido. Era una mujer brillante. Sintió una punzada de remordimiento al recordar cómo la había obligado a vivir por culpa de su egoísmo y el de su marido.

Después de una segunda llamada a Silvia y ya con el número en su poder, Marta miró inquisitiva a su hermana que le dio su aprobación con un ligero movimiento de cabeza.

Quedaron con la abogada para una hora más tarde. ¡Menuda fortuna haberla encontrado! Era tarde, viernes y víspera de un puente... Toda una lotería que ella les pudiera atender.

En una hora tenían muchas cosas que hacer. Marta no podía olvidar que la había llevado allí, pero lo solucionaría después. Ahora su hermana era lo primero. Su móvil comenzó a vibrar. Lo obvió. Sabía quién la llamaba y no deseaba escuchar la voz del hombre al que amaba pero que le había destrozado la vida. Así que, ante la mirada curiosa de su hermana, desechó la llamada de su teléfono y cogió el de ella.

—¿Dónde tienes el ordenador? Tráeme un pen.

—Aquí en el despacho. ¿Para qué quieres un pen? —Quiso saber mientras buscaba en uno de los cajones del escritorio.

—Ya lo veras.

Cargó las fotos del móvil en el ordenador y de ahí las pasó al pen. Con él en la mano, la instó a abrigarse. Iban a salir. En una casa de fotocopias hizo varias copias de cada una de las fotos incriminatorias. Las iban a necesitar. Hicieron varios sobres con idéntico contenido. Uno para la abogada, otro para Julián y otro para sus padres. Siempre se habían mostrado algo déspotas con su nuera y su familia. Bien, ese halo de postín se les iba a ir al cuerno cuando vieran el comportamiento del que su hijo era capaz. ¡Y en el mismo vecindario en el que vivía con su mujer y sus hijos! Cualquiera le hubiera podido reconocer... Eso si no había ya murmuraciones a su costa...

En primer lugar, se dirigieron a casa de los padres de Julián que se quedaron de una pieza al ver las fotografías que le mostraba la hermana de su nuera (Susana estaba allí pero en estado de *shock* y sin poder abrir la boca). Después les dijo que fueran haciendo sitio en una habitación para que su hijo pasara una larga temporada allí porque esa misma noche, iba a abandonar la que hasta ese día, había sido su casa. El matrimonio sin saber que decir, aceptó con un simple movimiento de cabezas.

Con parte del trabajo realizado, se encaminaron al despacho de la abogada. Resultó ser una mujer joven muy atractiva y con ojos vivos. Al ver las fotos, sonrió. Lo tenían ganado de antemano. Ella se quedaría con los niños y con la casa que casualmente, estaba a su nombre ya que Julián lo había dispuesto así por un tema fiscal. La compensación económica vendría tras el juicio, pero también la tenía ganada. Susana había dejado de trabajar para ocuparse del hogar conyugal a instancias de su marido. Ahora le tocaría pagar por su capricho. Solo quedaba decirle al padre de sus sobrinos que se largara. De todos era conocido el carácter que se traía Julián y no pensaba dejar sola a Susana en ese trago. Luego ella le daría a su hermana la puntilla. Pero eso sería una vez todo ese asunto estuviera arreglado.

Las cosas con Julián no fueron fáciles. Cabía de esperar. Hubo gritos, amenazas... en algún momento ambas hermanas llegaron a temer por su integridad física. Finalmente, y después de mucho batallar, consiguieron que el hombre abandonara la

casa dejando atrás las llaves. No volvería a poner un pie en esa casa, a menos que Susana así lo decidiera y eso tardaría en suceder. Se sentía demasiado herida como para perdonarle fácilmente.

Una vez a solas, antes de que los niños regresaran con la canguro de otra fiesta de aniversario a la que habían ido, Marta le expuso lo que había ido a decirle horas antes.

No era algo fácil de poner en palabras y menos de aceptar, pero había tomado una decisión. Se iba. Sin mirar atrás. Su única preocupación era dejar a su madre en buenas manos. Para eso había ido a ver a su hermana. No era el mejor momento emocional para Susana, lo sabía, pero a la vez el hecho de ocuparse de su madre, le daría un aliciente nuevo para salir del pozo al que la había empujado Julián.

—No sé cuándo volveré. Quizás en un año. No lo sé.

—¿Un año? ¿Te has vuelto loca? Mamá te necesita. ¡Yo te necesito! Ahora más que nunca... y los niños... el trabajo... —Su hermana buscaba desesperadamente algún argumento que la persuadiera a quedarse. Tarea inútil. Se iba.

—Estaré en contacto con vosotros, no te preocupes. Os llamaré —la calmó acariciándole la mejilla con cariño.

—Pero... ¿A dónde vas a ir, Marta? ¿Y por qué te vas? —Desesperada, no dejaba de frotarse las manos.

No contestó. Le pidió eso sí, que fueran ella y los niños a pasar la noche en casa con su madre. Ella desaparecería ese mismo día.

La madre de las Martín no salía de su asombro cuando le dieron las noticias. A pesar de que lo que le habían contado sobre Julián era terrible, Begoña se centró en ella. No paraba de preguntarle si era por Pablo. Ella no contestó en ningún momento, lo que creó una batería de preguntas por parte de su hermana a la que ella no dio respuesta alguna. Hizo un par de maletas rápidamente. Había estado ignorando su móvil durante toda la tarde y lo apagó para no volver a escucharlo.

Se despidió con besos y abrazos, acompañados de algún sollozo y suspiros de resignación, y se fue no antes de arrancarles la promesa de que no dijeran a nadie (y ese nadie se llamaba Pablo) que era de ella.

Pablo, ajeno a todo el desastre que se había generado tras su comentario, había continuado la reunión con Jaime.

*“—Pues a mí me gustan ese tipo de mujeres ¿Qué quieres? —Había dicho Jaime en respuesta a las palabras de su jefe—. Sin problemas, siempre preparadas para un buen revolcón... las mejores.*

*—Detesto ese tipo de personas. Sin compromiso, sin lazos afectivos. Yo prefiero mil veces amar de verdad una sola vez a una mujer a tener sexo vacío con miles. Pero este no es el tema de esta reunión —había dicho enfadado—. Vamos a lo importante. Te rogaría que no te desviaras de lo que realmente interesa —concluyó con un golpe seco sobre la mesa.*

*—Bueno, chico, no te pongas así —se había guaseado Jaime. Pablo ya no podía más. Estaba a punto de darle la patada sin contemplaciones cuando añadió—. Al final, ¿qué? ¿Has visto que buen trabajo hago aquí? No puedes tener queja de lo bien que van las finanzas en esta sucursal.*

*—No es gracias a ti —la conversación se había dilatado demasiado y ya que él le preguntaba...— Si no fuera por las chicas de tu equipo... en especial por Marta, que te ha salvado el culo en más de una ocasión... Si por ti fuera, estaríamos en bancarrota. Eres el peor trabajador con el que me he encontrado en mi vida. Eres déspota, ineficiente e incompetente. Pero no tenías bastante con eso, ¿verdad?*

*—Pablo, te estás pasando —le había increpado levantándose de un salto—. Esas niñas no son más que un reflejo de lo que yo les he enseñado. Si no fuera por mí...*

*—Las cosas irían mucho mejor —le había interrumpido levantándose de la silla él también—. No he conocido jamás a alguien tan inútil como tú... Bueno, inútil para el trabajo, porque has sido muy sutil en tus teje-manajes con las cuentas bancarias.*

—¿De qué hablas? —Jaime se había quedado blanco cual cirio al intuir por donde iban los tiros—. ¿Qué quieres decir?

—Lo sabes muy bien Lorca —había escupido Álvarez apoyando las palmas en la mesa y adelantando el cuerpo—. Eres un fraude como persona y un estafador en el trabajo. He descubierto tu jugada. Muy brillante, sí señor.

—Pablo, en serio —había intentado defenderse—. No sé de qué me hablas.

—De la estafa que llevas años perpetrando contra la empresa —siseó con rabia—. No he podido determinar el dinero que te has embolsado. Eso ya lo hará la comisión que se designe para estudiar el caso. Ellos determinarán si te denunciaremos a la policía o simplemente debes devolver todo lo sustraído. Pero lo que sí está claro es que hoy es tu último día en esta empresa. Esta mañana cuando he descubierto tu robo, he hablado con Madrid. Ellos te quieren fuera hoy mismo. Y yo también.

—Pablo... Pero... —Miró a su alrededor buscando a saber qué.

—¡No hay peros! Y otra cosa te voy a decir: —había gritado Pablo acercándose peligrosamente a su cara y señalándole con un dedo amenazador—. Si vuelves decir una sola palabra más sobre Marta, te voy a dar una paliza de la que no te repondrás en tu vida ¿Has entendido, cretino? —Los ojos de Pablo habían despedido chispas dando valor a la fama que le había precedido antes de llegar a Barcelona—. ¿Has entendido? —Bramó.

—Sí —contestó con voz trémula. Le habían descubierto ¿Qué iba a ser de él? ¡Maldita la hora en que mandaron a Álvarez a su feudo!—. Recogeré mis cosas ahora mismo.

—Eso espero. Me encantaría no volver a ver tu jeta en la vida —espetó con desprecio—. No vengas a despedirte cuando te vayas —le había acompañado hasta la puerta para dejar clara su postura y había cerrado tras de él. Luego se había sentado su sillón respirando triunfalmente.”

A la hora del cierre, se sorprendió al no encontrar a Marta en su despacho. Lola, preocupada, le explicó que a media tarde se había sentido mal y con una cara más blanca que el papel, se había ido a casa. Alarmado, la llamó al llegar al coche. No obtuvo respuesta. Insistió cada cuarto de hora hasta que desistió imaginando que debía estar dormida. Si se encontraba mal, era lo lógico ¿no? Pero no le gustaba la sensación de impotencia por no poder ponerse en contacto con ella. ¡Tenía tantas ganas de contarle lo de Jaime! Bueno, eso era una de las cosas que quería hacer con ella. Ahuyentó la libidinosa imagen de Marta bajo su cuerpo. Ella estaba enferma y era imperativo que se pusiera bien.

Inquieto por la salud de Marta, estuvo tentado de ir a su casa, hablar con su madre y que le contara que tal se encontraba su chica. Pero no quiso precipitarse. Ella le llamaría en cuanto se sintiera mejor. Debía dejarla descansar... Ese fue un lamentable error. Si hubiera ido a verla... Tal vez hubiera podido remediar el desastre que se avecinaba.

Por la mañana volvió a llamarla sin obtener respuesta. Sus nervios empezaron a tensarse. Una cosa era que ella hubiera estado descansando al llegar a casa, era lo normal si estaba enferma, pero si a la mañana siguiente, después de haber dormido durante horas, su teléfono seguía sin dar señal... Se preocupó. Mucho.

No tenía el número de su casa, así que, decidió presentarse allí en persona. Doña Begonia ya le conocía y no se extrañaría de su visita. Decidido, se vistió con ropa cómoda por si tenía que quedarse a cuidarla. No desayunó, ya lo haría al llegar. O bajaría a un bar... no importaba. Lo único que le interesaba en ese momento era conocer su estado, verla y darle un beso que la reconfortara.

A la misma hora, Marta embarcaba en un avión con destino a Londres. Iba un poco a la aventura. Durante las reuniones en Madrid, Mr. Burns le había ofrecido un puesto en su equipo y albergaba la esperanza de que mantuviera su palabra. Se estremeció al pensar en Jack Gordon. Debería tener cuidado con él. Pero no le importó. Era totalmente inmune a sus *encantos*. Ella no los veía por ningún lado, tras el asalto al que la había sometido. Por otro lado, ya estaba curada de espanto. No iba a permitir a

ningún hombre que se acercara lo suficiente a ella como para herirla de nuevo. Blindó su corazón dejando dentro el dolor sangrante que le había producido el engaño de Pablo. Le amaría por siempre, pero ya no podía confiar en nadie. Y menos en él.

Pablo llegó a casa de las Martín ilusionado por ver a su chica y poder enterarse de su estado. Estaba claro que su madre no podía hacer mucho, así que, él estaría allí para lo que necesitaran alguna de las dos. Doña Begoña le había caído muy bien. Intuía que iban a tener una buena armonía entre ellos y a sus padres les iba a encantar conocerla... Todo iba a ir bien entre las dos familias.

Llamó al timbre con semblante alegre. Esperaba que la puerta tardara en abrirse si era la madre de Marta quien iba a hacerlo. Se sorprendió cuando una mujer más o menos de su edad, y con unas facciones muy parecidas a las de Marta, le abrió la puerta. Su chica debía estar peor de lo que imaginaba si, la que debía ser su hermana, había tenido que ir a cuidarla. Detrás de la mujer, aparecieron las caritas de dos niños adorables.

—Hola —saludó sonriente—. Soy Pablo, el... novio de Marta.

—¿Sí, eh? —preguntó ella con mala cara—. ¿El novio de Marta?

—Sí. ¿Cómo está? Ayer me dijeron que había salido antes del trabajo porque no se encontraba bien y desde entonces me ha sido imposible hablar con ella.

—Susanita, ¿quién es? —preguntó su madre desde lejos.

—Un tal Pablo, mamá —giró la cabeza y alzó la voz para que su madre la escuchara.

—Hazle entrar. Tengo que hablar con él —se le oyó decir.

—Pasa —le ofreció con un ademán de cabeza—. Al final del pasillo está la sala. Mi madre está ahí.

—Conozco un poco la casa —el tono poco amable de Susana le intrigaba. ¿Qué tenía contra él? De repente recordó que era su naturaleza y se relajó. Los niños le siguieron a través del pasillo con la curiosidad reflejada en sus caras.

—La tita Mata no tá —reveló Berta con una cancioncilla. Pablo se giró de inmediato.

—¿Cómo dices, preciosa?

—Que la tita no tá. S'ha ido de viaje.

Todas las alarmas empezaron a sonar al unísono. ¿Marta se había ido de viaje? ¿Qué se había perdido? Llegó raudo al salón para enfrentarse con la madre de su chica que le miraba, apenada, desde el sillón.

—¿Qué es eso de que Marta no está, Doña Begoña?

—Begoña, llámame solo Begoña. Pues eso, hijo, que mi hija ha cogido sus cosas y se ha ido —se le escapó un sollozo—. ¿Qué ha pasado, muchacho?

—¡Nada! ¡Si estábamos la mar de bien! —exclamó con las manos en la cabeza.

—Algo debió pasar para que mi hija, que de aventurera no tiene nada, haya tomado una medida tan drástica.

—¿Qué le has hecho a mi hermana? —Espetó Susana con acritud. Los brazos fuertemente cruzados sobre el pecho.

—¡Nada! ¡En serio! Pero si todo iba genial entre nosotros. Yo la quiero más que a nada —calló un segundo para recapacitar—. Sí, ya sé que es precipitado decir algo así, pero es la verdad. Intento que perciba lo que siento por ella cada segundo que compartimos... No entiendo...

—Te creo, Pablito, te creo... No sé qué demonios debe haber abducido a mi hija para tener este ataque de osadía, pero algo habrá sido, digo yo —dijo hundiendo los hombros con tristeza.

—Bueno —Pablo estaba espantado. Necesitaba saber dónde estaba su mujer. ¡SU MUJER demonios!—. ¿Dónde ha ido?

—No sabemos nada —interrumpió Susana—. No nos ha dicho nada salvo que nos

llamará para que sepamos que está bien. No quiere que nadie conozca su paradero. Tú el que menos.

—No lo entiendo —se frotó la cara con desesperación—. No logro entender que ha podido...

—Recapacitará, ya lo verás —intentó calmarle Begoña—. A demás, no va a abandonar a su familia, ya la conoces. Es la responsabilidad personificada —sonrió acongojada.

Pablo hundió los hombros. Estaba cercano a las lágrimas. Acababa de volver de su viaje. Había sido una tortura estar separados y solo dos días después ella le abandonaba. Se sentó en una silla, apoyó los codos en las rodillas y se tapó la cara para esconder su angustia.

Todos le miraban sorprendidos. Era la viva imagen del desespero. Suspiró tres veces antes de levantar la vista a su público e inflándose del ánimo que no sentía se levantó.

—Por favor, en cuanto sepan algo de ella, llámenme. Les daré mi número. Por favor...

—Sí, hijo —le reconfortó la madre de Marta—. Te llamaré en cuanto tengamos noticias de ella. Me voy a mudar a casa de mi Susanita. Una larga historia que ya te contaré.

—¿Cómo podré ponerme en contacto con ustedes?

—Pablo hijo, te había invitado a comer mañana, y la invitación sigue en pie —su hija la miró con los ojos muy abiertos—. En vez de en esta casa, será en la de mi hija, pero tú vienes a comer con nosotros —sentenció—. Eres uno más de la familia. Eres el hombre que quiere a mi hija pequeña y del que ella está enamorada. No te voy a dejar solo en un momento en el que lo estás pasando tan mal.

—No quiero...

—¡Ni se te ocurra decir que no quieres molestar! —exclamó indignada—. Lo estás pasando mal por algo que solo mi hija conoce, no te vamos a dejar solo. No. Y no hay nada más que hablar.

—Ven —invitó Susana—. Te daré la dirección. Te esperamos a las dos. Si para entonces sabemos algo, te lo diremos —le aseguró alargando el papel donde había escrito sus señas.

Marta llegó a Londres con las ideas revueltas y sin rumbo fijo. Era sábado y las oficinas estaban cerradas. Debería esperar hasta el lunes para poder contactar con la sede de su empresa allí. Buscó un hostel (su economía no le permitía muchos lujos) y dedicó el fin de semana a pasear por la capital británica. *«Año nuevo, vida nueva»* pensó con pesar. Aunque nunca hubiera imaginado la certeza de esa frase hecha.

# Capítulo 20

Lo primero que hizo el lunes siguiente fue encaminarse a la oficina londinense. Allí preguntó por Mr. Burns. Mientras esperaba ser atendida, sacó su móvil, que había mantenido apagado desde el viernes, lo encendió y llamó a Paco.

—¿Estás loca? —Le preguntó su amigo—. ¿Qué se te ha perdido a ti en Inglaterra?

—Necesito distanciarme.

—Pero, ¿de qué? —preguntó alzando la voz.

—Paco, por favor. No preguntes. Sé mi amigo. Es todo lo que necesito —susurró.

—Está bien. ¿Qué quieres que haga? —Aceptó no muy convencido.

Ella le explicó que necesitaba unos meses de excedencia de la delegación de Barcelona. Iba a trabajar en la misma empresa, sí, pero en Londres y durante un tiempo. No quería perder el puesto que había ocupado siempre. Sospechaba que en un mes o dos Pablo ya estaría en Gijón y le sería más fácil volver a su rutina.

Se equivocaba. Las cosas no iban a ser tan fáciles.

Una vez arreglado el tema laboral en España, llamó a su madre. Sabía que debía estar muy inquieta por no saber de ella desde hacía dos días.

No solo recibió una reprimenda por la tardanza de su llamada, sino también por haber abandonado a Pablo. Marta no entendió que su madre defendiera al hombre que se había burlado de ella, que la había descrito como *una mujer de usar y tirar*. Pero su madre se mantuvo firme en su defensa. Le aseguró que estaba deshecho y que no entendía qué le había pasado cuando las cosas iban tan bien entre ellos.

Ella siguió en sus trece. Por supuesto, no se lo explicó a su madre, pero sabía lo que había oído. Dolía demasiado como para olvidarlo. Estaba herida. Mucho. Aunque debía admitir que no entendía que Pablo hubiera ido a su casa en su busca. Ni que se mostrara tan abatido... no tenía sentido después de lo que había dicho de ella.

Se integró en la plantilla londinense, a la que Mr. Burns no tardó en admitirla. Pronto hizo notar su valía. Sus compañeros la aceptaron enseguida y pronto se hizo un hueco entre ellos.

Pero a pesar de sentirse a gusto en Londres, durante los meses de soledad que siguieron a su llegada, recapacitaría avergonzada su decisión de abandonarlo todo por un arrebató. ¿Qué había escuchado realmente? ¿Acaso Pablo le había dado el más mínimo indicio de que no sintiera lo que le decía?

Sospechaba, no, sabía que había sido injusta con él. Cada vez que hablaba con su madre, ésta le contaba que Pablo acudía religiosamente a comer con ellas cada fin de semana y siempre preguntaba por ella. Pero le abochornaba la simple idea de pedirle disculpas y contarle el desencadenante de su huida. Le ocultaba demasiadas cosas. A él y a toda su familia. Por eso no viajaría a Barcelona durante la Semana Santa. Se quedaría en Londres, donde ellos ignoraban que estaba, para mantenerse alejada de la confesión que sabía, les debía a todos. En especial al hombre al que amaba.

Pasaba los días entre números (como había hecho siempre) y su habitación. Aunque el sueldo en Reino Unido era mayor al que cobraba en España, no quería malgastar, así que, se había acomodado en una casa que compartía con otras personas. Era sencilla pero estaba muy bien. Tenía cinco habitaciones, dos baños a compartir, una cocina bastante grande, que habían organizado de manera que cada

habitación dispusiera de un armario, y una sala común. Dos veces por semana iba una mujer para hacer la limpieza de las zonas comunes. Sus compañeros de piso, que oscilaban entre los veinte y los cincuenta años, eran muy agradables. Su dormitorio, a pesar de no ser muy grande, era más que suficiente para ella sola. Tenía una cama grande, un armario empotrado, un escritorio y poco más; la ventana daba a un pequeño jardín donde había plantado un manzano, a parte de algunos arbustos con flores. Además, una de sus compañeras de trabajo le había regalado un equipo de música para distraerse. No se podía pedir más... bueno, sí, tener a Pablo con ella.

El barrio tampoco estaba mal. Abundaban los comercios hindúes y árabes y a ella le gustaba el ambiente que se vivía allí. Le gustaba la diversidad de culturas que habitaban en sus calles. *White chapel* estaba lleno de pequeñas tiendas con buenos precios. Se acostumbró rápidamente a su ritmo. Disfrutaba paseando y descubriendo rincones con encanto donde pararse a leer (afición que no había dejado en Barcelona).

En el trabajo y como no tenía problemas de idioma, había hecho buenas migas con muchas chicas de su edad que trabajaban en las diferentes divisiones. De vez en cuando la habían invitado a salir. Solo aceptó en un par de ocasiones. No tenía el cuerpo para fiestas. Pero sus nuevas compañeras no dejaban de insistir por si alguna vez sucumbía a la tentación. Todas eran muy amables con ella e insistían en que debía salir y relacionarse más. Marta solo sonreía agradecida por su interés pero seguía sin hacerles caso.

Gordon intentó abordarla en un par de ocasiones, sin ningún éxito. Al cabo de un mes, dejó de insistir y se convirtieron en colegas.

La vida fluía apacible y serena. Poco a poco se amoldaba a la vida que había elegido. Pero cada día añoraba más su hogar y su gente... añoraba a Pablo de una manera desgarradora. ¡Si solo fuera un poco valiente!

Y mientras decidía qué camino tomar... ya no se sentía tan sola. Una parte de él la acompañaba. Cuando lo descubrió, su primera reacción fue de pánico. ¿Qué iba a hacer? ¿Debía hablar con Pablo? ¿Con su hermana? ¿Con su madre? Decidió que de momento lo mantendría en secreto. Llegaría el día en que no pudiera ocultarlo más. Esa invisible compañía mitigó en algo su pena.

En Barcelona, habían cambiado muchas cosas desde su marcha. Su madre, y su hermana la informaban religiosamente de todas las noticias de las que se enteraban. Se sorprendió mucho cuando Susana le contó la historia de Jaime y su inmediato despedido por desfalco continuado. Pablo, se había quedado definitivamente en la ciudad. Había solicitado un cambio de destino y la empresa se lo había concedido en agradecimiento de su impecable labor de años. Su hermana había encontrado trabajo en el aeropuerto. Su amiga Andrea le había hablado de un puesto de personal de tierra y gracias a su conocimiento en idiomas, no le fue difícil hacerse con él. Su madre se había mudado a casa de su hija mayor donde Cristina seguía prestando sus servicios a los que, a veces, añadía el de canguro para los niños. Todos la echaban de menos, mucho y ella los añoraba cada día más.

De vez en cuando, se arriesgaban a contarle sobre lo afligido que estaba Pablo. Había adelgazado y había perdido el brillo en la mirada. Cuando escuchaba lo que había producido su marcha en el hombre que amaba, se sentía pequeña, ruin y todavía más avergonzada pero a la vez, cada día más decidida a poner fin a su huida.

En Londres estaban muy contentos con su trabajo y no les importó conocer su estado de buena esperanza. Tan contentos estaban que le habían propuesto un ascenso acompañado a un sustancial aumento de sueldo. Ella no quería pronunciarse. De hecho, sabía que no podía aceptar. Su vida estaba en España y la necesidad de irse se hacía mayor por momentos... Pero no estaba preparada para enfrentarse a lo que había dejado allí. ¿Cómo había sido tan tonta? Un estúpido malentendido le había separado de todo lo que quería. Le había alejado de él. La experiencia que estaba

ganando al trabajar en la sede central de la empresa, era una nota positiva, eso no lo podía negar, pero lo que había dejado tras de sí era demasiado importante para ella. Cada día se daba más y más cuenta de cuanto amaba a Pablo, tanto que muchas noches le faltaba la respiración cuando pensaba en él. Y cuando se miraba al espejo, donde el reflejo de su figura cambiaba por momentos, a la falta de aliento se le unían las lágrimas.

Pablo, por su parte, vivía un auténtico infierno. Eficaz como siempre en el trabajo pero taciturno y distante. A nadie le pasó desapercibido la alteración de su humor. Era correcto, sí, pero nada más. No compartía comidas ni risas con nadie. Sonia había hecho algún que otro comentario cáustico a causa de ese cambio repentino en su personalidad. Él, ajeno a las habladurías, se encerraba en su frustración de la que solo salía los domingos cuando iba a visitar a la familia de Marta. Entre esas cuatro personas que sufrían la misma ausencia, tenía el único momento en que podía si no reír, al menos sí sonreír. Adoró a los niños en cuanto los conoció. Susana, o bien por su recién estrenada soltería, por su flamante trabajo o por compartir la vida con alguien tan encantadora como su madre, había suavizado notablemente su carácter. Era amable con él y le trataba como a un hermano. Estaba más cariñosa con sus hijos, a los que les permitía caprichos que antes le habrían horrorizado y besaba a su madre cada vez que le daba la ventolera... Parecía otra persona muy distinta a la que le había dibujado Marta cuando se conocieron.

Por su parte Begoña intentaba ocultar su pena cuanto podía, pero se le dibujaba en la cara en cuanto creía que los demás estaban distraídos. Ella más que nadie, trataba de consolarlos dándoles ánimos continuamente.

—Volverá —repitió incansable por milésima vez un domingo tras la comida—. Conozco a mi hija y sé que ya está pensando en volver.

—Sé que volverá —confirmó Pablo con las manos cruzadas sobre la mesa—. Confío en que tenga razón y esté decidida a volver pronto. La necesito... La necesitamos aquí —se corrigió.

—Tranquilo, Pablo. No sé qué le pudo pasar a mi hermana, pero por lo que se desprende de sus palabras cuando llama, está arrepentida de haberse ido —afirmó Susana palmeando su hombro—, yo diría que hasta avergonzada —añadió pensativa.

—No tiene por qué sentirse así. Si vuelve, todo estará bien. Es todo lo que quiero. Que vuelva a mi lado.

Ese tipo de conversaciones eran frecuentes en sus reuniones semanales. Todos estaban deseosos de tenerla con ellos, de abrazarla y llenarla de besos. Les angustiaba saberla sola ¡a saber Dios donde! Cierto era que Marta les hablaba de su trabajo y sus compañeros, pero no conocían su paradero concreto, lo que era un martirio para todos ellos. Sobre todo para Pablo que ni tan siquiera había vuelto a escuchar su voz desde que se fue aquel terrible tres de enero.

Se acercaba Semana Santa y en Londres todos planeaban con entusiasmo sus cortas vacaciones. Ella no obstante, no compartía esa alegría. Había decidido quedarse en Inglaterra. Cada vez le pesaba más no ver a los suyos, a Pablo... Pero a pesar del tiempo transcurrido, todavía no se veía capaz de enfrentarse a ellos y pedirles perdón.

—¿Por qué no me acompañas a *Leeds* a ver a mi madre? —Le había invitado su compañera de mesa Felicity.

—Gracias, Fely. Te lo agradezco pero me gustaría hacer cosas que tengo pendientes por la ciudad. ¿Sabes que todavía no he ido a Richmond? Y me han dicho que Barnes es un barrio precioso que debo visitar —se había excusado ella.

—Bueno —insistió Fely—. Si decides lo contrario, dímelo. Voy en coche y tengo espacio para ti.

Ella, amable como siempre, había sonreído agradecida, pero sin aceptar.



Así mismo, Jack Gordon le sugirió que podrían verse durante los días de fiesta. Él tampoco abandonaba Londres y podrían salir alguna tarde. Desde que se había conocido su embarazo había terminado rotundamente su coqueteo con ella. Ya se había relajado mucho ante su rechazo inicial, pero el embarazo acabó con cualquier intento por su parte. Ella se negó también a su propuesta. Lo único que quería y necesitaba era estar sola y rumiar como abordar lo que sabía que no podía dilatar por más tiempo.

En España, el día diecisiete de abril, Pablo llamó a casa de Susana para despedirse. Iba a Vinuesa a visitar a sus padres, les necesitaba. Las Martín se había convertido en parte de su familia, pero necesitaba desahogarse con los suyos y explicarles su frustrante situación. Ellos conocían parte de la historia, él se la había contado, pero no conocían hasta dónde llegaba. En realidad él tampoco la conocía del todo, todavía. Había algunos hechos que se le escapaban, pero sus padres le darían su apoyo y un punto de vista más objetivo.

Susana le deseó buen viaje y le exigió que llamara en cuanto llegara a su destino. Eso le hizo sonreír. «*Como Marta*» —pensó.

—Susana—dijo con cariño—. Te prometo que en cuanto llegue, os llamo. Os veré a mi vuelta. Seguro que mi madre me atiborra de comida que yo solo soy incapaz de consumir.

—Bueno, pues pásalo bien. Disfruta de tu familia y no te olvides de que te estamos esperando... cuñadito —añadió con soniquete divertido.

Una ola de satisfacción le recorrió de arriba a abajo. Una batalla ya la tenía ganada. Al menos ellas dos ya lo consideraban uno más de la familia. Solo le faltaba Marta, la que realmente importaba. Su corazón se encogía cada vez que pensaba en ella. Si no la veía pronto se volvería loco.

Marta salió temprano a pasear. Richmond no quedaba precisamente cerca de su casa y quería aprovechar el día. Se despidió de un compañero de piso con el que se cruzó en la puerta.

—¿Dónde vas tan temprano? —Le preguntó sorprendido doblando el periódico que llevaba en las manos.

—Me gustaría conocer *Richmond* y alrededores y tengo un largo viaje hasta allí.

—¿Sabes que tienes línea directa?

—Sí, lo sé —afirmó moviendo varias veces la cabeza de arriba abajo—. Gracias. Pero aun así está muy lejos y quiero visitar toda la zona.

—Bien, pues disfruta del día. Nos vemos por la noche.

—Nos vemos.

Cogió el metro. *Richmond*, un barrio de las afueras de Londres, tenía unos preciosos y extensísimos jardines y pensaba pasear por ellos. No debían estar demasiado lejos de la estación de tren ¿no? Eso esperaba. Al menos según había visto en el mapa, solo había un paseo hasta allí.

En el trayecto, que compartió con poca gente comparado con lo que solía ocurrir a diario, le sirvió para volcarse en su amor por la lectura que últimamente tenía un poco descuidado. Se abstraía tanto en la historia que se habría pasado de parada, de no haber sido porque se trataba del final del trayecto.

Pasó el día en los jardines, donde disfrutó comiendo el picnic que se había preparado, y después paseó por las calles del barrio, que le pareció precioso... Pero la melancolía no le permitió admirarlo como era debido. Ese estado de aflicción no podía continuar. Debía tomar una determinación y lo debía hacer ya. No era una niña. No, era una mujer y debía hacer frente a sus errores.

De vuelta al metro, iba reflexionando sobre qué camino tomar para solucionar las cosas. Andaba tan distraída con sus cábalas, que no prestó atención al suelo que pisaba. En un descuido, mientras bajaba las escaleras al andén, resbaló tontamente,

cayendo un buen tramo de escalones.

Quedó sentada en el suelo y casi al instante, sintió un fuerte pinchazo en el bajo vientre. Sus manos volaron en esa dirección en actitud protectora. Intentó infructuosamente levantarse. Estaba sola en la estación y no sabía el tiempo que permanecería así. La impotencia y el miedo hicieron mella en ella. Un llanto ahogado la sobrevino. No sabía qué hacer ni a quién recurrir.

Permaneció en el suelo mucho tiempo antes de volver a intentar ponerse en pie. Le dolía mucho el tobillo, pero le preocupaba más los pinchazos que sentía en el vientre. Con mucho esfuerzo consiguió levantarse para, con paso vacilante, acercarse al banco más cercano. Llegó un tren que partió sin ella. No podía moverse; el miedo le atenazaba las piernas y las lágrimas no paraban de rodar por sus mejillas. Por suerte el dolor agudo en su abdomen había cedido en pos de una sombra constante de malestar.

—No te preocupes, mi vida —le susurró entre sollozos al bebé que crecía dentro de ella—. Mamá lo solucionará.

Pero no tenía idea de cómo hacerlo. Estaba desesperada. Sus amigas inglesas habían abandonado Londres para pasar sus vacaciones de pascua con amigos o familia. No tenía a nadie. Pensó en Pablo, en lo injusta que había sido con él. Imaginar si quiera que le pudiera pasar algo a su bebé y que su padre no supiera de su existencia, la mortificó más todavía. Estaba desesperada.

En un instante de lucidez, recordó que Jack Gordon no abandonaba la ciudad esos días. Decidida y con la vaga esperanza de que no estuviera ocupado, buscó el móvil en su bolso y le marcó su número.

—Hola —contestó el hombre al tercer tono. Se escuchaba un rumor de voces en el fondo—. ¿Marta, eres tú?

—Sí, Jack —contestó contrita—. Soy yo.

—¿Necesitas algo? —preguntó asombrado de que le hubiera llamado Marta.

—No, déjalo —su desesperación reapareció—. Ya veo que estás ocupado.

—¿Marta? —preguntó alarmado. Algo no sonaba bien en la voz de su compañera—. Dime que te pasa.

—Es igual, en serio —se le escapó un sollozo.

—¿¡Quieres decirme qué te pasa!? ¡Me estás asustando!

Un nuevo agujonazo de dolor la obligó a lanzar una exclamación. Gordon ya no tuvo la menor duda de que le pasaba algo grave.

—Dime dónde estás y voy enseguida a buscarte.

—Pero estás ocupado —dijo con un lamento—. No quiero importunarte.

—Bueno, no te voy a negar que me has cortado un plan incipiente, pero eso puede esperar. Si me has llamado es porque te pasa algo Marta, y somos amigos. Para eso están los amigos, para ayudarse cuando se necesitan —argumentó resuelto—. Y ahora dime ¿dónde estás y qué te ha pasado?

—Estoy en la estación de Richmond. He caído por las escaleras...

—¿Te has hecho daño? —La interrumpió.

—Bueno, un poco. No puedo mover bien un pie... Lo que me preocupa...

—¿¡El bebé!? —pregunto asustado Jack

Marta se abandonó al llanto confirmando la alarma de Gordon.

—¿Sangras?

—No lo sé... Pero siento un dolor sordo constante en el vientre. Jack... no sé qué hacer —se rompió en llanto.

—En veinte minutos estoy allí. No te preocupes. Llamaré a la mutua del despacho. Tienen un centro cerca de Richmond. En *Hammersmith*. Llegaremos en un momento.

Algo más tranquila, colgó el teléfono. Una idea se fijó en su mente. Sí salía bien de ésta, la llevaría a término sin demora.

Mientras esperaba, algunos pasajeros llegaron; bajaron y subieron a los convoyes, sin reparar en ella. Ella tampoco los vio. Estaba envuelta en una nube de pensamientos erráticos. Repentinamente, tenía muchos planes que llevar a cabo. La decisión que debía tomar, se había precipitado por sí sola. La paz y la angustia se mezclaban en una baraja de posibilidades.

Jack llegó acalorado y muy preocupado. Con su ayuda, subió al exterior y con cuidado, entró en el coche. Durante el corto trayecto hasta la clínica, su compañero le explicó que estaba con una rubia despampanante pero algo tonta. No le molestó demasiado dejar su cita para otro momento. La conversación de aquella pollita era en exceso aburrida, aunque la chica prometía un buen revolcón. También le explicó que mientras se dirigía a recogerla, había llamado al centro médico. Los esperaban. Casualmente, un amigo suyo estaba de guardia allí y le había prometido que se encargaría personalmente de ella.

Le hicieron toda clase de pruebas. Ecografías, radiografías (poniendo especial atención en que no afectaran al bebé), exploraciones... Todo parecía en orden. Le comentó David Brock, el médico, que el dolor se debía a las contracciones ocasionadas por la adrenalina producida tras susto de la caída, pero que el bebé estaba bien. Le recomendó reposo tanto por su embarazo, como para el esguince que se había hecho en el tobillo izquierdo.

Una vez en la calle, Jack la acompañó hasta su coche para llevarla a casa. Antes de llegar al auto, se detuvo.

—¿Lo sabe? —preguntó el hombre mirándola fijamente.

—¿Qué quieres decir? —Esquivó la mirada ella.

—Álvarez, ¿lo sabe? —Volvió a preguntar tomándola por los hombros.

Marta enrojeció. Nunca había hablado con nadie sobre el padre de su hijo y nadie le había preguntado. Estaba claro que en el caso de su compañero no había sido necesario. Desde el principio él había sabido de quién se trataba.

—No —confesó rotunda—. Y es algo que tengo intención de solucionar rápidamente.

—Haces bien —afirmó soltando su agarre. Después, tomándola del brazo, retomó el camino al coche—. Deberías viajar a España. Allí tienes quién se ocupe de ti mientras haces reposo... Él está allí.

—Eso es lo que pienso hacer. De hecho —aseguró apoyándose en su brazo para caminar—, justo recapacitaba sobre mi vuelta cuando he resbalado por las escaleras. Pienso buscar vuelo en cuanto llegue a casa.

—Muy bien. Yo comunicaré en la oficina que tienes la baja médica. No te preocupes por nada —le aseguró al ayudarla a entrar en el coche.

—Gracias, Jack. Eres un buen amigo —le aseguró cuando se situaba frente al volante.

—Sé que en Madrid me comporté como un cerdo —hizo un gesto para recordarle que debía abrocharse el cinturón mientras él se abrochaba el suyo.

—No...

—Sí —la interrumpió—. Lo fui. En cuanto veo una mujer a tiro... Soy muy superficial. Pero... creo que estoy madurando —puso en marcha el coche e inició la marcha—. La de hoy me ha agotado. ¡Era tan simple la pobre! —Rio.

Ella también rio. Jack tenía razón, en Madrid llegó a asustarse por su culpa, pero desde que se había trasladado a Londres, su actitud había cambiado mucho con respecto a ella.

Con la ayuda de su salvador y de un compañero de piso, consiguió llegar a la intimidad de su habitación. Lo primero que hizo tras liberarse de los bártulos que llevaba encima, fue abrir su portátil con la intención de encontrar un vuelo a Barcelona.

El avión salía el lunes a las diez y cuarto de la mañana desde *Gatwick*. Tanto un

par de compañeros de piso como Jack, se ofrecieron a llevarla al aeropuerto. Ella rehusó. Deseaba contar con todo el tiempo posible para preparar los argumentos que la ayudaran a explicar su ausencia de casi tres meses y medio.

El médico le había recomendado no menos de diez días de descanso para asegurar que su pie se curara correctamente. Pensaba pasar todo ese tiempo en Barcelona con su familia y, si él quería, con Pablo. Con la tranquilidad que le había brindado Gordon ofreciéndose a informar en el despacho sobre su baja laboral, no tenía obstáculo alguno para viajar lo antes posible. Por desgracia, el precio del billete la disuadió de hacerlo el mismo viernes. De todas formas, debía admitir que necesitaba esos pocos días para organizar el viaje y dejar resueltos un par de asuntillos en Londres.

No disfrutó del viaje como le hubiera gustado. La ansiedad que iba con ella, no le dio un respiro en todo el vuelo. Imaginaba una y otra vez su reencuentro con Pablo y no siempre su fantasía era alentadora. De todas maneras, estaba resuelta a pagar las consecuencias de su loca huida.

En el taxi que la llevaba a casa de su hermana, iba barajando opciones para presentarse ante Pablo. No sabía si llamarle y pedirle una cita o ir directamente a su casa y disculparse a la vez que el secreto que albergaba su vientre, quedaba al descubierto. Primero se enfrentaría a su familia. Esperaba que las cosas fueran más fáciles con su hermana y su madre. Al fin y al cabo, habían estado hablando con regularidad durante el tiempo que había estado fuera. Ellas desconocían su paradero, sí, pero no había roto la comunicación como sí había hecho con el padre de su hijo.

El amable taxista le acercó sus maletas hasta el portal del edificio de Susana. Con esfuerzo, (el pie le dolía horrores) se aproximó hasta alcanzar el portero electrónico. La atacó un repentino ataque de pánico. Respiró con fuerza una, dos, tres veces hasta que fue capaz de pulsar el timbre. No tardó en escuchar la voz de Adrián a través del aparato.

—¿Quién es?

—Soy yo —dijo resuelta. Que respondiera su sobrino fue un alivio—. La tita Marta. Un grito emocionado atravesó el interfono.

—¡Es la tita Marta! —exclamó entusiasmado el chiquillo—. ¡Es la tita! —Repitió una y otra vez con una cancioncilla. Un murmullo de voces se escuchó de fondo. Susana se apoderó del telefonillo.

—¿Marta? ¿Marta, eres tú de verdad?

—Sí —respondió contenta. Un segundo después se abría la puerta.

No sin esfuerzo, recorrió el espacio que la separaba del ascensor. Una sonrisa le atravesó el rostro al escuchar que su hermana y sus hijos, con apreciable bullicio, habían salido al rellano para esperarla. Al llegar a la planta, las puertas del elevador se abrieron desde fuera. Una loca algarabía se hizo dueña del momento. Sus sobrinos se lanzaron a sus piernas, Susana, con la cara iluminada por la ilusión de tenerla allí, lanzaba pequeños gritos histéricos y su madre, que había acudido ayudada de su caminador, alternaba las risas y el llanto. Ella azorada permanecía de pie sin poder salir del cubículo del ascensor. De repente, hizo un gesto de dolor y fue cuando todos recayeron en que estaba lesionada. Una lluvia de manos se precipitó a ayudarla. Susana cogió su maleta al tiempo que los niños, voluntariosos, le servían de apoyo. Su madre encabezó la comitiva hasta el interior de la casa.

Como era prácticamente la hora de comer, la mesa estaba preparada para los cuatro. Eso cambió en seguida. Su hermana corrió en buscar de otro cubierto para ella, imaginando que todavía no habría comido, como así era. Un silencio helado se adueñó de las dos mujeres cuando Marta se quitó su chaqueta. Aunque tímida, la evidencia de su embarazo estaba ahí, claramente visible.

—¿Marta? —Los ojos de su madre abiertos por la sorpresa la interrogaban sin

palabras.

—Pero... —Su hermana, muda por un momento, tardó en exclamar—. ¡Estás embarazada!

—Sí —contestó a las preguntas no formuladas—. Estoy embarazada de casi cinco meses.

—Pero... ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Quién?... —La interrogó Susana.

—Hija —la interrumpió su madre poniendo los ojos en blanco—. No hagas preguntas tontas, ¿quieres? —Y, dirigiéndose a Marta con un gesto de amonestación, añadió—. Debiste decírnoslo. Debiste contárselo a Pablo.

—Lo sé, mamá. He sido una cobarde.

—Sí, hija, lo has sido —la reprendió con cariño—. ¿Cómo has podido...? Tú sola por ahí sin que nosotros supiéramos nada...

—Tienes razón. Debí volver en cuanto me enteré. Al menos debí decir algo a todos, pero no sabía cómo hacerlo.

—¿Qué pasó, Martita, hija? ¿Qué te empujó a irte dejándonos a todos con esta angustia?

—Me avergüenza decir que fue por mi estupidez, mamá —miró a su hermana incluyéndola en la conversación—, pero así fue. Por mi estupidez, mi inseguridad y sobre todo, por no enfrentarme cara a cara a los problemas.

Con toda la entereza de la que fue capaz, les narró lo que había oído. Se remontó todavía más en el tiempo revelándoles los supuestos sentimientos que había creído albergar por Jaime... Les contó de sí misma más ese día de lo que les había explicado en toda su vida. Les confesó sus frustraciones, su desastrosa experiencia sexual en la universidad. También les habló de Pablo y de lo mucho que le amaba. Ellas escuchaban atónitas. Marta escondía demasiados secretos. Se estaban encontrando con una mujer de la que sabían a penas nada.

Recobrada la serenidad, tras todas las sorpresas recibidas, Susana sirvió la deliciosa paella que había preparado, y se sumieron en silencio reflexivo mientras la comían.

Los niños, que no entendían que pasaba, paseaban inquisitivos la mirada de una a otra. El ambiente era tenso a pesar de la alegría de tenerla allí. Si bien con Susana nunca había mantenido la confianza que se espera entre dos hermanas, su madre sí que había presumido durante toda su vida de conocer bien a su hija y lo que le había contado distaba mucho de lo que ella creía saber de su pequeña.

En un esfuerzo por romper la densa atmósfera, Marta comenzó el relato de su estancia en Londres; la propuesta de un ascenso, sus amigas, su casa, sus compañeros de piso...

Poco a poco se fueron relajando. Las preguntas se sucedían una tras otra. Cuando le llegó el turno a Susana, esta le explicó lo contenta que estaba con su nuevo trabajo, sus nuevos compañeros, en definitiva, con su nueva vida, de la que Julián ya no formaba parte. Marta pudo advertir fácilmente los cambios (para bien) que había experimentado su hermana y le encantó la nueva mujer que encontraba tras ellos.

Los niños pululaban a su alrededor. Berta se sentaba en sus rodillas, Adrián le cogía la cara para que atendiera sus explicaciones... Al fin se sintió de vuelta. Solo le faltaba Pablo para estar definitivamente en casa... Descartó el pensamiento. Su conversación con él sería larga y difícil. Necesitaría mucho tiempo y por ahora, se lo estaba dedicando a su gente.

De vez en cuando, descubría alguna mirada cómplice entre su madre y su hermana. No le dio importancia. Entendía que les había dado muchas cosas en qué pensar y que ambas debían estar compartiendo en silencio la sorpresa por todo lo que les había explicado. Nada más lejos de la realidad: sus miradas furtivas se debían a la certeza de una próxima visita.

Los niños ya estaban acostados y Marta les leía un cuento tumbada sobre la cama de Berta, cuando sonó el timbre. No hizo caso y siguió con su historia. Escuchó como su hermana abría el portal de abajo tras un breve saludo. Su madre, extrañamente, apagó la televisión pero ella, ignorante de lo que se le venía encima, siguió con su lectura.

Coincidió el fin del cuento con la llegada de la visita. Marta salió de la habitación infantil con una sonrisa curiosa. Era muy tarde para recibir a nadie y se preguntaba quién podía ser a esas horas. Se quedó petrificada. Él también.

# Capítulo 21

Durante lo que pareció una eternidad, nadie articuló palabra. Ellos se miraban intensamente, reflejando un millón de sensaciones: sorpresa, temor, angustia, desengaño, agradecimiento... pero sobre todo, amor.

Sus espectadoras se debatían por a quién mirar hasta que, a un gesto de la madre, los dejaron solos. Se retiraron con sigilo al comedor y cerraron la puerta para ofrecerles la intimidad que necesitaban.

Todavía se mantuvieron en silencio durante un largo minuto más. Ninguno de los dos se atrevía a iniciar la conversación. Un suspiro rompió el mutismo.

—¿Por qué? —preguntó Pablo muy quedo.

—Porque soy una estúpida. Soy insegura, soy tonta... No sé... —dijo con resignación alzando los hombros—. Escuché una conversación entre Jaime y tú y pensé... pensé que hablabas de mí... —Calló por un segundo antes de admitir—. Lo cierto es que, no pensé. Si lo hubiera hecho me habría dado cuenta de que era imposible que tú...

—¿Una conversación? ¿Entre ese imbécil y yo? ¿Pero qué...? —Trató de recordar la última charla con el *cretino*. ¡Hasta después de haberse deshecho de él le daba problemas ese *mentecato*!

—Sí, hablabas de una mujer. Una que era de usar y tirar y...

—¿Y creíste, solo por un segundo, que pudiera estar hablando de ti? —preguntó decepcionado.

Marta bajó los ojos avergonzada. Por reflejo, acarició la tímida hinchazón de su vientre escondida tras una camiseta enorme. Ese gesto atrajo la vista de Pablo. Sin quererlo, su mano indiscreta había revelado su secreto.

—¿Marta? —preguntó atónito tanto porque ella hubiera malinterpretado aquel lejano comentario como por la sospecha que estaba germinando en su cabeza.

—Cuando te escuché creí... Es que ¿cómo podía ser posible que un hombre como tú se hubiera fijado en alguien como yo? —dijo arrebatadamente—. Jaime no me consideraba digna ni de gastar un segundo en mirarme y llegaste tú... Me sentía como... Nunca me había sentido así, por lo tanto... sí —confesó con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas—. Al principio mi inseguridad me empujó a creer que hablabas de mí. Cuando me di cuenta de que eso era imposible, que tú no eras de ese tipo de hombres... que sentías algo real por mí... Yo ya estaba lejos —bajó la voz hasta un susurro—. Me avergonzaba haber sido tan estúpidamente impulsiva. No sabía cómo explicarte mi falta de confianza. Tú no te merecías que pensara así de ti... ¡Sentí miedo!

—¿Miedo? —Repitió él, dolido—. ¿De mí?

—De que me rechazaras —ahogo un gemido.

—Marta, he vivido en un infierno todo este tiempo. Sin saber dónde estabas, ni por qué te habías ido... Sin escuchar siquiera tu voz —guardó silencio durante un momento con los ojos apretados, recordando su sufrimiento—. Te quiero, ¿todavía no te has dado cuenta?

Un sollozo explotó en el pecho de Marta. No le había escuchado esas palabras aún ¡y significaban tanto para ella! Pablo rompió el espacio que los separaba. La atrajo a sus brazos y levantándole la barbilla la besó con pasión mientras la apretaba contra su

cuerpo. Súbitamente rompió el contacto y miró hacia el vientre hinchado. Luego la miró inquisitivo sin emitir palabras. Sus ojos se entornaron con una mezcla de enfado y frustración. Las lágrimas fluyeron en cascada por el fino rostro como respuesta a la pregunta no formulada.

Marta observó con terror cómo se debatía interiormente. Su silencio no había sido una buena opción y lo sabía. Pablo rebufó pasándose las manos por la cara y el pelo mientras se alejaba un poco dándole la espalda. El pánico comenzó a apoderarse de ella. Su enfado estaba más que justificado, ella no podía objetar nada pero ¡lo temía tanto! Le había negado la oportunidad de vivir desde el principio la experiencia de su embarazo y eso, para un hombre tan familiar como Pablo, era imperdonable. Él se giró lentamente para afrontar su mirada. Todavía quedaban restos de desilusión en sus ojos, pero lo que dominaba en ellos era cariño, amor, tal vez pasión contenida.

—Debiste decírmelo. Debiste volver conmigo en cuanto lo supiste. Yo debería haber estado contigo cuando lo sospechaste, en tus visitas al médico en... ¿Has estado bien? ¿Estás bien? —preguntó de repente preocupado. Volvió a su lado y posó la mano en el bulto que escondía a su hijo—. ¿Has tenido algún problema, algún...?

—Todo va bien —le tranquilizó todavía lloriqueando—. Los dos estamos bien.

—¿Él? ¿Es un niño?

—No le sé aún —le sonrió entre lágrimas—. No quise que me lo dijeran hasta que su padre estuviera allí para saberlo también.

—Gracias —dijo y la abrazó.

Marta no habló. Se fundió en sus brazos agradecida y enamorada. Él la había perdonado a pesar de todo. No podía sentirse más feliz.

Un paso en falso le recordó su pie herido.

—¿Marta, estás bien?

—Sí —volvió a calmarle—, tengo un esguince en el pie.

Él la miró suspicaz.

—¿Por eso has venido? ¿Para qué te cuidemos aquí?

—¡No! —exclamó ofendida—. ¡Claro que no! Ya tenía la decisión tomada cuando me caí.

—¿Te caíste? ¿Qué pasó? ¿Estás bien? ¿Has ido al ginecólogo? —La ametralló a preguntas con tono protector.

Marta rio por lo bajo afirmando con la cabeza para sosegar su angustia. Luego obviando el pie dolorido, se empujó para besarle. Él no se hizo de rogar. La arropó con su cuerpo fundiendo sus bocas. Mucho había que explicar, muchas confesiones, pero habría tiempo. Una urgencia desesperada, brindada por el apasionado beso, les empujaba a otros menesteres.

Al separar sus labios, jadeantes, les brilló en los ojos el mismo anhelo. La prisa por saborear la piel amada les resultó imperativa. Mirando hacia la puerta cerrada de la sala que albergaba a las dos mujeres Martín, Pablo, agachado, le susurró al oído.

—Vámonos a casa. Tengo hambre de ti. Lo demás ya no importa. Ahora te tengo aquí, conmigo... —y añadió feliz—. A ti y a nuestro hijo.

—¿A casa? —preguntó coqueta.

—¿Crees que te voy a soltar con lo que me ha costado volver a abrazarte? Ni lo sueñes. Eres mía —dijo con tono triunfal—. Mía —repitió como para sí—. Y no tengo intención de volver a separarme de ti en lo que me queda de vida.

—Y me encanta que sea así —le confesó con la mirada radiante de amor—. Yo tampoco quiero que te separes nunca más de mí. No voy a volver a huir. Nunca.

Se despidieron de Susana y de Begoña con promesas de regresar al día siguiente y resolverles todas las dudas que aún les quedaran. A ellas no les extrañó que Marta prefiriera la compañía de Pablo a la suya. Se les amontonaban los temas pendientes que debían resolver. Por otra parte, no les pasó desapercibido el apremio que se había



adueñado de ellos. Ambas mujeres se miraron comprensivas al verlos marchar cogidos de la mano.

—¿Estarán bien, mamá?

—¡Mejor que bien! —Afirmó con una radiante sonrisa—. Mejor, muchísimo mejor.

Bajaron en silencio, cogidos de la mano y mirándose con deseo. Marta se apoyaba en su hombro para mitigar su cojera y él la sostenía con fuerza, con miedo a que se fuera a evaporar de nuevo.

Al llegar al coche, Pablo colocó la pequeña bolsa que Marta había preparado con prisas en el asiento trasero, junto a su propio equipaje. Luego, solícito, le abrió la puerta y la ayudó a entrar. En todo momento, reinó un cálido silencio entre los dos. No necesitaban grandes discursos, el leve contacto de sus manos al entrelazarse, de sus hombros al chocar... de estar juntos, expresaba más que mil palabras.

Tardaron más de lo que hubieran deseado pero por fin, estaban en el piso que de momento, pensaban compartir. Con los bultos dejados de cualquier manera en la entrada, pasaron de largo la habitación y llegaron al comedor. Una repentina timidez se había adueñado de los dos y no les permitía dar rienda suelta a lo que ambos deseaban secretamente.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Pablo repentinamente inquieto.

—No —contestó Marta igualmente tensa.

Se miraron. En sus caras se reflejaba el anhelo que sentían pero que no sabían cómo manifestar.

Marta se sentó en el borde del sofá con claras muestras de dolor. El pie la estaba matando pero no dijo nada. Después, poco a poco se acomodó mejor en el asiento. Pablo la miró desde su altura percatándose del gesto de malestar. Le acomodó un cojín bajo el pie y después se sentó junto a ella. La miró de nuevo y comprobó que se sentía más aliviada. Contento, le cogió la mano y la besó. Ese pequeño toque fue todo lo que precisaban. Se giró hacia ella y la besó. Ella aceptó su beso con un gemido de placer. Era lo que necesitaba. Su boca precedió a sus manos. La asió por la nuca para aproximarla más a su cuerpo. Ella cedió a su propio deseo y lanzó los brazos alrededor de su cuello. La posición era incómoda, sobre todo teniendo en cuenta el pie dolorido y la panza abultada, pero la pasión se había desatado y ya no había forma de pararla.

Con ímpetu, Pablo se puso en pie y la arrastró a sus brazos alzándola con cuidadosa desesperación. Con su preciada carga a cuestas, desanduvo parte del pasillo hasta llegar al dormitorio, el destino que ambos ansiaban.

Con una holgada camiseta y un pantalón ancho con goma en la cintura, Marta no presentó un gran obstáculo cuando las desesperadas manos masculinas la desnudaron tras posarla en la cama. Pablo apretó los dientes al contemplarla sin ropa. ¡Estaba preciosa! Esa desconocida curva que coronaba su cuerpo le parecía la cosa más sexy que hubiera vista en toda su vida.

Mirándola como un lobo hambriento que no sabe por dónde comenzar su festín, se fue despojando de su ropa lentamente. Aunque la pasión le apretaba, quería disfrutar de esa impresionante visión a la vez que planeaba su inminente ataque.

Ella le observaba con el labio inferior fuertemente apretado entre sus dientes. No entendía qué le detenía. Lo deseaba junto a ella, recorriéndole el cuerpo con dedos y boca; sentirle apretando dentro de su cuerpo, bañado del sudor surgido de su desenfreno. Pero él continuaba con lentos movimientos desnudándose mientras la miraba.

—Ven —le pidió ya desesperada.

—Todavía no. Sé paciente —sonrió susurrante—. Después de tanto tiempo sin tenerte así, deja que me empape de tu cuerpo.

—Pero te necesito —le imploró.

—¡Y por Dios que me vas a tener! —Gruñó Pablo sintiendo que sus fuerzas se

deshacían por segundos.

—¡Ya!

Como el disparo en una competición, esa palabra fue el detonante que le lanzó hacia el cuerpo que le llamaba a gritos.

Sus dedos la recorrieron desde la base del cuello hasta alcanzar su vientre. Allí descansaron un breve instante. La miró interrogante a los ojos. Ella le tranquilizó con una sonrisa que encerraba pasión y emoción a partes iguales. Solo entonces, con la seguridad de que nada malo podría pasar, desató toda la lujuria que llevaba encerrada y que encontró a su igual en la de ella.

Con furia enamorada, Marta lo atrajo a su boca. Su lengua conquistó el interior de la boca de Pablo sin que esta hubiera presentado batalla, pero una vez allí se inició una lucha apasionada por conquistar la voluntad del otro. Las manos femeninas volaron por la espalda de Pablo hasta alcanzar sus nalgas, donde se aferraron desesperadas. Él abandonó el placer de su boca para recorrer la distancia que le separaba de atrapar uno de los pezones, hinchados y oscurecidos por la gestación, que le estaban volviendo loco. Se demoró atormentándola con la lengua hasta arrancarle gemidos extasiados. Luego pasó al otro pecho. Marta se desmadejó inesperadamente con un suspiro apagado. Pablo alzó la vista sorprendido. El orgasmo había llegado repentinamente dejando su rastro en el rostro de la mujer. Sonrió mientras descendía juguetonamente desde los pechos. Marta atrapó sin fuerzas su cabeza para apretarla sobre su vientre abultado. Necesitaba un momento antes de sucumbir de nuevo. Él aprovechó para recrearse en su obra. Su hijo estaba creciendo amparado por el cuerpo de su mujer y eso le llenó de ternura. Pero la necesidad rompió rápidamente la tregua y le obligó a seguir su camino hasta alcanzar su meta.

Un calor húmedo le recibió. Ella se estremeció al notar la presión de la boca en su palpitante clítoris. Se le escapó un grito de sorpresa y placer. Pablo, cada vez más ansioso, atacó con esmero una y otra vez ese pequeño punto que la estaba enardeciendo segundo a segundo hasta provocarle otro orgasmo abrasador que la sumió en una oleada de espasmos.

Conseguido su objetivo y sin poder contenerse ya, se alzó sobre ella para besar su boca mientras se adentraba poco a poco, con cautela pero enérgico, en su interior.

Un bramido conjunto de satisfacción brotó de sus gargantas. Por fin estaban como querían: unidos en un solo cuerpo. La necesidad se hacía más y más imperiosa. La serenidad inicial fue dando paso a unas embestidas cada vez más rápidas y certeras. Las caderas de Marta corrían al encuentro de las de Pablo en un atroz anhelo de alcanzar un mismo fin. Hacía demasiado que se añoraban y sus cuerpos reflejaban la espera sufrida despertando al placer.

Un volcán les abrasó a los dos a la vez y por igual, convirtiéndolos en lava fundida que se apiñaba en la unión de sus cuerpos.

Tardaron en recobrar la serenidad. Con los cuerpos laxos por el placer se abrazaron con el amor que se tenían acunado entre sus brazos.

—Te he echado tanto de menos. Me faltaba el aire sin ti —admitió Pablo sincero—. No me vuelvas a dejar si no quieres que muera —le pidió con humor.

—¡Exagerado! —Sonrió complacida—, bueno —reconoció—, quizás no eres tan exagerado. Yo he sido un zombi sin ti. Me movía por inercia. Solo la idea de llevar a tu hijo conmigo me impulsaba a seguir.

—Ahora ya estamos los tres juntos.

—Sí, juntos —repitió Marta complacida.

—Para siempre.

—Para siempre —asintió ella apretándose un poco más a él.

# Epílogo

Pablo observaba encantado la escena. Su mujer y su prima discutían sobre la novela que Elisa estaba terminando. La escritora se la había dejado leer para conocer la opinión de una experta (como ella llamaba a Marta) y su prima política le estaba dando algún consejo sobre el final.

Sin proponerlo, echó la vista atrás recordando todos los sucesos acaecidos desde el regreso de Marta a España, desechando la idea peregrina de que si se le hubiera ocurrido preguntarle a Paco, su separación no habría sido tan larga. Un descuido lamentable, reconoció.

Como le había prometido, ya no se separó de ella ni un momento. Marta se había trasladado a vivir a su piso durante el tiempo de convalecencia. Mientras ella se curaba del pie, él había movido cielo y tierra para conseguir un nuevo cambio de destino para Marta.

En Londres se habían mostrados reticentes a prescindir de la inestimable pericia de una empleada tan cualificada, pero habían entendido su situación y finalmente, habían accedido. Aun habiendo pasado poco tiempo en la sede inglesa, Marta había calado hondo en el personal. Sus compañeros la despidieron con un aperitivo al que se sumó toda la plantilla y al que Pablo asistió como pareja de la homenajead. A pesar de la flemá británica, alguna que otra lagrima se dejó ver entre sus colegas durante el refrigerio. Iban a echar de menos a una mujer tan encantadora, sobre todo Fely y Jack.

Gracias a que el tiempo pasado en la capital inglesa había sido breve, no había tenido oportunidad de acaparar demasiados trastos, así que, el traslado fue rápido y ligero. Abandonó algunos bártulos, que regaló a sus compañeros de piso que se habían convertido ya en amigos.

Todos sus conocidos les ofrecieron un sitio donde dormir, si alguna vez decidían visitar nuevamente la ciudad. Gordon les dijo que en su casa siempre habría una habitación dispuesta a recibirlos. Marta, emocionada, les había abrazado con afecto. Antes de despedirse definitivamente, les había agradecido a todos el cariño que le mostraban y había prometido mantener el contacto. Resultaba extraño que hubiera creado más vínculo con esa gente, a la que apenas conocía, que con los compañeros con los que había compartido más de diez años... Pero, quizás se debiera a que su mujer se había convertido en una persona muy diferente.

Recordó el revuelo que se organizó en la oficina cuando Marta apareció cogida de su mano y embarazada. Sonia había gritado un «lo sabía» que había alarmado a todos. Lola los había felicitado y Paco se había fingido enfadado por la falta de sinceridad de su amiga. A cambio de su perdón, Marta le había pedido que fuera su padrino de su boda y él no había podido mantener su farsa por más tiempo. Se alegraba de verdad de que por fin, ella hubiera encontrado al hombre que la hiciera feliz.

La boda fue el uno de junio. Si bien había parecido algo precipitada, él no había querido esperar más para convertirla en la Sra. Álvarez. Fue una ceremonia sencilla y tranquila en su pueblo, en su casa y con su gente. Ambas familias congeniaron enseguida. Sus padres se habían enamorado de Marta nada más verla y la ilusión al conocer la noticia del nacimiento de su primer nieto los llenó de alegría.

Volvió al presente al notar la presencia de Susana, que en ese momento salía de la cocina, secándose las manos con un trapo. También le dedicó parte de sus

cavilaciones. Una vez separada de Julián su talante había cambiado sustancialmente. Ya no era la fría y arisca mujer de la que Marta hablaba al principio de su relación. Se había convertido en una mucho más tolerante y cariñosa y había creado una unión con su hermana que las llenaba de satisfacción a las dos. Su madre se había mudado con ella y junto con los niños, habían formado una familia, se podría decir, feliz. El trabajo le sonreía y hasta había un compañero que la rondaba con cierta asiduidad. No podía pedir más. Estaba contenta de lo que había conseguido en poco tiempo y eso alegraba tanto a Pablo, que la observaba desde su rincón, como a su mujer.

Giró su cabeza hacia su suegra. Allí estaba ella rodeada de todos los niños de la casa, incluidos sus propios nietos mayores, expectantes todos ante la historia que les estaba narrando. Ella, siempre amable, se rodeaba de los niños a los que distraía con sus cuentos, dejando así libertad a sus padres. Era la única arma que tenía para ayudar y la blandía con gallardía.

La casa bullía frenética llena de gente. La Noche Buena reunía a la familia y todos parecían tener algo que hacer. Todos menos él cuya única actividad en ese momento era disfrutar de la contemplación del entrañable ambiente. Volvió la vista hacia Marta y sus miradas se encontraron, llenas de complicidad. Seguía pensando que no había visto nunca una mujer más bella y que le atrajera más... y era suya. Completamente.

El escucha-bebés dejó escapar un rumor. Como liebres vigilantes, Pablo y Marta giraron la cabeza hacia el aparato que paulatinamente iba dejando escuchar un sonido cada vez más parecido al llanto. Se levantaron al unísono como si un resorte les hubiera empujado y juntos se perdieron por el pasillo que llevaba a la habitación donde descansaba su hija.

La oscuridad y el llanto de su bebé los recibieron al llegar. Mientras Marta acudía presta a la cuna de la niña, Pablo encendió la luz. La carita roja de Aina junto con lo desgarrado de su lamento les confirmó que era el hambre lo que la atormentaba. La madre, ya con ella en sus brazos, se sentó en el sillón. Su querido suegro lo había trasladado desde la sala para que alimentara a la niña cómodamente. Se sacó un pecho y comenzó a amamantar a su hija.

La imagen de Marta siempre, siempre le parecía erótica y sensual pero esa íntima escena era el más extraordinario espectáculo que sus ojos podían ver y era sin duda, para él para quien se representaba. Observó, complacido, a sus dos chicas durante un rato, disfrutando de la estampa que componían. Luego, miró a Marta que desvió sus ojos de Aina para posarlos en su marido.

—Te quiero —le dijo él en un susurro.

Ella le sonrió dulcemente con todo su amor encerrado en los ojos y le dijo con los labios:

—Lo sé.

# Sobre la autora

Luz Guillén, una barcelonesa nacida en 1961, se apasionó por la lectura siendo muy joven y ha ido incrementándola con el tiempo. Pronto, sintió la llamada de la escritura, afición que lleva años desarrollando pero que hasta ahora no ha querido compartir.

Casada desde 1985, ha procurado transmitir a sus hijos el amor por los libros que siente ella.

Luz, vive en un pueblo de la periferia de Barcelona donde trabaja como administrativa en el ambulatorio local y donde desarrolla su labor con buen humor, procurando siempre hacer más feliz la vida de los que la rodean. Comenzó su carrera como escritora con; *El báculo* (2.015) y ahora nos sorprende con su nueva novela; *Contigo me encontré*, publicada con LxL Editorial.

